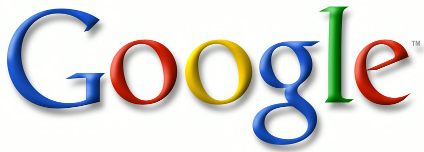
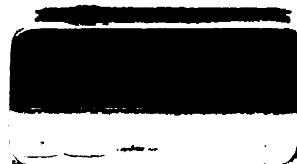



a39015 00025157 2b



LA MARAVILLA DEL SIGLO,

CARTAS Á MARIA ENRIQUETA,

ó sea

UNA VISITA Á PARIS Y LONDRES

DURANTE LA FAMOSA EXHIBICION DE LA INDUSTRIA UNIVERSAL DE 1851.

SU AUTOR

Don Wenceslao Ayguals de Izco.

TOMO I.

Madrid: 1852.

IMPRENTA DE D. W. AYGUALS DE IZCO, CALLE DE LEGANITOS, NÚM. 47.


LA MARAVILLA
DEL SIGLO
POR
Ayguals de Izco.
MADRID 1852.

PRÓLOGO.

MARIA ENRIQUETA Y EL AUTOR.



El 13 de julio de 1851, á las diez de la noche, parábanse los transeuntes de una de las principales calles de Madrid al pasar por frente de cierta casa.

A la manera que las tres encantadoras hijas del rio Toas y de la ninfa Caliope, situadas en el monte de Sirenusa, entre las costas de la isla de Capria y las de Italia, ostentaban su estremada hermosura, sus dulcísimas voces y superior habilidad, así en el canto como en el modo de pulsar la lira, y obligaban á cuantos navegantes se atrevian á surcar aquellas aguas, á que se detuvieran estasiados con el goce de tan sublime armonía; moraba una beldad en la precitada casa, que con los hechizos de su voz, la me-

lodía de sus frases y la mágia de su música, atraíase la atencion de cuantos pasaban por la calle.

María Enriqueta, que así se llamaba la sirena encantadora, cantaba á la sazon con singular maestría el aria final de la Somnámbula, acompañándose ella misma con el piano, y era tan simpática su voz, destellaba tanta espresion y frescura, habia tanta gracia y facilidad en sus modulaciones, tanta ligereza en sus volatas, tanta dulzura y entonacion en sus *fioriture*, que todos los inteligentes que escuchaban creyeron oir los mágicos acentos de la incomparable Alboni. Dijo con inmejorable espresion los siguientes versos del andante:

Ah! non credea mirarti
Si presto estinto, o fiore!...
Pasasti al par d'amore
Che un giorno sol duró.
Potria novel vigore
Il pianto mio recarti;
Ma ravvivar l'amore
Il pianto mio non puó.

Mas ¡ay! cuando los oyentes, saboreándose en las dulces emociones que sentian, apenas osaban respirar por no perder lo mas mínimo de aquellas melodías que embriagaban de placer todos los corazones, cesó de improviso el canto fascinador, como si algun impertinente, invadiendo la estancia de la hábil cantora, la hubiera distraido de su deliciosa ocupacion.

Así era la verdad; y el impertinente que acababa de profanar la elegante habitacion de María Enriqueta, era el autor del presente libro, Dios se lo perdone.

—¡Oh! mi querido Ayguals—díjome con su genuina amabilidad mi jóven amiga—no le esperaba á usted esta noche.

—¿Cómo así?—repuse yo un si es no es ruborizado, porque creí notar en las palabras de mi amiga cierto aire de reconvencion.

—Son ya las once.

—No son mas que las diez, Enriqueta.

—Y aun cuando no sean mas que las diez, ¿le parece á usted

hora regular? Hoy precisamente le aguardaba á usted con impaciencia.

—¿De veras?

—He aprendido una pieza que ha de gustarle á usted mucho.

—A mí me gustan todas las que le oigo á usted.

—Gracias por la galantería.

—No digo mas que la verdad, Enriqueta; tiene usted un tino especial para elegir las mas bellas composiciones y tocarlas con mucha gracia y exactitud.

—Dejando aparte la nueva lisonja, diré que en cuanto á la eleccion no hay mérito de mi parte; me dirijo por los consejos de mi maestro, á veces tambien por los de usted... Además, hay compositores de gran celebridad en el mundo filarmónico... Thalberg por ejemplo...

—Es en mi concepto el rey de los pianistas. Su música es deliciosa; pero no la mas fácil.

—Y por esta razon no debiera yo atreverme á estudiarla, ¿no es verdad?

—No digo yo eso.

—Lo dá usted á entender.

—No por cierto.

—¡Siempre satírico!

—Esta vez se equivoca usted.

—¿Con que es demasiado difícil para mí la música de Thalberg?

—Para usted nada hay difícil.

—Entonces.....

—¡Cómo le gusta á usted que la elogien, amiga mia! Bien sabe usted que al decir que no es fácil la música de Thalberg, de manera alguna podia pasarme por la imaginacion indicar á usted que no está en estado de aprenderla. Usted es ya una gran profesora, y quien con tan esquisito sentimiento interpreta las mas difíciles melodías, quien dá tanta espresion como usted al piano, quien entusiasma á sus oyentes con los delirios de Rosellen, el

album de Straus, las cuadrillas de Musard, los estudios de Hunten, los ejercicios de Czerny, las variaciones de Herz, los nocturnos de Dolher y de Ravina, y las mas dificultosas piezas de Jullien, Carnicer, Goria, Saldoni, Duvernoy, Iradier, Burgmuller, Espin y Guillen y otros célebres compositores, no hay dificultades que no sepa vencer.

—¡Adulador!

—Soy justo y nada mas. Pero diga usted, Enriqueta, ¿es de Thalberg la nueva composicion?

—Nueva para mí.... sí, amigo mio, es del célebre Thalberg.

—¿Su título?

—La *Marcha fúnebre*.

—Es bastante intempestivo en este momento—exclamé yo á pesar mio con alguna desazon.

—¡Intempestivo el título de la composicion! No le entiendo á usted, amigo mio.

—Me esplicaré á peligro de que se burle usted de mis aprensiones. ¿Ha olvidado usted la conversacion del otro dia?

—No olvido tan fácilmente nuestras conferencias, y si usted se digna indicarme algo mas....

—¿No le pedí á usted un permiso?

—¡Ah! sí, es verdad—respondió María Enriqueta riéndose dulcemente—me pidió usted permiso para hacer un viaje á París.

—Y á Lóndres.

—Y visitar el palacio de cristal; pero yo creí que se chanceaba usted.

—No por cierto, hablaba á usted con toda formalidad.

—Y para que necesitaba usted el permiso de su pobre amiga? ¿No es usted dueño de sus acciones?

—Lo soy en efecto; pero tengo un placer en arreglar mi conducta á los deseos de las personas que me quieren bien. Bajo este concepto creo no equivocarme al considerarla á usted en primera línea.

—No hago mas que corresponder á la buena amistad con que usted me honra; y me parece no dudará usted de la veracidad de mi afecto.

—Cabalmente esa es la razon por la cual consulto á usted siempre todos mis proyectos.

—Nadie me gana en buena voluntad; pero me falta lo mas preciso para dar consejos acertados.

—Tiene usted discrecion.

—Pero soy muy jóven y carezco de esperiencia.

—En cambio atesora usted un talento estraordinario, prevision suma y vista de lince.

—Gracias por el buen concepto que tiene usted formado de mí.

—Es hijo de una conviccion íntima.

—¿Trata usted de envanecerme?

—Tributo á usted un homenaje de justicia.

—Dejémonos de galanterías, que aunque me llenan de orgullo no puedo menos de escucharlas con rubor. ¿Con qué es cierta la marcha de usted?

—Usted me dió el otro dia su aprobacion.

—Repito que creí era una chanza.

—Nada de eso, amiga mia, es tanta verdad como que parto mañana mismo.

—¡Mañana!

—Al amanecer.

—¿De veras?

—Hasta hace poco he estado ocupado en mis preparativos de viaje, y esta es precisamente la causa de que haya venido esta noche mas tarde que de costumbre.

—¿Con que está resuelta.....?

—La marcha, sí, amiga mia, y por esta razon he dicho hace poco, al noticiarme usted que habia aprendido una composicion de Thalberg, que su título es para mí algo intempestivo en este momento.

—¿La *Marcha fúnebre?* ¿Quiere usted que la toque?

—A mi regreso, Enriqueta. Tengo yo grandes preocupaciones y me parecería un triste presagio el oir á usted una marcha fúnebre la víspera de marcharme.

—Dice usted bien; y de ese modo tendré tiempo suficiente para estudiarla mejor. Además, sería un disparate despedir con una marcha fúnebre al que emprende tan alegre viaje.

—Viaje de oportunidad.

—¿Tambien usted rinde su homenaje de sumision á la moda?

—¿Cree usted que le emprendo solo por que parece en el dia una exigencia del buen tono?

—Yo no; pero tal vez lo creerá cierto amigo de usted.

—¿Cierto amigo mio?

—Breton de los Herreros.

—Es una amistad que me honra mucho; pero....

—Pero en una de sus chistosas sátiras dice:

. . . .
Sed de viajar á todos nos asedia.
Quien va á Cestona, quien á la Borunda;
este lleva al Molar su cataplasma;
aquel sus nervios á la mar profunda.
Y mientras otro en *Pau* se cura el asma,
á la Suiza un *simplon* su viaje emprende,
y al ver á su *tocayo* se entusiasma.
Manda el buen tono caminar allende
los riscos del selvoso Pirineo:
á Lion, á París, á Lila, á Ostende.

—Muy lindos versos, y los creo aplicables á mas de cuatro necios que huyen todos los veranos de Madrid; pero aun cuando el viajar sea solo una manía, aun cuando se haga únicamente por obedecer á los preceptos de la moda, es de una utilidad inmensa, que instruye al hombre como el mejor libro, y que por consiguiente, lejos de merecer una sátira severa, preconizarse debiera como cosa laudable. La *manía de viajar* no puede nunca ser nociva á los que tienen recursos para saciarla. ¡A Dios, Enriqueta!

—¿Qué es eso? Acaba usted de llegar y quiere ya marcharse?

—He de madrugar, y tengo aun que arreglar mil cosas..... ¡A Dios!



—Como usted guste... pero es muy temprano... Diga usted, ¿no opina usted como su amigo Breton de los Herreros?

—De ningun modo, antes soy de parecer, y en esto sigo las máximas de Bacon, que los viajes forman una de las partes mas esenciales de una educacion esmerada.

—Sin embargo, es muy gracioso el modo con que ridiculiza su amigo de usted el afan de emigrar.

—Ya he dicho á usted antes que Breton sabe hacer muy buenos versos; pero en esta materia son algo retrógradas sus doctrinas. En la misma sátira dice con singular donosura:

¡Tiene la moda á fé raras manías!
Qué dirían los padres de mi abuelo
si volvieran al mundo en nuestros dias?
Contentos con su hogar y con su cielo,
solo usaban la mula y la gualdrapa
para dar un vistazo á su majuelo;
Y apenas conocian por el mapa
la córte del austriaco y la del ruso,
los dominios de Argel y los del Papa.

¿No es verdad, Enriqueta, que lejos de ridiculizar á los viajeros, hace el célebre poeta una pintura lastimosa de la ignoran-

cia de los padres de su abuelo? Que desconocian de todo punto la geografía, y que preferian sin duda su mula y su gualdrapa á esas máquinas de vapor, á esos ferro-carriles, que son la gloria y el orgullo de nuestro siglo! Contentábanse con su hogar y con su cielo! Esto han hecho en todas épocas los salvajes, vegetar sin instruirse en el mismo sitio do nacieron. No imitemos, pues, la conducta de los padres del abuelo de nuestro amigo Breton, si deseamos ilustrarnos.

—Sabido es que en todos los estremos hay vicio, y cuando el viajar es una manía, yo la creo censurable como otra cualquiera. Supongamos que pensáran todos como usted, amigo mio, y de repente abandonáran los habitantes de todos los pueblos sus respectivos domicilios para buscar ilustracion en otros paises.

—Sería una confusion ridícula.

—Como es ridículo que algunos tontos vayan á París solo por darse tono, y en vez de civilizarse vienen á lucir su ignorancia, ponderando lo que su raquítico talento no es capaz de comprender, sin otro motivo que el de ser cosa estranjera, al paso que hacen de todo lo de España una pintura odiosa, y con insolentes risotadas satirizan lo que á ser cierto debieran llorar amargamente.

—Esos son unos mentecatos.

—Pues contra esos mentecatos, creo yo, que descarga Breton el rebenque de su sátira.

—Muy bien, Enriqueta, muy bien! El gran poeta cómico de nuestros dias, tiene en usted una digna defensora. Lo celebro mucho, amiguita; pero yo estoy por los viajes, y apostaría cualquier cosa que si pudiera usted acompañarme...

—Me declararía tambien partidaria de los viajes... Me volvería loca de placer.

—Sería una lástima.

—¿Cómo así?

—¡Usted demente! ¡oh! no lo permita Dios.

—Sentiría usted que fuese yo á París y Lóndres en su compañía? Responda usted con franqueza.

—Sería completa mi satisfaccion; pero es cosa irrealizable... ni lo permite nuestra posicion social, ni los deberes de hija que reclaman su permanencia de usted en Madrid.

—Es verdad; pero á buen seguro que todo cuanto usted vea lo veré yo tambien.

—Perdone usted mi torpeza, no entiendo lo que quiere usted decirme con eso.

—¿Ha olvidado usted que le dí mi permiso condicionalmente?

—¡Condicionalmente!

—Que poca memoria tiene usted! ¿No le impuse á usted condicion alguna?

—¡Ah! sí, es verdad... que deberé relatar á usted detalladamente mi viaje.

—Y como estoy cierta de que cumplirá usted su promesa con toda precision, he dicho antes acertadamente que cuanto usted vea lo veré yo tambien.

—Ese es un elogio que me halaga sobremanera, aun cuando conozco la insuficiencia de mis talentos para complacer á usted dignamente. Tal vez no me atrevería á emprender una obra superior á mis fuerzas, si no contara con la indulgencia de su buena amistad.

—¿Y se figura usted que nadie mas que yo ha de leer las cartas que me escriba?

—Ya se vé que sí.

—Pues está usted en un grave error, amigo mio; las leerá todo el mundo.

—¡Cómo! ¿Trata usted de divulgar nuestros secretos?

—Son secretos inocentes, que bien pueden dejar de serlo en obsequio del público, sin que á nadie ofenda una honrosa intimidad, hija del honor y de la virtud. Debe usted escribir un libro muy interesante, amigo mio, un libro de una oportunidad inmensa. Un viaje á París y Lóndres.... á esas dos hermosas capitales, donde hay tantos monumentos que admirar, tantos objetos dignos de estudio y meditacion, tan variadas costumbres

que describir.... y luego el palacio de cristal con tantas maravillas.... confiese usted, amigo mio, que en todas estas cosas puede hallar vastísimo campo que recorrer la acalorada fantasía de un poeta. Puede usted lucirse y dar cima á un trabajo concienzudo que satisfaga todo género de exigencias. Vea usted, pues, de escribirme todas sus cartas con esmero, y publicarlas despues para que sirvan de solaz é instruccion á sus lectores.

—Y de blanco á la mordacidad de ciertos críticos.

—Los verdaderos críticos no muerden, querido amigo, usted lo ha dicho mil veces: censuran con discreta moderacion las agenas faltas, y como conocen las dificultades con que ha de luchar el entendimiento de un escritor, son indulgentes en sus juicios. Si alguna vez se ven obligados á mostrarse en demasia severos contra las ridiculeces de alguna presuncion insensata, lo hacen con sólidos argumentos, fundándose en razones convincentes; pero jamás destellan chocarreros insultos de la pluma de un crítico ilustrado.

—Muy bien, Enriqueta, esa es tambien mi opinion: la mordacidad es un acceso de hidrofóbia y nunca puede ser efecto de la inteligencia. Unicamente la ignorancia, la envídia ó la presuncion humillada suelen gastar hiel en vez de tinta, y se irritan á proporcion de lo mas ó menos brillante que sea todo triunfo ageno. Yo, como editor, me veo en la triste precision de tener que dar amargos desengaños á muchos de esos *soi-disant* literatos que desgraciadamente hormiguean en Madrid. Sin estudios, sin libros, sin frecuentar mas cátedras que las que improvisan algunos pedantes en los cafés, empiezan por borrajear cuatro chocarrerías para los *sueltos* de algun mal periódico, y en breve llevan su atrevimiento hasta formar su coleccion de poesías ó algun drama ó novela, todo muy pésimo como puede usted conocer. Apenas pasa dia, sin que uno de estos almibarados literatos me presente uno de sus esperpentos con la candorosa pretension de que le compre la propiedad de su obra maestra, y como es de todo punto imposible complacer al sapientísimo vate, júzgase injustamente des-

airado. Así las cosas, es preciso vengarse, y á este efecto rocía de bilis el primer periodiquillo que le viene á mano, insertando contra mis obras sandeces que dan risa y compasion. Todo esto sin haber leido lo que critica, porque en el dia, salvando honrosas escepciones, se censuran los libros sin leerlos, así como se escriben los juicios de las funciones teatrales sin asistir á ellas (1). Si el autor pertenece á la pandilla, si los cómicos son amigos, se les eleva á las nubes, y en el caso contrario no se deja títere con cabeza.

—Así es la verdad, muchas veces nos hemos reido juntos de todas esas miserias. ¿Se acuerda usted del pobre sándio que de las muchas ediciones que se hacian de las obras de usted deducia que eran detestables? Para este nuevo don Hermógenes hubiera valido tambien un Perú la comedia de Don Eleuterio Crispin, por la sencilla razon de que solo se vendieron de ella tres ejemplares. Hace usted muy bien en compadecer á esos pobrecillos, cuando la prensa de todos colores le ha colmado á usted de elogios, y el público le ha favorecido constantemente con sus honrosas simpatías.

—Tiene usted razon, Enriqueta, se me ha tratado con una indulgencia que mi escaso mérito no podia esperar; esto me alienta é induce á no cejar en el camino comenzado. Si mis obras carecen de mérito, no se me negará á lo menos la sana intencion con que todas ellas han sido escritas.

(1) Esto parece exageracion y es sin embargo una vergonzosa verdad. Para probarla no tenemos mas que copiar de *El Clamor* del 15 de noviembre de 1851 las chistosas líneas siguientes:

—TRABAJOS ADELANTADOS.—En su número del viernes decia *La España* refiriéndose á la noche del jueves:

«*Norma*. Esta ópera bellísima se representó anoche, segun estaba anunciado, en el teatro Real, y el público salió muy complacido.

Todos los cantantes que tomaron parte en la representacion son españoles, inclusa la señora Rossi-Caccia, que nació en Barcelona, hallándose escriturado su padre en aquella ciudad.»

Ahora bien, deben saber nuestros amables lectores que en la noche del jueves no se cantó *La Norma* en el teatro Real. Eso les parecerá mentira, pero nada hay mas cierto. *La España* supone haber sucedido lo que no ha visto. Sin duda nuestro colega se echó á dormir, y soñó que asistia á la primera representacion de *La Norma* en el teatro Real; que la ópera salia á las mil maravillas; que la Rossi-Caccia cantó muy bien; que el público quedó sumamente complacido. Cuando haya abierto los ojos, estamos seguros de que se habrá avergonzado de sí misma.

No sabiamos que *La España* fuese somnámbula. Desde hoy para en adelante, cuando leamos alguno de sus juicios críticos, tendremos cuidado en preguntarle si sueña ó habla despierta.

—Pues bien, ahora se le presenta á usted una ocasion escelente para lucir sus ideas de fraternidad y reconciliacion.

—¿Cree usted que serían bien acogidas mis impresiones de viaje?

—No lo dudo, ha sabido usted proporcionarse una numerosa clientela, que no es fácil le abandone viendo que como literato simpatiza usted con ella, y que como editor no ha faltado á sus promesas jamás.

—Ya tenia yo cierto proyecto parecido; pero ahora estoy resuelto á seguir los consejos de usted, de usted que me inspiró la María, que me sirvió de modelo para ofrecer á la sociedad un tipo interesante, un dechado de virtudes, un tesoro de perfecciones. ¡Oh! no lo dude usted, á usted sola, amable Enriqueta, debo la buena fortuna de mi María, de la novela que lleva por título su primer nombre de usted porque es su inspiracion y su retrato. Con tan feliz antecedente obraría yo sin cordura si vacilase un solo momento en complacerla. Esto, sin embargo, no alterará en lo mas mínimo mi plan. No olvidaré nunca que escribo á una tierna amiga. Mi lenguage será en consecuencia el de la modesta verdad. A los que miden la gravedad de ciertas cuestiones por la palabrería hueca y ampulosa, por los pensamientos de un énfasis enojoso y las mas veces incomprensible, dígales usted que no lean mis cartas, porque las dirijo á una elegante beldad, que busca siempre el verdadero buen gusto en la sencillez.

—Esa es demasiada galantería.

—¿Qué no se merece usted? Por fortuna habia yo pensado ya en escribir concienzudamente mi viaje, aunque en otra forma, y para dar algun mérito á mi libro contaba con la colaboracion de dos acreditados artistas que me honran con su amistad. Don José Vallejo y Don Vicente Urrabieta me han prometido pasar tambien á París y Lóndres para facilitarme cuantos dibujos necesite de los monumentos notables, vistas de paisajes y cuadros de costumbres, todo copiado en presencia de los objetos originales, á fin de hacer ostensible únicamente la verdad. Pues

bien, Enriqueta, estos dibujos los destino desde ahora á la parte pintoresca de mis cartas para cuando usted disponga que vean la luz pública.

—Magnífica idea, amigo mio; pero ¿está usted cierto que sus amigos Vallejo y Urrabieta secundarán los deseos de usted?

—Ha mediado un convenio formal aunque amistoso. Urrabieta saldrá de Madrid dentro de breves dias, y Vallejo, que debia venir conmigo, no pudo alcanzar billete sino para la próxima diligencia. En París nos reuniremos y visitaremos juntos los sitios que mas escitan la curiosidad de todo viajero.

—Siendo así nada dejará que desear el lado pintoresco de nuestra obra. Vallejo y Urrabieta son dos escelentes dibujantes, que nada tienen que envidiar á los mejores del estranjero. Este es un nuevo compromiso para que usted se esmere en la parte literaria.

—Haré lo posible con el objeto de agradar á usted; porque si merezco su aprobacion, estoy cierto que no me negarán la suya cuantas personas atesoren inteligencia y buen gusto. A Dios, Enriqueta!

—Me deja usted ya?

—Es preciso, hija mia.... A Dios!... No hay que aflijirse... Ya vé usted que nuestras relaciones no se interrumpen. En breve recibirá usted mi primera carta.

—Hasta entonces estaré con inquietud.

—Escribiré á usted desde Cestona, donde pienso tomar algunos baños.

—Allí disfrutará usted de una sociedad escogida.

—Entre cojos y tullidos, ¿no es verdad?

—Y entre caballeros y damas de buen tono.

—Estaré pocos dias... tengo precision de abreviar todo lo posible mi viaje.

—¿Y abandona usted á su fiel *Aguafiestas*?

—¡Pobre perro! Crea usted que no le dejaría en Madrid si supiera como llevarle; si fuera un falderito... pero un mastin....

—Se va á morir de tristeza.

—No me diga usted eso, porque si tal supiera, renunciaría á mi viaje.

—¿Tanto le quiere usted?

—¡Son tan leales estos animalitos!... es preciso estar dotado de un corazon perverso para no corresponder á sus caricias. Pero se hace tarde, Enriqueta... Cuide usted mucho de su interesante salud.

—No eternice usted su viaje.

—Será breve.

—Dios se lo conceda á usted feliz.

—¡A Dios, hija mia, á Dios!



CARTA PRIMERA.

BAÑOS DE CESTONA 17 DE JULIO DE 1851.

Mi predilecta amiga: siento mucho tener que dar comienzo á mi tarea dirigiendo á usted una severa reconvencion. ¿Adivina usted la causa? Presumo que sí. Ello es cierto que sentí un placer imponderable cuando ví á usted entre la arboleda de los varios caminos que se cruzan á breve distancia de la puerta de Fuencarral. Eran las seis de la mañana del 14 de este mes y el dia aparecia fresco y apacible como en la primavera. Usted, Enriqueta, con toda la galanura de la juventud, estaba inmejorable. El sencillo *negligé* que vestia daba realce á sus encantos. Si poseyera yo la habilidad del Ticiano, haria el retrato de usted en aquel recinto, y estoy cierto que no faltaria quien preguntase si era aquella la imágen de Psiquis en los pensiles de su encantado palacio.

Pero olvidaba ya que he de regañar á usted, y muy severamente, por haberse molestado en madrugar. Crea usted que seria inexo-

rable en este punto, si el agradecimiento no desarmase mi..... Iba á decir *mi enojo;* y me hubiera calumniado á mí mismo, porque lejos de enojarme las sinceras muestras de afeccion que usted me tributa, me llenan de orgullo, conmueven mi corazon y solo me dan aliento para jurar á usted que nunca le seré ingrato. Apenas ví á usted, se me arrasaron los ojos de lágrimas de placer y de ternura.

Y usted, amiga mia, ¿qué emocion sintió al verme? Ya lo sé..... tuvo usted lástima de mí, y en efecto era digno de compasion. Verdad es que iba en asiento de berlina; pero tambien es verdad, y verdad muy dolorosa, que habíasele antojado á mi fatal estrella colocarme entre dos individuos libres ya de entrar en quinta, tanto por su avanzada edad como por formar parte del bello sexo, si es que á él puedan corresponder ciertos rostros escepcionales. Por si no bastaban los encantos de estas dos beldades, obesas hasta la sofocacion y amables hasta el melindre, llevaban consigo una perrita americana de esas que ladran con voz de polichinela, y que se abandonan sin el menor reparo al ejercicio de sus funciones naturales. Disimule usted si en obsequio de la verdad la alusion no es de muy buen tono.

Bien puede usted creerme, hermosa Enriqueta, merecia yo tanta compasion entre aquellas dos buenas señoras, como el crucificado entre los dos ladrones. Estoy cierto que usted, cual otra hermosa Magdalena, se compadeció de mí, y si así es en efecto, el haber inspirado á usted un sentimiento tan generoso, me indemniza de los pasados sinsabores, y perdono de todo corazon á mis compañeras de viaje las angustias que sus atractivos me proporcionaron, con tal de que ellas no se me hayan aparecido á guisa de cuervos como aves de agüeros fatídicos.

He llegado á Cestona á las once de la mañana, y mi primera ocupacion es escribir á usted, para que vea la exactitud con que suelo yo llenar mis promesas. Cierto es que el cumplimiento de la presente es muy grato para mí, pues escribiendo á mi mejor amiga se me figura que estoy en conversacion con ella, y á us-

ted no he de decirle si esto me place, porque demasiado sabe usted cuán deliciosos son para mí los ratos que paso en su adorable compañía.

Aunque limité mi oferta á escribir á usted los pormenores de mi viaje al estrangero, quiero ser generoso, y comenzar mi relato por algunas cosas notables que he visto en los tres dias que llevo de peregrinacion. Son cosas que hacen mucho honor á nuestra amada patria, y si en solo tres dias y los pocos sitios que sin elegirlos he recorrido de Madrid acá, no me han faltado objetos que admirar, será preciso deducir que no vale la España tan poco, como los enemigos de su cultura quieren suponer.

En Burgos he visitado ahora, como en anteriores viajes, su famosa catedral, y cada vez he notado en ella nuevas bellezas que me han asombrado. No me prometo hallar en el estrangero muchos templos, no diré yo que aventajen á la catedral de Burgos, porque seria esto sobrado exigir; pero que ni se aproximen á la aglomeracion de un suntuoso conjunto, bajo tan gloriosos aspectos admirable.

La catedral de Burgos es un monumento histórico que patentiza al mundo entero cuantos siglos hace que la piedad, la sabiduria y la grandeza españolas tienen su digno asiento en la avanzada línea do se ostentan las naciones que marchan al frente de la civilizacion universal.

En 20 de julio de 1221 diose comienzo á esta obra colosal, cediendo el rey San Fernando su régio alcázar para que se edificase en él, y colocando por su propia mano la primera piedra.

La fachada de Santa María, que es la principal, frontera al O. se ostenta entre dos torres de 300 pies de elevacion que terminan en pirámides. Su aspecto es imponente, su construccion destella inteligencia y gusto, á pesar de que los tres ingresos de la zona inferior carecen de los adornos que la hermoseaban en otro tiempo. El arco céntrico alardea en su entreojiva un magestuoso fronton greco-romano, y la de los lados dos imágenes de la Vírgen, entornadas de ángeles. Hay cuatro nichos en los machones del

arco principal que cobijan las estátuas de los reyes San Fernando, Alonso VI, y dos obispos.

En la arquitectura de las segunda y tercera zonas se notan adornos de esquisito gusto y muy lindas imágenes de jóvenes laureados. El antepecho que abre comunicacion entre los dos chapiteles, es notable por la feliz ocurrencia de haber formado su barandilla de letras góticas que, aludiendo á la inmaculada madre de Dios, dicen: PULCRA EST, ET DECORA. Graciosas ventanas entornadas de trepado, imágenes de relieve, calados de suma delicadeza embellecen las torres laterales hasta su cúspide.



Hay otras dos fachadas igualmente asombrosas por la multitud de estátuas y grupos de admirable efecto que contienen. La mayor parte de las efigies son de bastante mérito, y el conjunto hermoseado con elegantes torrecillas ofrece una perspectiva encantadora.

Seria nó acabar, mi querida amiga, si quisiera describir minuciosamente las bellezas de la portada que mira al E. No puede usted figurarse el mágico efecto que produce la blancura de este prodigioso frontis; parece que todo él sea de marfil, y los adornos, las imágenes, los bellos grupos de ángeles y querubines, los frontones, pilastras, cornisas y cuanto puede inventar de mas elegante y caprichoso una fantasía fecunda, todo campea allí de una manera delicada. Lo sublime de estas bellezas se dilata por todo el exterior del templo. Magníficas estátuas, soberbios blasones, escudos de armas primorosamente labrados, gallardas torrecillas, chapiteles calados con sin igual donosura, espaciosas escalinatas que conducen al palacio arzobispal, tres magníficas urnas de un mérito superior, y otros mil objetos maravillosos constituyen la parte exterior de la catedral de Burgos.

El interior de este célebre Santuario no es menos suntuoso y admirable. Lo que forma la iglesia está á guisa de cruz latina y consta de tres naves sin la del crucero. Es de una capacidad inmensa, y ademas del altar mayor, atesora capillas, desgraciadamente no todas de igual mérito.

Hay cosas dignas de grande elogio en la mayor parte de los retablos, en cuya arquitectura y objetos accesorios brilla la elegancia y buen gusto que reinaban en la época de la restauracion de las artes; siendo lo mas prodigioso del templo la torre del crucero que, á guisa de cimborrio, descuella sobre las cuatro naves hasta una elevacion atrevida. Los clásicos del siglo próximo pasado califican esta obra de *nueva maravilla del orbe*, añadiendo que *siempre ha sido pasmo y admiracion de cuantos la han visto por ser de las mas suntuosas y de mas realce de España.*

No crea usted, sin embargo, amiga mia, que todo es digno de merecidos elogios en esta famosa catedral. Tambien sus directores han rendido tributo á los estravios de fantasías enfermas, y para ejemplo de esta dolorosa verdad, puedo citar á usted la capilla de *Santa Tecla*, compuesta de una espaciosa nave atestada de ornatos churrigurerescos ó innumerables efigies, de ángeles y de todo lina-

ge de figuras que forman en vez de retablo, un hacinamiento de ridiculeces muy en armonía con las pinturas, particularmente de la bóveda, donde no se distingue mas que una chocarrera confusion de vivos matices. Esta escesiva estravagancia forma particular contraste con las bellezas del templo, que abundan en otras capillas, y muy particularmente en LA DEL CONDESTABLE.

La capilla del Condestable, es á no dudarlo una preciosidad bajo todos conceptos fascinadora. Elegancia en la parte arquitectónica, delicadeza y propiedad en los pensamientos, grandiosidad de estilo, belleza y correccion en los diseños, inteligencia suma en la espresion de las imágenes, en una palabra, Enriqueta, cuantos hechizos constituyen la belleza del arte, luchan á porfia en este hermoso palenque de competencia.

El ánimo extasiado en la contemplacion de tales maravillas no sale de su delicioso arrobamiento sino para sumergirse en melancólicas reflexiones.

Digo esto, Enriqueta, porque siempre que he pisado la catedral de Burgos, he esperimentado esta dolorosa transicion. Del asombro deleitable que embargaba mis sentidos al examinar las bellezas de esta sacra joya de España, sentíame arrastrado á una tristeza indefinible, llena de compuncion y de respeto. No es estraño; el rico y marmóreo pavimento de la iglesia abunda en losas sepulcrales que cobijan los restos de esclarecidos personages, como la ilustre familia de los Velascos y otros de no menos alta prosapia. Sobre uno de estos fúnebres lechos de eterno descanso vénse dos estátuas tendidas, á cuyos pies se leen las siguientes inscripciones:

AQUÍ YACE EL MUY ILUSTRE SEÑOR DON PEDRO HERNANDEZ DE VELASCO, CONDESTABLE DE CASTILLA, SEÑOR DEL ESTADO Y GRAN CASA DE VELASCO, HIJO DE DON PEDRO HERNANDEZ DE VELASCO Y DE DOÑA BEATRIZ MANRIQUE, CONDES DE HARO. MURIÓ DE 77 AÑOS, AÑO DE 1492, SIENDO SOLO VIREY DE ESTOS REINOS POR LOS REYES CATÓLICOS.

AQUÍ YACE LA MUY ILUSTRE SEÑORA DOÑA MENCIA DE MENDOZA,

CONDESA DE HARO, MUGER DEL CONDESTABLE DON PEDRO HERNANDEZ DE VELASCO, HIJA DE DON IÑIGO LOPEZ DE MENDOZA Y DE DOÑA CATALINA DE FIGUEROA, MARQUESES DE SANTILLANA. MURIÓ DE 79 AÑOS, AÑO DE 1500.

En otra sepultura se lee:

AQUÍ YACE DON JUAN DE VELASCO, HIJO NATURAL DEL CONDESTABLE, DUQUE DE FRIAS, CONDE DE HARO, DON PEDRO HERNANDEZ DE VELASCO, FALLECIÓ Á IIII DE JULIO AÑO DE MDII.

En un escudo del mismo sepulcro se lee:

ESTÁ TAMBIEN AQUÍ SEPULTADO DON PEDRO DE VELASCO, HIJO DE DICHO CONDESTABLE, Y DON JUAN DE VELASCO, HIJO DEL DICHO DON PEDRO Y DE DOÑA LUISA DE VELASCO Y VIVERO, SU MUGER.

Hay otros muchos epitafios de varones ilustres, entre los cuales se leen los del infante don Juan, hijo del rey don Alonso el Sábio, el del conde don Sancho y su muger doña Beatriz.

No quiero mortificar á usted, mi tierna amiga, con la melancólica lectura de estas fúnebres inscripciones; solo le citaré á usted una que suele hacer el efecto de un gracioso sainete despues de haberse visto la representacion de una tragedia.

La capilla de San Juan de Sahagun ostenta un retablo que desgraciadamente pertenece á lo mas estravagante del género churrigueresco. En esta capilla sobrecargada de adornos, hay sin embargo un sepulcro muy sencillo con la inscripcion siguiente:

AQUÍ YACE EL BEATO LESMES, HIJO DE BURGOS, ABOGADO DEL DOLOR DE RIÑONES.

No quiero hablar á usted mas de difuntos, no sea que los sueñe por la noche. Tratemos de cosas mas amenas.

Salí de Burgos, y prosiguiendo felizmente mi viaje, poco antes de llegar al Ebro llamaron mi atencion la frondosidad no solo de las llanuras sino de las colinas y faldas de los montes, que ciertamente ofrecian singular contraste con la aridez de las comarcas que acababa de pasar.

Cosa estraña! Las provincias Vascongadas nada tienen que agradecer á la naturalaza con respecto á la bondad de sus terre-

nos, y sin embargo, conforme se aproxima á ellas el viajero se vé sorprendido por el estado floreciente de los campos y se asombra al ver que el esmero y laboriosidad de aquellos naturales ha sabido hacer surgir la vejetacion hasta de entre las rocas de Pancorbo.

Al pisar la provincia de Alava se extasía el viajero en la contemplacion de un cuadro delicioso. Las frondosas márgenes del Bayas, la aglomeracion de lugarcillos que salpican aquellas pintorescas montañas, el perenne verdor que alfombra las bien cultivadas llanuras, forma todo un conjunto fantástico.

Usted, Enriqueta, que es tan aficionada al campo, y tan amiga de las flores, no podria menos de quedar embelesada en la contemplacion de tan magnífico espectáculo. Las mariposas abundan como las hojas de los árboles. La mayor parte cándidas como la nieve, de esas que, segun usted dice, son mensageras de amores y de felicidades. Las ví tambien lindamente abigarradas de aterciopelados matices; pero ni una sola negra, ni una sola de las que vaticinan infortunios. Mi viaje será muy feliz.

Entré en Vitoria, capital de Alava, por una espaciosa calle que me hizo formar una alta idea de la ciudad. Figúrese usted que á mi derecha estaba el paseo de la Florida, sitio frondosísimo y ameno, en cuyos adornos descuella el moderno gusto de una elegante sencillez. Luego se presenta la hermosa fachada del convento de las Brígidas y otros edificios suntuosos.

He nombrado á usted el convento de las Brígidas, porque su elegante portada es efectivamente lo primero que absorve la atencion del transeunte. Su nombre primitivo, allá en la antigüedad, era el de Santa María Magdalena, y aun á principios de este siglo hallábase situado en las afueras; pero habiéndose erigido en su derredor hermosos edificios, campea entre ellos actualmente en la parte mas bella de la ciudad, y lejos de afear á la moderna arquitectura, le dá realce alardeándose en un solo cuerpo sostenido por pilastras, que dejan ver en el centro las columnas de su bella portada. El conjunto es lindo y se debe á los talentos de don Justo Olaquivel que no solo trazó el modelo, sino que dirigió la obra.

Ya sabe usted la razon porque he comenzado por las Brígidas el relato de los templos notables que hay en Vitoria; pero la principal iglesia es Santa Maria, que se compone de tres naves, y ostenta un altar mayor de escelente arquitectura. La segunda parroquia es San Pedro, notable tambien por las pinturas y esculturas que decoran el altar mayor, cuya arquitectura, en el concepto del entendido crítico Ponz aventaja al de Santa Maria.

Hay ademas las parroquias de San Miguel, San Vicente y San Ildefonso y hubo otros conventos que fueron victimas de las vicisitudes de nuestra época.

Quiero hablar á usted de otro edificio, que ademas de merecerlo por su elegante suntuosidad, creo que en el compasivo corazon de usted obtendria la predileccion. Ya puede usted adivinar que aludo á uno de esos santos asilos en donde hallan alivio las dolencias del menesteroso. El ilustrísimo señor don Martin de Sandoval, construyó á sus espensas un magnífico edificio que con el título de San Prudencio destinó á colegio seminario. Está situado en la *Calle Nueva* (1) y sirve actualmente de Hospicio. Es de muy bella arquitectura. El frontis es hermoso y el conjunto destella religiosa gravedad. Esta suntuosa obra fué dirigida por un religioso franciscano del convento de Castro-Urdiales; se llamaba Jordanes, y gozaba á la sazon de muy alta y bien merecida celebridad.

Toda la parte moderna de la ciudad es hermosa, y la Plaza Mayor muy espaciosa y elegante.

Los vitorianos son honrados y valientes. Así lo atestiguan las historias antigua y moderna, dedicando bellas páginas á sus gloriosos hechos.

El 16 llegué á Vergara, y allí donde Espartero halló la paz de España, allí hallé yo tambien mi anhelada tranquilidad. Allí donde abrazando á Maroto, logró el conde de Luchana hacer renacer la alegría en el suelo español, allí yo, despidiéndome de mis obesas, amables, respetables é inconmensurables compañeras de viaje, respiré por fin. Ellas prosiguieron su marcha en gracia de

(1) A pesar de su título es antigua.

Dios, y me quedé yo en el sitio del célebre ABRAZO, en el famoso CAMPO DEL CONVENIO, sin nadie á quien abrazar; pero dispuesto á erigir un obelisco á la memoria del dia 16 de julio de 1851, en que me ví libre de dos inmensas moles del bello sexo. Aunque usted pertenece á él y es una de sus mas estimables joyas, espero me perdonará este inocente desahogo. Mi futuro monumento formará agradable simetría con el que diseñó el arquitecto don Mariano Lascurrain para eternizar el abrazo consabido. ¡Cosas de España! probablemente se erigirán ambos á un tiempo, cuando empiece á volar por esos aires el inolvidable Eolo.

En este instante, amiga mia, me avisan que si quiero que marche mi carta á su destino, la termine y cierre sin la menor dilacion. Solo me dan tiempo para concluir como he empezado, asegurando á usted que siempre será mi predilecta amiga.



CARTA II.

21 DE JULIO.

PRECISAMENTE cuando iba á entrar en lo mas interesante de mi carta anterior, tuve que concluirla, amable Enriqueta, porque iba á marchar el correo; pero nada se ha perdido: empezaré esta por la descripcion del famoso santuario de Loyola.

¿No es verdad que el asunto es grandioso? Se trata nada menos que del fundador de los jesuitas, cuya familia habia crecido en lustre y poder y pertenecia á los pocos hombres que mantenian gente en campaña. Esta familia habitaba el palacio que hoy se conoce por Santuario de Loyola. — Su orígen se oculta en la mas lejana antigüedad.

En el siglo XV, cuando el cruel azote de civiles y sangrientas discordias habidas entre *Gamboinos* y *Oñecinos*, llenaba la Guipúzcoa y Vizcaya de luto y consternacion, deseando Enrique IV cortar de raiz el mal, mandó que se demolieran todos los castillos en que los parientes mayores residieran. Comprendida la casa de Loyola en el mandato real, alcanzaron sin embargo sus dueños, que en gracia de sus distinguidos servicios no desapareciera del todo aquel solar, y en consecuencia derribose únicamente la parte superior, que se reedificó mas adelante.

A fines del citado siglo, don Beltran, padre de Ignacio de

Loyola, era señor de este palacio. Ignacio era el menor de sus hijos y desde su infancia mostró una inclinacion irresistible á la carrera militar. Fué page de Fernando el Católico, pero cada vez aborrecia mas y mas las costumbres cortesanas, y no paró hasta alcanzar un digno empleo en el ejército. En él descolló gloriosamente, y todos los dias ceñia nuevos laureles que con el corazon abrasado depositaba á los piés de una dama de las mas principales, de quien estaba enamorado frenéticamente.

¿Qué no logra el denuedo alentado por el amor? Así es que las contínuas hazañas de nuestro jóven héroe le granjearon el mando del castillo de Pamplona, y supo defenderle con heroismo de los ataques de las tropas francesas.

Hallábase un dia dando ejemplo de valor á sus soldados y motivo de admiracion á las huestes enemigas, cuando recibió un balazo que le fracturó horriblemente una pierna y le derribó en el foso.

Lanzáronse los enemigos sobre él, no para asesinarle, no para ofenderle siquiera, sino para prestarle el auxilio á que se hace acreedor un valiente cuando hay nobleza entre los bandos beligerantes.

Se le hizo conducir á su palacio con todas las precauciones y esmero que son de suponer; pero lejos de recobrar alivio, empeorábase visiblemente la herida.

Algunos historiadores dan la curiosa noticia de que mostrando ya pocas esperanzas de vida se le administraron los sacramentos; pero de repente se le apareció San Pedro y poniéndole la mano sobre la herida..... le curó.

Si lo que precede es cierto, amiga mia, preciso es confesar la existencia de los milagros. Ello es positivo que nuestro buen Loyola no solo sanó de la herida, sino que apareció tan convertido que renunció á todo placer mundano, olvidó en consecuencia sus amores, y para consagrarse exclusivamente á la religion, empezó por dar sus riquezas á los pobres y despojarse de todo linage de honores y dignidades. Si todos los jesuitas hubiesen imitado á su

maestro y fundador, hubiéranse granjeado el aprecio de sus contemporáneos.

Mientras nada bastaba á saciar la ambicion de los discípulos de Loyola, ¿quiere usted saber los primeros pasos de su maestro? Oiga usted: hizo una confesion general en Monserrat, colgó su espada en una columna de aquel monasterio, repartió sus joyas y preciosos trages entre los menesterosos, vistiose de toscas bayetas, y se dirijió á Manresa descalzo, y con la cabeza descubierta.

Ya vé usted que el milagro de San Pedro nada absolutamente dejaba que desear, pues el buen Ignacio, á pesar de su patita rota, emprendió larguísimas peregrinaciones, visitó la Tierra Santa, y para descansar de sus contínuas penalidades ¿qué dirá usted que hizo el santo varon? Se retiró á una oscura y solitaria caverna, en donde las penitencias y maceraciones pusieron su vida en gran peligro.

Hay quien supone que el milagro no le hizo San Pedro, sino una linda jóven de quien, como ya le he dicho á usted, estaba Loyola ciegamente enamorado. El que tal dice niega lo de la herida, y en verdad que parece todo ello mas natural que la prodigiosa cura. Añade que solo una inesperada infidelidad de la dama que poseia el corazon de Ignacio, fué causa de que este hubiera padecido una peligrosa enfermedad, despues de la cual resolvió huir y consagrarse al culto divino.

Regresó al cabo de luengos años á su patria, y despues de haber estudiado con notable aprovechamiento en Alcalá y Salamanca, para poder desempeñar dignamente los deberes de eclesiástico, pasó á Francia y conoció en Paris á Francisco Javier, Diego Lainez y cuatro sugetos mas á quienes comunicó la idea de reunirse para hacer un solemne voto de renunciar á toda grandeza mundana, erigirse en nuevos apóstoles y dedicarse como el buen Jesus á la propagacion de las doctrinas evangélicas. Siguieron todos los consejos del piadoso Loyola, é hicieron el solemne voto indicado, el 15 de agosto de 1534 en la iglesia de *Montmartre*. Pasaron luego á ponerse á las órdenes del Sumo Pontífice. Paulo III otorgoles su

consentimiento y aprobacion para ser ordenados por el obispo que mas de su agrado fuera. Todo se llevó á efecto en debida forma, y Loyola mismo dictó las reglas de la naciente cofradia, que en nada se parecian por cierto á las que regian posteriormente, y añadió, que toda vez que la cruz era su divisa, su lema debia ser AD MAJOREM DEI GLORIAM, y el título de su asociacion *Compañia de Jesus*.

Ahí tiene usted, Enriqueta, un resúmen histórico del orígen de los jesuitas, que tanto han dado que decir y que hacer antes y aun despues de su espulsion verificada en España por órden de Carlos III. Voy ahora á dar á usted una sucinta idea del Santuario.

Situado entre Azcoitia y Cestona, en un ameno valle entornado de gigantescas montañas, vése acariciado por el murmullo del rio Urolas, cuyas márgenes frondosas amenizan aquel recinto encantador.

Levántase el suntuoso edificio como en medio de un deleitoso é inmenso jardin.



Tres ramales de una marmórea y magnífica escalinata con balaustradas conducen al peristilo. El pórtico es asombroso por la

riqueza de los mármoles; pero la arquitectura adolece de pésimo gusto. En el centro del vestíbulo hay una puerta decorada con columnas de orden salomónico, que dá paso á la iglesia. Su planta es circular y tiene 130 piés de diámetro. Elévase en su centro por ocho pilares, que por su corpulencia afean y achican el espacio. El altar mayor destella una magnificencia régia por la hermosura y variedad de sus mármoles, por los ricos mosáicos que le embellecen; pero no se busque en él mérito alguno arquitectónico. Reducido á un cuerpo de dos columnas antorchadas de mezquinas dimensiones y una efigie de San Ignacio en el intercolumnio, presenta un conjunto sin proporciones ni elegancia.

La cúpula es sorprendente por ser toda marmórea; pero sus ornatos adolecen igualmente del corrompido gusto que á la sazon dominaba.

Contiguo al templo hay un edificio cuya altura no llega á 60 piés, de aspecto grave y melancólico, este edificio es la antigua é ilustre casa-solar de San Ignacio de Loyola. Por haber nacido en ella el santo fundador de la compañía de Jesus, es conocida por la *santa casa*. Sobre el arco de su puerta principal alardéanse los blasones de la ilustre familia de Loyola, y la parte interior se reduce á tres pisos que son otros tantos oratorios. La capilla que está en el último, es notable, no solo por haber nacido en ella el santo, sino por la riqueza de su pavimento; todo él de mármoles preciosos. El techo es estremadamente bajo y está sobrecargado de adornos pesados á lo sumo.

Por los años de 1681, antojósele á la reina doña Maria Ana de Austria, viuda de Felipe IV el deseo de erigir un colegio de la Compañía de Jesus en la casa nativa de San Ignacio. Bastó una pequeña indicacion para que los marqueses de Alcañices y Oropesa de Indias, en quienes habia recaido el mayorazgo de Loyola se apresurasen á complacer á la reina, quien en 24 de mayo de 1682 firmó la escritura de la fundacion de este colegio.

El 28 de marzo de 1689 se puso la primera piedra. Esta obra se estiende por uno y otro lado del templo y en lo que va con-

cluido descuellan los espaciosos tránsitos y la vasta escalera principal, que indican la suntuosidad del edificio si á la espulsion de los jesuitas que le ocupaban ya, no hubiera quedado en la mas completa paralizacion. Desde entonces no se ha hecho nada en él; pero digo mal, porque la villa de Azpeitia y la diputacion foral han sabido conservar este magnífico monumento digno de veneracion por los recuerdos que atesora, y ha sido en verdad hacer mucho, cuando tras de tantas vicisitudes no ha quedado reducido á escombros.

A corta distancia del santuario de Loyola esta la villa de Azpeitia, cuya iglesia parroquial no deja de ser notable por su grandiosidad. El frontis es suntuoso, erigido con preciosos mármoles de Itzarritz.

Desde Azpeitia á Cestona pareciome que alguna ilusion poética habia embargado mis sentidos. El inmenso cosmorama que embelesaba mi corazon, no se describe sin poseer el talento de un Walter Scott. Allí, hermosa Enriqueta, veria usted, por entre frondosas arboledas levantarse antiguos palacios y denegridas caserias que forman delicioso contraste con las espumosas cascadas y cristalinos arroyos que serpentean en todas direcciones. Mas de una legua habíase deslizado y solo me quedaron las dulces impresiones de un agradable ensueño fugaz. No podia apartar la vista del monte Itzarritz, de aquella inmensa mole, que semeja el zócalo del trono del Altísimo, obra portentosa de la naturaleza, que entre otras montañas donde la frondosidad se ostenta con sorprendente lujo, asoma su magestuosa calva, desde cuya desnuda cúspide se alcanza con la vista el golfo cantábrico.

Llegué por fin á la casa de baños de Cestona, donde tres dias bien cumplidos hace que estoy de descanso, de consiguiente puedo ya decir á usted algo de la agradable vida y de los malos ratitos que suelen aquí pasarse, porque esto viene á ser todos los veranos un pequeño destello de Madrid, y hay de todo en la viña del Señor.

El establecimiento de baños termales está situado á un cuarto de legua al S. de la villa de Cestona, al pié del monte Ayaquelu

que viene á sér una prolongacion del Itzarritz, á la orilla izquierda del Urola.

Rodeado de gigantescas montañas, pasada la primera impresion de la novedad, es triste á pesar de su frondoso aspecto, porque la vista está como aprisionada en un corto recinto, y no goza como cuando se dilata desde una elevacion, que no le pone mas límite que el de una lontananza inmensa.

La casa es de gran capacidad. Tiene tres pisos con muchas habitaciones en cada uno. El departamento de los baños es aun susceptible de mejoras. Los hay estremadamente reducidos; pero lo que es digno de elogio es el esmero de los sirvientes. No puede negarse que hay allí comodidades, y aun elegancia, particularmente en la mesa, que es buena, como que la abastece un distinguido cocinero de Paris, y los concurrentes se ven muy bien servidos por amables doncellas de unos quince á veinte abriles.

Ya vé usted que estos no son malos reclamos, y si se añade que no cuestan mas que veinte reales el cuarto, manutencion y asistencia, y ocho reales cada baño, si se dá crédito á los prodigios que se cuentan de las milagrosas aguas para las enfermedades *propias del bello sexo*, para los dolores de estómago, paralísis, escrófulas, reuma, gota, calenturas y... qué sé yo!... no es de estrañar que la concurrencia sea numerosa.

En el dia es ademas muy brillante. El piano toca llamada al anochecer en el gran salon del primer piso que está elegantemente amueblado. Los papás ocupan los rinconcitos, y jugando al tresillo soportan mas fácilmente las roeduras del reuma ó los aguijonazos de la gota. Las mamás no se acuerdan del histérico contemplando las gracias de sus hijas, y estas, bailando como sílfides ó cantando como sirenas, olvidan la jaqueca y el esplin. Los impresionables *dandys* no se muestran indiferentes á tantos atractivos, y emprenden sus amorosas conquistas, que suelen hacerse interesantes por las circunstancias románticas que las rodean. Ya usted conocerá, amiga mia, que donde germinan amores deben nacer naturalmente celos y envidias, y chismes y desazones tambien, y

hasta lances de honor. Por eso he dicho á usted que hay de todo en la viña.

Verdad es que en la apariencia, todo rebosa alegría; pero no dude usted que entre aquella general ebullicion, se pierden los suspiros de algun amante mal correspondido, ó los lamentos de un marido celoso. ¿Y cree usted que son estos los mas dignos de compasion? No, Enriqueta. El que ha ido á Cestona para curar una grave dolencia, y no sale de la cama ó de una poltrona sino para ir al baño, y en vez del sosiego que para su bienestar es indispensable, oye un interminable bullicio junto á su reducida celda, ese es verdaderamente digno de compasion, porque aquellas polkas tan agradables, aquellos walses tan dulces y filarmónicos, aquella general alegría, son para el pobre enfermo los ecos de una infernal cencerrada.

Yo lo paso muy bien, los baños me prueban perfectamente y no siento los ratos de ócio, que es en todas partes mi mayor enemigo. Todas las mañanas doy un largo paseo por los montes que rodean el establecimiento, y acabo por bajar á la orilla del rio. Hay un sitio muy solitario á espalda de la casa de los baños, que merece mi predileccion. En él paso horas enteras junto á una fuente que lleva muy bonito nombre, cuyo orígen no me ha sido posible averiguar. Es *la fuente del Amor*. Pues bien, en *la fuente del Amor* paso largas horas, y en ella he empezado y pienso concluir una novela que se me antoja ha de gustarle á usted, porque es sumamente sentimental. No quiero referir á usted su argumento para no desvirtuar el interés que pueda inspirarle su lectura; pero revelaré á usted su título. Es SOFÍA Ó LOS DOS AMORES. ¿Qué le parece á usted? Un libro de amores, escrito á la orilla de un rio y junto á *la fuente del Amor*, creo que escita ya desde ahora la curiosidad de usted. Pues amiga, es preciso tener paciencia hasta mi regreso. Entre tanto no olvide usted á su mejor amigo.



CARTA III.

BURDEOS 31 DE JULIO DE 1851.

HACE ya tres dias que estoy en Francia, mi querida amiga, pero aun tengo que decir á usted algo de nuestra amada patria.

El 26 retrocedí á Azpeitia y allí tomé un asiento en la diligencia que me condujo por Tolosa á San Sebastian.

Acabo de citar dos poblaciones de alguna importancia, y es preciso que diga á usted algo de ellas.

Tolosa es seguramente la mas agradable villa de Guipúzcoa. Está situada sobre la orilla izquierda del Oria á cuatro leguas de Azpeitia entre los montes Hernio y Loazu. La embellecen sobremanera sus aseadas y rectas calles, abundantes en lindas fuentes, casas elegantes y suntuosísimos templos.

La iglesia de Nuestra Señora de la Asuncion, en particular, es grandiosa. Consta de tres vastas naves, cuyas bóvedas se apoyan en cuatro grandes columnas. Una escalinata de tres ramales

da subida al altar mayor que es de un solo cuerpo de dos columnas con capiteles jónicos, sobre los cuales descansa la cornisa y ostenta un bajo relieve de bastante mérito.

Pocos presbiterios destellan la riqueza y elegancia que se nota en el de Nuestra Señora de la Asuncion.

Sorprende el magnífico tabernáculo en forma de templete circular con seis columnas corintias y otros adornos de graciosa arquitectura.

De las tres plazas que tiene Tolosa, la *nueva* merece especial mencion. En ella está la antigua casa consistorial con un pórtico de siete arcos. En esta plaza suelen celebrarse los famosos juegos de pelota.

Lo mejor de Tolosa, amiga mia, es la amabilidad y finura de sus habitantes, el esmerado servicio de las fondas y la alegre ebullicion que da vida al comercio.

¿Y creerá usted que despues de este gran movimiento mercantil todavia asombra el de San Sebastian? Pues así es la verdad, Enriqueta. Ya en el siglo XII era San Sebastian villa de la mayor importancia. Baste decir que la Academia de la Historia la designa como *emporio de comercio*. Desde don Sancho el Sábio que empezó á reinar en Navarra en 1150, todos los monarcas le han dispensado altas pruebas de aprecio y una proteccion sin límites. Sin embargo, en contraste de su prosperidad y opulencia, ha sido tambien víctima de horribles catástrofes.

Si hubiera de narrar todos los sucesos notables ocurridos en esta poblacion antiquísima, seria mi libro interminable, y como mi objeto es dar á usted una idea de mi viaje, pasaré en silencio esa inmensa y gloriosa historia de sus hazañas, esas contínuas alternativas de prosperidades é infortunios, para describir á usted aunque muy sucintamente tal cual es en el dia esta ciudad.

No puede haber ni inventarse nada mas caprichoso y lindo que la situacion de San Sebastian. Su bellísima perspectiva solo puede compararse á la de un inmenso palacio encantado erigido sobre la superficie del agua. Vésele descollar sobre una península que se

enlaza con el continente en el Mediodia por el istmo de San Martin, mientras por Oriente y Poniente besan las aguas sus pintores-



cos muros. Por la parte del Norte levántase magestuoso el castillo de la Mota, al cual sirve de inmenso zócalo el monte Urgull.

El interior de la ciudad es elegantísimo. Las calles son rectas y muy limpias. Las casas niveladas en su altura, y el empedrado escelente.

La Plaza Nueva es preciosa. Es cuadrada y consiste en unos soportales de piedra con mas de cincuenta arcos, sobre los cuales se apoyan tres pisos con balcones corridos por toda la línea. En aquellos soportales reuníase á medio dia una concurrencia muy lucida los dos dias que estuve allí, pues ademas de las familias mas distinguidas de la poblacion, veíanse muchas de la alta aristocrácia de Madrid.

Tambien los templos de San Sebastian son notables y están decorados con magnificencia. La iglesia principal es Santa María, que consta de tres sólidas naves sumamente espaciosas, pero de pésima arquitectura. Hay en ella retablos elegantes, siendo de mucho mérito el de la Soledad y el de Nuestra Señora del Socorro; pero hay tambien algunos que adolecen del mal gusto de la escuela churriguerista.

El coro es notable por su sillería, sus órganos y su rica balaustrada.

Hay otros muchos edificios buenos, y entre los modernos se distinguen una escelente casa de baños, en la que se pueden tomar de mar ó de agua dulce á placer de los concurrentes, y el teatro, que es muy lindo, y cuando yo estuve representábanse en él las mejores óperas italianas de una manera digna, que satisfacia completamente á la concurrencia.

Permítame usted, amable Enriqueta, que diga cuatro palabras de Irun, postrer pueblo de España por este lado, sino por sus bellezas monumentales, que no deja de poseerlas, por los heróicos hechos con que sus habitantes han sabido en todas épocas distinguirse defendiendo bizarramente la frontera.

Entre Irun y el puente de Beobia (que cruza el Vidasoa, línea divisoria entre España y Francia) se alza magestuosa la montaña de San Marcial para hacer ver á los estrangeros que no impunemente se huella el suelo español por osados invasores.

En el primer tercio del siglo XVI crecidísimas huestes de franceses y alemanes fueron completamente derrotadas por el denuedo español.

No menos gloriosa que esta sangrienta lucha fué la que aconteció en igual sitio el 31 de agosto de 1813.

El mariscal Soult supo que San Sebastian y Pamplona, plazas ocupadas á la sazon por los franceses, se hallaban sitiadas por nuestros aliados, y para hacer levantar los sitios, aproximó un formidable ejército á la frontera. A la madrugada del citado 31, destacó una division que pasó el Vidasoa por el Saraburu. Carecian de artillería nuestros valientes, y no pudieron impedir que las masas enemigas cruzaran el rio. Pero al querer posesionarse de la cima de San Marcial, fué esta posicion tan heroicamente defendida por el bizarro comandante general don Juan Diaz Porlier, que no solo fueron inútiles los repetidos y desesperados esfuerzos que hizo el ejército francés, sino que fué lanzado de la altura de Portó, por el teniente general don Gabriel de Mendizabal, que á pié acaudilló su

columna y arremetió con tal denuedo al enemigo que le puso en desordenada fuga. Desalojados sucesivamente de todas sus posiciones, los franceses repasaron precipitadamente el rio, dejando en el campo entre muertos y heridos mas de cuatro mil hombres. Tambien sufrieron alguna pérdida los españoles, y los héroes que tan gloriosamente habian sucumbido fueron sepultados en una ermita, donde los dias 30 de junio y 31 de agosto, por privilegio real, recuerda el estampido del cañon las dos célebres batallas.

He sido estremadamente lacónico en mi narracion, he omitido grandes cosas para llegar pronto á satisfacer la curiosidad de usted, que presumo estará con el deseo de saber mis impresiones en pais estrangero, y sin embargo, vé usted que en los pocos pueblos que de Madrid acá he recorrido hay grandes recuerdos de lo que ha sido la España, y es porque en toda ella hay pruebas inequívocas de que aun es digna de su antigua fama, y de ocupar actualmente un rango honroso entre las naciones mas civilizadas. Sin embargo, carece de lo mas esencial; de un buen gobierno. La ilustracion del pueblo no retrocede: ella le traerá.

A Dios, Enriqueta, no olvide usted á su amigo.



CARTA IV.

PARIS 2 DE AGOSTO DE 1851.

Mi querida amiga: me tiene usted por fin en esta moderna Babilonia, donde llegué ayer entrada ya la noche; pero antes de ocuparme de las impresiones que sentí al pisar por primera vez este gran teatro de memorables acontecimientos que tanto han influido siempre en el destino de las demas naciones, tengo que decir á usted algo de otros puntos, que aunque de menor importancia, no es justo pasarles en silencio.

Bayona, por ejemplo, es una ciudad amurallada, que aunque de amargos recuerdos para la España, porque fué donde la dignidad del trono se humilló ante el capricho de un soldado, haciendo germinar de este vergonzoso incidente una guerra desoladora, merece por lo mismo que se haga de ella mencion.

El seis de junio de 1808 se publicó en Bayona un decreto de Napoleon *declarando rey de España é Indias á su hermano José.* El siempre valiente y pundonoroso pueblo español corrió á las armas para sacrificarse en las aras del honor primero que humillar su cerviz á la tiranía de un soberano intruso.

¿Y qué dirá usted que hacia Fernando VII mientras los espa-

ñoles se aprestaban á morir en su defensa? No quiero yo decirlo; me ruboriza tanta afrenta. Lea usted la historia del levantamiento de España escrita por el conde de Toreno, y con dolor la verá usted mancillada por las denigrantes líneas que siguen:

«Entretanto se recibió en Bayona una carta escrita desde Valencey por Escoiquiz, á nombre de la comitiva y servidumbre de Fernando y los infantes, llena de protestas de adhesion y fidelidad al nuevo rey José y á la reciente constitucion, y adjunta á ella una nota relativa á ciertas súplicas demasiado humildes que en el contesto de la misma carta se injerian. Mas ¿quién se admira de esto si el mismo Fernando escribió tambien á Napoleon y su hermano, en su nombre y el de los infantes, al primero manifestándole su complacencia por el encumbramiento de José, y á este, felicitándole con la misma ocasion, y lisonjeándose de que emparentaria con él, mediante su enlace, con una princesa de la familia imperial? Lo del casamiento tocaba ya en delirio; no parece sino que vemos desvariar con su soñada princesa al héroe que inmortalizó Cervantes.»

Dejemos á un lado estos dolorosos recuerdos para hablar solo de lo que es Bayona.

Situada en donde unen sus corrientes los rios Adour y Nive, es notable por su fortificacion, particularmente por su grandiosa ciudadela que parece inexpugnable.

El sitio mas agradable es la plaza *Grammont*. Bañada por ambos rios y hermoseada por edificios escelentes, como la aduana y el teatro, tiene un aspecto lleno de animacion y vida.

El paseo favorito de los bayoneses se llama *les allées marines*. Es bastante ameno; pero respira tristeza.

Es ciudad populosa. Solo el *faubourg du Saint-Esprit* tiene 6500 habitantes, entre los cuales se cuentan mas de 2000 judios.

El puerto es peligroso por la barra que forma el rio á su desembocadura, y esto hace que sean escasísimos los buques que anclan en él, circunstancia sumamente nociva para que el tráfico mercantil prospere.

De Bayona salí para Burdeos, y me chocó ver que tambien hay en el estrangero terrenos incultos. Estos terrenos se conocen por el nombre de *les landes*, que son unas luenguísimas y undulosas llanuras inundadas de zarzas y matorrales. ¿Será esto prueba de indolencia? No por cierto, porque no puede haber indolencia donde tan bien cuidados se ven los caminos, á pesar de lo poco á propósito que para su conservacion es el terreno. La causa de semejante aridez es que el pais se compone de areniscos eriales que no admiten cultivo.

En *Pontoux* empiezan á alegrar la vista los fértiles valles que dan pasto á multitud de ganados. Mas allá de *Tartas* hay una arboleda amenísima que nos lleva á *Mont-de-Marsan*, graciosa ciudad, aunque muy reducida, en forma de anfiteatro, sobre dos rios que allí se confunden y toman el nombre de *Midouze*.

En pos de este risueño espectáculo, reaparecen de nuevo los terrenos areniscos. Entré en la Gironda siempre melancólicamente impresionado el corazon y afligida la vista por la triste aridez de los campos. Venciome el sueño, y de repente veo al despertar, á guisa de lo que acontece en una comedia de mágia, que la escena sufre una completa transformacion, y en vez de las melancólicas malezas, arroban la vista los encantos de la vejetacion.

La villa de Langon, donde este cambio acontece, es bastante rica, merced al Garona que fertiliza sus campos y los puebla de deliciosas huertas y frondosísimos viñedos. Lindísimas casas de recreo vaticinan ya la proximidad de una ciudad populosa. ¿Quiere usted saber cuál es esta ciudad?

Es Burdeos, amiga mia, es Burdeos que se eleva rodeada de agua. Parece una inmensa cuna mecida por las aguas del Garona y de los riachuelos Pelagus, Bégles y Divitia.

Estos magníficos preludios determináronme á permanecer dos dias en Burdeos, para enterarme bien de lo notable de esta hermosa poblacion.

Afortunadamente mi digno corresponsal Mr. Laplace, estuvo muy fino y galante conmigo, pues no solo me rindió mil obse-

quios, sino que tuvo la amabilidad de acompañarme á ver algunos de los mas celebrados edificios.

Hay en Burdeos trece iglesias, á saber: seis parroquias y siete sucursales. Era imposible verlas todas en dos dias, mayormente cuando otras muchas cosas reclaman tambien la atencion del viajero. Seguí los consejos de mi amigo conductor, y visité las que únicamente lo merecian por sus recomendables circunstancias. De este rápido exámen salí convencido de que el mejor de los templos de Burdeos es la iglesia metropolitana de San Andrés. Este magnífico monumento de arquitectura gótica y romana, tiene un orígen muy antiguo. Lo que mas me chocó fué la elevacion, la osadia y regularidad de la nave del coro, y la belleza de sus ornatos. Hay muchos grandes cuadros que decoran el templo; pero no ví ninguno de un mérito superior.

Los protestantes poseen dos templos en Burdeos. El primero, situado en la calle *du Hâ* en la antigua iglesia de Nuestra Señora, nada ofrece que sea digno de mencion; el segundo, situado en la calle de Nuestra Señora, *aux Chartrons*, es de construccion moderna y hace honor á los talentos de Mr. de Corcelles que hizo el dibujo y dirigió la obra. Es de estilo griego y presenta una fachada de cuatro columnas de orden jónico, con un fronton triangular sobre el cual está esculpido el libro de la Biblia.

Los judios tienen su Synagoga en la calle *Causse-Rouge* construida igualmente por Mr. de Corcelles, y que se abrió el 14 de mayo de 1812. Ha servido de modelo para la que se ha construido últimamente en París. Está decorada con mucha propiedad, pues todos los ornatos recuerdan á Moisés y Salomon.

Hay escelentes establecimientos de beneficencia, los hay tambien de represion, y sobre todo científicos. El liceo, la escuela de medicina, la biblioteca, el museo, el observatorio, la escuela de dibujo, la galeria de pinturas, el jardin botánico, la academia nacional, las sociedades de medicina y farmacia, la escuela de partos, la sociedad de agricultura y otras muchas casas de enseñanza son cosas dignas verdaderamente de una capital culta y distinguida.

Los paseos y jardines públicos son amenísimos y grandiosos. El jardin nacional, conocido mas bien por *Champ-de-Mars*, fué abierto en 1757 y tiene fama de ser uno de los mas bellos de Francia. Su *Cours-Tourny* es una larga arboleda que coge desde la plaza *Dauphine* hasta *Saint-André*. El golpe de vista que presenta este paseo orillado de magníficos edificios, es imponente y solo puede compararse con los Campos Elíseos de París.

Varios son los coliseos de Burdeos; pero el que merece especial mencion es el gran teatro de la plaza de la Comedia. La parte esterior de este soberbio edificio asombra. Tiene fama de ser uno de los mejores monumentos de Europa, pero es tan magnífico y suntuoso por fuera, tiene un peristilo tan arrogante, ostenta con sus infinitas y corpulentas columnas un aspecto tan grave y solemne, que parece luego mezquina la sala interior y de escasa capacidad. Está decorada de una manera elegante y séria á la vez; y puede contener tres mil espectadores.

En este teatro tuve ocasion de ver á algunos de los buenos actores de París.

El 30 de julio se representó en él una funcion compuesta de las piezas siguientes:

Les extases de Mr. Hochenez, *vaudeville* en un acto de monsieur Marc Michel.

Père et Portier, *vaudeville* en dos actos de Bayard y Warner.

E. H., *vaudeville* en un acto de Moreau, Sirandin y Delacour, y

Un divertissement vénetien, baile.

En todos los citados *vaudevilles* desempeñaba el famoso Sainville el papel principal de una manera admirable.

Los carteles daban á este actor el título de *premier comique grime du théatre Montansier á Paris*, y verdaderamente, Enriqueta, no hay mas que ver á Sainville para desternillarse de risa. No vaya usted á creer que esto pueda originarlo su ridícula figura, nada de eso; Sainville, aunque algo grueso, es de gallarda y simpática presencia; pero su juego escénico es inimitable por la naturalidad; su jovialidad es eléctrica, y ni un solo defecto empaña su

estraordinario mérito. En algunas escenas me trajo á la memoria á nuestro malogrado Lombía, que sabe usted que en ciertos papeles era sobresaliente.

Sainville empezó su carrera en Burdeos. Hacia veinte años que habia abandonado una decente profesion para seguir la del teatro contra la voluntad de sus parientes. En el dia debe alegrarse de semejante *coup de tête*, pues no hay la menor duda que ocupa el rango de los pocos actores de talento de nuestra época. Los artistas como Sainville son muy raros. Merced á su estraordinaria habilidad, las piezas mas detestables del teatro francés se ven con gusto.

En los *Extases de monsieur Hochenez* es morirse de risa. Sin embargo; el tal *vaudeville* es una solemne sandez. Juzgue usted misma por su argumento. Mr. Hochenez, recien casado, lleva su esposa á París. Toma para su servicio un *groom* que se llama José. Este acababa de salir de la casa de un profesor de magnetismo, donde aprendió todos los secretos de la ciencia de Mesmer, y abusa de ellos en casa del nuevo amo hasta un estremo espantoso. Figúrese usted que abisma al pobre Mr. Hochenez en un profundo sueño magnético, durante el cual hace limpiar la casa á este buen amo mientras se le come el almuerzo el taimado *groom* y se hace dar un regalo de 1200 francos, hasta que otro facultativo magnetiza al tal criado, que confiesa en su sueño todas sus picardigüelas. ¿Ha visto usted cosa mas necia en su vida? Pues esto se aplaude, merced á los grandes talentos de Sainville.

Père et Portier es un atajo de escenas de mal tono. No podia yo concebir como un cómico de la inteligencia de Sainville podia representar semejantes piezas.

El dia siguiente al de su primera representacion, leí en un periódico de Burdeos estos renglones: «*Nous prenons la liberté d'engager l'artiste qui nous visite á ne plus nous jouer ce vaudeville qui éloignerait du théatre bon nombre d'éspectateurs, scandalisés par certaines libertés d'expression dont la pudeur la plus cuirassée pourrait à bon droit s'offenser.*» Pero lo singular es que en

este mismo *vaudeville* fué Sainville estrepitosamente aplaudido.

Usted ha visto ya la piececita E. H. por haberse ejecutado tambien en nuestros teatros. Si la viera usted representada por Sainville y Rolland, no la conoceria usted. Estos dos actores están en ella inmejorables. Confesemos que se necesita un talento privilegiado para dar gran realce á producciones que apenas rayan en lo mediocre, y hacer tolerables las que son absolutamente pésimas.

En fin, amiga mia, pasé una noche muy agradable, y el dia siguiente salí de Burdeos llena la fantasía de bellos recuerdos.

Al salir de esta rica ciudad me llenó de asombro el puente que cruza sobre el Garona sostenido por diez y siete arcos de piedra, de un efecto maravilloso.

¿Le parece á usted ya que voy á empezar el relato de mis impresiones en París? No es tiempo aun, mi tierna amiga. Es preciso que contenga usted su impaciencia por algunos momentos mas. Seré breve: tengo que hablar á usted de los ferro-carriles, y lo haré con esa misma velocidad de que ellos nos dan asombroso egemplo.

¡Qué prodigiosa invencion, amiga mia! Aunque no tuviera nuestro siglo mas derecho á la admiracion y gratitud de las generaciones futuras que la sábia aplicacion del vapor, seria siempre citado con respeto en el porvenir.

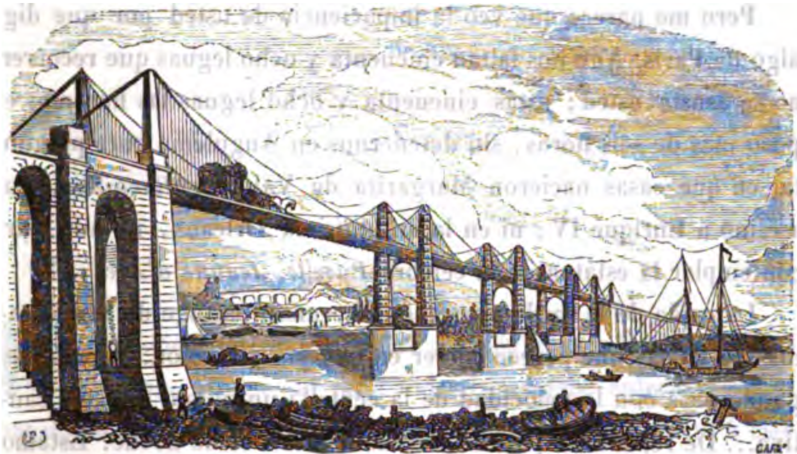
Pero antes de proseguir es preciso rendir un tributo de admiracion á otra maravilla de la humana inteligencia.

Despues de atravesar un inmenso y delicioso jardin, y digo jardin porque este nombre solo puede espresar debidamente la amenidad deliciosa y aspecto encantador de un campo frondosísimo, alfombrado de viñedos y mágicos pensiles, de entre los cuales se levantan elegantes casas de recreo sombreadas por colosales arboledas que se cruzan en todas direcciones, fertilizadas por el Dordoña, llegamos al magnífico puente que nos facilita el paso sobre este caudaloso rio.

El puente colgante de Cubzac, que así se llama por hallarse situado en San Andrés de Cubzac, es una obra maestra que deste-

lla osadia por todos lados. Yo, Enriqueta, le contemplaba absorto, y no podia comprender nada mas que la imposibilidad de tan asombrosa construccion. Pero está construido, me decia á mí mismo, está vencido el imposible, y está vencido de una manera admirable.

Sostenido por doce grandiosas pirámides de hierro colado con dibujos y calados de estraordinario mérito, no obstante de que



cruza por poco mas arriba de la mitad de tan gigantescos pilares, la elevacion del piso sobre la superficie del agua permite pasar por debajo á todo linage de buques del mayor porte. Los cordones de alambre que sujetan y sirven para dar á la máquina las necesarias evoluciones, se cruzan con primorosa elegancia, presentando un conjunto altamente pintoresco. En ambas márgenes se apoya sobre edificios sólidos que constituyen entre los dos lados 58 grandes arcos de piedra que ofrecen una perspectiva hechicera.

Le parecerá á usted imposible que despues de haber contemplado esta grandiosa produccion de la sabiduría humana, pueda haber aun cosas que absorban la atencion del viajero. Sin embargo, llegué á *Tours*, rica ciudad rodeada de suntuosas quintas sobre una campiña frondosa y risueña, que el famoso *Loire* fertiliza y enriquece.

Allí olvidé cuanto habia visto hasta entonces; el hermoso embarcadero para los ferro-carriles, cautivó toda mi atencion de una manera agradable; no he visto otro edificio destinado á igual objeto, que pueda aspirar siquiera á ser cotejado con el de *Tours*, inclusos los de Paris. ¡Qué ligereza y gusto en la construccion! ¡Qué solidez y hermosura! Todo él está fabricado de hierro, y parece sin embargo una mágica mansion aérea. Es cosa lindísima que no dudo le gustaria á usted mucho, Enriqueta.

Pero me parece que veo la impaciencia de usted por que diga algo de Paris. Aun nos faltan cincuenta y ocho leguas que recorrer, no se asuste usted; estas cincuenta y ocho leguas las haremos en poco mas de seis horas, sin detenernos en Angulema para preguntar en qué casas nacieron Margarita de Valois y *Ravaillac*, que asesinó á Enrique IV; ni en la antiquísima Orleans, ni aun para contemplar la estátua de la célebre *Pucelle, Jeanne d'Arc*.

La caida de la tarde oscurece el hermoso paisage de las cercanías de París, que parece correr en opuesta direccion. A cada segundo pasa con la velocidad de la centella un objeto que me cautiva... De repente se para la locomotora. Ya es de noche. Estamos en la *gare* y vuelven de nuevo las ruedas y los caballos á nuestra diligencia, de que antes nos habian desposeido para encajar el coche en un *wagon*.

Eran las nueve cuando cruzábamos el famoso Sena. Pocos minutos despues llegamos al espacioso patio de las mensagerias generales. Hospedeme en el *hôtel* mas inmediato, y rendido como estaba, no tuve aliento sino para ir á descansar.

Ahora como entonces, Enriqueta, necesito algun descanso, y espero me le otorgará usted, permitiéndome dejar el comienzo de mi narracion acerca de París para la próxima carta.

Cuide usted mucho de su preciosa salud.



CARTA V.

3 DE AGOSTO.

He prometido empezar á hablar á usted hoy de París, mi tierna amiga, y creo que ante todas cosas debo enterarla de lo mas notable de su historia. Dedicaré solo un par de cartas á este objeto.

En las orillas del Sena, donde tantos palacios se aglomeran en el dia, donde ruge de contínuo el estrépito de cien carrozas, donde hormiguea una poblacion entusiasta, veíase, dos mil años há, un hacinamiento de humildes chozas de paja encerradas en una pobre isleta!

Los galos llamaron á esta reunion de chozas *Loutouhezi*, que en lenguage céltico significa, habitacion en medio de las aguas. Los franceses la apellidaron *Lutèce*. En estas chozas se refugió la tríbu de los Parisii que de la Galia céltica pasó á las orillas del Sena para dedicarse á la pesca. De aquí hacen derivar los etimologistas el nombre de París que se ha dado á la capital que de tan miserable orígen ha llegado á ser una especie de Atenas de la moderna civilizacion.

Aunque salvages los Parisii, hicieron prodigios de valor con-

tra la invasion de los romanos, hasta el estremo de incendiar sus moradas por no rendirse y defenderse en los cenagales de la Bievre.

Cuatro siglos se deslizaron sin que se hablase de *Lutèce* hasta que vino á ser la morada predilecta del emperador Julian. Tenia en *Lutèce* su palacio, del cual existen aun algunos restos en la calle de *La Harpe* conocidos por *les Thermes*. Julian llamaba á la villa de los PARISII, su querida ciudad, y se deshacia en elogios de sus moradores. «Adoran á Venus, decia, porque preside los himeneos, no hacen uso de los dones de Baco sino con el deseo de tener muchos hijos, huyen de los bailes lascivos, de la obscenidad é impudencia de los teatros, etc.» Si este buen emperador alzára ahora la cabeza, no dejaria de notar alguna diferencia entre los austeros principios de los parisienses de antaño y las bulliciosas costumbres de los de ogaño.

A la dominacion romana sucedió la de los FRANCOS. Por los años 511, habiendo sido Childeberto elegido rey de París, de dia en dia iba adquiriendo mayor importancia y embelleciéndose de una manera portentosa. Sin embargo, con los reyes de la tercera raza fué cuando empezó la estension de París, su engrandecimiento político, su accion civilizadora.

En el siglo XI adquirió ya París gran renombre por sus escuelas, centro de luces á donde acudian de todas partes para instruirse, foco de movimientos populares, fuente inagotable de grandes pensamientos, de acciones generosas y de tumultuosos placeres. París llamábase ya á la sazon *la ville des lettres*. De toda la Francia acudian para oir á sus teólogos y doctores. Diez mil escolares se reunian en las oscuras salas de su naciente universidad, llenaban las escuelas de *la place Maubert*, apiñábanse en *Sainte-Geneviève*, para oir á *Pierre Lombard*, á *Guillaume de Champeaux*, y sobre todo á *Abailard*. París era tambien entonces *la ville des plaisirs*. Un escritor de aquellos tiempos esclamaba: *O cité seduisante et corruptrice! que de pièges tu tends à la jeunesse, que de péchés tu lui fais commettre!*

Era sin embargo el París de Luis VI, que abarcaba, ademas

de la *Cité* veinte ó treinta callejuelas fétidas, cenagosas y oscuras! Con todo, aquellas casas desiguales, húmedas y sombrias eran centros de báquicos festines. ¡Cuántas citas amorosas *á la porte Baudet!* ¡Cuántos dulces coloquios *sous l'ourmeciau Saint-Gervais!* ¡Cuántos galanteos y ardientes caricias entre amartelados amadores *au puits d'amour de la rue de la Truanderie!* Y en cambio ¡cuánta sabiduria en el modesto edificio de *l'église Saint-Merry!* ¡Qué de poéticos hechizos en la veneranda casa *rue du Chantre*, donde Eloisa y Abelardo, con los libros abiertos ante sus ojos, hablaban mas de amor que de filosofía, y olvidaban las sentencias por un beso! ¡Cuánta ciencia en la abadia *Saint-Victor*, por cuyas bóvedas resonó cien veces la elocuente palabra de Abelardo!... de aquel hombre cuya vida pública y desdichas privadas llenaron una época! ¡Cuántas dulces aventuras y amorosas canciones! *Les chansons d'Abailard,* decia la tierna Eloisa, *rendirent mon nom célèbre par toute la France!*

La casa de estos desgraciados amantes no existe ya; no queda de ella mas que una tradicion esplotada por un particular, que en una de sus propiedades hizo escribir los dos malos versos siguientes:

Héloise, Abailard, habitèrent ces lieux,
Des sincères amants modèle précieux.

¿Cuál de las modernas Safos mostrará al mundo el genio, la sabiduría inmensa, y sobre todo el corazon enamorado, sublime, heroico de la abadesa del *Paraclet?* ¿Podria la sociedad actual con todas sus pasiones dar orígen á una historia tan tierna como la de los amantes del duodécimo siglo?

En el reinado de Felipe Augusto fundáronse dos hospitales, tres colegios y once iglesias, entre las cuales contábase la abadia *Saint-Antoine des Champs.* El rey agrandó el palacio del *Louvre*, empezado por sus predecesores. Diose tambien comienzo entonces á la magnífica iglesia de *Nôtre-Dame* que no se terminó hasta dos siglos despues. El cementerio *des Innocents* fué rodeado de largas galerias que se llamaron *charniers;* pero aquella mansion de la

muerte fué convertida por la moda en lugar de lujo, de placeres y de citas amorosas.

La edad media, con su fé ardiente, no temia el término de la vida, y hasta de la muerte hacia burla. Hé aquí por qué se notaba pintada en las paredes de los *charniers* la *danse macabre*, alegoría filosófica en la cual figuraba la muerte conduciendo al sepulcro á personas de todas clases. Esta alegoría fué tambien muchas veces representada por actores que se atraian la multitud. La muerte llevó el baile al cementerio *des Innocents* durante mas de seis siglos y apiñó allí los cadáveres de veinte á treinta generaciones. Así es que en 1785, cuando la administracion municipal quiso destruir este inmenso campo santo, que se habia convertido en foco de infeccion, hizo estraer de su seno un millon y doscientos mil esqueletos, que desfilaron por delante de sus descendientes para ir á formar con sus huesos los muros de las catacumbas. Esta fué la última representacion de la *danse macabre*, dice Mr. Lavallée.

Heredó el trono de Felipe Augusto Luis IX, conocido por San Luis. Subió á él en 1226 bajo la regencia de Blanca de Castilla. Este príncipe fué el primero de la tercera raza que ostentó buenas costumbres, justicia y probidad.

El sucesor de San Luis fué Felipe III, el Atrevido, que hizo notable su reinado por algunas instituciones útiles.

Sucedió á este Felipe el Hermoso, el verdugo de los Templarios, que como usted sabe, les hizo quemar públicamente en la *place Dauphine* por los años de 1311. Oiga usted las causas de este suceso.

Una de las circunstancias mas características del reinado de este príncipe, fué cierta inmoralidad devoradora, desprovista de todo freno. El lujo de la córte crecia de una manera ruinosa, y en la misma desmesurada proporcion iban rápidamente aumentando las vejaciones, los impuestos exorbitantes que alimentan al trono y secan para siglos las fuentes vitales del pueblo.

La conducta de Felipe IV hacia por momentos mas imposible la prosperidad pública, por medios inícuos que legitimaron el so-

brenombre de *falso monedero* que las víctimas de aquel tiempo le aplicaron, y que la posteridad ha cometido la injusticia de no conservarle. El porvenir debe erigirse en juez inflexible y severo de las malas acciones de cuantos por su posicion elevada rara vez son bien juzgados durante su dominacion.

Cuando hubo agotado la mina de las contribuciones, alterado el valor de las monedas y cometido otros mil escesos para mantener su insolente pompa, completó el escándalo con el osado proyecto de apoderarse de las grandes riquezas pertenecientes á los *caballeros del Templo*.

La calumnia, esa arma homicida que solo esgrimen los malvados, fué la que eligió Felipe el Hermoso para saciar la sed de oro que le devoraba.

El 13 de octubre de 1307, en la sala de la inquisicion de Carcasona, desplegábase todo el fúnebre lujo que era de costumbre en las ceremonias solemnes. Las paredes estaban cubiertas de negras colgaduras con terroríficos adornos blancos figurando cabezas de muerto. Sobre unos pilares de mármol veíanse estátuas emblemáticas, y entre estos pilares los atributos del *Santo Oficio*, con centinelas de acerada armadura, calada la visera y empuñando la alabarda, silenciosas é inmóviles como las mismas estátuas.

Habia en el fondo una mesa con un crucifijo, y un manuscrito voluminoso que contenia los Evangelios reproducidos en caracteres góticos por un sábio dominico de Carcasona. A los piés del Crucifijo lucian dos puñales cruzados que simbolizaban la justicia pronta y secreta de la inquisicion. Una lámpara de bronce que colgaba de la bóveda, arrojaba una claridad rojiza, misteriosa y siniestra sobre todos los objetos.

A las diez de la noche, que en el reloj del tribunal sonaban pausada y melancólicamente, invadieron en procesion aquel lóbrego recinto los jueces venales, esclavos del monarca, y tomaron asiento en derredor de la mesa por el órden siguiente:

Juan Alnet, como senescal, cubierto de largo ropage, con espada en el cinto, ocupó el sitio de la presidencia.

El obispo de Carcasona, Pedro de Rochefort, sentose á su izquierda en trage pontifical. A la derecha colocose el gran inquisidor Juan de Belna, vestido de negro; y á las dos esquinas los inquisidores Guillermo de Albutiis y Nicolas d'Abbeville, en trage igual al de su gefe.

A un estremo de la mesa alardeábase altanero el abogado del rey, y al lado opuesto el preboste.

Una puerta lateral giró de repente sobre sus goznes, y abrió paso á los *caballeros del Templo*. Eran seis y presentáronse escoltados por una fuerte partida de arqueros seguidos del verdugo *Pierre-le-Dur*, que por respeto se detuvo bajo el dintel de la puerta, apoyado en el hacha que recien afilada empuñaba con su nervuda diestra.

Los Templarios se presentaron con toda la serenidad de la inocencia. No habian perdido un solo destello de aquel aire altivo y marcial que les distinguia en las batallas de Ultramar. Su aspecto era imponente. Su manto blanco, hermoseado con la cruz encarnada, su barba respetable, sus grandes botas con espuelas de oro, su cinturon negro, aunque sin espada, realzaban la magestad de su gallarda presencia. Aparecieron con las manos atadas... ¡aquellas manos que tan valerosamente habian blandido el acero en defensa de la cristiandad!

Distinguíase uno de ellos por una señal honrosa. Era la cruz de Comendador que brillaba sobre su alto pecho. Llamábase Juan de Lacassagne, viejo dotado aun de lozanía viril, endurecido por las campañas y con el alma templada en el ascetismo. Sus espresivos ojos brillaban bajo la ancha frente atezada y ennoblecida por el sol de Oriente, donde habia guerreado treinta años.

Los demas *caballeros* estaban en la fuerza de la edad ó en la flor de la adolescencia. Llamábanse Monpezat, Rubbé, Bos, Sabatier, y Mossie. Todos pertenecian á las mejores familias del Languedoc, todos eran ricos de gloriosos hechos militares.

El gran inquisidor, y no el senescal á quien competia como presidente, dió comienzo al interrogatorio de este modo:

—¿Jurais—dijo á Lacassagne—ante el Crucifijo y sobre los Santos Evangelios decir la verdad al tribunal del *Santo Oficio?*

—Cuando calcé mis espuelas de *caballero del Templo*, presté solemne juramento de decir la verdad en todo caso por peligroso que fuese.

—¿Y vosotros, señores Templarios?

—Hemos jurado lo mismo.

—Comendador, vuestra órden ha sido acusada de estar en la creencia que Jesucristo era un hombre como los demas, que solo por sus crímenes sufrió el suplicio de la cruz. ¿Qué decís á esto?

—Digo, gran inquisidor, que te arrogas facultades y poderes que no te competen. Nadie... ni el mismo rey tiene el derecho de averiguar el pensamiento de un Templario. Solo el Papa..... Solo Dios.....

—¿Ignorais, Comendador, que soy un delegado del Santo Pontífice?

—¡Imposible! El lobo no puede ser delegado del cordero.

—Pues qué, viejo audaz ¿no os prueba mi autoridad cuanto veis en vuestro derredor? Los arqueros que os custodian, el senescal de Carcasona depositando su poder en mis manos, Pedro de Rochefort sentado entre los jueces..... ¿No reconoceis el santo tribunal?

—Veo en vosotros una reunion de hombres sanguinarios—respondió el viejo con tranquila dignidad.

—¡Templario!—gritó ciego de cólera el inquisidor—el tormento os hará confesar la verdad.

—Me rio de tus amenazas.

—Insolente! ¿estais resuelto á no responder?

—A vosotros no, jueces, contra los cuales protestamos; pero contestaremos á las acusaciones que nos dirijais; para que nos oigan los santos del cielo y los justos de la tierra, y para hacer á Jesucristo el honor que se le debe.

—Hablais de Jesucristo y de los santos, cuando todo el mundo sabe que no creeis en Dios!

—Por San Juan! mientes de una manera infame, inquisidor.

—Le habeis escupido en la cruz.

—A tí te escupiria yo en la cara, ministro de Satanás, si no te halláras revestido de un carácter sagrado que deshonras. ¿Qué os proponeis, viles instrumentos de la tiranía, qué os proponeis lograr con ese sistema de calumniosas acusaciones? Demasiado sabeis que solo ciertas conciencias diabólicas como las vuestras son capaces de inventar tan monstruosas imposturas. La *Orden del Templo* no creer en el buen Jesus! ¡Oh Providencia Divina! ¿cómo permites semejantes blasfemias? ¿Cómo no haces que la impura lengua que de tan vil modo calumnia á la inocencia, se quede antes pegada en el sacrílego paladar del impostor?

—Ya veis como la Providencia se muestra sorda á vuestra súplica; esto prueba que ella misma os acusa tambien. Dejaos de inútiles ficciones, Comendador; nadie cree en vuestra devocion, y mucho menos en vuestra decantada castidad. Se os hacen cargos muy graves sobre este punto.

—A los cuales no contestaré nunca.

—Porque no sabriais acaso como disculparos.

—Porque creeria mancillar mis labios rechazando semejantes inculpaciones.

—Es ingenioso el ardid.

—De los labios de un Templario no sale nunca mas que la verdad. Los ardides, ó mejor dicho, la mentira es el aliento de los que amoldan su inícua conciencia á los caprichos de un tirano.

—Sois altanero en demasia, Comendador.

—Y tú, inquisidor, eres en demasia vil para que yo te guarde el respeto que solo merecen los jueces probos.

—El despecho os hace delirar, Comendador, y siendo vos el reo, quiere este digno tribunal daros ejemplo de mansedumbre y moderacion. Os perdona vuestros groseros insultos, porque al fin sois un pobre viejo, cuyas supercherías son conocidas ya de todos.

—¡Inquisidor!

—¡Oh! no teneis motivo para enojaros, muy al contrario,

debeis estar agradecido á un tribunal que no solo ha tolerado vuestros groseros insultos, sino que, lo repito, os los perdona. Ojalá estuviera en sus atribuciones el perdonar vuestros graves crímenes.

—¿Y qué crímenes son esos?

—Los conoceis ya.

—No conozco ninguno.

—No creeis en Dios.

—He dicho ya que es una horrenda calumnia.

—Le habeis escupido en la cruz.

—Falso.

—Negais la virginidad de su Santísima Madre.

—Mentira, mentira atroz.

—Templario—dijo el inquisidor dirigiendo la palabra al caballero Monpezat—si quereis obtener vuestro perdon, responded al *Santo Oficio* con mas verdad que vuestro Comendador, y sobre todo con mas moderacion. Decid, ¿no es cierto que á vuestra admision en la *Orden del Templo*, os presentó el Gran Maestre un ídolo de madera sobredorada y un Crucifijo?

—Es cierto.

—¿Y no lo es tambien que os dió una órden terminante de adorar al ídolo y escupir al Crucifijo?

—Es cierto.

—Ya lo ois, jueces—esclamó el gran inquisidor con aire de triunfo—se le queria obligar á escupir al Crucifijo y adorar á un ídolo! Son gentiles, no cabe duda alguna.... Escribidlo, secretario, son gentiles segun su propia confesion. Escribid, escribid.....

—Sí—continuó con dignidad el Templario—escribid cuanto he contestado, y añadid lo que me falta que decir ahora. Habeis de saber, señores jueces, que cuando un novicio se presenta para recibir el hábito de *caballero del Templo*, para asegurarse completamente de la firmeza de su creencia, se le hace pasar por varias pruebas que no dejen la menor duda de sus sentimientos, y una de ellas es la adoracion de un ídolo y el renegar de Jesus. Si el candidato, á pesar de las amenazas mas activas y aterradoras, ó las

promesas mas brillantes, permanece fiel á la verdadera religion, y se muestra pronto á morir primero que cometer una horrible apostasía, el Gran Maestre le confiere el título de *caballero de la Fé*, que sabe defenderá hasta sacrificar por ella su vida. Esto, señores, es lo único que se hizo conmigo.

—¿Os retractais, Monpezat?—preguntó con viveza el inquisidor.

—No me retracto, os he contestado la verdad.

—¡Oh! no, no—añadió colérico el inquisidor—está visto que habeis estudiado todos perfectamente vuestros papeles. ¡La verdad!... Estoy seguro que la direis, Templarios, sino en este momento... mas adelante quizás... El tormento os hará entrar en razon.

Efectivamente, amiga Enriqueta, viendo el gran inquisidor que el interrogatorio se prolongaba infructuosamente, apeló al horrible cuanto inícuo medio de la tortura, y aunque los mas infernales castigos no pudieron vencer al Comendador, los demas Templarios cedieron á la vehemencia de los dolores, y entre los brazos de los verdugos que sin piedad les martirizaban, confesaron maquinalmente cuanto quiso el gran inquisidor. Su triunfo fué sin embargo de corta duracion, pues al recobrar sus fuerzas los Templarios, recobraron tambien su conocimiento y se retractaron con heroica energia de lo que habian proferido en el acceso de sus horribles angustias.

Cuatro años deslizáronse y Felipe el Hermoso mostrábase inexorable contra los *caballeros del Templo*, hasta que hubo de obtener de los Concilios de Sens y de Rheims la horrible sentencia de su muerte en pública hoguera.

Verificose en efecto el espantoso AUTO DE FÉ el 20 de junio de 1311 y era tan fanático el pueblo en aquel entonces, que la plaza donde ofrecerse debia el execrable acto de barbárie, estaba inundada de espectadores. Las cabezas de inmensa multitud, movíanse undulosas á la manera que se agitan las espigas mecidas por el viento. Ventanas, tejados, azoteas, todo estaba coronado de

gente ávida de curiosidad. ¿Lo creyera usted, Enriqueta? Iban todos como si les aguardara un espectáculo delicioso. Las señoras se adornaron con singular coquetería, con el mismo esmero que si se hubiera tratado de concurrir á un baile. El próximo y desastroso fin de los Templarios no escitaba en ellas compasion alguna hácia unos hombres acusados de los mas feos delitos, de haber escupido al Crucifijo y haber negado la virginidad de Maria!

En medio de la alegria universal, habia algunos espectadores que lloraban amargamente, que exhalaban dolorosos ayes, y prorumpian en gritos de angustia y desesperacion. Eran los parientes de las víctimas, que ocupaban los sitios mas inmediatos al lugar del suplicio. Eran las pobres madres que aguardaban ver por última vez á los hijos que habian tenido en sus entrañas.

Cuando la torre de la *place Dauphine* anunció en lóbregos sonidos las ocho de la noche, una cabalgata de caballeros armados avanzó á duras penas por entre la multitud. El lugar del suplicio, ya sombrio por la entrada de la noche, viose de repente iluminado por las llamas de cien hachones que los agentes del preboste agitaban en el aire. A esta claridad fosfórica y resinosa cambió la escena de fisonomia y de proporciones. Al ver las oscilaciones de todos los ojos, el movimiento de las cabezas, la ávida curiosidad de todos los espectadores, al oir las voces de impaciencia, las esclamaciones de un júbilo feroz, todo esto bajo el siniestro prisma de la noche, parecia que se renovaba la repugnante escena de la *danse macabre*.

Por último, el sordo rechinar de unas ruedas produjo de improviso una infernal griteria. Era el carro fúnebre que conducia los Templarios al suplicio. Acompañábanles un padre dominico y el verdugo.

Formaban su séquito el senescal, el abogado del rey, el gran inquisidor, sus dos asesores, y un obispo con su mitra y su báculo episcopal, todos á caballo. Cerraba la marcha un escuadron de coraceros.

Al llegar á la hoguera que á guisa de cadalso elevábase en el

centro, los ayudantes del verdugo arrimaron una escalera, por la cual subieron los Templarios con paso firme y resuelto.

Desde lo alto del tablado saludaron con rostro afable y sereno á sus parientes, á sus amigos y á la inmensa muchedumbre, la cual varió repentinamente de opinion y se mostró favorable á aquellos hombres que con tanta modestia, tanta resignacion, dignidad é intrepidez aguardaban el martirio. Se les amarró á sendos maderos cubiertos de azufre, mientras los jueces tomaban asiento en un mirador de gótica arquitectura.

Las bocinas y los címbalos llenaron el espacio de sus agrios y estridentes sonidos.

Sepulcral silencio habia sucedido á la algazara de la multitud.

De pié en su sitio el gran inquisidor, dirigióse á los Templarios, y con voz trémula de espanto, les dijo:

—*Caballeros del Templo*, ¿persistís aun en vuestra retractacion?

—Sí—respondieron todos con voz sonora.

—Se os va á aplicar la sentencia pronunciada por los santos concilios.

—La aguardamos.

—Si confesais vuestras culpas sereis perdonados, y os granjeareis el aprecio y consideracion del monarca.

—Preferimos la muerte á las mercedes de un tirano.

—Confesad! confesad!—gritaban los parientes de las víctimas.

—Confesad!—fué el eco dolorido que resonaba por todas partes.

—Amigos—gritó el Comendador con heróica serenidad—animadnos al martirio antes que al sacrilegio.

—Vuestra libertad lo exige..... confesad!

—Mancillar nuestros labios con la mentira..... jamás!

—Para salvar vuestra vida.

—La muerte es el principio de la vida del justo..... ¡A Dios, madres, hermanos, amigos..... á Dios!

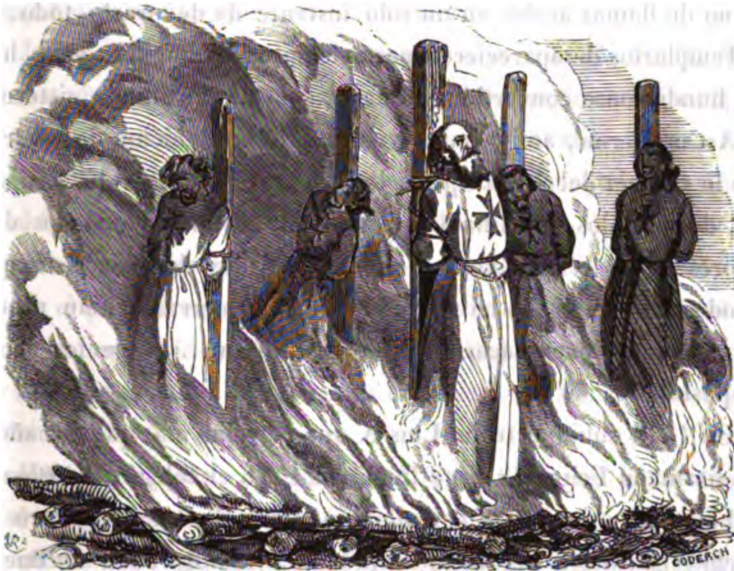
Pronunciadas estas desgarradoras palabras, los nuevos Ma-

cabeos alzaron la vista al cielo y dirigieron á Dios sus últimas oraciones.

Abundantes lágrimas corrian por las mejillas de los espectadores, que gritaban entre sollozos:

—¡Perdon! ¡perdon!

Todo fué inútil; el verdugo pegó fuego á los haces de leña, que rebeldes en un principio á la accion del incendio, chisporrotearon algunos segundos, despidieron en seguida nubes de espeso y rojizo humo, que se convirtió de repente en gigantescas llamas, que agitadas por el viento se arremolinaban y elevaban formando caprichosos dibujos, hasta que cebándose con voracidad en los



azufrados maderos y en los ropages de lana de los Templarios, rodearon á aquellos inocentes mártires de un hermoso resplandor, como si una aureola celeste quisiera beatificar su heroismo.

Interin la multitud permanecia muda y atónita de espanto, mientras el dolor oprimia todos los corazones, un coro suave y melodioso parecia elevarse al cielo entre las nubes, cual asciende desde los altares la voz del sacerdote entre el humo del sacro in-

censario. Aquel coro dulcísimo era el cántico de los Templarios, que en medio del mas vivo dolor y agudo sufrimiento, loaban y glorificaban á Jesucristo.

Conforme iba la llama voraz haciéndose mas intensa, y los tormentos mas crueles, iban las voces de las víctimas debilitándose. Ya no se oia mas que un murmullo sordo y ahogado; pero aun pudo el pueblo entender la última palabra que pronunciaron los mártires:

—¡Inocentes!..... ¡inocentes!.....

No parecia sino que semejante protesta, tan solemne en aquel momento, habia de sobrevivir á las víctimas para resonar en la posteridad, juez soberano de las sacrílegas sentencias. Un torbellino de llamas acabó en un solo instante de devorarlo todo, y los Templarios desaparecieron para siempre. La hoguera y los héroes hundiéronse convertidos en cenizas en una profunda cisterna.

Así murieron, amiga mia, víctimas de la ambicion de un rey y de la *justicia* del *Santo Oficio*, los célebres *caballeros del Templo,* que, durante dos siglos habíanse mostrado los mas denodados defensores de la cristiandad... aquellos soldados de Jesucristo que en todos los campos de batalla de las santas guerras habian prodigado su sangre para hacer triunfar la religion... ¡y se les acusó de apóstatas!

En 1314 subió al trono Luis X que no reinó mas que dos años, y su hermano Felipe *Le-long* fundó en 1316 el colegio *du Plessis.*

Felipe VI, nombrado *le Valois,* fué un malísimo rey y París no le debió institucion alguna de utilidad. Sucediole Juan el Bueno que fundó la biblioteca real.

Heredó la corona de Francia Carlos V, que agrandó el palacio del Louvre y estableció varios colegios. Murió en 1380, dejando por sucesor á Carlos VI, príncipe demente, cuyo reinado fué una cadena de guerras desastrosas entre los *Bourguignons* y los *Armagnacs*, esto es, entre el partido popular y el partido de la nobleza.

La sangre que habia corrido á torrentes infestó París, y los

horrores de una epidemia que arrebató la cuarta parte de la poblacion, sucedieron á los de la guerra civil. Juan *Sin Miedo* que habia asesinado al duque de Orleans, fué asesinado á su vez, y su hijo y la reina Isabel vendieron la Francia á la Inglaterra.

Carlos VII con el apoyo de valientes caballeros y de una jóven heroina, la *Pucelle d' Orléans ou Vierge de Domremi*, Juana d'Arc en una palabra, recondujo la victoria bajo sus estandartes y lanzó de Francia á los ingleses.

Sí, amiga mia, á una tierna vírgen debió Carlos VII, no solo la independencia de la Francia, sino su propia coronacion. ¿Y cómo diria usted que agradeció este monarca los grandes servicios de Juana d'Arc? Estremézcase usted..... ¡haciéndola morir como Felipe el Hermoso á los Templarios!

Juana d'Arc, antes de hacer levantar el sitio de Paris, habia consumado ya mil proezas para arrojar á los ingleses de sus posiciones en el asedio de Orleans, donde logró al cabo entrar victoriosa en medio de las aclamaciones de los sitiados que se hallaban en el horrible estado de la última desesperacion.

Al clavar Juana d'Arc por su propia mano el estandarte francés en el punto mas ventajoso que ocupaba el enemigo, sintió una flecha en su espalda. «*Il m'en coutera* (dijo) *un peu de sang; mais ces malheureux n'échapperont pas à la main de Dieu!*» y completó su triunfo.

Voló en seguida á Rheims, y el 17 de julio de 1429 dispuso la consagracion de Carlos VII, presidiendo ella misma la solemne ceremonia en trage de guerrero, con un estandarte en la mano.

En el ataque de París recibió otra herida, y como hasta entonces habíanla tenido por un destello de la Divinidad, conocieron que era una muger que ni siquiera tenia la habilidad de saberse guarecer de los tiros humanos, y la acusaron de bruja!

Un tal Cauchon, vendido á los ingleses, fué su mas encarnizado enemigo. En una palabra, fué condenada como *bruja, adivina, sacrílega, idólatra, blasfemadora de Dios y de los santos, amante de la efusion de sangre humana, mancilladora de la honra*

de su sexo, y vil seductora de los príncipes y de los pueblos.

El 30 de mayo de 1431 subió Juana d'Arc á-la hoguera con la misma intrepidez con que habia escalado las baterias inglesas. Allí murió mártir de su religion, de su patria, y de su rey!

Este príncipe cedió el trono á Luis XI sin haber dotado la capital de ninguna institucion; pero su sucesor fundó la casa-correo y se hizo muy popular.

Luis XII estableció la casa de *Filles Penitentes*, hizo construir en 1499 el puente *Nôtre-Dame*, protegió las representaciones teatrales de los estudiantes y preparó con su conducta la dichosa revolucion, que se llevó á cima bajo el reinado de Francisco I, en las ciencias, las letras y las artes.

En 1547 sucedió Enrique II á su padre Francisco I é hizo notables mejoras en Paris. Fué el primero que mandó poner en las monedas la efigie del rey de Francia.

Carlos IX asciende al trono en 1560, y su madre Catalina de Medicis, en 1564 hace demoler las Tullerias para empezar un nuevo palacio. Dota á París de algunas mejoras; pero su cetro fué salpicado con la sangre de los asesinatos de *la Saint-Barthélemy*, en 1572, de execrable memoria.

Este acontecimiento, aunque terrible, querida Enriqueta, es demasiado importante para que le pase en silencio, y usted me permitirá que en mi próxima carta le haga un pequeño estracto del modo que lo refiere Mr. Lavallée.

Soy de usted como siempre afectísimo amigo.



CARTA VI.

4 DE AGOSTO.

PARIS iba á salir de su reposo, querida amiga, para lanzarse de nuevo á las revueltas, con todas sus pasiones, todos sus furores, todas sus virtudes.

La ciudad de Santa Genoveva y San Luis, la ciudad de la *Sorbonne* y de la universidad, la ciudad de mil campanas, de ochenta iglesias, de sesenta conventos, no podia menos de ser fundamentalmente católica. Instituciones municipales, corporaciones de oficios, ceremonias populares, existencias públicas, hogar doméstico, todo estaba impregnado de catolicismo; el catolicismo era el alma de París, la fuente de todos sus goces, la dicha, la gloria, la vida entera del pueblo. Así es que, cuando los parisienses vieron que los calvinistas atacaban todo cuanto ellos amaban, se burlaban de lo que veneraban, insultaban sus pomposas fiestas y destruian los templos; teníanles por infieles, por sarracenos, por salvages, y resolvieron esterminarlos.

Paris tenia entonces una poblacion de doscientos cincuenta mil habitantes, entre los cuales se contaban apenas de siete á ocho mil hugonotes, casi todos de la nobleza y de la *haute bourgeoisie*, que ya sabrá usted es el estado medio entre lo que se entiende por el pueblo y la nobleza.

«*C'etait,* dice Lanoue, *une mouche contre un éléphant.*» Pero estos hallábanse poseidos de orgullo y de confianza en su causa, llenos de desprecio hácia la gran masa de católicos á quienes apellidaban *pauvres idiots populaires.* Creian dominar la *grande ville* por la superioridad de su arrojo y de sus talentos, y para ello contaban ademas con el apoyo de las provincias, donde la nueva religion tenia numerosos prosélitos. Las provincias no estaban á la sazon como en el dia sometidas al ascendiente de la capital; no recibian de ella su historia y sus revoluciones hechas, no estaban reducidas á esa fria existencia subalterna que la centralizacion les ha dado; por eso envidiaban el poder siempre creciente é invasor de París. No cedian sino con violencia á su impulso, y ridiculizaban las costumbres de los parisienses, con amargura, envidia y cólera.

Alzó pues la guerra civil su furibundo estandarte. Empuñaron los parisienses las armas, y su primera accion fué arrojar á los hugonotes de sus muros y elegir por gefe al duque de Guisa, tomando el nombre de *défenseurs de la foi.* Por tres veces fueron vencidos los protestantes, y por tres veces obtuvieron las consideraciones benévolas del monarca; pero á la última parecia que la corte hubiese repudiado enteramente la causa católica y quisiera entregar el Estado á los protestantes.

El despecho de los habitantes de París subió de punto cuando supieron que iban á ser dominados por aquellos *gentilshommes du Midi*, por aquellos ministros de talante sombrio y austero, por aquellos *méchants huguenots qui avaient depuis dix ans tant tué de moines et pillé d'eglises!* Creyéronse invadidos por estrangeros, vendidos por su propio rey, y resolvieron esterminarlo todo. Mercados, oficios, cofradias, pusiéronse en movimiento. La corte, des-

bandada por el furor popular, apresurose á ponerse en buen sitio tomando la iniciativa en la matanza.

¡Qué espectáculo presentó París en aquella noche de *la Saint-Barthélemy!* Las cadenas tendidas, las puertas cerradas, las compañías de paisanos armados, los cañones en el *Hôtel-de-Ville*, las campanas á vuelo en todas las iglesias, bandadas de asesinos recorriendo las calles, derribando las puertas, degollando á los protestantes!!!



El contínuo estampido de los arcabuces y de las pistolas, los desesperados y lastimeros lamentos de las víctimas, los feroces alaridos de los matadores, los cuerpos mutilados y aun calientes cayendo de las ventanas ó arrojados al rio, el saqueo de mas de seiscientas casas, hacía todo que Paris semejase una ciudad tomada por asalto.

El primer signo de la matanza salió de la torre de *Saint-Germain-l'Auxerrois*. El almirante Coligny fué asesinado en la casa número 20 de la calle Béthisy, que mas tarde fué *l'hôtel Montbason* y que en el dia es almacen de paños. Ramus fué muerto en el colegio de Lizieux, donde vivia; Juan Goujon en el cadalso, donde cincelaba los bajo relieves del viejo Louvre.

Díjose que el rey habia disparado el primero su arcabuz hácia el rio contra los hugonotes que buscaban su salvacion en el arra-

bal de *Saint-Germain*. Si el hecho es cierto, las balas reales partieron del *hôtel du Petit-Bourbon*, de aquel palacio de Marigny y del Condestable, que la mano del verdugo habia estigmatizado.

Aquella casa siniestra continuó subsistiendo. En ella se juntaron los Estados de 1614, los últimos Estados de la monarquía absoluta! Frente su puerta fué muerto el mariscal d'Ancre! Allí Mazarino, como si hubiese querido cambiar los destinos de aquel palacio tan fatal á los ministros, dió órden en 1658 al gran cómico Moliére para que se estableciera con su compañia, y representase alternando con los actores italianos. Luis XIV destinó el palacio *du Petit-Bourbon* para guarda-muebles. Despues mandó destruirle para edificar en su lugar la columnata del Louvre, y en el mismo solar han sido enterrados los cadáveres de julio de 1830! ¡Cuántos recuerdos históricos en un reducido rincon de tierra, entre la antigua iglesia que data de los Merovingienses, y que un acceso de furor popular ha devastado recientemente, y aquel palacio cuyo orígen es desconocido, reedificado tantas veces y no terminado aun! Felipe Augusto y Francisco I, Luis XIV y Napoleon, Perrault y Moliére, *la Saint-Barthélemy* y 1830, todo se mezcla allí y se confunde!

A pesar de *la Saint-Barthélemy*, el partido de los hugonotes no desapareció. La monarquía volvió bajo el reinado de Enrique III á ejercer cierta política vacilante, que por sus vicios la hizo caer en el desprecio mas profundo.

Reanimáronse en París las desconfianzas y los odios.

La *Santa Liga* nació. Nació en una junta de *bourgeois*, de doctores y de frailes que se tuvo en el colegio Fortel, calle *des Septvoies*, número 27, y desde esta casa oscura encadenó toda la Francia!

A la sazon creose en París la sociedad secreta de *los Dieciseis*, que debia propagar la Liga en los dieciseis barrios de la ciudad, y acabó por avasallar los oficios, las cofradias, la milicia y hasta la municipalidad.

La capital tomó cierto aspecto animado, inquieto, amena-

zador, tumultuoso, que es el presagio de las revoluciones.

A un lado estaban las fiestas lujuriosas de la córte, los homicidios y adulterios del Louvre, los desafios entre los miñones del rey y los del duque de Guisa, las mascaradas, las penitencias, las orgías y las procesiones de Enrique III. A otro lado veíanse los conciliábulos de *los Dieciseis*, los furibundos sermones de los frailes, los juramentos, los proyectos, los hacinamientos de armas en las sacristias!... Por último, estalló una vasta conspiracion para poner el gobierno en las manos de la Liga. El rey se alarma y llama al ejército. *Los Dieciseis* llaman al duque de Guisa.

Entra el duque en París en medio de las entusiastas aclamaciones del pueblo. Todos se afanan por besar sus vestidos, por cubrirle de flores, por tocarle con los rosarios. Dirígese á visitar á la reina Catalina en su palacio, el antiguo palacio de Orleans! Despues insulta con su presencia al mismo rey en el Louvre, aquel Louvre fatal á tantos rebeldes señores! Luego se retira á su palacio de Clisson.

El dia siguiente entran las tropas reales en la ciudad, ocupan las plazas y los puentes, amenazan á los parisienses diciéndoles que desde aquel momento no hay mas voluntad que la del rey y que no habrá esposa ni hija de ningun *bourgeois* que no esté á la discrecion de un suizo.

A este insulto se subleva el pueblo, la *grande ville* toma el imponente aspecto que tantas veces ha estremecido al trono. El ojo de fuego, el brazo desnudo, desgreñado el cabello, pálida de furor, armándose de todo linage de instrumentos mortíferos, desempedrando las calles, levantando barricadas, echando las campanas á vuelo, embriagándose con sus alaridos, con el olor de la pólvora, con el choque y estampido de las armas, y mas que todo con la idea que la exalta, ora sea la fé, ora la gloria ó la libertad.

La revolucion estalló en la plaza Maubert, descendió por los puentes, se apoderó del *Chatelet* y del *Hôtel-de-Ville*, y vino á erigir su última barricada delante del Louvre. De todas las fangosas calles, de lo mas profundo de las casas, de las tiendas oscuras, de

todas las iglesias, capillas y conventos salian alabardas, arcabuces, gritería, artesanos, plegarias, clamores, frailes, niños!..... de todas las ventanas llovian balas, piedras, exhortaciones, imprecaciones!... Los suizos, arrojados, batidos, degollados!... Amilanado el rey abandonó el Louvre y huyó á caballo. Los parisienses que custodiaban la puerta de Nesle, á la parte opuesta del rio, hiciéronle fuego á él y á su escolta. El rey volvió el rostro y juró entrar en París *por la brecha.* ¡Cuántos reyes han hecho el mismo juramento inútilmente como Enrique III! Dirigiose á *Saint-Cloud* y Rambouillet; es la senda de los reyes espulsados de París.

Unido el fugitivo rey á los protestantes, no tardó en sitiar á Paris. «Seria una lástima, decia desde las alturas de *Saint-Cloud*, convertir en escombros tan hermosa ciudad. Sin embargo, es preciso castigar á los rebeldes que se ocultan dentro de sus muros. Es el corazon de la Liga; preciso es herirla en el corazon. París, añadia, eres gefe del reino; pero gefe demasiado robusto y caprichoso; necesitas una sangria para curarte de tu frenesí. Deja pasar unos pocos dias y habrán desaparecido tus casas.... no quedará mas que el terreno donde habrás existido.»

¿Sabe usted, Enriqueta, como respondieron los parisienses á estas amenazas? Con una puñalada. Un dominico llamado Jacobo Clemente clavó el acero homicida en el corazon de Enrique III!

La noticia de su muerte fué acogida en París con furibundas aclamaciones de un júbilo salvage. Cantóse un solemne *Te-Deum*, inventáronse groseras caricaturas, canciones sangrientas! Toda la poblacion se dirigió al palacio de la duquesa de Montpensier, calle del *Petit-Bourbon*, para felicitar y colmar de bendiciones á una miserable vieja, solo porque era madre del asesino!

Por medio de una sorpresa irresistible, apoderose Enrique IV de París y entregole al mas desenfrenado pillage. Sus habitantes no pudieron olvidar jamás este insulto y alimentaban contra el rey un odio implacable, que se lo manifestaron sucesivamente por veinte y tres tentativas de asesinato, y en último trance por el puñal de Ravaillac.

Enrique IV fué asesinado yendo al arsenal, en la calle de *la Ferronnerie*, frente la casa del notario Poutrain, ahora número 3 de la calle *Saint-Honoré*.

Subió al trono Luis XIII, quien, segun espresion francesa *régna mais ne gouverna pas*. El cardenal de Richelieu, su ministro, estableció la imprenta real, la academia de las ciencias, la academia francesa y el jardin de las plantas. Hizo construir el Palacio real, mientras Maria de Médicis puso los cimientos del palacio del Luxemburgo.

Una de las eras mas importantes de la historia de París es la de los disturbios de *la Fronde*, en que perdió sus libertades municipales, que traian su orígen del tiempo de los romanos. Un impuesto sobre las casas recien construidas en las afueras fué el primer pretesto del desórden; pero su verdadera causa, segun Lavallée, fué el odio que profesaba el pueblo al cardenal Mazarino. El Parlamento se declaró en favor del pueblo y pidió la reforma del Estado. La corte hizo prender en su casa de la calle *Saint-Laudry* al consejero Broussel, hombre de oscuros antecedentes á quien hicieron popular sus declamaciones contra el gobierno. A la noticia de su prision, estalló el descontento de las masas, que se rebelaron de una manera enérgica é imponente. Mil gritos resuenan por todas partes vitoreando á Broussel y lanzando iracundas imprecaciones contra sus enemigos.

La misma regente Ana de Austria es objeto de la indignacion popular. Los amotinados llevan la osadia hasta sitiarla en el *Palais-Royal*, ínterin no se dé libertad á Broussel. Broussel queda libre y el pueblo no se contenta ya con aquel triunfo, sino que levanta barricadas, insulta á la reina y desafia á su gobierno. Huye Ana de Austria con su corte al real sitio de *Saint-Germain*, y las autoridades de París se ponen en movimiento. El Parlamento, el clero, la municipalidad, votan contribuciones, quintas, armamentos..... Los palaciegos descontentos abandonan la corte para ponerse al frente de los revolucionarios. Entre estos aristócratas hallábase la duquesa de Longueville, tan hermosa como atrevida,

la cual abandonó su palacio de la calle *Saint-Nicaise* para hospedarse en el *Hôtel-de-Ville*.

Empezó la sangrienta lucha; pero los paisanos, indisciplinados en medio de su entusiasmo, eran por todas partes vencidos por los soldados realistas. Con todo, se hizo un arreglo, y en pos de él renacieron los disturbios.

El Parlamento pidió la exhoneracion de Mazarino. Retirose este del ministerio... la reina queria seguirle; pero se opuso á ello el pueblo encerrándola en el *Palais-Royal*.

Corrió la voz de que el rey habia sido estraido del palacio, y para desmentirla fué obligada la regente á admitir en sus habitaciones los oficiales de la milicia, que desfilaron silenciosamente por delante de Luis XIV dormido.

Toma nuevo incremento la guerra civil; pero es ya la última campaña de la nobleza contra el trono. La villa de Paris, cuyos deseos de libertad han sido estravagantemente desfigurados, representa en ella un triste papel. Enemiga de Mazarino lo mismo que de Condé, á quienes el Parlamento declaró criminales de lesa magestad, no hace el menor caso de las fuerzas de la corte y del príncipe, ni de sus movimientos hasta que las vé delante de sus muros.

Condé, que ocupaba *Saint-Cloud* se adelanta á Chârenton y trata de penetrar en Paris. Turenne le rechaza y le persigue hasta el arrabal de *Saint-Antoine*. Allí se encrudece la encarnizada lucha por las calles y jardines.

Mazarino colocó al niño Luis XIV en la azotea de una casa de Popincourt para que contemplara el sangriento espectáculo que jamas olvidó.

Los parisienses contemplábanle tambien desde sus muros, inquietos por una lucha que habia de tener para ellos funestísimas consecuencias, cualquiera que fuese el vencedor. En el interior de Paris reinaba ademas un tumulto horrible. El pueblo era partidario del príncipe rebelde, y los *bourgeois* le eran contrarios.

La hija del duque de Orleans, señorita de Montpensier, solicitó un refugio en París y se lanzó á la Bastilla.

Condé, entretanto, con su pequeño ejército de nobles, defendíase con heroismo; pero iba ya á sucumbir, cuando se oye de repente el estampido del cañon, y la metralla pone en desórden las tropas realistas. ¡Era el cañon de la Bastilla!... ¡Habíale disparado la delicada mano de la señorita de Montpensier! A este certero disparo debió Condé, no solo su salvacion, sino su entrada en París. Apeló al terror para asegurar su triunfo, y esto ocasionó su caida. La *bourgeoisie* venció á su vez, le obligó á emigrar, y pidió el regreso del rey.

La grande época de las mejoras de París aguardaba el advenimiento de Luis XIV.

Este monarca ciñó la corona en 1643, y lo que mas inmortaliza su nombre es la proteccion que prodigó á las ciencias. Bajo su reinado nacieron esas obras maestras de elocuencia, de historia, de poesía, que harán eternamente honor á la Francia. Corneille dió lecciones de heroismo y grandeza de alma en sus inmortales tragedias. Racine, trazándose otra senda, hizo germinar en el teatro una pasion que los antiguos poetas dramáticos no habian conocido, y la pintó con espresivos colores. Despréaux en su arte poética se colocó á la altura de Horacio; Moliére dejó muy lejos detras de él á los cómicos de su siglo y de la antigüedad. La Fontaine hizo olvidar á Esopo aprovechándose de sus ideas. Bossuet inmortalizó los héroes en sus Oraciones fúnebres, é instruyó á los reyes con su Historia universal. Fenelon inspiró con su Telémaco amor á la justicia y sentimientos de humanidad; y mientras la literatura francesa se enriquecia con tan bellas obras, Le Poussin trazaba admirables cuadros, Puget y Girardon magníficas estátuas, Le Sueur pintaba el claustro de los Cartujos, Le Brun las batallas de Alejandro, Perrault y Mausard abastecian de modelos á los arquitectos de todas las naciones, Le Notre dirigia los jardines de Versalles, Quinault conquistaba su inmortalidad con sus poemas líricos y Lulli daba gracia y dulzura á la naciente música francesa.

En fin, Descartes, Huyghens, L'Hospital, Cassini, adquirian nombres célebres en el imperio de las ciencias. Luis XIV recompensaba á estos ilustres varones segun su mérito, y el mismo monarca que supo emplear los Condé, Turenne, Luxembourg, Créqui, Catinat, Vauban, Vendôme y Villars en sus ejércitos, los Du-Quesne, Tourville, Duguay-Trouin en sus escuadras, los Colbert, Louvois, Torcy, Beauvilliers en sus gabinetes, eligió á Boileau y Racine para escribir su historia, á Bossuet, Fenelon y Montausier para instruir á sus hijos, á Fléchier, Bourdaloue, Massillon para instruirse él mismo.

Este gran rey, galante acaso en demasía con el bello sexo, fué tambien célebre por sus amores, de los cuales diré á usted algo, aunque sucintamente, amiga mia, cuando trate del real sitio de Versalles, cuyas maravillas se deben tambien á Luis XIV, que murió en 1715 despues de haber dotado á París de grandes establecimientos de utilidad y ornato. Ya ve usted, Enriqueta, como á pesar de mis principios democráticos hago justicia á las buenas acciones de los reyes.

Poco ó nada hay que decir sobre el reinado de Luis XV, y como el de Luis XVI necesitaria voluminosos tomos, pasaré en silencio todos los horrores, todos los actos de heroismo, todos los grandes crímenes, todas las altas virtudes á que dió lugar la mas sangrienta de las revoluciones, y solo me ocuparé brevemente del trágico fin del monarca.

La sentencia de su muerte fué pronunciada el 17 de enero de 1793. Declarado culpable de conspiracion y atentado contra la seguridad pública, fué condenado á muerte por la Convencion que se componia de 736 individuos presentes, y por una mayoria de solo CINCO votos se condujo el monarca al cadalso. Este habíase levantado en la plaza de Luis V. El rey subió á él con paso firme, allí le cortaron los cabellos, le despojaron de sus vestidos, iban á maniatarle, y lo reusó esclamando: *je suis sur de moi*. Insistió el verdugo y él tendió las manos con docilidad. Luego adelantándose hácia el lado izquierdo gritó con voz sonora: «Franceses: muero

inocente, perdono á mis enemigos y deseo que mi muerte sea propicia al pueblo. La Francia.....»

El redoble de los tambores ahogó de repente la voz del reo, que con heróica resignacion entregó su cabeza al verdugo. Mientras este descargaba el golpe mortal, el sacerdote que habia confesado al desgraciado monarca gritó con entusiasmo: *Allez, fils de Saint Louis, montez au ciel!*

Su cuerpo fué conducido al cementerio de *la Magdeleine* y consumido en la cal viva, conforme á las órdenes de la Convencion.

Antes de ir al suplicio Luis XVI dejó en poder de unos empleados municipales un testamento escrito de su mano con fecha de 25 de diciembre de 1792. Fué leido en la sesion de *la Commune* el mismo dia de la ejecucion. Su tierna simplicidad, el generoso olvido de todo sentimiento de venganza, honrará siempre la memoria de su autor. Cualquiera que sea la opinion que de su carácter se haya formado, es imposible leer sin conmoverse algunos párrafos de este documento. Ya vé usted, María Enriqueta, que mi dictámen no puede ser sospechoso, ni irá usted á creer que trato de adular á los reyes. Luis XVI fué muy malo para reinar; pero fué un hombre de bien. Usted misma juzgará por los siguientes renglones de su testamento:

«Implicado en un proceso del cual es imposible prever las consecuencias atendidas las pasiones humanas, y para el cual no se halla pretesto alguno en las vigentes leyes, sin mas testigo de mis pensamientos que Dios, á quien poder dirigirme, suplico á todos aquellos á quienes por inadvertencia haya podido ofender, pues no me acuerdo de haber hecho jamás á sabiendas la menor ofensa á nadie, que me perdonen el daño que les haya podido causar..... Perdono con todo mi corazon á los que se han declarado mis enemigos sin haberles dado motivo para ello..... Recomiendo mis hijos á mi esposa; jamás he dudado de su terneza maternal..... le recomiendo sobre todo que les haga mirar las grandezas de este mundo como bienes peligrosos y perecederos.

Recomiendo á mi hijo, si tiene la desgracia de llegar á ser rey, que piense de contínuo en su deber, y se consagre á labrar la felicidad de sus conciudadanos. Que olvide todo resentimiento y ódio; y sobre todo cuanto haga relacion con la desdicha y pesares que ahora sufro. Tenga entendido que no puede hacer la ventura de sus pueblos sino reinando con sujecion á las leyes; pero tenga tambien muy presente que un rey no puede hacerlas respetar ni derramar todo el bien que su corazon desea, sin la autoridad que para ello es indispensable..... Quisiera manifestar mi reconocimiento á todos los que me han dado pruebas de una adhesion verdadera y desinteresada. Si por un lado he sufrido la amargura que la ingratitud de gentes á quienes he prodigado beneficios me ha hecho sentir, he recibido por otro lado el consuelo de otras personas que nada me deben, y sin embargo me han mostrado su afecto en esta ocasion de prueba. Les doy las mas sinceras gracias, y atendida la situacion de las cosas, no me atrevo á nombrar á nadie para evitar compromisos; pero recomiendo eficazmente á mi hijo, que busque ocasiones de poderles mostrar mi reconocimiento. Perdono á los que me custodian, los malos tratamientos que han creido debian emplear contra mí. He encontrado almas sensibles, y deseo que gocen en su corazon la dulzura que debe producirles su modo de pensar..... Concluyo declarando ante Dios y pronto á comparecer delante de él, que no debo avergonzarme de ninguno de los crímenes que se me imputan.»

Los amigos de este desgraciado rey, amiga mia, no podrán menos de confesar que si atesoró todas las virtudes privadas de que puede envanecerse el hombre; si fué buen esposo y escelente padre de familia, no por eso cumplió con los deberes de un buen monarca. Su conducta le hizo merecedor de la célebre reprension que la madre de Agis, rey de Lacedemonia, tambien condenado á muerte por el pueblo, dirigió á su hijo en estos términos: «Hijo mio, fuiste bueno, clemente, virtuoso; pero tu estremada debilidad ha perdido al Estado y ha causado tu propia ruina.»

Esta misma opinion está espresada en los siguientes versos,

compuestos por un gran poeta para escribirlos al pié de un retrato de Luis XVI.

Ce prince infortuné, qu'une sévère loi,
Sur un vil échafaud, fit périr comme un traitre,
Ne parut digne d' être roi
Que lorsqu'il eut cessé de l'être.
Il dut á ses malheurs l' amour de l' univers;
Trop faible sur le trône, il fut grand dans les fers.
Le jour de son trépas fut celui de sa gloire;
Et quelque jugement qu' en porte l'avenir.
Il faudra que l'on dise en lisant son histoire,
S' il ne sut pas regner, au moins il sut mourir.

Me he ensayado en la traduccion de los precedentes versos, y como usted es indulgente, no tengo reparo en escribirlos á continuacion en castellano de este modo:

A este monarca, una severa ley
Llevó al cadalso vil, cual criminal,
Y solo se hizo digno de ser rey
Cuando perdió la diadema real.
Víctima fué del popular encono;
Mas su infortunio granjeole amor,
Que si mostrose débil en el trono,
Dió en el cadalso egemplo de valor.
Su triste muerte, en alas de la gloria,
Trasladará su nombre al porvenir,
Y al hablar de este rey, dirá la historia:
Si no supo reinar..... supo morir.

Los recuerdos históricos que destella París desde esta época son demasiado palpitantes y sangrientos para que siga yo lacerando el tierno corazon de usted con relatos desgarradores. Ademas, usted, Enriqueta, está perfectamente enterada de la historia universal coetánea para que me entretenga yo ahora en referirle las modernas glorias de París, y las manchas de sangre de que están salpicados todos sus monumentos. Aquí estalla la máquina infernal de la calle *Saint-Nicaise*, allá ocurre la puñalada de la calle Ra-

meau, mas lejos la metralla del *boulevard du Temple*, en otra parte la matanza de la calle Transnonain!....

Yo no he venido aquí, mi buena amiga, para escribir á usted los pasados infortunios de París, sino para hacerle una fiel pintura de sus costumbres, del progreso de las artes en el presente estado de su civilizacion, en el reinado de la Libertad.

No quiero ya dilatar mas esta agradable tarea, á la que daré comienzo en mi próximo escrito. Manténgase usted buena para encanto de sus amigos.



CARTA VII.

5 DE AGOSTO.

EMPIEZO á creer, amiga mia, que las dos obesas señoras que se me aparecieron al emprender mi viaje, lejos de ser aves de mal agüero, eran como las mariposas blancas, mensageras de felicidades. Dios las bendiga, á pesar de los malos ratos que involuntariamente me causaron las buenas señoras.

Digo todo esto, porque si hubiera elegido una ocasion favorable para ver bien lo que es París, no la hubiera hallado tan propicia como la que me ha deparado la Providencia.

Ha de saber usted que llegué aquí el mismo dia que la comision de la exhibicion universal de Londres, de la cual es presidente sir John Musgrove y vice-presidente lord Granville; de consiguiente estoy presenciando todas las fiestas con que París rinde un grandioso homenage de fraternidad á unos huéspedes que cordialmente habian aceptado el convite de la municipalidad parisiense Ya vé usted que no podia haber llegado á mejor tiempo.

Las fiestas son verdaderamente magníficas, solemnes; pero lo mas grandioso de ellas es el odjeto. Usted misma juzgará, En-

riqueta, por las alocuciones que se improvisaron en el convite, particularmente por la del lord Granville, que destella de todas sus frases un sentimiento noble de benevolencia que encanta. Jamás ha salido un elogio tan magnífico de boca estrangera, y si considera usted que los labios que le pronunciaron eran ingleses, conocerá fácilmente la importancia inmensa de semejante suceso. Es difícil dar al benéfico impulso de la generosidad un lenguage mas elevado, mas simpático, mas elocuente.

Lo repito, amiga mia, no es lo fastuoso de tan brillantes obsequios lo mas grande de unas fiestas que serán memorables, no; un hecho del mas alto interés imprime en ellas cierto sello de grandeza que las coloca á mucha mayor elevacion que las solemnidades oficiales del mismo género. No son honores rendidos á meras individualidades. No es á un corregidor de Londres, autoridad que cualquier honrado fabricante de cerveza puede ejercer, á quien se ha tributado tan pomposa acogida. Bajo las apariencias de unos obsequios hechos al primer magistrado de Londres, estas grandes fiestas han sido una solemne llamada á la reconciliacion universal; han sido un acto de estrepitosa reprobacion de las injustas preocupaciones que han dividido á los pueblos. Mas de una vez ha resonado el acento de la inteligencia y de la filantropía contra el espíritu angosto, esclusivo, de las envidiosas nacionalidades; pero jamás se habia dado un paso tan espontáneo y magnífico en pro de la paz general, paso gigantesco y de un agüero muy dichoso para el porvenir. Confieso á usted, amiga mia, que no participo ciegamente de todas las esperanzas que ciertas fantasías acaloradas se gozan en hacer brotar de estas fiestas, cada cual segun sus deseos ó sus quimeras. Desgraciadamente no podemos olvidar que el mundo está gobernado por grandes intereses, y estos tienen establecidas sus leyes. Todo lo que una filantropía de aspiraciones altamente generosas quisiera en el dia vencer, lo ha fundado el interés, sobrado previsor de su naturaleza. Ni pretendo negar que haya podido equivocarse. En el actual estado de los conocimientos económicos, nada permite asegurar que las máximas en cuyo

nombre se quisieran cambiar repentinamente las relaciones internacionales, puedan ser aplicadas con sabiduria. El tiempo, que todo lo sazona, nos demostrará lo que es útil al bien general y practicable sin peligro.

Entretanto, mis esperanzas, Enriqueta, no llegan hasta imaginarse una revolucion en las relaciones internacionales, porque algunos hombres ilustrados é impelidos por el amor de sus semejantes hayan espresado la idea de que ya es hora de que la benevolencia recíproca reemplace al ignorante egoismo. Concretémonos por ahora á desear con todos los hombres sensatos y de probidad que cesen esas violentas enemistades, fundadas sobre ridículas prevenciones que dividen á los pueblos y les alejan entre sí mas aun que las delimitaciones territoriales.

El noble egemplo que la Francia y la Inglaterra acaban de dar al mundo, abjurando, digámoslo así, públicamente antiquísimas disidencias é incompatibilidades, es de creer que será imitado, porque es conforme á la razon y á los progresos de la civilizacion, que hiriendo de caducidad toda supremacia que no se apoya mas que en la fuerza, han arrebatado á los pueblos los motivos que tenian de aborrecerse. La sola supremacia verdadera, la sola apellidada á prevalecer en lo sucesivo, es la que se funda en la preeminencia de las ciencias y artes útiles, cuyo desarrollo interesa á la dicha de todos.

La exhibicion universal, ese grandioso acontecimiento que bien merece el título de MARAVILLA DEL SIGLO, ha demostrado ya cuán fácilmente esas preocupaciones de nacionalidad, que tan arraigadas se creian, ceden á las sujestiones de un interés positivo. Ha bastado una sola invitacion de la Inglaterra para que todas las naciones del globo hayan acudido á la liza en nombre de los futuros progresos de la industria. La exhibicion de Londres ha colocado la base del hermoso edificio de la reconciliacion de los pueblos; las fiestas de París la han cimentado. Es imposible que los demas pueblos del universo dejen de asociarse á los sentimientos que estas fiestas destellan.

Cuando la Inglaterra por la elocuente voz de lord Granville ha pagado un tributo de elogios á la Francia; cuando esta por el órgano de sus primeros magistrados ha ensalzado la feliz influencia de la Inglaterra sobre la marcha de la civilizacion, estas dos naciones no han querido por cierto cruzarse vanas fórmulas de cortesanía, sino que han querido patentizar á la faz del mundo, que dos pueblos generosos deben sacrificar sus recíprocas antipatías á la consideracion del bien general.

La iniciativa de la Inglaterra sostenida por la autoridad moral de la Francia, habrá contribuido al inesperado resultado de desarmar iracundas pasiones y sustituir la benevolencia al sistema del mal querer y de la desconfianza.

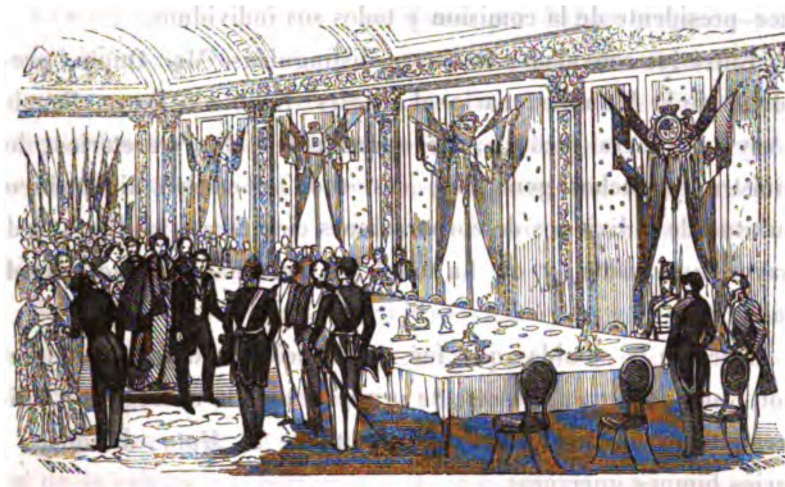
¿No es verdad, mi querida amiga, que este resultado es inmenso? No solo interesa á la facilidad de las relaciones internacionales, sino que abre abundantes fuentes á la prosperidad general, haciendo que todos los puntos del globo sean accesibles á la industria sin cálculos de repugnancia.

Sin incurrir en impropiedad de lenguage, las fiestas de Paris podrian muy bien apellidarse FIESTAS DE LA FEDERACION INDUSTRIAL, pues incuestionablemente es la industria quien ha de recoger los mas opimos frutos de esta pacífica manifestacion. La razon humana reprueba cada dia mas y con mucha justicia el principio de las revoluciones armadas, y de las sangrientas luchas. La abolicion de las guerras es tan urgente como la de la pena capital. El mundo necesita de una paz bienhechora; pues bien, el primer paso está dado ya. No debe haber mas lucha entre los hombres que la de aspirar á ennoblecer su dignidad con las creaciones de la inteligencia.

En la alianza universal de los pueblos está el triunfo completo de su porvenir. Las fiestas de Paris han sancionado esta alianza sublime, única que verdaderamente merece el epiteto de *santa*.

Ya es hora pues, amiga mia, que entre en la descripcion de estas fiestas, que tanta importancia han tenido por su objeto, como brillantez y elegancia en su pomposa ejecucion.

Gracias á la circunstancia de ser estrangero y á la fortuna de haber alcanzado recomendaciones para personas de poderoso influjo, obtuve yo, mísero como soy, un honor que muchos personages del pais me envidiaron. Pude penetrar en lo interior del gran banquete con que se inauguraron las fiestas en una inmensa galeria cuyas ventanas se abren sobre el pórtico de San Gervasio.



¡Cuánta magnificencia en aquel recinto! Las mesas alardeaban una de esas perspectivas que frisan con lo mágico y maravilloso. Es imposible describir exactamente aquel conjunto fascinador.

Setenta magníficas y grandiosas arañas en que se apiñaban millares de bujías ardiendo, exhalaban un resplandor fantástico sobre las obras maestras de oro y plata, labradas con primorosa perfeccion, sobre los ricos damascos que formaban los doseles de puertas y ventanas, sobre los variados matices del grupo de banderas que representaban á todas las naciones, y en fin sobre las joyas y elegantísimos trages de multitud de beldades inglesas y francesas, que parecian haberse lanzado á una competencia en que era imposible decidir donde estaban las vencedoras, porque todas ellas se habian escedido en el esquisito gusto de sus tocados, de sus prendidos, de sus lujosos trages.

Los mas sabrosos vinos franceses, incluso el célebre *Champagne*, *coulaient à pleins bords*, amiga mia, y era de todo punto imposi-

ble que dejasen de reanimar la general alegria, imprimiendo en la reunion un sello de sincera fraternidad que embelesaba y conmovia todos los corazones.

Al frente de los convidados estrangeros teniamos, como es de suponer, el héroe de la fiesta, el muy honorable baronet sir John Musgrove, corregidor de la ciudad de Londres, lord Granville, vice-presidente de la comision y todos sus individuos.

Entre los convidados franceses distinguíanse Mr. Dupin, presidente de la Asamblea nacional, y Mrs. Napoleon Daru, Benoist d'Azy, el general Bedeau, vice-presidentes, los secretarios, los ministros y muchos generales, casi todo el cuerpo diplomático, multitud de individuos de corporaciones científicas, los literatos de mayor nombradía, y en fin todas las personas mas notables de París.

Durante la comida, que fué espléndida sobre toda ponderacion, una numerosa y escelente orquesta tocó la obertura de Guillermo Tell, de Rossini, el célebre duo de *la Muta*, d'Auber, y varios himnos guerreros.

A los postres empezaron los *toast*, siendo el primero el que pronunció el *Prefecto del Sena* en estos términos: (1)

«Señores: traigo un bríndis á los nobles huéspedes de la ciudad de París, á la comision encargada por la reina de Inglaterra, de organizar la exhibicion universal; al príncipe Alberto su ilustre presidente, á la comision ejecutiva, y al jurado internacional, cuyos sábios trabajos han dado tanto esplendor á esta imponente solemnidad.

¡Honor al fecundo pensamiento que ha reunido en un mismo palacio las maravillas de la inteligencia humana! En aquel congreso industrial, verdadero congreso de la paz, los pueblos, acer-

(1) «Messieurs, — Je porte un toast aux nobles hôtes de la ville de Paris, à la commission chargée par la reine d'Angleterre d'organiser l'Exposition Universelle; au prince Albert, son illustre président; à la commission exécutive, et au jury international, dont les savants travaux ont donné tant d'éclat à cette imposante solemnité.

«Honneur à la pensée féconde qui a rassemblé dans un même palais les merveilles de l'intelligence humaine! Dans ce congrès industriel, véritable congrès de la paix, les peuples, en se rapprochant oublient d'anciennes inimitiés, et en présence des

cándose olvidan antiguas enemistades, y en presencia de las grandes obras de todos, no quieren formar sino una sola dilatada familia.

La ciudad de París inscribe con orgullo la fecha del 2 de agosto de 1851 en sus fastos municipales. Para ella es un dia memorable, del cual conservarán sus magistrados un precioso recuerdo.

Gracias pues á nuestros convidados por haber aceptado este cordial banquete. El *Hôtel-de-Ville* se envanece de haberles recibido. Brindo por nuestros huéspedes! Brindo por los ilustres representantes del génio industrioso de todas las naciones. !Brindo por la real comision de Lóndres y por el jurado internacional!»

Las palabras del prefecto fueron acogidas por una adhesion universal.

A continuacion levantose lord Granville, y en medio del mas profundo silencio pronunció las siguientes palabras: (1)

«Señor Prefecto y señores:

Permitidme que en nombre del príncipe Alberto, de la comision de la exhibicion universal y de mis compatriotas presentes, os agradezca, en mal francés, pero con sinceridad, el honor que nos dispensais.

En cuanto á mí, señores, las impresiones de mi infancia, las relaciones que he contraido despues, el recuerdo que se ha querido conservar de aquel cuyo nombre llevo, (aplausos) y que tantos años ha consagrado á cimentar la union entre la Inglaterra y vuestra hermosa Francia, que habia aprendido á considerar, amar y

chefs-d'œuvre de tous, ne veulent plus former qu'une seule grande famille.

«La ville de Paris inscrit avec orgueil la date du 2 août 1851 dans ses fastes municipaux; c'est pour elle un jour mémorable dont ses magistrats garderont un précieux souvenir.

«Merci donc à nos invités d'être venus s'asseoir à ce cordial banquet; l'Hôtel-de-Ville est fier de les recevoir. Je bois à nos hôtes: je bois aux illustres représentants du génie industriel de toutes les nations, à la commission royale de Londres, au jury international.»

(1) «Monsieur le préfet et messieurs:

«Permettez-moi, en mauvais français, mais en toute sincérité, de vous remercier, au nom du prince Albert, au nom de la commission de l'Exposition Universelle, et au nom de mes compatriotes qui sont ici, de l'honneur que vous me faites. Quant à moi, messieurs, les impressions de mon enfance, les liens que j'ai contractés depuis, le souvenir qu'on a bien voulu garder de celui dont je porte le nom (applaudissements), et qui a consacré tant d'années à cimenter l'union entre l'Angleterre et votre belle France, qu'il avait appris à considérer, à aimer, à respecter presque comme

respetar casi como á una segunda patria, (aplausos prolongados) todas estas circunstancias me hacen enorgullecer, y sentir al mismo tiempo cierta turbacion, de tener en este momento el honor, tan poco merecido, de ser el órgano de la comision delante de tan brillante asamblea, en una fiesta ofrecida tan de buen grado, y cuya magnificencia iguala á la cordialidad que en ella preside. (Aplausos.)

Señores, en Inglaterra nació el deseo de imitar una de esas grandes esposiciones de la industria, que con tan buen éxito se han llevado á cima en Francia. El príncipe Alberto pensó en hacer esta idea estensiva á todas las naciones y las invitó á exhibir reunidos sus variados productos.

Le ha parecido que semejante exhibicion le serviria para patentizar los progresos de la civilizacion actual, y que mientras nos enseñaria á dar gracias al Criador por los beneficios de que nos ha colmado, aprenderíamos tambien lo mucho que puede ayudar al bien universal, la union, no solo de los individuos, sinó de las naciones. (Bravos prolongados.)

Señores, no hemos tenido la pretension de hacer una *esposicion inglesa* de las industrias del mundo. Hemos creido que nos halagaba suficientemente el honor de llamar á cada nacion á exhibir sus productos como parte integrante de la grande obra.

Estoy encargado por el príncipe Alberto y por mis cólegas de

une seconde patrie (applaudissements prolongés), toutes ces circonstances me font éprouver de la fierté, et aussi de l'embarras, d'avoir en ce moment l'honneur si peu mérité d'être l'organe de la commission devant une si brillante assemblée, dans une fête offerte avec tant de bonne grâce et dont la magnificence n'est égalée que par la cordialité qui y préside. (Applaudissements.)

«Messieurs, le désir était né en Angleterre d'imiter une de ces grandes expositions de l'industrie qui, en France, avaient si bien réussi et été si utiles. Le prince Albert avait pensé à étendre cette idée si nationale et à inviter toutes les nations à exposer ensemble tous leurs produits si variés.

«Il lui a paru qu'une telle exposition lui servirait à marquer l'avancement de la civilisation actuelle; que pendant qu'elle nous enseignerait à rendre grâces au Createur pour les bienfaits dont il nous a comblés, nous y apprendrions aussi combien on peut aider au bonheur commun par l'union, non seulement des individus, mais des nations. (Bravos prolongés.)

«Messieurs, nous n'avons pas eu la prétention de faire une *exposition anglaise* des industries du monde. Nous avons cru qu'il y aurait un suffisant honneur pour nous à appeler chaque nation à faire sa propre exposition comme partie intégrante de cette grande œuvre.

«Je suis chargé par le prince Albert et par mes collègues de la commission de

comision de dar las gracias al Presidente de la república y á su gobierno, por las sábias medidas que han tomado y su persistencia en luchar contra rancias preocupaciones, así como por la eleccion que han hecho de hombres que han concurrido á esta obra inmensa, con tanta habilidad y conciliacion. (Aplausos.)

Tambien tenemos que dar gracias á los expositores franceses, por la elegancia, perfeccion y esplendidez de sus productos. Han hecho mas que confirmar la reputacion que su génio inventor y su buen gusto les ha hecho adquirir en el mundo entero. (Aplausos prolongados de parte de los ingleses que asisten al banquete.) Me atrevo á esperar que el tiempo y el dinero que han debido sacrificar no se habrán perdido del todo, ni aun considerada la cuestion mercantilmente, y que no se resentirán si nosotros aprovechamos algo de las lecciones que nos habrán dado. (Viva aprobacion.)

Señores, debemos dar particularmente gracias á esos hombres tan distinguidos en las ciencias, las artes y la industria, que la Francia nos ha enviado como miembros del gran jurado de la exhibicion. Nuestra organizacion, que era una asociacion enteramente voluntaria, nos ha obligado á establecer reglas en oposicion á aquellas á que les habia acostumbrado la antigua esperiencia. Sin embargo, no han dejado de querer el bien con un ardor y perseverancia dignos de todo elogio. Todas las opiniones han sido oidas y puestas á discusion. Todos los intereses han sido apreciados y atendidos con imparcialidad. Lo mas frecuente ha sido ver á los

remercier M. le Président de la République et son gouvernement, pour les mesures sages prises par eux, pour leur persistance à lutter contre de vieux préjugés, et pour le choix qu'ils ont fait d'hommes qui ont concouru à cette œuvre immense avec tant d'habileté et de conciliation. (Applaudissements).

«Nous avons aussi à remercier les exposants français, pour l'élégance, la perfection et la splendeur de leurs produits; ils ont plus que confirmé la réputation que leur génie inventif et leur bon goût exquis leur ont faite dans le monde entier. (Applaudissements prolongés de la part des Anglais qui assistent au banquet.) J'ose espérer que le temps et l'argent qu'ils ont dû sacrifier ne seront pas entiérement perdus, même au point de vue commercial, et qu'ils ne seront pas jaloux si nous profitons un peu des leçons qu'ils nous auront données. (Vive approbation.)

«Messieurs, nos remercîments sont surtout dus a ces hommes si distingués dans les sciences, les arts et l'industrie, que la France nous a envoyés comme membres du grand jury de l'Exposition. Notre organisation, qui était une association toute volontaire, nous a obligés de poser des règles en opposition à celles auxquelles leur vieille expérience les avait accoutumés. Cependant ils n'ont cessé de vouloir le bien avec une ardeur et une persévérance dignes de tous les éloges. Toutes les opinions ont été entendues et discutées. Tous les intérêts ont été appréciés et servis avec im-

honorables miembros del jurado por la Francia, ocupados en demostrar los méritos de los espositores ingleses y de las demas naciones. En fin, despues de dos meses de reuniones diarias, que ocupaban siete y ocho horas del dia, los individuos franceses se han separado de sus cólegas sin alterar la mas completa armonía, y han dejado en Inglaterra sentimientos de benevolencia y de respeto. (Aplausos ardientes y prolongados.)

Permitidme, señores, citar ahora á los visitadores que la Francia ha enviado á la exhibicion. Entre ellos habia algunos de los mas eminentes hombres de Estado; entre ellos habia tambien notabilidades literarias y de la milicia; entre ellos contábanse por un lado representantes de antiguos títulos, cuya nobleza data de la edad media, y por otro lado muchos individuos de esa *bourgeoisie* que ha hecho mucho tambien para ilustrar á la Francia. (Bravo! bravo!)

En medio de ellos, hemos visto con placer inteligentes artesanos, paisanos laboriosos. (Bravo! bravo!)

Todos, en distintos grados, han mostrado esa curiosidad conocedora, ese talento vivo y dócil, ese buen humor y cortesía de buen gusto que siempre han reinado en Francia. (Toda la asamblea, seducida por la elegante manera con que este cumplimiento, tan ingeniosamente expresado, fué dicho, estalló en aplausos.)

Durante largo tiempo, señores, los hombres distinguidos de

partialité. Le plus souvent on a vu les honorables membres du jury pour la France occupés à démontrer les mérites des exposants anglais et des exposants des autres nations. Enfin, après deux mois de réunions quotidiennes qui avaient pris sept et huit heures par jour, les jurés français se sont séparés de leurs collègues dans une harmonie complète, et ils n'ont laissé en Angleterre que des sentiments de bienveillance et de respect. (Applaudissements bruyants et prolongés.)

«Messieurs, permettez-moi maintenant de dire un mot sur les visiteurs que la France a envoyés à l'Exposition. Parmi eux étaient quelques uns des plus eminents hommes d'état de la France; parmi eux on comptait aussi des illustrations dans les lettres et des illustrations militaires. Parmi eux aussi on comptait, d'une part, des représentants des vieux noms, dont la noblesse date du moyen âge, et d'autre part, beaucoup de personnes de cette bourgeoisie qui a tant fait, elle aussi, pour illustrer la France. (Bravo, bravo!)

«Au milieu d'eux aussi, nous avons vu avec plaisir des artisans intelligents, des paysans laborieux. (Bravo, bravo!)

«Tous, à des degrés différents, ont montré cette curiosité intelligente, cet esprit vif et souple, cette bonne humeur et cette courtoisie de bon goût qui ont toujours distingué la France. (L'assemblée entière, séduite par l'élégante manière dont ce compliment si ingénieusement exprimé a été dit, éclate en applaudissements.)

«Pendant longtemps, messieurs, les hommes distingués des deux nations ont pu

ambas naciones han podido apreciar su mérito respectivo; pero durante largo tiempo tambien la mayoría de nuestro pueblo solo ha podido conocer el valor y génio militar de la Francia. (Bravo! bravo!) Gracias al cielo, la aproximacion obtenida por treinta y seis años de paz ha permitido á nuestros compatriotas de todas las clases, reconocer en los franceses, tambien de todas categorías, los méritos que les hacen tan eminentes en todas las artes de la paz. (Viva aprobacion.)

Disimulad, señores, que haya abusado de vuestra atencion. (No! no! muy bien! muy bien!) Os agradezco la buena acogida que me habeis dispensado, y os pido permiso para brindar, de lo íntimo del corazon, con este vino, uno de los productos mas deliciosos de vuestro suelo (muy bien! muy bien!) á la prosperidad política, social y comercial de la ciudad de París.» (Aplausos prolongados.)

Los vítores mas vehementes cubrieron las sentidas y leales palabras de lord Granville, y se prolongaron por mucho rato. Parecia que el auditorio no sabia como patentizar sus simpatías al elocuente orador por los nobles sentimientos sociales de su escelente discurso.

Esta carta, mi buena amiga, sale ya demasiado larga; será preciso dejar para mañana la continuacion del relato comenzado.

Créame usted siempre su mejor amigo.



apprécier le mérite respectif des deux peuples; mais pendant longtemps aussi le gros de notre nation n'a pu connaitre que la bravoure et le génie militaire de France. (Bravo! bravo!) Grâce au ciel, le rapprochement obtenu par trente-six ans de paix a permis à nos compatriotes de toutes les classes de reconnaître dans les Français, aussi de toutes les classes, les mérites qui rendent les Français, si éminents dans tous les arts de la paix. (Vive approbation.)

«Pardon, messieurs, d'avoir ainsi abusé de vos moments. (Non! non! très bien! très bien!) Je vous remercie du bon accueil que vous m'avez fait, et je vous demande la permission de boire, du fond du cœur, avec ce vin, un des produits les plus délicieux de votre sol (très bien! très bien!) á la prospérité politique, sociale et commerciale de la ville de París.» (Applaudissements prolongés.)

CARTA VIII.

6 DE AGOSTO.

AMIGA mia: despues de los aplausos con que fué acogido el discurso de lord Granville, restableciose por fin el silencio, y el presidente de la municipalidad de París, Mr. Lanquetin, dijo con simpática voz: (1)

«Señores: acaso debiera dejaros bajo los encantos de las elocuentes palabras que acabais de oir; pero debeis perdonarme que ceda al sentimiento de gratitud que me han inspirado, y que venga á nombre de la corporacion municipal de París á dar las gracias al noble lord Granville por haber añadido al esplendor de este festin, el de un discurso que esplica y hace apreciar perfectamente su objeto.

El honor de hallarme sentado al lado del *Lord Mayor* de Londres, me impone ademas un deber que deseo llenar, y voy á ensayarlo.

(1) «Messieurs, je devrais peut-être vous laisser sous le charme des paroles éloquentes que vous venez d'entendre; mais vous me pardonnerez de céder au sentiment de reconnaissance qu'elles m'inspirent, et de venir, au nom du corps municipal de Paris, remercier le noble lord Granville d'avoir ajouté à l'éclat de cette fête par un discours qui en explique et en fait parfaitement apprécier le but.

«L'honneur de me trouver assis à côté du lord-maire de Londres m'impose d'ailleurs un devoir que je veux essayer de remplir.

La presencia del *Lord Mayor* en el *Hôtel-de-Ville* de París, no es únicamente un hecho sin ejemplar, es un acontecimiento que hará época porque acaba de arrancar las últimas raices, porque ha borrado las últimas huellas de las prevenciones tanto tiempo alimentadas por la guerra y sus consecuencias, entre dos pueblos que existen para amarse. (Aplausos.)

Dos capitales que son hermanas por los hogares de luces que encierran, van desde ahora á continuar su marcha á la cabeza de la civilazacion con tanta mayor rapidez y buen éxito, cuanto mas sincera y cordial es su union.

Para contribuir á este vínculo fraternal, en nombre de la ciudad de París, os propongo un bríndis al *Lord Mayor* y á la ciudad de Londres.

Al *Lord Mayor*, AL MAGISTRADO MUNICIPAL, TAN DIGNO, TAN RESPETADO, TAN PODEROSO PARA EJERCER EL BIEN!

A LA CIUDAD DE LONDRES, Á LA RICA É INMENSA CAPITAL DEL REINO UNIDO DE LA GRAN BRETAÑA!

A LA DIGNA Y NOBLE RIVAL DE PARÍS, HONOR Y GRATITUD!

Honor, por haber sido la primera en realizar el gran pensamiento de la esposicion de los productos de la industria universal, que ha hecho triunfar el sentimiento de una noble emulacion sobre el sentimiento del egoismo.

Honor y gratitud, por haberse mostrado grande y generosa

«La présence du lord-maire de Londres à l'Hôtel-de-Ville de Paris n'est pas seulement un fait sans exemple, c'est un événement qui fera époque, parce qu'il vient arracher les dernières racines, parce qu'il vient effacer les dernières traces des préventions si longtemps entretenues par la guerre et ses suites entre deux peuples faits pour s'estimer. (Applaudissements.)

«Deux capitales qui sont sœurs par les foyers de lumières qu'elles renferment vont désormais continuer leur marche à la tête de la civilisation avec d'autant plus de rapidité et de succès qu'elles seront plus unies.

«C'est pour contribuer à cette union que je viens, au nom de la ville de Paris, vous proposer un toast au lord-maire et à la ville de Londres.

«*Au lord-maire, au magistrat municipal si digne, si révéré, si puissant pour faire le bien!*

«*A la ville de Londres, à la riche et inmense capitale du royaume uni de la Grande-Bretagne!*

«*A la digne et noble rivale de Paris, honneur et gratitude!*

«Honneur, car elle a, la premiere, réalisé la grande pensée de l'Exposition des produits de l'industrie universelle, car elle a ainsi fait triompher le sentiment d'une noble et large émulation sur celui de l'egoïsme.

«Honneur et gratitude, car elle s'est montrée grande et généreuse en élevant de

erigiendo espléndidos palenques para una lucha pacífica, y prodigando la mas afectuosa hospitalidad á los sábios de la ciencia industrial, llamados para laurear al mérito.

Tenemos la profunda conviccion de que todo París, tan honrosamente colocado en el mundo industrial, aplaude sin reserva este festin ofrecido en su nombre en su palacio municipal, á los honorables miembros del gran jurado, y á los mas notables representantes de la industria de todas las naciones.

París se felicita de que hayamos llamado á esta reunion á los magistrados de las principales poblaciones manufactureras de Francia é Inglaterra, en presencia de nuestros grandes dignatarios franceses, en presencia del cuerpo diplomático y de los altos personages ingleses que mas han contribuido á realizar esa grande obra de la exhibicion.

La ciudad de París es dichosa, sobre todo, por la presencia del *Lord Mayor* de Londres en esta solemnidad, de la cual conservará eterna memoria.

¡A LA CIUDAD Y MUNICIPALIDAD DE LONDRES! (Bravos, aprobacion universal.)»

A la sazon fué cuando se levantó el *Lord Mayor* y pronunció el discurso que sigue: (1)

«Señor Prefecto del Sena, y señores: despues del muy elocuente y sustancial discurso pronunciado por lord Granville sobre la escelente exhibicion internacional, es absolutamente innecesario que hable yo una palabra mas sobre este asunto. Sin embargo, no pue-

splendides arènes à cette lutte pacifique, et en offrant la plus gracieuse hospitalité aux sages de la science industrielle appelés à couronner les plus méritants.

«Nous avons la profonde conviction que la ville de Paris tout entière, si honorablement placée dans le monde industriel, applaudit sans réserve à cette fête offerte en son nom, dans son palais municipal, aux honorables membres de ce grand jury et aux plus notables représentants de l'industrie de toutes les nations.

«Elle se félicite que nous ayons appelé à cette réunion les maires des principales villes manufacturières de France et d'Angleterre sous les yeux de nos grands dignitaires français, sous les yeux du corps diplomatique et des hauts personnages anglais qui ont le plus contribué à réaliser cette grande œuvre de l'Exposition.

«La ville de Paris est heureuse surtout de la présence du lord-maire de Londres à cette solemnité, dont elle gardera le plus impérissable souvenir.

«*A la ville et à la municipalité de Londres.*» (Bravos; approbation universelle.)

(1) «Monsieur le préfet de la Seine et messieurs:

«Après le très éloquent et substantiel discours prononcé par lord Granville sur cette excellente Exposition internationale, il n'est aucunement nécessaire que j'ajoute

do menos de espresaros cuanto me siento conmovido por el honor de haber asistido á este gran banquete. Siento un gran placer en haberme hallado en 1851 el primer magistrado de la ciudad de Londres, que, por la primera vez en la historia de Francia y en la de Inglaterra y en los anales de los corregidores de Londres ha hecho una visita al prefecto del Sena.

Señores, me atreveré á deciros en nombre de las autoridades municipales de la ciudad de Londres, que siempre han abrigado un ardiente deseo de cooperar con todos los que han sentido un profundo interés por la exhibicion industrial, porque están convencidas que el resultado será, segun toda probabilidad, producir no solamente en el pais, sino en toda Europa, paz, union y concordia. (Vivos aplausos.)

Con estos sentimientos puedo añadir, con el concurso, no solo de los ciudadanos de Londres sino de todo el pueblo ingles, que me felicito cordialmente por tan interesante acontecimiento, (largas aclamaciones) y por la ocasion que les ha proporcionado contribuir á llevar á cima esta grande obra.

Y aunque hablo en presencia de muchos de mis propios hermanos y cólegas, no he olvidado que me esperan otros miembros de las autoridades municipales, y comisarios y representantes de otras comarcas de Europa, que estoy seguro simpatizan conmigo. (Viva adhesion.)

rien de plus à ce sujet. Toutefois je ne puis m'empêcher de vous exprimer combien je suis sensible à l'honneur d'avoir été présent à ce grand banquet. Je regarde comme un grand plaisir de m'être trouvé en 1851 le premier magistrat de la ville de Londres, qui, pour la première fois dans l'histoire de France, dans l'histoire d'Angleterre et dans les annales des lords-maires de Londres, a fait une visite au préfet de la Seine.

«Messieurs, j'oserai vous dire au nom des autorités municipales de la ville de Londres, q'elles ont toujours éprouvé un vif désir de coopérer avec tous ceux qui ont ressenti et manifesté un profond intérêt pour cette Exposition, parce qu'elles sont convaincues que le résultat sera, selon toute probabilité, de produire non seulement dans ce pays, mais dans tous les pays de l'Europe, la paix, l'union et la concorde. (Vifs applaudissements.)

«C'est dans ces sentiments que je puis dire, avec le concours, non seulement des citoyens de Londres, mais, j'oserai ajouter, avec tout le peuple anglais, que je me réjouis cordialement d'un événement aussi intéressant (longues acclamations) et de l'occasion qu'il leur a procurée de contribuer à mener à fin cette grande œuvre.

«Et quoique je parle en présence de plusieurs de mes propres frères et collègues, je n'ai pas oublié que je suis attendu des autres membres des autorités municipales et des commissaires et représentants d'autres contrées de l'Europe, qui, j'en suis sûr, sympathisent avec moi. (Vive adhésion.)

Concluyo estas observaciones agradeciéndoos el honor que en mi persona les habeis dispensado, y propongo un bríndis al prefecto del Sena y á la prosperidad de la ciudad de París.»

Una triple salva de aplausos coronó las palabras del *Lord Mayor*.

Levantose en este momento un caballero inglés, y lleno de entusiasmo dijo: *For the city of Paris, hourrah!*

Este *¡hourrah!* fué repetido tres veces por los ingleses con una energía pulmonar atronadora.

Despues del banquete y los *toast*, que terminó todo á las diez, dirigiose el cortejo en masa al gran salon que dá sobre la plaza del *Hôtel-de-Ville*. Allí tuve el placer de entablar conversacion con algunos de los primeros escritores de París; y uno de ellos llevó su amabilidad hasta el punto de confiar su dama á unos amigos, para acompañarme á donde no era fácil penetrar con señoras.

En un magnífico teatro improvisado con riquísimas sedas y terciopelos sujetos á gruesos cordones de oro, se representó la comedia del inmortal Moliere, *Le médecin malgré lui*, por los mejores actores de la *Comédie Française*.



Mientras el ilustre escritor divertia á los convidados, la sala donde se habia celebrado el banquete sufrió una completa meta-

«Je termine ces observations en vous remerciant de l'honneur que vous leur avez fait en ma personne, et je propose un toast au préfet de la Seine et á la prospérité de la ville de Paris.» (Triple salve d'applaudissements.)

morfosis. Desaparecieron las mesas, y la inmensa galería se convirtió en suntuoso salon. En él se celebró un lucidísimo concierto compuesto de las piezas siguientes:

Parte primera. Un coro del *Sitio de Corinto* de Rossini, obertura de *Oberon* de Weber, un coro de *Castor et Pollux* de Rameau, obertura de la *Gazza ladra* de Rossini, y *Las ruinas de Atenas* de Beethoven.

Parte segunda. Coro de *Judas Macabeo* de Handel, Septuor de Beethoven. Otro coro de Gluck, una sinfonía de Beethoven y el coro de la *Creacion* de Hayden.

Olvidaba decir á usted, que durante la representacion del *Médecin malgré lui*, que como ya sabe usted, es la comedia que arregló á nuestro teatro don Leandro Fernandez de Moratin con el título de *El Médico á palos*, notose que tres de los señores ministros, á saber: el de negocios estrangeros, el de hacienda, y el de obras públicas, abandonaron sucesivamente y con ciertas precauciones asaz misteriosas, los sitios que ocupaban junto al *Lord Mayor*, al prefecto del Sena, al embajador de Inglaterra y á muchos otros ilustres personages.

Esta repentina ocurrencia era alarmante en aquel momento y no dejó de producir general murmullo que fué seguido de mil comentarios. Unos atribuian aquella evolucion á alguna órden del Presidente de la república, otros á la urgencia de algun negocio de alto interés que no admitia dilacion; los mas sospecharon que aquellos señores se retiraban á otro salon para discutir alguna cuestion internacional, y acaso no faltó quien recelase que irian á contener una revolucion en sentido realista, poniendo la guarnicion de París sobre las armas. Ahora bien, ¿quiere usted saber la verdadera causa de aquel movimiento ministerial? Pues sepa usted que los tales ministros, *Messieurs* Fould, Baroche y Magne, habíanse escurrido á hacer el cadete entre bastidores; y allí les encontramos mi compañero y yo, echando piropos á las actrices, que por cierto eran muy lindas, y se llamaban Biron, Denain y Brohan, la Agustina, porque hay otra hermana que se llama

Magdalena. La Agustina es la graciosa *(soubrette)* y la Magdalena, dama jóven, ambas á dos de singular belleza en el teatro y de un mérito superior á todo elogio. Volveré á ocuparme de estas escelentes actrices cuando trate de las representaciones del Teatro Francés, del cual son sus principales joyas. ¿No es cierto, amiga mia, que no eran lerdos los señores ministros? Despues del café con sus correspondientes copitas, nada podia serles mas grato que semejantes coloquios.

He citado á usted la Agustina Brohan, y voy á referir un pequeño incidente, que fué muy desagradable á esta jóven, pero divertidísimo para la concurrencia.

Esta picante graciosa del primer coliseo de París, tiene la deplorable costumbre de cubrirse el rostro, el cuello, los brazos y las manos de harina de arroz. A cierta distancia hace prodigioso efecto este enharinamiento combinado con el carmin; pero en el *Hôtel-de-Ville* á breves pasos de los espectadores, fué una cosa estraña, escesivamente ridícula. No parecia sino que la jóven actriz habia sido revocada con cal antes de presentarse en la escena. Era una verdadera figurita de yeso de *santi-barati*.

Todo el auditorio, que estaba de buen humor y aun bajo la influencia del *Champagne*, saludó la aparicion de la nueva *dama blanca* con estrepitosa y prolongada risa. La señorita Brohan supo el motivo de esta hilaridad. Se encolerizó sin duda interiormente; pero tuvo la precaucion de no morderse los lábios. Hubiera podido dejar una huella de sus bonitos dientes sobre el demasiado blanco y sedoso cutis de circunstancias.

Voy á referir á usted otra anécdota no menos graciosa relativa al concierto del *Hôtel-de-ville*.

Ya he dicho á usted que iba yo en compañía de un jóven literato de los mas célebres de París, y apropósito no revelo su gracia para poder relatar un suceso que confió á mi amistad. Como usted quiere que estas cartas vean la luz pública, diré el pecado callando el nombre del pecador.

Este literato, despues de haber obtenido grandes triunfos, mi-

ra ya con alguna indiferencia la literatura dramática, y muestra singular aficion por la diplomacia. Aspira á ser algun dia embajador. Está en relaciones con los grandes hombres de Estado, y á esto debió la posesion de un billete de convite para él y una señora, porque tenia una hermana.

La eleccion de las señoras convidadas al concierto habíase hecho con la mas escrupulosa severidad. Ninguna persona de dudosa reputacion hubiera podido deslizarse en él sin ocultar su nombre; pero como desde que Eva y Adan nos legaron la incontinencia que les hizo comer la fruta vedada, no cabe la menor duda que la prohibicion es madre del apetito, nada tiene de estraño que por este motivo se apoderase de una célebre bailarina de París, un deseo vehemente, inmoderado, de asistir al concierto cuando supo que le estaba oficialmente prohibido.

—Entraré en el *Hôtel-de-Ville*, aunque sea por una ventana—dijo sonriéndose con maliciosa coquetería cuando vió que se desechaban desapiadadamente sus súplicas.

Casualmente entre la crecida escolta de sus cortesanos, entre el gran círculo de sus adoradores, descollaba el jóven literato de quien acabo de hacer mencion, y he dicho á usted ya que era dueño de un billete de convite de caballero y de otro de señora.

—Yo seré tu compañera—le dijo la actriz con donosa zalamería.

—¿Estás en tu juicio?—le replicó el literato.

—¿Temes que te comprometa?

—No... pero.....

—¿Temes que me conozcan?

—Como que no se trata de ningun baile de máscaras.....

—Ya lo sé, es un concierto..... y yo soy tan filarmónica.....

—Lo supongo; pero.....

—¿Otro pero?

—Ten juicio una vez siquiera.

—Ya, ¿y quieres ir con otra muger?

—Iré con mi hermana.

—Irás conmigo, y te aseguro que nadie me conocerá.

—Imposible.

—¿Imposible? Pues oye mi *ultimatum:* ó has de llevarme esta noche al concierto, ó renunciar á toda esperanza... y no presentarte mas en tu vida delante de mí.

El futuro embajador estaba frenéticamente enamorado de la niña, y se allanó á sus deseos. Yo no estrañé su pasion, porque era muy graciosa la heroina, morenilla como usted, Enriqueta, de ojos muy negros y espresivos, tambien como usted, pelo sedoso y oscuro como el azabache, y no tenia mas defecto que el ser estremadamente coqueta. ¿No es verdad que en esto no se le parece usted?

A las nueve de la noche fué el jóven literato á su casa, y en lugar de la traviesa morenilla, halló á una tímida rubia con los ojos clavados en el suelo y las blancas megillas sombreadas por los grandes bucles de oro.

El literato la saludó respetuosamente.

—*Eh bien, mon cher*, ya ves como no me conoces..... he ganado el pleito..... y si tuviera tiempo, muchas lindezas habias de oir acerca de *los ojos del corazon* y los atractivos de la simpatía de que me hablas sin cesar.

Era en efecto la donosa bailarina, cuyos cabellos de ébano habian desaparecido bajo los dorados rizos de una peluca ornada de brillantes y de flores con sin igual coquetería. Su busto estaba pintado con toda la habilidad que se adquiere entre bastidores. En una palabra, era una deliciosa criatura, de rostro pacífico y reservado, de dulces y modestas miradas. Y bajo estas apariencias de ángel, ¿quién era capaz de conocer al diablillo que causa la desesperacion de todos los *lions* de París?

Ella lo dijo: «*J'irai au concert de l'Hôtel-de-ville.*» Y estuvo en él, é hizo multitud de conquistas, y pasó por delante de sus antiguos adoradores sin ser conocida. ¡Lo que puede una parisiense bonita, jóven, impetuosa, y acostumbrada á hacer respetar y ejecutar sus caprichos!

Con el brillante concierto, amiga mia, terminó la primera fiesta á la madrugada del dia tres, y á las diez de la mañana, sin casi haber podido dormir, emprendí mi marcha para Versalles, donde iba á darse curso á todos los juegos de aguas que adornan aquellos pensiles.

Mañana escribiré á usted los portentos que vi en esta maravillosa jornada.



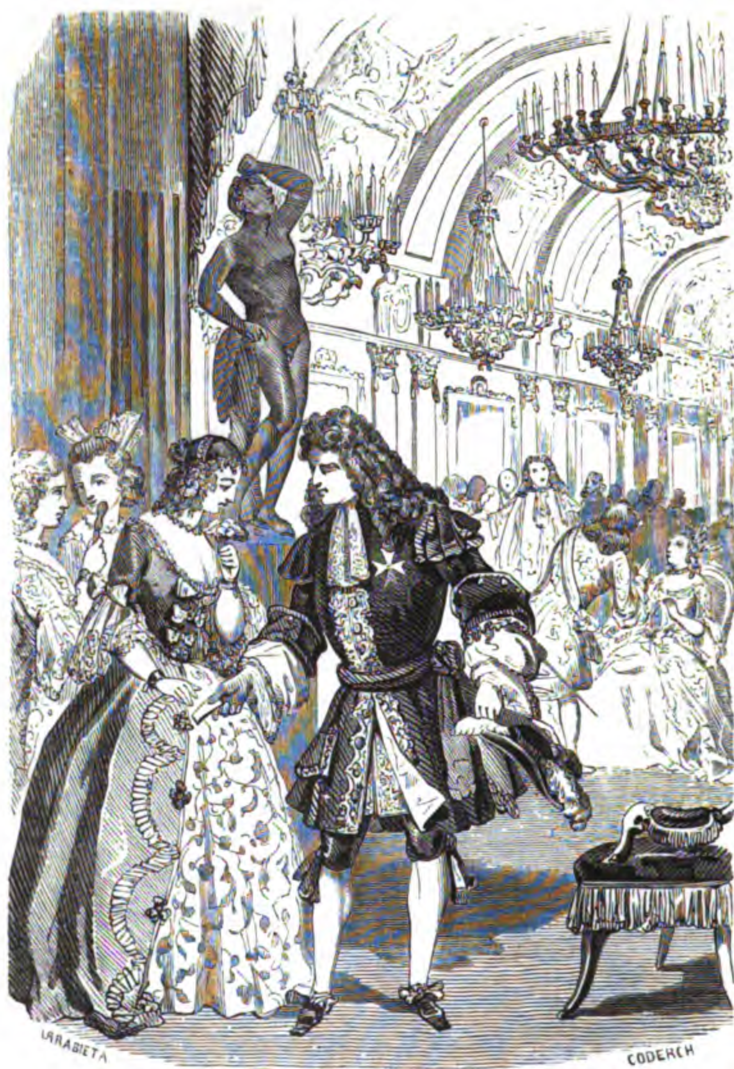
CARTA IX.

7 DE AGOSTO.

No sé, mi apreciable amiga, como dar comienzo al relato de los hechizos que encierra Versalles. Su orígen piérdese en la oscuridad. Parece que en el reinado de Lúis XIII no era mas que un pobre villorrio. Empezó su fortuna alcanzando los honores de ser elegido para *rendez-vous* de caza, en el seno de las selvas que le rodeaban y se dilataban por un lado hasta *Saint-Germain*, y por el otro, hasta *Rambouillet*.

A este poderoso atractivo de la caza, debe Versalles su gloria. El señor del lugar, Mr. Lomenie, hijo de una de las muchas víctimas de *la Saint-Barthélemy*, vendió Versalles á Luis XIII en 1627, que se contentó con tener allí una sencilla habitacion de recreo.

En 1660 concibió Luis XIV el proyecto de transformar aquel sitio en una de las magnificencias del mundo. El genio del hombre luchando contra la naturaleza; las corrientes de los rios desviadas de su curso para llevar sus aguas á los lechos de mármol; un ejército ocupando todas las horas de ocio en aquellos inmensos trabajos; todas las artes rivalizando á porfia para corresponder dignamente á la grandeza del pensamiento que las habia convocado, un palacio mas espléndido que todos los palacios de los reyes, erigiéndose bajo la direccion del célebre Mansard y decorándose con los



CORTE DE LUIS XIV.

tesoros del pincel de Lebrun; maravillosos jardines ideados por Le Notre, y ornados de obras maestras de Puget y de Girardon; un alcázar soberano prodigando á millones las riquezas de sus conquistas; una corte fastuosa realzando con su lujo el esplendor de esta real morada; los primeros festines ordenados por Colbert, animados por Moliere, celebrados por La Fontaine y presididos por un semi-dios radiante de juventud, de amor y de gloria, tal fué el espectáculo que, segun Mr. Vatout, presentó la pomposa creacion del palacio de Versalles.

Terminose en 1672, y Luis XIV, fijando en él su residencia, llevó allí los ministerios y demas dependencias. El clero y la nobleza abandonaron á París para establecerse en la nueva ciudad; no habia quien no ambicionase tener un palacio en aquel delicioso recinto, y así iba mejorándose de dia en dia.

Luis XIV en su brillante córte de Versalles era en efecto, como acabo de decir, un semi-dios, pues no solo supo rodearse de los varones mas eminentes que en todos los ramos de la humana inteligencia ha tenido la Francia, sino que con la proteccion que á todos ellos prodigaba, alcanzó granjearse generales simpatías. Si era atento y amable con los hombres, su finura y galantería subian de punto siempre que dirigia la palabra al bello sexo, del cual fué escesivamente apasionado; pero veleidoso en sus amorosos caprichos.

He prometido en otro capítulo hablar á usted de los amores de Luis XIV al tratar de la córte de Versalles. Allí fué la duquesa de la Vallière, durante algunos años, el objeto de todos los galanteos del monarca, á quien amaba con frenesí. La duquesa de la Vallière unia á su belleza y elegantes modales un carácter de dulzura y de bondad que conquistaba las voluntades. Todos la apreciaban y respetaban; pero ella no se mezclaba jamás en las intrigas cortesanas. Tenia un particular esmero en aprovechar cuantas ocasiones se le presentaban de poder hacer algun beneficio. Era en estremo caritativa y nunca olvidó las palabras de un pobre religioso, que despues de haber recibido una limosna, le

dijo con la emocion de la gratitud: «¡Ah! madama, os salvareis, pues no es posible que Dios abandone á una criatura que tan liberalmente socorre á los necesitados.»

Luis XIV se manifestaba cada dia mas enamorado de las gracias, talentos y virtudes de la duquesa, y aunque esta se creia muy feliz en corresponderle, no mostraba ni un solo destello de orgullo enmedio de la régia magestad que la rodeaba. Al contrario, de vez en vez, velaba su bello rostro la espresion de la melancolía, como si un fatal presentimiento acibarase los goces de su corazon.

El célebre pintor Mignard hizo su retrato, y quiso la duquesa que la colocara entre sus dos hijos, la señorita de Blois y el conde de Vermandois, con un canutillo de paja en la mano que despedia una pompa de jabon. En derredor de la pompa hizo escribir estas palabras: SIC TRANSIT GLORIA MUNDI, imágen natural de la vanidad de las pasiones humanas y de los favores de los reyes.

Despues de un jóven rey tan perfecto para ella como Luis XIV, solo Dios podia merecer el amor de esta angelical criatura, y por eso, mi buena amiga, se sirvió sin duda el Criador del carácter veleidoso de Luis XIV, para atraerla á su divina gracia.

La enamorada duquesa apercibiose en 1669 que madama de Montespan tomaba el ascendiente en el corazon del monarca, y soportó con admirable tranquilidad el dolor de ser, por largo tiempo, testigo del triunfo de su rival. No faltó quien le atribuyera los siguientes versos:

Tous ces defauts, Louis, font tort à vos vertus;
Vous m'aimiez autrefois et vous ne m'aimez plus.
Mes sentiments, hélas! diffèrent bien des vôtres.
Amour, à qui je dois et mon mal et mon bien,
Que ne lui donnez-vous un cœur comme le mien!
Ou que n'avez-vous fait le mien comme les autres!

En 1675 se hizo Carmelita, y murió el 6 de junio de 1710 con el nombre de *Sor Luisa de la Misericordia*, á la edad de 66 años.

Madama de Montespan habia sido recibida en la córte de

Luis XIV por la duquesa de la Vallière, y el rey la miraba en un principio como á una jóven amable, pero atolondrada en demasía. Burlándose de ella, dijo un dia á la duquesa: «*Elle voudrait bien que je l'aimasse; mais je n'en ferai rien.*»

Luis XIV faltó á su palabra: en breve se enamoró de la marquesa de Montespan; y esta reinó con imperio. Sus fantasías obligaron al príncipe á hacer gastos escesivos é inútiles; pero abusó tanto de su orgullo y de su carácter imperioso, que por fin se cansó el monarca de tales demasías, y en 1680 le mandó abandonar la córte. Madama de Montespan murió en 1707 á la misma edad que la duquesa de la Vallière.

Enamorose Luis XIV de la duquesa de Fontanges, jóven tan hermosa como escasa de talento, si hémos de creer á Mr. Choisi, que hablando de ella dijo: «*Belle comme un ange, mais sotte comme un panier.*»

Desde que conoció la pasion que habia inspirado al rey, abandonose enteramente á la altivez y prodigalidad que constituian su carácter. Devolvió con usura á madama de Montespan los desprecios que habia recibido. Gastaba en sus caprichos la exhorbitante cantidad de cien mil escudos mensuales, y daba el tono á todas las modas. En esta parte era tal su ascendiente, que cualquiera innovacion, aun cuando fuese ridícula, se adoptaba ciegamente por las señoras mas elegantes de la córte, con tal de que la hubiera inventado la duquesa de Fontanges. Así es que en una partida de caza en que el viento le descomponia el tocado, hubo de recurrir á una cinta cuyos lazos le caian sobre la frente, y esta moda pasó con su nombre á todos los paises de Europa.

Murió el 28 de junio de 1681 á los 20 años de edad, y los malvados que tanto abundan en torno de los reyes, hicieron correr la infame calumnia de que habia sido envenenada por disposicion de madama de Montespan. Sus contemporáneos le aplicaron estos lindos versos de Malherbe:

Et rose, elle a vécu ce que vivent les roses
L'espace d'un matin.

Los últimos amores de Luis XIV fueron consagrados á la viuda del poeta satírico Scarron.

Madama de Montespan, para ocultar el nacimiento de los hijos que habia tenido del rey, depositó su confianza en el talento y prudencia de esta honrada viuda, que tuvo la desgracia de saber que no merecia el agrado real.

Luis XIV tenia noticia del estraordinario talento y vasta instruccion del aya de sus hijos, y la consideraba como una fátua presumida y empalagosa.

Madama Scarron tuvo que acompañar al duque *du Maine*, hijo del rey, á los baños de Barège, y como hubiese de entablar correspondencia con el monarca, sus interesantes cartas fueron desvaneciendo poco á poco las primeras impresiones que le habia causado.

Posteriormente, el mismo niño contribuyó á que el rey acabase de rectificar su juicio en favor de madama Scarron. Complacíase Luis XIV en jugar con el duque *du Maine* por el buen sentido que notaba en las réplicas de su hijo hasta en los juegos mas pueriles. «Eres muy razonable» le dijo un dia, y el niño respondió sin titubear: «Es preciso que lo sea, cuando mi querida aya es la razon misma.» — «Pues anda á decirle, replicó el rey, que cuente con cien mil francos para comprarte dulces.»

Con este y otros beneficios pudo adquirir la viuda del poeta en 1674 la finca de Maintenon, cuyo nombre adoptó.

Sucesivamente, amiga mia, el rey que no podia acostumbrarse á lo que él llamaba *fatuidad* de esta buena señora, pasó de la aversion á la confianza, y de la confianza al amor.

Cuando llegó Luis XIV á la edad en que los hombres necesitan una compañera para confiar en su seno sus placeres ó sinsabores, cuando quiso alternar las fatigas del gobierno con las inocentes dulzuras de la vida privada, pareciole que el espíritu conciliador de madama de Maintenon, avezada ya á la docilidad que enjendra la pobreza, le aseguraba una amiga tierna, una confidente juiciosa.

Su confesor el padre Lachaise, animole tambien á legitimar

su pasion por los indisolubles vínculos de un casamiento secreto, y en consecuencia diose la bendicion nupcial á fines de 1685 por Harlai, arzobispo de París, en presencia del citado confesor y otros dos testigos. Luis XIV tenia á la sazon cuarenta y ocho años y su esposa cincuenta.

Luis XIV no salió ya de Versalles, sino para ser conducido en 1715 á su última morada de *Saint-Denis* y reunir sus frios restos con los de sus antepasados.

A la muerte de Luis XIV restableciose la corte en Paris, donde permaneció durante los siete años de menor edad de Luis XV; pero luego volvió á Versalles. El 31 de diciembre de 1756 un tal Damiens se abrió paso entre los cortesanos de Luis XV é hirió con un cuchillo al rey en el acto de subir al coche. La herida resultó ligera, y el asesino fué atenaceado y descuartizado. En 1790 la poblacion era ya de 100,000 almas y existia allí la córte, hasta que en 1792 el desgraciado Luis XVI fué conducido violentamente á Paris.

La Convencion transformó en hospital de inválidos el palacio de Versalles, y aun se trataba de demolerlo, cuando ocurrió en 1798 el advenimiento de Napoleon, y salvose el régio alcázar, que el emperador trató luego de mejorar y volverle á su primitiva suntuosidad. La campaña de Rusia distrájole de este propósito.

Luis XVIII hizo restaurar el edificio; pero pareciéronle exorbitantes los gastos que habia de hacer para dejarlo habitable á la córte, y contuvo sus deseos.

Estaba reservado á Luis Felipe restituir el palacio de Versalles á su antiguo esplendor, y darle un destino mucho mas noble que el que hasta entonces habia tenido. Es preciso hacer justicia á los reyes cuando lo merecen, mas que no sea uno muy amigo de ellos. Luis Felipe consagró el palacio de Versalles á todas las glorias de su pátria, no á la vanidad esclusiva ni á los placeres de los monarcas. Allí, la mágia de la pintura eterniza los hombres, las acciones, las batallas que han ilustrado los anales franceses desde la cuna de la monarquía hasta la desaparicion del trono. Allí bri-

llan los hechos de armas que mas honraron á la Francia en los primeros tiempos. Llega luego Luis XIV rodeado de todas las grandezas cortesanas, síguele el año de 1792 con su bizarra juventud y su entusiasmo, aparece Napoleon con los prodigios del imperio, y por último, el pueblo de julio, haciendo uso de su soberanía vengando las públicas libertades, y derribando un trono para erigir otro de su confianza.

Pero usted, amiga Enriqueta, que es tan sensible á las delicias del campo, aguardará seguramente con impaciencia que le diga algo del parque y de los jardines de este real sitio. Creo que el mayor elogio que de ellos puede hacerse, será el confesar que asombra á los mismos españoles que hemos admirado las maravillas de nuestros reales sitios. El que mas semejanza tiene con Versalles, es San Ildefonso, tanto por la prodigiosa frondosidad de los gigantescos árboles, como por la riqueza de las estátuas, la magnificencia de los marmóreos grupos que adornan las fuentes, y los mágicos juegos de agua de un efecto encantador. Do quiera que uno se coloque disfruta de hermosísimas perspectivas, de puntos de vista deliciosos.



El mismo recinto del parque atesora otros dos palacios con primorosos pensiles, conocidos por *les Trianons*. Estos fueron los sitios predilectos del infortunado Luis XVI, y de María Antonieta. Cuántas veces se confundieron los ardientes suspiros de su amor

con el dulce susurro de las cristalinas fuentes! Cuántas veces se prodigaban caricias en aquella mansion encantadora, divinizando el fuego que abrasaba sus enamorados corazones! ¿Quién no hubiera envidiado la suerte de aquel dichoso monarca? Y cuando mas feliz se imaginaba, halló el término de su ventura..... en un cadalso! ¡Cuán engañosos y efímeros son los goces de este mundo!

Aislado enmedio del parque está el *parterre du Nord*. Bájase á él por una anchurosa y elegante escalinata marmórea ornada de lindísimos jarrones de bronce y de mármol de Egipto. Los primeros en número de catorce son de Duval, los segundos, que no son mas que dos, fueron obra de Rousseau. Junto á estos jarrones, hay dos bellísimas estátuas. La entrada del *parterre*, ostenta otros cuatro grandes jarros de mármol, y en frente de la escalinata descuella la magnífica fuente de las pirámides.

Profusion de soberbias estátuas realza la magestad de aquel encantador recinto, siendo muy notables entre ellas por su mérito artístico, las que simbolizan el *Poema Pastoril* por Granier, la *Tierra* por Massou, la *Noche* por Raon, el *Africa* por Cornu, y una escelente *Venus* que campea no muy lejos de la *fuente de Diana*. Esta fuente es notabilísima por la propiedad con que están desempeñados dos leones que despedazan el uno un javalí, y el otro un lobo. Ambos grupos son de los Kellers. Tambien tiene un gran mérito la estátua que representa á *Diana cazadora*.

Al llegar al *parterre du Midi*, da comienzo á la suntuosa balaustrada una bella estátua yacente que simboliza á *Cleopatra* haciéndose morder por un aspid. Aunque este *parterre* carece del principal adorno de los jardines, pues no se vé en él ni una sola flor, el número inmenso de jarrones de bronce que hermosean su marmórea escalinata, los cupidos de metal montados en sendas esfinges de mármol blanco, las colosales estátuas, y sobre todo, la régia balaustrada, que termina enfrente del *Parterre de l'Orangerie*, le dan cierto aspecto fabuloso que encanta.

No puedo espresar á usted, mi dulce amiga, las emociones que

agitaban mi corazon en aquel momento. Parecíame transportado á una de esas mansiones fantásticas tan poéticamente descritas por Hoffman. Bajé por una anchurosa escalera que llaman *des cent marches* y no sabia á donde dirigir mis pasos, porque pasados los *cien escalones*, delante de mis ojos habia además *cien sendas* orilladas de pomposos naranjos, árboles rarísimos en estos climas, y que sin embargo, no se ven mas lozanos en las islas Baleares. La verde espesura de las copas se vé tachonada de abundantes frutos de oro que embalsamaban el aire de un aroma delicioso. Seguí por una de las galerías abovedadas por la misma frondosidad y hallé á pocos pasos una colosal estátua de Enrique IV que me llenó de asombro. No lejos de ella está la de Napoleon en trage imperial. Ambas destellan toda la perfeccion que puede exijirse de la escultura.

Quisiera seguir detallando las bellezas que sucesivamente cautivaban mi atencion; pero es materia imposible, mi buena amiga, á no dedicar á ello grandes volúmenes en vez de sucintas cartas. La *Terrasse du Chateau*, el *Parterre d'Eau*, el *Parterre de Latone*, el *Pourtour du bassin de Latone*, el *Tapis-vert*, el *Bassin d'Apollon*, el *Grand canal*, el *Bosquet de la Colonnade*, la *Salle des marroniers*, el *Bassin de Saturne*, el *Jardin du Roi*, el *Bassin du Miroir*, el *Quincouce du Medi*, el *Bassin de Bacchus*, el *Bosquet de la Reine*, el *Bosquet de la Salle de Bal*, y otros encantadores recintos en que se divide la ex-régia posesion, alardean toda la amenidad, todo el buen gusto, toda la elegancia, toda la perfeccion artística imaginables. Seria, sin embargo, vicioso mi laconismo si por temor de abusar de la indulgencia de usted, omitiese la descripcion del *Bosquet des bains d'Apollon*.

Este bosquecillo es lo mas primoroso del parque por las obras maestras de escultura que atesora. Lo primero que llama la atencion es una roca artificial, copiada tan perfectamente de la naturaleza que no hay quien conozca en ella la mano del arquitecto. Bajo esta roca está la gruta que representa la entrada del palacio de Tétis, diosa del mar. Usted, Enriqueta, que con tanto gusto ha leido siempre las ficciones mitológicas, no debe ignorar que Apolo,

despues de dirigir durante el dia la carroza del sol, iba á descansar de sus fatigas en el palacio de Tétis. Pues bien, la gruta en cuestion está decorada con tres hermosos grupos. El del centro, que es el principal, se compone de siete figuras que representan á Apolo enmedio de seis lindas doncellas de Tétis que se afanan en su obsequio. Dos de estas ninfas están en actitud de lavarle y enjugarle los piés. Otra derrama perfumes sobre las manos de Apolo, y le presenta una graciosa palangana. Estas figuras son obras maestras debidas al prodigioso cincel de Girardon. Es de admirar en ellas la ligereza, flexibilidad y finura del ropage, pues á través de sus velos, cree uno apercibir cuanto puede cobijar de mas gracioso y encantador una ligera y transparente gasa. Tres ninfas colocadas detrás de Apolo, cuidan con esmero de su rubia cabellera. Las dos tienen en sus manos sendas copas llenas de odoríficas esencias; la tercera rocía con ellas los cabellos de oro del afortunado dios. Estas ninfas son obra de Regnaudin. Sus vestidos son tan ligeros como los de sus hermanas. En este admirable grupo, de una perfeccion increible, Girardon y Regnaudin se disputan el precio de la imaginacion y del talento, á la manera que las citadas ninfas se disputan la palma de la beldad y de la donosura. Los grupos laterales significan los corceles del sol, á los cuales los tritones llevan á beber. El de la izquierda, compuesto de tres figuras, es de mucho efecto. Uno de los caballos muerde al otro, mientras el triton trata de separarlos; pero destellan tal espresion las tres figuras, que no puede exigirse mas al hábil escultor. El otro grupo es igualmente bello; pero no pude acabar de hacerme cargo de lo que representaba, pues mientras le examinaba con tanto placer como detenimiento, una voz española vino á sacarme de mi estupor. Ha de suponer usted, que siempre que en pais estrangero se oye el idioma en que nuestros padres nos prodigaron sus primeras caricias, cierta emocion indefinible llena el alma de supremo placer, y se mira con satisfaccion á la persona que habla como nosotros, aun cuando nos sea á todas luces desconocida. Grato es sobremanera este incidente; pero su interés sube estraordinariamente

de punto, cuando el inesperado encuentro, á miles y miles de leguas de distancia del pais que nos dió el ser, es con un amigo de confianza.

El acento que acababa de pronunciar mi nombre era andaluz, volví el rostro y ví con agradable sorpresa á mi digno colaborador el célebre dibujante don José Vallejo, que tan bellos dibujos ha hecho para la ilustracion de mis obras. Nos abrazamos, nos comunicamos nuestro recíproco asombro por las maravillas que aquellos hermosos pensiles atesoraban., y en compañía del estudioso jóven pintor Esquivel y algunos otros españoles, nos dirigimos á los salones del Museo.

Quisiera hacer á usted una minuciosa relacion de las bellezas que alardea tan grandiosa coleccion de pinturas; pero cuando sepa que en pocas horas tuvimos que recorrer con nuestra azorada vista cerca de dos mil obras maestras que cada una exigia un detenido exámen, conocerá la imposibilidad de dar cima á mi deseo. Este espacioso recinto encierra los recuerdos militares mas gloriosos para la Francia. Los acontecimientos mas notables de su historia, comprendiendo en ella las Cruzadas, los reinados de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, las campañas de la república hasta 1796, las de Napoleon hasta 1814, los reinados de Luis XVIII y Cárlos X, los sucesos mas señalados del reinado de Luis Felipe desde su advenimiento al trono hasta febrero de 1848, época en que abandonó la Francia con su familia á impulsos de la última revolucion, todos están allí trazados por hábiles pinceles; pero los que en tan rápida revista cautivaron mas mi atencion, por su bello colorido unos, por la valentía del dibujo otros, por su entendida composicion estos, por la espresion de las figuras aquellos, ó por otras de esas circunstancias con que los grandes génios saben animar sus creaciones, fueron:

Los funerales de Dagoberto en Saint-Denis, por Tassaert.

La batalla de Civitella, por Roger.

Godofredo de Bouillon elegido rey de Jerusalen, por nuestro compatriota Madrazo.

Tancredo en el monte *des Oliviers* por Signol.

Toma de Lisboa por los cruzados, por Desmoulins.

Entrada triunfal de Felipe Augusto en Paris, por Scheffer.

Casamiento de Cárlos VIII y Ana de Bretaña, por Saint-Evre.

Clemencia de Luis XII, por Gassies.

Enrique IV delante de Paris, por el baron Gerard.

Sitio de Courtray, por Pingret.

Casamiento de Luis XIV y María Teresa de Austria, por Lebrun.

Estrañará usted sin duda, amable Enriqueta, que entre las pinturas que acabo de citar, como las mas notables en mi humilde opinion, no haya una sola del fecundísimo Horacio Vernet. Tendria usted razon en censurar mi conducta si omitiese el nombre de este célebre artista. Son infinitas las creaciones de este génio sublime, que adornan el gran museo de Versalles, y todas ellas de un mérito superior á toda ponderacion; pero donde tiene Horacio Vernet el templo de su inmortalidad es en el *Salon de Constantina*.

Esta sala, que desde su inauguracion ha sido en todas épocas apreciada, como la mas notable del rico museo, débese en su totalidad al mágico pincel de Horacio Vernet.

Una elegante escalera conduce los visitadores al medio de la sala, y lo primero que cautiva su atencion en el lienzo de la pared frontera, es el bello cuadro del *asalto de Constantina*. Iba yo del brazo de mi amigo Vallejo cuando esta admirable pintura nos sorprendió de improviso. Vallejo tiene un verdadero corazon de artista, y le ví palidecer de asombro al contemplar las bellezas que tenia enfrente. Recobrado de su primer estupor, olvidose de que en derredor nuestro habia multitud de curiosos, y como si se hallara solo en su salon de estudio, prorumpió en esclamaciones de entusiasmo: «Eso es la verdad» gritaba, y asiéndome convulsivamente de la mano me aproximaba á las figuras, abriéndose paso entre la multitud como si estuviera loco. «Ese coronel que está en primer término es la misma perfeccion. ¡Qué animacion en sus facciones! ¡Qué propiedad en sus ademanes! El valor que destella de sus ar-

rogantes miradas inflama de nuevo ardor á los oficiales que le cercan!... Mire usted como vibran sus espadas!... ¿Y los soldados? ¡Cuánta verdad! ¡Cuánta filosofía! Nadie es capaz de igualar á este gran pintor en el arte de eternizar esas admirables escenas militares, en las cuales, entre centenares de figuras no hay un solo rostro de vulgares facciones. Todos tienen esa espresion particular que revela la esperanza de una accion gloriosa.»

De esta manera iba mi inteligente amigo haciéndome notar las bellezas mas sobresalientes de todos los cuadros, pasando de un lado á otro con el afan de un ente frenético, sin reparar en el peligro que corria y me hacia correr á mí por el encerado del pavimento; pues para no dar frecuentes resbalones, era preciso tener toda la destreza del mas hábil patinador.

General rumor de alegría vino de repente á turbar nuestro delicioso enagenamiento. Los concurrentes lanzáronse todos en tropel á los jardines. Nosotros no pudimos menos de seguir el movimiento general, y en breve nos encontramos formando parte del séquito del *Lord Mayor*, á quien acompañaba *Mr. le Prefet de la Seine*, que acordándose probablemente de la inscripcion que hay en el frontis del palacio de Versalles, Á TOUTES LES GLOIRES DE LA FRANCE, quiso rodear á los visitadores ingleses de *todas las glorias contemporáneas del pais*. Así, pues, componian aquella brillante comitiva los mas ilustres representantes de la literatura, de las ciencias, de las artes, de la industria, del comercio.

Fué un espectáculo grandioso, amiga mia, cuando el *Lord Mayor* se presentó delante del famoso estanque de Neptuno, verdadera obra maestra de escultura y de la ciencia hidráulica. Millares de concurrentes, que aguardaban con impacieneia al magistrado inglés, agitaron al aire sus pañuelos. Era la Francia que saludaba cordialmente á la Inglaterra. De repente soltáronse las aguas, y una general aclamacion de alegría fué el destello del noble entusiasmo que henchia todos los corazones.

Usted creerá sin duda que con los goces de este dia, quedaría bien aprovechada la jornada, y su amigo de usted con deseos de

pasar la noche pacíficamente en su blando lecho. Se equivoca usted, Enriqueta. Al regresar á Paris por el camino de hierro, vimos en Asnieres los pomposos árboles iluminados. Un mágico resplandor anunciaba allí otro festin. Los ecos de una alegre música atraian á los pasageros.

Vallejo, el jóven Esquivel, otro español y yo, seguimos el impulso de los demás, y fuimos á aumentar el número de los concurrentes á la nocturna fiesta campestre. Su descripcion será el objeto de mi próxima carta.

Diviértase usted mucho.



CARTA X.

8 DE AGOSTO.

SERIAN las ocho de la noche, mi querida Enriqueta, cuando invadimos el ameno recinto de Asnieres, donde una concurrencia inmensa de parisienses rebosaba de alegría.

Sorprendiome la encantadora perspectiva de aquel sitio. No puede usted figurarse espectáculo mas fascinador, mas lleno de encantos, de ebullicion, de vida.

Por entre una interminable y pomposa arboleda ornada de vistosas guirnaldas y globos de colores iluminados, veíase un edificio que producia el mágico efecto de un palacio encantado. Yo no sé en que disposicion estaria su alumbrado; pero es lo cierto que semejaba un alcázar de finísima porcelana, con adornos de multitud de matices, avivados por una transparencia maravillosa. Era el RESTAURANT-ESTAMINET donde al mas delicado gastrónomo érale fácil satisfacer todo linage de exigencias. De bebidas y manjares esquisi-

tos, como saben arreglarlos en Paris, habia provision para poder resistir un luengo sitio, y sin embargo me aseguraron los inteligentes que todo se consumiria en menos de cinco horas, apesar de que los precios eran elevados en demasia, y no guardaban proporcion con las modestas fortunas de los concurrentes, cuya gran mayoría era de artesanos y *grisettes*. La minoría componíase de multitud de estrangeros, algunos aristócratas LOWELACES del pais y no pocos de esos libertinos ya entrados en años, que al aproximarse al término de su carrera, no parece sino que traten de aprovechar el tiempo.

Tampoco escaseaban esas mamás venerables, que so pretesto de llevar sus hijas á *honestas* diversiones, con las saludables miras de proporcionarles un buen marido, preséntanse las buenas señoras en toda diversion pública, y bailan que se las pelan, como vulgarmente se dice, mostrando marcada prediEleccion por los walses y las polcas.

Las mamás están en todos los paises cortadas por las mismas tijeras.

—¿Quién es esa señora gorda que baila? — preguntó uno de mis compañeros á un parisiense.

—Es mi tia—respondiole el francés.—Es persona muy alegre, jóven, y como puede conocerse por sus joyas, estremadamente rica.

—Rica y alegre pase en gracia de Dios; pero jóven... ¡qué se yo! ¿Qué edad podrá tener?

—Las damas ricas no tienen edad, y las tias son siempre jóvenes para los sobrinos que han de heredarlas.

—Conozco que mi pregunta ha sido impertinente—dijo ruborizado mi compañero.

—Un poco—repuso riéndose el francés—porque no puede ocultarse á vuestra penetracion, que si yo revelase la edad de mi tia, perderia indudablemente su herencia. Ahora quiero que conozcais al resto de mi familia—añadió el parisiense, llevándose del brazo á mi compañero con sorprendente franqueza.

Vallejo, Esquivel y yo, distraidos en ver los raros movimientos de los que bailaban al son de una estrepitosa orquesta, no reparamos en el rumbo que tomó el otro compañero, víctima de su curiosidad, pues si no hubiera querido averiguar quién era la gorda señora del wals, no hubiera tenido la desgracia de sucumbir á todos los horrores de una *fraternité* escesiva, segun nos contó despues en estos términos:

—¡Qué rato, señores, qué rato acabo de pasar!

—¿Delicioso?—preguntole Vallejo.

—Ustedes mismos juzgarán. Un francés acaba de tener la humorada de hacerme conocer á su familia que se compone de tres mugeres.

—Vamos, que no es tan malo eso si son bonitas.

—Despues de haberme enseñado una tia obesa, que segun él dice carece de edad, me ha presentado á dos beldades, colocándome una silla junto á la mas jóven, á lo menos en la apariencia, porque mostrábase alegre y retozona como un cachorrillo, é iba vestida con mas esmero que la otra. Como el francés me acababa de decir que eran su madre y su hermana, plúgome sobre manera que me hubiera hecho sentar al lado de la hija. La picaruela hablaba el francés con tanta velocidad, que difícilmente he comprendido una que otra palabra; pero en cambio leia la fascinadora elocuencia de sus negros ojos, que fijaba de continuo en los mios con adorable coquetería.

—¡Bravísimo!—esclamamos todos al oir el principio de la romántica aventura de nuestro compañero, y escuchamos con curiosidad.

Nuestro compañero prosiguió de este modo:

—Haciéndola hablar muy pausadamente, comprendí por fin que me preguntaba si era aficionado á bailar. Respondí que mucho; pero que no me atrevia por que *las cuadrillas* (1) no se habian bailado aun en España, y aunque no ofrecian grandes dificultades

(1) Cuadrillas son una especie de rigodones muy de moda en Londres y Paris.

al parecer, podria mi torpeza causar alguna confusion.

—¡*Oh bah! il faut veincre cette timidité*—me replicó.—*Certenement nos danses ne se ressemblent pas á votre cachucha; mais je saurai vous tirer d'embarras. Allons, allons... Il n'est que le premier pas qui coute... Il faut vous lancer...*

Y asiéndome de la mano lanzose y me lanzó enmedio de la multitud coreográfica. Empecé á dar brincos imitando los picarescos ademanes que hacian mis compañeros de glorias y de piruetas, y no debí hacerlo tan mal cuando en uno de mis arranques logré hacer estallar en los espectadores una salva de aplausos con acompañamiento de carcajadas.

—Estaria usted haciendo el oso—interrumpió Vallejo riéndosè.

—Como todos los hombres que bailan—respondió muy atinadamente el de la aventura.

—Continue usted su relato—le dije yo deseoso de saber el desenlace.

—Mi pareja no estaba menos entusiasmada que yo, de manera que eramos el objeto de la general admiracion. El cansancio fué mitigando no solamente la viveza de mis piernas, sino el ardor de mi fantasía. No parecia sino que con el sudor de mi frente iban evaporándose mis ilusiones y apareciendo progresivamente la desconsoladora realidad.

—¿Pues qué ha sucedido?

—Que tambien sudaba mi encantadora sílfide, y lo que es peor de todo, cualquiera hubiera creido que sudaba sangre.

—¡Sangre! ¡Eso es horroroso!...

—Era el carmin de sus megillas. Su hermosura deshízose gota á gota. Su rostro habíase convertido en una especie de globo esférico. La juventud habia tambien emigrado de aquellas facciones que pocos momentos antes me habian hechizado, y he comprendido, por último, que era yo víctima de una equivocacion espantosa. Estaba haciendo el oso con una vieja coqueta..... ¡Habia tomado á la madre por la hija!

—¿Y cómo se ha librado usted de ella?—preguntamos nosotros á nuestro desgraciado compatriota, despues de haber deplorado su infortunio con sendas carcajadas.

—De una manera sabrosa—nos respondió con la feroz sonrisa de la hiena cuando acaba de destrozar á su víctima.—He quedado completamente vengado; pues haciéndome aun mas torpe de lo que era en el baile, la he dado dos ó tres pisotones de padre y muy señor mio, que no sé como ha podido resistirlos.

—Eso ha sido una atrocidad—dije yo sintiendo verdaderamente la ocurrencia—pues si desplegamos tan estraños modales van á ratificarse en la idea de que en España estamos aun por civilizar. Ya dicen que el Africa empieza en los Pirineos.....

—Pisar á una mala vieja es lo mismo que pisar una vívora—alegó riéndose nuestro camarada.—¿Y creen ustedes que he logrado con eso mitigar el furor coreográfico de mi Terpsícore? Ni soñarlo..... La maldita vieja estaba sin duda picada por alguna tarántula, tal era su aficion á brincar. Tuve de consiguiente que apelar á otro medio. Habíame repetido varias veces: *Dansez sans roideür... prennez garde... ne chiffonez pas mes dentelles.* Acordeme de este encargo, y haciéndome el *étourdi*, hice lo posible por ajar los perifollos de la vieja, y como su postiza belleza la debia á ellos, antes de que acabase yo de transformarla en horrible furia diose prisa en fingir un mareo, y me rogó que la volviera á su sitio. Obedecí al punto sin vacilar, y apenas la he dejado jadeante en su silla, he venido en busca de ustedes para que nos parapetemos unidos contra las hostilidades de semejantes arpías; así no es fácil que nos rindan si es verdad que la union constituye la fuerza.

Reímonos de la aventura, que solo cuento á usted, amiguita, para que sepa que tambien en Francia lo mismo que en España hay viejas impertinentes. Nada mas respetable para mí que una señora de edad avanzada, particularmente una digna madre de familia, tan entendida en el gobierno de su casa, como sábia en el modo de educar á sus hijas, tan amable y social en el gran mundo, como prudente en la manera de ataviarse con dignidad; pero

esas mómias que olvidan su edad ó tratan de ocultarla con afeites y ridículos atavios, son verdaderamente dignas de lástima. Y lo propio sucede con los viejos que la echan de cadete. Pues que, ha dicho muy juiciosamente Jorge Sand, ¿no hay cierta elegancia á propósito para los viejos? Examínense los hermosos retratos de algunos varones ilustres, respetables por sus trages adecuados, no menos que por sus canosas barbas, debidos al maravilloso pincel de Rembrandt, véanse las célebres matronas de Van Dyck, y se hallaran el aseo y buen gusto unidos á la majestad de la vejez.

La primera ley de la naturaleza es la armonía, y la armonía es la belleza. Esta belleza está en todas partes cuando no se esfuerza por separarse de sus naturales conveniencias. La vejez es tambien bella cuando no se empeña en esconderse y remedar á la juventud. ¿Qué cosa mas augusta que la noble calva de un digno anciano? Compárese su respetable aspecto con el de ciertos vejetes de peluquita con tupé, y se hallará entre unos y otros la misma diferencia que hay de lo bello á lo caricato.

Baste ya de filosofar sobre este punto, amiga mia, no olvidemos aquellos espresivos versos del célebre poeta francés:

Car c'est une folie à nulle autre seconde
De vouloir se mêler de corriger le monde.

Quédese el mundo tal cual es, y permítame usted continuar la descripcion del baile de Asnieres.

Él recinto que hacia las veces de salon, estaba rodeado de amenos jardines, cuyas matizadas flores, al paso que recreaban la vista, impregnaban la atmósfera de perfumes deliciosos.

Cinco mil luces de gas alimentaban el inmenso esplendor que daba realce al animado conjunto de aquella mansion de mágia y de placer. Es imposible dar una idea exacta del buen humor de los concurrentes; y para colmar la alegre ebullicion, apelose á cierto recurso, que por su originalidad merece ser relatado.

Repartiéronse con profusion entre los hombres cerillas de color

de rosa, que tendrian poco mas de un palmo de largo. Unos bailaban y otros se paseaban, ostentándolas encendidas; pero era el caso que habian de llevarlas lo mas alto que les era posible, porque las mugeres tenian todas el derecho de apagarlas, valiéndose de cuantos medios les dictara su natural travesura. Lo que los soplos no alcanzaban, solian lograrlo los pañuelos. El empeño entre ambos sexos beligerantes era tenaz para conservar el uno la llama de su cerilla y el otro para apagarla. Los hombres de escasa estatura eran fácilmente vencidos; pero los de elevada talla prolongaban luengo rato su diversion, que no dejaba de serlo para muchos el verse transformados en una especie de castillo, asaltado por un valiente ejército de lindas grisetas, que no reparaban en los medios de encaramarse para llegar á la encendida cúspide.



Mi amigo Vallejo fué uno de los que mas se lucieron en esta singular batalla, porque merced á su gallarda presencia, las tropas enemigas le tenian en contínuo asedio, sin que en ninguno de los repetidos asaltos alcanzasen el anhelado triunfo. El aplauso universal resonaba ya en obsequio de la heróica España, cuando la Gran Bretaña vino de improviso á arrebatarle el laurel de la victoria. Sí, amiga mia, presentose de repente una señorita inglesa, un palmo mas alta que mi amigo, y logró rendirle al primer soplo. No es estraño, la buena hija del Támesis era una especie de mataluces con faldas.

Mientras mis compañeros se divertian con la estraña lucha de las cerillas, yo, que me sentia muy cansado ya de lo que anduve por los jardines y museo de Versalles, me senté á imitacion de otro caballero, que sin tomar parte en el general frenesí, disfrutaba de él como espectador, riéndose grandemente de las travesuras de los demás.

Poco tardamos en entablar conversacion, y diciéndole yo que un pueblo tan alegre como París debia ser muy dichoso, me contestó exhalando un suspiro:

—No tanto como en estos casos parece.

—Pero los que tan buen humor traen á estas diversiones...

—Son á veces los mas desgraciados. Particularmente esas lindas jóvenes...

—Me han dicho que la mayor parte de esas señoritas son lo que ustedes llaman *grisettes*.

—Así es la verdad, y no por eso merecen menos mis elogios. En primer lugar son virtuosas.

—Lo creo así.

—Son virtuosas, y así pasan el dia cosiendo los vestidos mas indispensables al pudor y á la modestia. En segundo lugar son muy honestas.

—Buena circunstancia.

—Como que sus principales las encargan ser atentas con todo el mundo. Tambien son cuidadosas y aseadas.

—Prendas recomendables en las mugeres.

—Como que tienen siempre entre manos finísimos lienzos y ricas sedas que procuran no manchar ni ajar en lo mas mínimo. Son sinceras.

—¿En qué lo conoce usted?

—En que beben francamente.

Esta respuesta me hizo creer que el caballero que estaba á mi lado, tenia ese buen humor que suele dominar á los habitantes de Paris y llevarles en busca de los placeres.

—Son económicas y frugales—continuó sonriéndose—porque

con mucha dificultad pueden ganar treinta sueldos, y si en algunas ocasiones, comen y beben con esceso, es cuando se las convida. No van á mas diversiones que á las que las llevan sus amigos ó á las que las admiten gratis, como sucede aquí. Son muy joviales, porque el trabajo que las esclaviza es sumamente pesado, y cuando se ven libres de él se rebullen como el pez en el agua. No dude usted que son las mugeres mas á propósito para hacer la felicidad de sus amantes.

—¿De veras?

—Hablo de las que no han abandonado aun el trabajo por el vicio, que son muchas, y hablando con formalidad, tiene esto un singular mérito. La gran ventaja que estas jóvenes atesoran para sus adoradores es que no son molestas, porque pasan su vida clavadas en una silla haciendo labor, y por consiguiente les es imposible correr tras de sus queridos como hacen las señoras de la buena sociedad. Verdad es que se las acusa de inconstantes.....

—¡Hola!

—Eso prueba que tienen talento; pues si conocen que cambiando de amante han de mejorar de posicion...

—¿Y no halla usted eso inmoral?

—Tambien corren el riesgo de ser ellas abandonadas.

—Pero con todo, si se granjean reputacion de inconstantes, puede eso perjudicarlas hasta el estremo de no encontrar quien las quiera.

—Ese defectillo de la inconstancia es muy natural en ellas, no porque hayan leido novelas, ni por tener mala índole; sino porque tienen que tratar con tantos parroquianos...

—Serán muy ligeras de cascos.

—Sin embargo, todos los dias ponen en evidencia que llevan sus pasiones hasta el heroismo.

—¿Cómo así?

—¿Cómo? Arrojándose al Sena, ó tirándose de la ventana de un cuarto ó quinto piso, ó asfixiándose con carbon encendido en su pobre morada. Tambien adolecen de otro pequeño inconveniente.

—¿Y es?

—Que tienen hambre á todas horas y sed de líquidos que no sean agua.

—Cáspita!

—Es natural... es una consecuencia legítima de su gran temperamento; pero tambien es notorio que cuando no tienen otra cosa les basta para comer un vaso de cerveza y un cigarro.

—Eso es lo que me choca, el verlas fumar sus enormes imperiales. Yo creia que solo nuestras andaluzas...

—¿Es usted español?

—Sí señor.

—¿Y vive usted en Andalucía?

—No, vivo en Madrid.

—¡Oh! en Madrid habrá tambien mugeres bonitas, no es verdad?

—No faltan.

—Pero me han dicho que tienen mal genio.

—Generalmente son adorables las españolas.

—Pero son mas temibles que nuestras grisetas.

—¿Por qué razon?

—Porque á lo mejor sacan su navaja...

—¡Qué han de sacar! Ríase usted de eso.

—Y dicen que cuando algun hombre les da celos, llevan la mano á una de sus ligas, donde tienen la navaja, y le embisten con ella... y...

—Todo eso es una solemne mentira. Las españolas, ademas de ser bonitas y graciosas, son amables en estremo.

—Y cantan y tocan la guitarra muy bien ¿no es cierto?

—Las hay que tocan la guitarra perfectamente, y muestran singular donosura en las canciones del pais; pero las hijas de familias acomodadas reciben una esmerada educacion, y poseen todas las habilidades que adornan á las señoritas de París y Lóndres. Apuradamente no hay una casa decente en España donde no exista quien toque el piano.

—¿Tambien ha invadido á la España esa especie de cólera morbo?

—¡Cólera morbo el piano!

—¡Oh! En París hace muchos estragos. Está diezmando la poblacion... Desde los salones mas aristocráticos ha descendido á las miserables boticas y hasta las tiendas de comestibles; así es que no pasa uno por una calle sin que los aullidos de algun aficionado le taladren las orejas. Es una calamidad pública el piano; pero no es tan atroz como la navaja. ¿Y es verdad que en España no anda uno seguro por las calles?

—Lo mismo que en Francia.

—Dicen que hay muchos ladrones.

—Hay malhechores como en todas partes; pero hay autoridades que vigilan por la seguridad pública. En una palabra, en España se vive á corta diferencia como en Francia; y todo eso que han dicho algunos de los compatriotas de usted, de que estamos por civilizar, es una estúpida calumnia. Lo particular es que se han escedido en estas insolencias precisamente los que con mas respeto y gratitud debian hablar de la nacion española. *Monsieur* Alejandro Dumas, por ejemplo, fué acogido por mis compatriotas, no digo yo con benevolencia, sino hasta con entusiasmo; y en agradecimiento á esta honrosa acogida, nos llenó de insultos en su libro sobre España y Africa!

—¡Oh! Alejandro Dumas es un sábio.

—En el mismo concepto le tengo yo; pero se ha mostrado muy ignorante al hablar de mi pais.

—¿Ignorante porque no le ha tributado elogios?

—Porque no le ha hecho justicia.

—Tal vez no habrá estado en España el tiempo suficiente para enterarse bien de todo.

—Entonces no debia escribir de lo que no entendia.

—Es usted muy enemigo de Dumas.

—No por cierto, reconozco su talento estraordinario, aun en medio de sus románticas exageraciones que rayan á veces en deli-

rios; pero estos mismos delirios estan llenos de bellezas que encantan. Crea usted que envidio su sabiduría, y la asombrosa facilidad con que escribe; pero esto no le autoriza á denostar una nacion que despues de haber aplaudido sus obras en el teatro, despues de haber leido con avidez sus novelas, acogió su persona con muestras de sincera simpatía.

—¿Pero qué ha dicho de España para merecer el enojo que usted manifiesta?

—Ha tratado de ponerla en ridículo. Mas ¿de qué modo? Ensartando tantos disparates y calumnias, que en vez de perjudicar á la que fué blanco de sus alevosos tiros, dejó mancillada su reputacion no solo como historiador, sino como hombre civilizado; pues si faltó groseramente á la verdad en el primer caso, en el segundo se mostró sordo, insensible á los deberes de la gratitud. Y no crea usted que nos hagan falta los elogios de Mr. Dumas, no los necesitamos. Mil escritores ilustrados, de todos los paises, han hecho justicia á la cultura de los españoles. (1)

—Yo tambien he oido hablar muchas veces de España en términos muy ventajosos, y de buena gana iria á Madrid si pudiera vencer el miedo que tengo á la navaja.

—Puede usted ir á España sin recelo.

—¿Y no se acuerdan allí de la guerra con Napoleon?

—Los españoles no somos rencorosos, y deseamos tambien que llegue el triunfo de la fraternidad universal. Aquella guerra fué desastrosa; pero..... dejemos esta enojosa conversacion, y hablemos de las lindas grisetas. ¿Con que tanto les gusta el cigarrillo?

(1) Puede citarse, como un egemplo de esta verdad, un párrafo del discurso leido por el Abate Denina en la Academia de Ciencias de Berlin el 26 de enero de 1786. Dice así:

«No acabaria si quisiera recorrer las obras españolas que han servido de modelo á los franceses. Cuando la Francia habia tenido ya un Pascal, un Fenelon, un Fontenelle, las personas cultas y mas instruidas, no hallaban mejores libros para solaz de las princesas que las novelas de Cervantes. Hasta el *Diable boiteux* de *Le-Sage*, está tomado de un libro español de Luis Velez de Guevara. Pero sobre todo en la poesía dramática la Francia se ha enriquecido de los tesoros españoles. Cuantos conocen algo la historia de las tragedias y comedias de Corneille y Moliere, saben cuanto se aprovecharon de las invenciones de Lope de Vega y Calderon de la Barca. Nadie ignora que la época mas luminosa del teatro francés se fijó por la imitacion de una tragedia española.»

—Un buen puro es el mejor regalo que puede hacerse á nuestras grisetas.

Así era la verdad, amiga mia, y allí en el mismo baile iban muchas de ellas saboreando el cigarro que era un primor.

—Yo he sido siempre el apologista de las grisetas—continuó el francés—y por eso me es muy sensible que el término de sus proezas sea regularmente el hospital.

—¡El hospital!

—Despues de haber pasado una vida llena de amarguras...

—¡Cómo! ¿no son felices?

—Cuando para serlo es preciso prostituirse...

—Entonces no puede ser verdadera su felicidad.

—Pues en ese caso precisamente se hallan la mayor parte de esas jóvenes que ve usted ahora tan alegres. Son las heroinas de los bailes que nosotros llamamos *en plein air*, las que animan con su aparente buen humor las célebres reuniones de Mabille, Chateau-rouge y otros recintos de placer, de donde las mas salen sin saber si tendran el dia siguiente su preciso alimento.

—¿Luego las señoras que aprecien su decoro, no vendran á estos bailes?

—En París todas las clases de la sociedad son muy despreocupadas; sin embargo, no forman mayoría en estas diversiones las mugeres que se estiman.

—Pero no seran tan desdichadas todas esas jóvenes, cuando vienen aquí á bailar.

—Vienen á buscar fortuna.

—¿Tan malas son?

—¡Malas! nada de eso..... son acaso demasiado buenas. Son beldades encantadoras que están enlazadas con la sociedad por vínculos de flores. Dejando á las demas las posiciones regulares, la felicidad doméstica, los vicios secretos y las virtudes pacíficas, viven sobre las alas del acaso, sin freno, sin medida, haciendo ostensible con sin igual franqueza sus buenas y malas dotes. Su mision esclusiva es de júbilo y de inagotable amabilidad. Su evangelio en-

seña el amor al prójimo; pero amor inmoderado que practican con sincera y ardiente devocion: son una especie de hermanas de caridad que se consagran al consuelo de los ricos y al solaz de los dichosos.

—Usted será uno de estos, segun se muestra su apasionado.

—Estoy ya fuera de combate y solo vengo aquí para recrear la vista.

—La descripcion que ha hecho usted de esas niñas ha sido verdaderamente poética.

—Es que tambien son poéticos sus efímeros triunfos. Concretándonos á las que son mas dichosas, á las que pueden abandonar el penoso trabajo, mientras son jóvenes todo les sonrie. No tienen mas que dejarse llevar, á guisa de ligeras barquillas, al soplo de la fantasía, á las oleadas del placer, al dulce murmullo que las acaricia. El cuidado del porvenir jamás llega á turbar la severidad de su espíritu. Viven ligeras y radiantes, soltando á la aventura sus miradas, su sonrisa, sus amorosos anzuelos. Cada dia les trae nuevos festines, nuevos goces, nueva fortuna. Cada página de su romántica biografía es un nuevo capítulo dominado por un imprevisto personage. El héroe de ayer desaparece hoy para ser reemplazado mañana, y entre estas súbitas evoluciones, se muestran impasibles y siempre fieles al amor, al placer, al lujo, á la moda, á todas las vanidades que llenan y gobiernan la fantasía y el corazon de una coqueta. Pero todo pasa y acaba en este mundo; apenas la juventud lanza un destello de despedida, todas las ilusiones, todas las felicidades huyen á la sola aparicion de una cana, de una arruga, como la flor que pierde su hermosura y su existencia porque un vil insecto muerde su tallo ó su corola.

De repente interrumpieron este coloquio los estallidos de los fuegos artificiales que anunciaban el término del baile. Volví á juntarme con mis compatriotas, trocamos aquel anchuroso recinto por el oscuro calabozo de un wagon, y al penetrante silvido de la locomotora, púsose el tren en rápida marcha, y adelantando horas

por minutos nos llevó á Paris con la rapidez de una exhalacion.

¡Qué bien me supo el lecho aquella noche, amiga mia! Sin embargo, dormí poquísimo, queria ir el dia siguiente á *Saint-Cloud*, y los recuerdos de la pasada jornada se unieron á las probabilidades de futuros goces para preocupar mi fantasía y sumergirla en un completo insomnio. No me engañó el deseo; en *Saint-Cloud* pasé tambien deliciosos ratos. Usted misma juzgará por el contenido de mi carta siguiente.

Ya vé usted que en medio de mil atractivos no olvido á usted un momento. ¿Podré creer que se acuerda usted igualmente de su amigo? ¡A Dios, amable Enriqueta!



CARTA XI.

9 DE AGOSTO.

AFORTUNADAMENTE, amiga mia, despues del cansancio adquirido en Versalles y Asnieres durante el dia y la noche del tres, logré resarcir completamente mis fuerzas con un reposo de largas horas.

Sabiendo que el siguiente dia no se abrian las puertas del palacio de *Saint-Cloud* hasta las tres de la tarde, pareciome intempestivo madrugar. Descansé todo el tiempo que tuve por conveniente, aunque durmiendo poco, como dije á usted á la conclusion de mi carta anterior, porque tenia la fantasía abrumada con infinitas preocupaciones.

Serian poco mas de las dos cuando llegué á *Saint-Cloud* por uno de los ferro-carriles que arrojaban viajeros á millares.

¡Cuánta concurrencia y qué brillante! Además de la inmensa multitud que afluia por los caminos de hierro, una procesion de elegantes berlinas descubiertas, tiradas por briosos corceles lujosamente enjaezados, conducia las beldades de Paris, vestidas con el esquisito primor que debe usted suponer en las que han sido

siempre las soberanas del imperio de las modas. Unas llegaban por la pintoresca pendiente que orilla el Sena junto á Puteaux y Surenes, otras por Sevres, y el mayor número por las frondosas arboledas de Auteuil y del bosque de *Boulogne*.

Era un espectáculo magnífico realzado por la belleza del tiempo, á la par que por la suntuosidad del sitio, del cual será justo dar á usted una leve idea.

El orígen de *Saint-Cloud* viene de Clodoaldo, tercer hijo del rey Clodomiro que fué muerto en la batalla de Vesuenza, cuyos dos hermanos degollaron á los dos primeros hijos de aquel para apoderarse de la sucesion.

Salvose el mismo Clodoaldo milagrosamente, refugiándose en un claustro que existia á la sazon en el mismo sitio donde se halla actualmente *Saint-Cloud*, y desde entonces se le reverenció bajo este nombre.

En 1228 sufrió los estragos de los ingleses, y en 1411 los furores de las luchas entre los Armagnacs y los Bourguignons.

En 1589, como he dicho á usted ya al darle una idea de los principales acontecimientos de Paris, Enrique III fué asesinado por Jacobo Clemente.

En 1799 fué su palacio teatro de las célebres escenas del diez y ocho brumario, en que Napoleon puso término á las discordias civiles erigiéndose en dictador. Detengámonos un poco en este importante acontecimiento.

Cuando Napoleon dejó el Egipto y entró vencedor y cubierto de inmarcesibles laureles en la capital de Francia, fué acogido con un entusiasmo superior á toda ponderacion.

Personages de alta influencia como Cambaceres, Rœderer, Real, Regnault de Saint-Jean-d'Angely, Boulay de la Meurthe, Donnou, Chenier, Maret, Semonville, Murat, Bruix, Talleyrand y Fouché, hiciéronle una triste pintura del estado de la Francia instándole á que se pusiera al frente de una revolucion; pero Bonaparte que vió abierto un nuevo camino á su ambicion, púsose de acuerdo con Sieyes, miembro del Directorio, para lograr su deseo sin

túmultos populares que aborrecia, tanto como gustaba de los azares de la guerra.

El artículo 3.° de la Constitucion, daba al Consejo de los Ancianos la facultad de enviar los dos Consejos fuera de la capital. Con esto habia de quedar aislado el Directorio que Napoleon trataba de disolver.

Tomó Sieyes á su cargo alcanzar esta medida, y nada dejó que desear á Bonaparte el decreto siguiente:

«El Consejo de los Ancianos, en virtud de los artículos 102, 103 y 104 de la Constitucion, DECRETA:

1.° El cuerpo legislativo se trasladará á la villa de *Saint-Cloud*. Ambos Consejos se situarán allí en las dos alas del palacio.

2.° Mañana 19 brumario, deberán hallarse reunidos en el mencionado pueblo á medio dia. Antes de dicho término se prohibe la continuacion de sus funciones y deliberaciones en otra parte alguna.

3.° Se encarga al general Bonaparte la ejecucion del presente decreto, y el que adopte las medidas oportunas para la seguridad de la representacion nacional. El general que manda la division décima sétima, la guardia del cuerpo legislativo, los guardias nacionales sedentarios, las tropas de línea estarán bajo sus inmediatas órdenes reconociéndole como general en gefe. Todos los ciudadanos estarán en el deber de auxiliarle cuando lo pida.

4.° El general Bonaparte se presentará al Consejo para recibir una copia de este decreto, prestar el debido juramento, y tratar lo conveniente con los inspectores de ambos Consejos.

5.° Este decreto se comunicará sin dilacion por un mensaje al Consejo de los Quinientos y al Directorio ejecutivo, se imprimirá, se fijará en las esquinas, se promulgará y hará saber á todos los Ayuntamientos de la república por correos estraordinarios.»

Bonaparte mandó tocar generala, hizo publicar el decreto, montó á caballo, y acompañado de los dragones de Sebastiani entró por el puente á las Tullerías. Llegó al palacio en medio de los vítores del pueblo y de los soldados. Dirigiose al salon de las sesio-

nes del Consejo de los Ancianos con su estado mayor, y pronunció las siguientes palabras:

«Ciudadanos, la república iba á sucumbir y la habeis salvado. ¡Desgraciados de los que traten de alterar el órden! Sabré contenerlos ayudado de los generales Berthier, Lefebvre, y de todos mis compañeros de armas.

No busqueis en lo pasado egemplos que podrian entorpecer la marcha que seguís, porque no hay en la historia época alguna que se asemeje al fin del siglo diez y ocho, ni en el siglo diez y ocho hay cosa alguna que se parezca á los actuales sucesos.

El decreto que ha dictado vuestra prudencia sabrán hacerlo ejecutar nuestros brazos.

Queremos una república fundada en la verdadera libertad y en la representacion nacional. La tendremos, lo juro en mi nombre y en el de todos mis compañeros de armas.»

Estas palabras fueron acogidas con aclamaciones de entusiasmo. El que ya podia titularse dictador se dirigió al Carrousel, pasó revista á las tropas y las dirigió la siguiente proclama:

«¡Soldados! el decreto del Consejo de los Ancianos está conforme con los artículos 102 y 103 de la Constitucion. Me acaba de honrar con el mando de la ciudad y del ejército; le he aceptado para apoyar medidas salvadoras.

La república está mal gobernada hace dos años y habeis confiado en que mi presencia pondria término á vuestros males.

Habeis celebrado mi regreso de un modo que me impone altas obligaciones. Las sabré cumplir; vosotros cumplireis las vuestras y no dudo que me ayudareis con la energía, firmeza y confianza que siempre he visto en vosotros.

Victoria, libertad y paz volverán á colocar la república francesa en el puesto que ocupaba en Europa, del cual solo la inepcia y la traicion pudieron desviarla. ¡Viva la república!»

Las tropas respondieron gritando ¡Viva la república! ¡Viva Bonaparte!

Reunidos en *Saint-Cloud* los dos Consejos; el de los Quinientos

en el Naranjal y el de los Ancianos en la galería del palacio, presentose en este último Napoleon y entre otras cosas dijo:

«Se habla de un César, de un nuevo Cromwell, se esparce la voz de que trato de entronizar la dictadura del sable... Si hubiese querido usurpar la autoridad suprema, no necesitaba por cierto recibirla del Senado. En circunstancias muy favorables he sido llamado mas de una vez por la nacion, por mis camaradas, por estos valientes á quien tan mal se ha tratado desde que me separé de ellos..... El Consejo de los Ancianos ejerce un gran poder, pero son mayores aun la sabiduría y prudencia. No queramos perder dos joyas que tantos sacrificios nos cuestan..... la libertad y la igualdad.»

—¿Y la Constitucion?—gritó el diputado Linglet.

—«¡La Constitucion!—esclamó Bonaparte—¿os atreveis á invocarla? La habeis hollado el 18 fructidor, el 22 floreal, y el 30 prairial..... y habeis violado todos los derechos del pueblo. Yo sabré salvar la libertad y la república. Cuento para ello con la mayoría del Consejo de los Ancianos; pero nó con la de los Quinientos. Allí se trata de renovar la Convencion, los cadalsos, las comisiones revolucionarias..... No será en mi presencia, y si algun orador vendido al estrangero propone que se me declare fuera de la ley, tal vez se volverá contra él semejante providencia. En vosotros confio, mis valientes compañeros de armas, á quienes he conducido mil veces á la victoria!... En vosotros confio, valientes defensores de la república.»

Terminada esta arenga prolongose el unánime grito de ¡Viva Bonaparte! Este, palpitando aun de entusiasmo, se dirigió al Consejo de los Quinientos.

Entró en él con una escolta de granaderos. Su presencia y la de la fuerza armada produjo un escándalo. *¡Sables aquí! ¡Gente armada! ¡Abajo el dictador! ¡Abajo el tirano! ¡Fuera de la ley el nuevo Cromwell!* Estos gritos de indignacion eran generales. Bonaparte llega á la tribuna á pesar de la mas acalorada oposicion; pero le es imposible hacerse oir, porque ahogan enteramente su voz los

gritos de *¡ Viva la constitucion! ¡ Viva la república! ¡ Fuera de la ley el dictador!*

Varios diputados se abalanzan contra él enfurecidos. Temió Napoleon que iban á asesinarle, y no pudo proferir una palabra. *¡ Salvemos á nuestro general!* gritó un granadero, y la fuerza armada le salvó en efecto, sacándole del salon.

Luciano, que presidia el Consejo, esforzose por defender á su hermano, y propuso que se le oyera; pero iracundos los diputados levantáronse todos y gritaron: *¡ Fuera de la ley! ¡ Vótese que Bonaparte está fuera de la ley!*

Al oir esto Luciano, abandona la presidencia, y colocándose al frente de la fuerza armada, esclama: «Soldados, no son legisladores de Francia los que no me sigan. No son representantes del pueblo, sino del puñal.» Luciano calumniaba al Consejo.

Bonaparte mandó á Murat que invadiese el salon de los Quinientos, y lanzara de él á los diputados á viva fuerza.

¡ Los diputados huyeron por las ventanas!

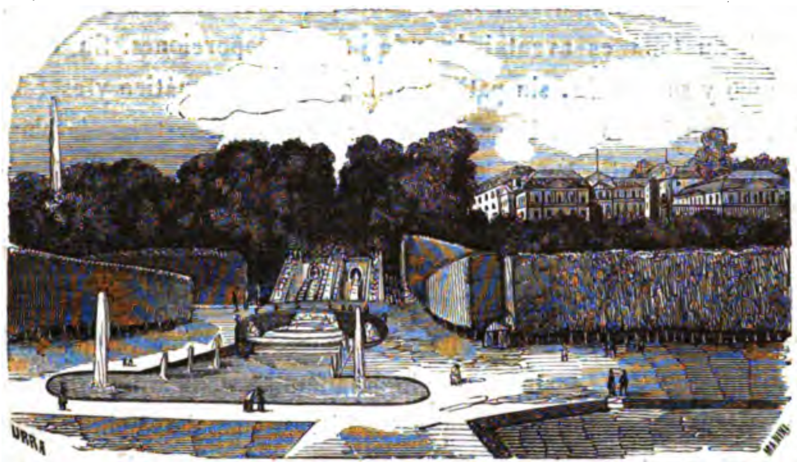
¡ A esta escandalosa violacion de las leyes, amiga mia, debió Napoleon toda su posterior grandeza! ¡ Cuán funestos son siempre estos ejemplos de execrable tiranía!

Saint-Cloud es tambien famoso porque en su recinto fué donde Cárlos X firmó los decretos que produjeron su caida y la revolucion de 1830.

El castillo de *Saint-Cloud*, situado al estremo de una avenida que tiene principio cerca del puente, sobre la pendiente meridional de una hermosa colina, data de mediados del siglo XVII. El arquitecto Girard fué encargado de la construccion del principal cuerpo del edificio. Le Pantre añadió las dos alas que forman el arimez, y Mansard dió término á la obra en 1680.

Le Notre dibujó como en Versalles, durante el reinado de Luis XIV, el parque y los jardines. El primero es una de las magnificencias mas pintorescas de los alrededores de París. Es el sitio donde se tiene en el mes de setiembre la célebre feria de *Saint-Cloud*. En esta ocasion suéltanse las aguas de una primorosa cas-

cada, cuyos manantiales forman admirables caprichos. Cerca de ella elévase del centro de un vasto estanque, rodeado de pomposos árboles, un gran chorro de agua que llega á la altura de sesenta y dos metros.



No son menos deliciosos los jardines, cuya minuciosa descripcion haria interminable esta carta.

Los salones del palacio están decorados régiamente con un lujo deslumbrador y un gusto que nada deja que desear. Napoleon conservó siempre particular predileccion por esta residencia, á la cual muestra tambien algun afecto su sobrino Luis, y es donde el Presidente de la república francesa ha querido recibir al *Lord Mayor* y á la Comision de Lóndres.

Ha sido una recepcion *sans façon;* sin embargo, la entrada del palacio presentaba un aspecto imponente. Los carabineros, cuerpo brillantísimo que merece, al parecer, el afecto del Presidente, uniformados de gran gala montaban la guardia de palacio.

La hora del *rendez-vous* habíase retardado con motivo del gran calor que se dejaba sentir. A las tres fueron abiertas las entradas, y á las cinco llegó el *Lord Mayor*, que fué inmediatamente presentado al Presidente de la república por el embajador de Inglaterra.

Quiero suspender por un momento mi narracion, amada Enriqueta, para hacer á usted el retrato, aunque en miniatura, de esta

autoridad inglesa que tantos obsequios acaba de recibir en Paris. Yo sé que es usted curiosilla, y me parece que no le desagradará la pintura del personage en cuestion.

Mister John Musgrove, *Lord Mayor* de Lóndres, es natural de Hackney, Middlesex. Es hombre de unos cincuenta años de edad. Su talla es aventajada y de justas proporciones. Su rostro blanco y sonrosado, sin patillas ni bigotes, es simpático y espresivo. Su ancha frente, hermoseada por las canas de estremada blancura, ostenta ojos lánguidos y azules que destellan amabilidad. Todas sus facciones son agradables, pero lo que da mayor atractivo á su fisonomía, es cierta sonrisa graciosa que parece el emblema de la honradez. Sus modales indican elegancia y finura, y el conjunto es calificado por los mismos franceses con la moderna espresion de *très distingué*. No pertenece á ninguna familia de la antigua aristocrácia británica. Su padre, que tambien se llamaba Juan, ejerció la profesion de *Auctioneer*, que es el corredor que vende en las almonedas y públicas subastas. El hijo ha seguido la misma carrera, conquistando con su probidad y sus talentos la general estimacion de sus compatriotas, que le han honrado con su confianza y con los honores cívicos mas elevados en la ciudad mas populosa, mas grande, mas comercial del mundo.

Al daguerreotipo no se hace mas pronto ni mas parecido un retrato; ahora es preciso anudar el hilo de mi narracion, y decir á usted algo del general paseo que dió por aquellos sitios la brillante concurrencia.

Abrian la marcha el Presidente de la república, dando el brazo á Lady Normanby, y el embajador de Inglaterra, que habia ofrecido el suyo á la princesa Matilde.

De los frondosos cenadores, donde habíanse estacionado de trecho en trecho marciales músicas, escapábanse dulcísimas armonías sobre la pausada marcha de los paseantes, y hubo un momento en que se notó un movimiento de entusiasmo en todos los ingleses al oir resonar el *God save the Queen*, que fué ejecutado de una manera admirable. El *Lord Mayor* mostrose muy complacido con seme-

jante galantería, que no dejaba de ser estraordinaria, si se atiende á que un himno que empieza por *Dios salve al rey*, no es muy á propósito para escitar las simpatías de los cantores de la marsellesa.

La brillante comitiva, en medio de la cual se alardeaban todos los uniformes del ejército francés, al dar las seis de la tarde, viose aumentar por un crecido número de representantes del pueblo, que á la salida de la Asamblea Nacional habíanse apresurado á tomar el camino de hierro de *Saint-Cloud.*

¡Qué admirable reunion, María Enriqueta! Todas las naciones de la tierra, digámoslo así, estaban representadas con motivo de la exhibicion universal, que ciertamente será uno de los mas grandes acontecimientos del siglo XIX, y que no he titubeado yo en calificar de MARAVILLA DEL SIGLO.

Eran poco mas de las seis cuando la inmensa estension del parque ofrecia un espectáculo grandioso. Era la hora del rancho, hablando militarmente. El naranjal, aquella embalsamada galería tan célebre por los acontecimientos del 18 y 19 brumario, fué convertida en un inmenso y bien provisto BUFFET de circunstancias. Tomose por asalto en un abrir y cerrar de ojos, con cierta algazara y fraternal jovialidad, muy propia del carácter francés, que los estrangeros no tardamos en imitar.

Las tajadas de jamon, las pechugas y piernas de pavo, los pollos enteros, las perdices escabechadas, los cestos de ricas ostras, todo iba desapareciendo con estraordinaria rapidez. Cada concurrente era un héroe en aquel asalto, por el arrojo de sus embestidas, un Makallister por la ligereza y habilidad de sus manos.

Botellas de vinos escelentes circulaban por todas partes, y tambien ellas semejaban querer preludiar el gran principio de fraternidad universal, pues se veia alternar el Pajarete con el Sherry, el Montebello con el Champagne, el Clos-Vongeot con el Málaga, el Moet con el Siracusa, el Chambertin con el Jerez. Los sables servian de tirabuzones..... bebíase en un mismo vaso, comíase en el plato del mas próximo, y todo era de todos en medio de una alegría estrepitosa.

Todo esto se hacia formando millares de corros, sentándose, no sobre el duro suelo, sino sobre la mullida y fresca yerva, lo mismo los señores ministros que los honrados artistas, lo mismo los generales que los individuos del comercio, lo mismo los representantes del pueblo que los hijos del pueblo, lo mismo los franceses que los ingleses, españoles, alemanes, italianos, portugueses, rusos, griegos, indios, y demás naturales de todas las potencias del mundo. Allí se brindaba en todos los idiomas, y en todos los idiomas se brindaba por la paz del universo.

Era ya el anochecer cuando tomó aquel encantador recinto un aspecto verdaderamente mágico. El tiempo era delicioso. Una dulce y odorífica frescura halagaba á los concurrentes. La aparicion de la luna dió la última mano al cuadro embelesador. Su pálida luz bañaba la inmensidad del parque, donde por todos lados resonaba el clamoreo de una muchedumbre embriagada de placer. El Sena, con sus graciosas undulaciones, llevaba sus aguas á besar el festin, y al contemplar á Paris en lontananza afanarse por encender sus millares de luces de gas, parecíame que *la grande Ville* intentaba ver el regocijo de *Saint-Cloud*.

Para que forme usted una idea exacta de lo que era este regocijo y de la franqueza que reinaba en aquella poliglota reunion, bastará decir que entre las muchas locuras que presencié, ninguna me chocó tan agradablemente como la de un respetable general cubierto de canas y probablemente de gloriosas heridas, que con una botella de *Champagne* en una mano y su correspondiente copa en la otra, rodeado y aplaudido por infinidad de elegantes señoras, entonaba con cierta gracia que nada tenia por cierto que envidiar á la de nuestros andaluces, una popular cancion de Beranger, de la cual me permitirá usted copiar un par de estrofas para formar concepto de ella:

Désespoir d'un ivrogne
Vient un marchant maudit
Qui vous dit
Qu'en Champagne, en Bourgogne,

Les coteaux sont grêlés
Et gelés.
A tout jeu le sort nous triche
Mais enfin est-on gris,
Biribi,
On s'en fiche!

Oubliez une dette,
Chez vous entre un huissier
Bien grossier,
Qui vend table et couchette
Et trouve encor de quoi
Pour le roi.
A tout jeu le sort nous triche,
Mais enfin est-on gris,
Biribí,
On s'en fiche!

Ya puede usted figurarse que no escasearian los aplausos de la brillante concurrencia.

Era ya muy entrada la noche, cuando toda esta alegre muchedumbre invadia los wagones. Todos éramos estrangeros unos para otros y todos nos sonreíamos; y al llegar á París nos separamos con pesar, pero dándonos *rendez-vous* para el baile que el Prefecto del Sena tenia organizado para el dia siguiente en el *Hôtel-de-Ville*.

No falté á la cita, y me alegré mucho de poder penetrar en un baile verdaderamente encantador. ¡Cómo se hubiera usted divertido en él! Temo darle á usted envidia al relatar sus hechizos; pero como no quiere usted que omita cosa alguna, lo haré mañana mismo.

Hoy concluyo saludando á usted cariñosamente.



CARTA XII.

10 DE AGOSTO.

QUERIDA amiga: es la segunda vez que voy á hablar á usted del famoso *Hótel-de-Ville*, y aun nada he dicho de este magnífico palacio de la municipalidad. Diose comienzo á él en 1533 y se terminó en 1605; pero aun desde el año 1836 se le han hecho grandes mejoras bajo un plan vastísimo, dejándole aislado á las orillas del Sena, circunstancia que hace amenísima su posicion verdaderamente monumental.

Hay quien atribuye el haber dado tan colosales dimensiones á este grandioso edificio, no solo á la idea de proporcionar á la municipalidad de Paris una habitacion digna de su importancia, sino al deseo de poner término á los crecidos gastos que la villa hacia desde medio siglo, atendida la escasa estension de la casa municipal, en palacios de carton y de madera, que habian de improvisar con frecuencia para solemnizar festines en obsequio de media docena de gobiernos ó dinastías, gastos que absorvieron mas de diez millones de francos.

No crea usted que esto sea una chanza mia, nada de eso, el escritor francés de quien tomo estos datos añade: «Ahora ya podemos mudar de gobiernos y dinastías mas á menudo, siempre nos

hallarán dispuestos á festejarles; tenemos sitio suficiente para celebrar coronaciones, bautizos, bodas y todo linage de festines; *nôtre palais est fait.*»

¡Cuántos acontecimientos ha visto este palacio donde la Francia y la Inglaterra acaban de darse un abrazo que yo creo cordial!

El *Hôtel-de-Ville* fué el centro del gobierno de la Liga, de aquella república católica en que la democracia de París dominaba á la Francia. Durante los sucesos de *la Fronde*, el populacho, á quien no confundo yo jamás con el honrado pueblo trabajador, escitado por Condé, asesinó cincuenta *bourgeois* que deliberaban sobre las pacíficas proposiciones de la córte. En tiempo de la revolucion, el *Hôtel-de-Ville* dominó á la representacion nacional, avasalló á la Francia entera, y llenó de terror á la Europa. La plaza de *Grève*, que es la del *Hôtel-de-Ville*, empezó á adquirir celebridad en el siglo XIII por hallarse destinada á las grandes reuniones populares, á los regocijos públicos y á las ejecuciones sangrientas. El *Hôtel-de-Ville* era pues testigo de mil asonadas, de mil festines, de mil suplicios! ¡Cuántas turbas se han agolpado allí en derredor del cadalso! ¡Cuántos hombres han muerto allí inocentes y culpables! ¡Cuántos tormentos se han sufrido allí desde 1310 en que fué inmolada la primera víctima Margarita Porrette, quemada por hereje, hasta 1830 en que la plaza de *Grève* dejó de ser el sitio de las ejecuciones! En la plaza de *Grève* fué asesinado Flesselles! Berthier y Foulon colgados de la linterna! Allí se levantó la horca donde murió Favras! En las mismas gradas del *Hôtel-de-Ville* fué asesinado Mandat! En la sala del trono, en la misma sala donde los parisienses habian recibido de rodillas á Enrique IV y á Luis XIV, instalose la *Commune* para dirigir el ataque de las Tullerías; y ordenó la destruccion de los monumentos régios, el saqueo de las iglesias, los asesinatos de setiembre y la proscripcion de los Girondinos. Allí fué vencida con Robespierre que se hirió la cabeza de un pistoletazo. ¡Cuántos horrores en tan breve recinto! Al referir estos hechos atroces, si fuéramos los españoles vengativos, podriamos preguntar á Mr. Dumas, á Mr. Molé y otros

franceses calumniadores de España, que han tenido la osadía de ponernos en parangon con los bárbaros del Africa, si pertenecen á un pais civilizado ó de cafres tan espantosas escenas. Nosotros, mas generosos que ellos, relatamos con dolor estos sucesos históricos, sin exajerar ni desfigurar la verdad, y aprovechamos cuantas ocasiones se nos presentan de rendir justos elogios á los progresos de la Francia, porque deseamos que desaparezcan para siempre esas rancias preocupaciones de nacionalidad, y mas que todo esos odios ridículos que se oponen á la fraternidad universal.

¡Qué contraste! ¡En este recinto, amiga mia, tan salpicado de sangre, se han aglomerado en todas épocas los regocijos de Paris! ¡Cuántos festines durante la monarquía! ¡Cuántos festines durante la república! ¡Cuántos festines durante el imperio! ¡Cuántos festines durante la restauracion! ¡Y cuántos festines ahora en obsequió de la Gran Bretaña!

Ya es hora que me ocupe de estos últimos. Prometí hacer á usted en esta carta una descripcion del magnífico baile con que ha sido obsequiado el *Lord Mayor*, y acaso ninguno de mis escritos habrá sido esperado por usted con tanta impaciencia como el presente. ¿Puede haber algo de mayor interés para una elegante jóven que la descripcion de un baile, y de un baile de París? ¡Y me entretenia en afligir á usted con horripilantes sucesos, cuando puedo alegrarla con noticias recientes de primorosos tocados, de trages elegantísimos, de joyas preciosas, de walses, polkas y mazurcas!

En Francia hace tiempo que se ha dicho, *une fête n' est pas complète s'il n'y a pas de danse*. El baile del *Hôtel-de-Ville* era pues una consecuencia inevitable de la grata acogida que hacia París á los comisionados de la exhibicion de Lóndres. Habíanse consagrado los primeros dias á los hombres; era muy natural que les llegase el turno á las señoras, y aun estraño yo cómo escapó á la galantería francesa el no haber dado la primacía al bello sexo. Ello es que se le han abierto los salones de baile, y estoy cierto que todos los concurrentes conservarán un recuerdo tan durable como delicioso de esta noche verdaderamente fantástica, de cuyo regocijo

eran el alma tres ó cuatro mil encantadoras mugeres, ataviadas con todo el primor de la coquetería, con toda la maestría de la elegancia.

Habíase dado un nuevo aspecto al palacio de la municipalidad. Las prolongadas mesas del banquete, los teatros improvisados, los estrados del concierto, todo habia desaparecido. Salas y galerías decoradas con riquísimos cortinages de damasco y terciopelo, con multitud de espejos, banderas, cuadros preciosos, suntuosas sillerías y finas alfombras, veíanse cuajadas de una multitud alegre y ávida, al parecer, de goces.

Y no vaya usted á creer, amiga mia, que el baile empezó á la madrugada, como suele acontecer en Madrid cuando se trata de un sarao de gran tono. Al anochecer ya estaban todos los alrededores del palacio municipal llenos de curiosos, deseosos de ver los lujosos carruages que iban llegando, y que en breve formaron una hilera compacta que llegó hasta el Louvre, despues de haber dejado en el *Hôtel-de-Ville* las personas mas notables que bajo todos aspectos encierra la capital de Francia.

El conjunto, iluminado por millares de bugías, era verdaderamente arrebatador. Añada usted dos numerosas y escelentes orquestas, y una profusion estraordinaria de todo género de dulces y de refrescos, un buffet abundante de los mas esquisitos vinos y manjares delicados, y comprenderá usted fácilmente como á pesar de un calor trópico, los salones no cesaron en toda la noche de estar llenos de una muchedumbre bulliciosa. La animacion de las danzas rayaba en frenesí; los representantes de todos los paises se abandonaban á ellas con ardor, y las rubias inglesas, á pesar de su grave continente, no eran de las menos infatigables.

Los brillantes uniformes del ejército británico, sea dicho con perdon de *Mister* Cobden y demás sábios del congreso de la paz, daban un realce magnífico, no solo á los gallardos jóvenes de ojos azules y doradas melenas que los vestian, sino á toda la reunion. Aquel vivo encarnado que destellaban, formaba agradable contraste con el vestido negro de los paisanos. Habia además multitud de

trages bordados y vistosos, pertenecientes á casi todos los paises de Europa, y no eran por cierto los menos elegantes los sencillos uniformes de los oficiales franceses.

He pedido perdon á *Mister* Cobden, antes de tributar á los uniformes de la milicia los elogios que acaba usted de leer; pero ha de saber usted, amiga mia, que tambien yo deseo la abolicion de los ejércitos. ¡Ojalá llegue el dia en que el trage militar no se vea mas que en los saraos como recurso de las máscaras! Mas vale bailar que matarse; no dudo que será usted de mi parecer.



Merced á la estacion, las señoras vestidas de blanco, adornadas con multitud de flores naturales, formaban gran mayoría; habia, sin embargo, muchas con ricos trages de seda, de colores muy hermosos y variados, tambien abundaban los vestidos de raso, y en cuanto á pedrería, chispeaban por todas partes los diamantes y el oro de costosísimos aderezos.

¿Lo creeria usted, Enriqueta? ¡En aquel sitio fascinador, tan pacífico y alegre, hubo una gran lucha! No se asuste usted, amiguita, fué una lucha de gracia, de elegancia y de buen gusto entre las beldades de los dos pueblos mas cultos del universo. Ha estado

viva, animada la liza; pero si usted me pregunta, quién ha vencido, no sabré qué contestar. Las inglesas me parecieron lindísimas; pero las parisienses... encantadoras. Si se llamára á juicio al mismo Páris, creo que titubearia mucho antes de soltar la célebre manzana. Sin embargo, los franceses no son de mi opinion, y declaran sin rodeos que no les han caido en gracia *les toilettes* de las inglesas. Las plumas de los tocados fueron declaradas *épouvantables*, los vestidos *trop étoffés*, y no hallaron bastantes imprecaciones para dirigir á cierta Lady, cuyo equipage se habria seguramente perdido en el ferro-carril, pues por todo atavío llevaba la buena señora á la cabeza... una capota de terciopelo!... ¡Una capota de terciopelo en un baile y en el mes de agosto!

No cabe duda que hay mas coquetería en las modas parisienses que en las de Lóndres. Verdad es que los hombres que desean pasar por los primeros elegantes de París llevan á veces la exageracion de sus trages hasta la caricatura; pero esto no lo hacen las mugeres, que siempre salen divinas de su tocador. Por esta razon prefiero para los hombres las modas de Londres, y para las mugeres las de París.

Suele decirse que á las hermosas no les gusta oir alabar á otras hermosas; pero como usted, además de hermosa es muger de talento, no creo que adolezca de semejante debilidad. Antes presumo que hubiera sido usted de mi opinion si hubiera concurrido al baile de que estoy hablando, y en este concepto diré á usted que esta vez hallé verdaderamente bello al bello sexo, y sobre todo ataviado con elegancia suma.

Ya puede usted figurarse que los trages variarian hasta lo infinito y esto hace de todo punto imposible que dé á usted una minuciosa descripcion de todos ellos. He dicho ya que la mayoría de las señoras iban de blanco, siendo el tul, la gasa, la blonda y el encage los elementos principales de su *toilette*. Tambien habia una variedad inmensa en los tocados. Unas se contentaban con ostentar la corola de una rosa entre sus largos rizos, mientras otras sugetaban sus trenzas de ébano ó de oro con diademas de bri-

llantes. Los vestidos de crespon color de rosa con viso del mismo color, abundaban tambien. Algunos ví con la falda adornada de guirnaldas de cinta de raso blanco que sostenian á cada lado unos ramos de flores. Otros eran de seda azul celeste con cinco volantes de encage. Otros de raso de distintas hechuras y matices; pero todos de esquisito gusto. Quién ostentaba en su cabeza adornos de cintas ó de flores, quién deslumbradora pedrería, esta una preciosa guirnalda, aquella una modesta corona de Vestal, armonizando cada cual el resto de su trage con la sencillez ó riqueza del tocado. Unas sujetaban con una simple pulsera de terciopelo el gracioso puño bordado, mientras alardeaban otras sus lucientes brazaletes de oro, topacios y rubíes. La que no brillaba por sus magníficos aderezos, por sus régios prendidos, por sus granates, sus esmeraldas, sus amatistas, sus perlas, sus corales, sus zafiros, cautivaba simpatías por la donosura de su agradable sencillez; pero las que mas llamaban la atencion de los *merveilleux*, eran las atrevidas usurpadoras de nuestros bienes.

Esas jóvenes tan lindas como traviesas, que no contentas con domar alazanes ó hacer crujir la fusta desde el pescante, han llevado la osadía hasta el estremo de cubrir sus bellas formas con el pantalon, acaban de dar otro paso hácia el comunismo, invadiendo nuevamente nuestras propiedades con la adopcion del chaleco.

Y lo peor es, que los hombres no tenemos derecho alguno á quejarnos. Hubo un tiempo en que no habia pisaverde sin arillos en las orejas, y hoy mismo vemos algunos que, no contentos con hacerse rizar diariamente el cabello, y empaparse en odoríficas esencias, ciñen sus dedos de sortijas, adelgazan su cuerpo con la inquisitorial tortura del corsé, y hacen uso de su correspondiente abanico.

Están pues ustedes en su derecho, amiga Enriqueta, en adoptar el sistema de represalias, y no seré yo por cierto quien lo censure, pues veo en ustedes mas talento que en nosotros, al hacer semejantes usurpaciones.

Yo, á lo menos, soy de opinion, que el hombre que se afemina, hace el oso de una manera horrible; pero ustedes, las hermosas, no pueden hacer nunca nada mal. Así es, que al adoptar el pantalon, ganó mucho la muger, hablando higiénica y moralmente, pues además de ser un abrigo muy sano, pueden ustedes ya transitar por las calles en dias de barros y vientos, sin el menor recelo de tener que ruborizarse.

¿Y qué diré del chaleco? Las que lo llevaban en el baile del *Hôtel-de-Ville* estaban hechiceras. Le mando á usted los figurines de esta linda novedad, porque me parece que merecerán su aprobacion, y estoy seguro, que si llega usted á seguir esta graciosa moda, usted, cuya angosta y esbelta cintura tantos admiradores y tantas envidiosas tiene en Madrid, no debe dudar, amable Enriqueta, que realizará un tipo adorable de gracia y de seduccion.

Los chalecos *les plus coquets* se hacen de tafetan blanco bordado con botones de esmalte incrustados de brillantes, rubíes ó esmeraldas. Tambien son muy *comme il faut* los chalecos de raso azul bordados de negro con botones dorados, y los de raso negro con botones de diamantes.

El juboncillo abierto por delante se armoniza perfectamente con el chaleco, y aunque esta especie de chaquetillas eran todas de telas de verano en el baile del *Hôtel-de-Ville*, han de estar muy bien de terciopelo. Con esta moda sienta á las mil maravillas el reloj pendiente de la cintura por medio de unas cadenas de oro hechas á propósito, que son de un efecto mágico.

Los grandes arillos chinescos en las orejas, es una novedad que han traido á París las inglesas y que se ha recibido con unánimes aplausos.

Por cuanto acabo de decir creerá usted, sin duda, que por lo que toca á concurrencia femenina, nada dejaba que desear el baile en cuestion. Se equivoca usted solemnemente, Enriqueta; yo noté una gran falta, una falta que acaso le despojaba de su mas precioso ornato. ¿No la adivina usted? Me parece que veo á usted cubierta de rubor por lo que estoy diciendo.....

Sí, amiga mia, faltaba Enriqueta, y habia en aquel recinto un vacío inmenso para mí.

El *Lord Mayor* con uniforme encarnado, y los señores *Aldermen* en trage color de canela entraron en el baile entre ocho y nueve, y no dejaron de llamar la atencion de los concurrentes. En su afable rostro brillaba la espresion de un sincero reconocimiento á los obsequios que la galantería francesa les prodigaba.

A poco mas de las diez llegó el presidente de la república y se paseó algunas horas por los salones á manera de simple particular y casi totalmente desapercibido. El héroe de la fiesta fué un obeso chino, que por su lujoso y ridículo trage, así como por su inalterable serenidad era el imán de todas las miradas y el objeto de todas las conversaciones. Habia adquirido ya cierta celebridad, porque se le habia visto en el banquete, en el concierto, en Versalles, en *Saint-Cloud*, y siempre ocupando un sitio distinguido entre altos personages. Habia tambien algunos turcos y griegos, y muchos uniformes prusianos, toscanos, sardos, belgas, por manera que la variedad de los trages solo puede ponerse en parangon con la que se nota en un brillante festin de carnaval.

A pesar de haberse comenzado el baile al anochecer, duró hasta los primeros albores del siguiente dia. Yo no aguardé su conclusion, y me retiré á la una, porque á las nueve habia de almorzar con Vallejo para irnos al *Champ-de-Mars* á presenciar el gran simulacro que se preparaba y en el cual habian de evolucionar los cien mil hombres de tropa de línea que forman la guarnicion de París. Este grandioso espectáculo será objeto de otra carta.

¡A Dios, mi inolvidable amiga!



CARTA XIII.

11 DE AGOSTO.

Acaso no ignora usted, mi buena amiga, la aficion de los franceses á los espectáculos militares. Desde los triunfos de Napoleon de que tan enorgullecida se muestra la Francia, todo lo que es militar exalta su entusiasmo, y esto, en mi concepto, ha de perjudicarle mucho para avanzar en la senda de la libertad, de quien, por otra parte, se muestra ardientemente apasionada.

Por de pronto ha cometido ya la sandez, llevada por su ciega veneracion á la memoria de Bonaparte, de elegir para presidente de su república á otro Napoleon, sobrino del primero, porque es imposible que el elegido olvide su orígen y deje de ambicionar el rango que acaso creerá que le corresponde. ¡Dios quiera que Luis Napoleon no se apellide algun dia Napoleon II, emperador de los franceses!

Pero dejando aparte funestas profecías, es tambien una lástima que el pueblo que parecia indicado para levantar el estandarte de la paz universal, se muestre frenéticamente inclinado á las cosas de

la guerra, que son las primeras que debieran abolirse para entronizar en el mundo el imperio de evangélica fraternidad.

¿Creerá usted, María Enriqueta, que en medio de estas hermosas fiestas de paz y de reconciliacion entre las dos potencias mas ilustradas del mundo, me aflige un presentimiento cruel de que no ha de ser duradera tan bienhechora amistad?

La otra tarde, al oir las descargas del fingido combate, al ver el entusiasmo de las tropas y la alegría del pueblo francés, entre el olor de la pólvora y el estrépito del cañon y de los marciales instrumentos, me avasallaron mil tristes reflexiones.

Verdad es que se trataba de un grandioso espectáculo. Cien mil hombres, figurando dos ejércitos enemigos de cincuenta mil combatientes cada uno, iban á ejecutar grandes evoluciones en el *Champ-de-Mars*, de consiguiente era muy natural que todo París se trasladase al teatro del simulacro en cuestion.

Desde las nueve de la mañana, hallábanse apiñados los curiosos en las dos orillas del Sena y en los Campos Eliseos.

Todas las casas del muelle de Billy tenian sus grandes patios cubiertos de tablas formando gradas, enteramente ocupadas por una inmensa multitud que se hallaba al abrigo del sol por medio de grandes toldos blancos y de diversos colores. Estos sitios ofrecian un conjunto verdaderamente pintoresco.

La hilera de los lavaderos estaba tambien guarnecida de bancos; en una palabra, no habia un solo punto accesible que no estuviera ocupado. Hasta grandes estacas clavadas en medio del rio, entre el puente de los Inválidos y el de Iena, estaban invadidas por los curiosos.

En el muelle opuesto al de Billy habíase colocado el material del puente que el ejército de la izquierda habia de improvisar para cruzar el Sena. Este material consistia en treinta bonitas góndolas adornadas con banderas y gallardetes.

Habia á corta distancia dos vistosas tiendas para los encargados de dirigir la maniobra.

Dos buques de vapor, uno enfrente del otro á cada lado del

rio, hallábanse colocados un poco mas arriba del sitio donde habia de verificarse esta operacion, por manera que las personas que llenaban los dos vapores, eran indudablemente las que habian alcanzado mejor sitio.

Las alturas del Trocadero (que este nombre español tiene uno de los montes) y todas las pendientes que le rodean, llenáronse tambien de curiosos, así como las salidas del puente de Iena y las colinas del *Champ-de-Mars*. En 1770 el *Champ-de-Mars* era un terreno cultivado, en el cual se trazó un paralelógramo de mil metros de longitud sobre quinientos de latitud para los ejercicios de la Escuela Militar.

En 1751 fundó Luis XV *l' Ecole militaire* que destinó especialmente á la educacion de quinientos jóvenes de la nobleza; pero pobres, y cuyos padres, muertos en el servicio, no les hubiesen dejado medios de subsistencia.

Tambien era admitido cierto número de pensionistas que pagaban una pension de dos mil libras.

Este establecimiento fué suprimido en 1778, y no fué restablecido hasta el reinado de Luis XVIII, pero sin adquirir el edificio que desde su orígen le habia sido afecto.

Bajo la república y el imperio habia servido de caserna. El mismo destino tuvo durante la restauracion, y despues de la revolucion ha servido siempre de cuartel á uno de los regimientos de la guarnicion.

Tiene quince patios y espaciosos jardines. Dos de estos patios preceden á la fachada. El mas inmediato á ella se llama *cour d'honneur* y está rodeado de una galería decorada de columnas dóricas en el piso bajo, y jónicas en el de arriba.

En medio de la fachada principal elévase un ante-cuerpo de órden corintio cuyas ocho columnas sostienen el fronton.

La fachada que da al *Champ-de-Mars*, tiene treinta y una ventanas y está decorada con diez columnas corintias que abrazan los dos pisos y sostienen una cúpula cuadrangular que corona el edificio.

En esta cúpula está el observatorio, en donde, durante la primera república, el célebre Lalande hizo sus observaciones astronómicas.

La capilla está edificada á imitacion de la del castillo de Versalles. Veinte columnas de órden corintio sostienen su bóveda.

En el primer piso está la *salle du conseil*, ornada de emblemas y pinturas militares.

El *Champ-de-Mars* llegó á ser el campo de las fiestas de la revolucion. Inaugurole la federacion del 14 de julio, dia de entusiasmo y de esperanzas acerbamente desvanecidas.

Allí el 17 de julio de 1791 ocurrieron las reuniones que trajeron la proclamacion de la ley marcial y la sangrienta dispersion de la muchedumbre por Lafayette.

Allí se celebraron los festines en conmemoracion del 10 de agosto y del 21 de enero, de la constitucion del año primero, del Ser Supremo, etc.

Allí fué levantado, el 10 de noviembre de 1793, el cadalso donde pereció, despues de horribles tormentos, el primer *Maire* de París.

El primero vendimiario del año VII celebrose en el *Champ-de-Mars* la primera esposicion de los productos de la industria.

El 3 de diciembre de 1804, dia siguiente al de la coronacion de Bonaparte, este distribuyó las águilas á su ejército en el *Champ-de-Mars*, y el primero de junio de 1815, víspera de Waterló, proclamó el acta adicional á las constituciones del Imperio.

En 1827 la guardia nacional hizo allí resonar á los oidos de Cárlos X los gritos precursores de la revolucion de 1830.

En 1837 las fiestas del casamiento del duque de Orleans fueron acibaradas en el *Champ-de-Mars* por la muerte de muchas personas, que quedaron ahogadas entre la inmensa multitud.

Por último, el *Champ-de-Mars* es la vasta arena donde se verifican las brillantes carreras de caballos.

En una de las alturas de este campo habia un gran toldo, donde Vallejo y yo nos acogimos para librarnos del sol, que nos

recordaba el que hace insoportables los verános de Madrid.

Pedimos una botella de cerveza al dueño de este *estaminet* campestre, tanto porque el calor habia escitado nuestra sed, como porque era indispensable tomar algo para conquistar una silla.

Nos sentamos pues junto á una mesita, y mientras saboreábamos el fermentado líquido entre el bullicio de una multitud escesivamente jovial, presentose muy séria una ciudadana de unos treinta años de edad, no mal parecida, ataviada con elegante esmero y hasta con lujo. Llevaba una capota de raso color de rosa con plumas blancas, vestido tambien de raso negro, un ligero chal de verano, de varios colores, y grandes pulseras, al parecer de oro con piedras preciosas.

Creerá usted, sin duda, que esta elegante dama seria alguna duquesa, que vendria acompañada de sus lujosos lacayos á tomar algun refrigerio. Todo menos eso: la tal señora no llevaba mas compañía que una mugrienta guitarra, que empezó á pulsar con inteligencia, y despues de cantar algunas coplitas, fué recogiendo los sueldos ó suses que la caridad del prógimo tuvo á bien concederle, y abandonó el puesto á otros artistas que estaban detrás de ella aguardando su turno.

Ha de saber usted, Enriqueta, que en París todos los que hacen algo, que ejercen la mas insignificante profesion, se dan el nombre de artistas. Los sastres son *artistes tailleurs*, los peluqueros *artistes coiffeurs*, los zapateros *artistes cordoniers*, y hasta los limpia botas se apellidan *artistes décrotteurs*. Estos, por fin, trabajan y son artistas útiles á la sociedad; pero los hay que no hacen nada, que son unos verdaderos holgazanes, y abusan del nombre de artistas para escitar la agena compasion. Estos suelen dirigirse mas particularmente á los estrangeros, y con el sombrero en la mano acompañan el saludo con estas palabras: «*Veuillez, Monsieur, obliger un pauvre artiste sans ouvrage*» y viven alegremente con el producto de este arte.

No creo que el decir esto sea denigrar á los verdaderos artistas de talento, pues ellos mismos conocen el abuso que se hace en París

de la palabra *artistas*. Paul de Kock cuenta que un dia se presentó á un padre de familia un sugeto muy mal vestido, con el sombrero mugriento, raido el frac y los pantalones con varias roturas; y dándose importancia le dijo con mucha gravedad: — «Soy uno de los mejores artistas de París, caballero, soy un gran profesor..... enseño la retórica, enseño la filosofía, enseño el latin, enseño el griego..... Sé que teneis hijos..... Si me admitís por su preceptor, podré enseñarles una porcion de cosas.» — «En efecto, respondiole el caballero, tomad esta pieza de cinco francos, y compraos unos pantalones, porque observo que enseñais demasiadas cosas á vuestros discípulos y á los que no lo son.»

Hay tambien en Paris artistas famosos que suelen singularizarse, no sólo por sus talentos, sino por ciertas estravagancias que chocan á primera vista. Muéstranse particularmente escéntricos en el modo de vestir, de peinar sus barbas y sus melenas; pero no son los varones mas ilustres los que se gozan en hacerse visibles por tan pueriles esterioridades.

Con los artistas de París sucede como con los conejos: los hay domésticos y de campo. Los domésticos suelen reunirse en el *atelier* de algun pintor. El músico, el actor, el poeta, el estatuario forma parte de aquella reunion tan sábia como alegre y original.

Allí se intercalan gravísimas discusiones con historietas amorosas. Allí se canta, se baila, se dibuja, se grita, se fuma, se bebe, se escribe, se juega el florete y ¡cosa rara! de entre aquella confusion diabólica salen obras maestras que aturden al universo.

No es esto decir que todos los artistas de gran mérito que tanto honran á la Francia trabajen de este modo; los hay que han de encerrarse en su aposento para ser inspirados, porque únicamente en el silencio de la soledad se enardece su fantasía. Estos viven como aprisionados, sin recibir á nadie, sin dejarse ver en público mas que á ciertas horas.

Los artistas de campo, que son los peores, y en esto se diferencian de los conejos, son los que cantan, bailan y hacen otras mil habilidades en los paseos públicos. Los Campos Elíseos, de los

cuales hablaré á usted detenidamente mas adelante, son el *rendez-vous* privilegiado de los que trabajan *en plein air*.

Cuatro eran los artistas de esta calaña que se disponian á divertirnos con sus habilidades; un perro, dos monos y un francés.

Fué preciso alejar mesas y sillas de uno de los ángulos de la tienda de campaña, ó por mejor decir, de entre los árboles que sujetaban el gran toldo, para dejar un espacio donde aquellas *ilustraciones* pudieran lucir sus egercicios gimnásticos y de equitacion *á la alta escuela*.



La llegada de las tropas interrumpió este espectáculo. Era la una cuando los primeros batallones llegaron al *Champ-de-Mars*. Otros, formados á la sombra de los árboles de los Campos Eliseos, aguardaban el momento de marchar al deseado combate.

A las dos, infinidad de músicas marciales, bandas de tambores y cornetas resonaban con estrépito, anunciando la salida de las tropas de los Campos Eliseos con el general Levasseur á su cabeza, que fué á tomar posesion detrás de las alturas del Trocadero.

La division de este general con la del general Carrelet y cuatro baterías de artillería formaban el cuerpo de ejército de la derecha. El de la izquierda, que figuraba ser el enemigo, ocupaba el *Champ-de-Mars* con solo dos baterías de artillería, pero, como podia maniobrar en llanuras, tenia toda una brigada de caballería, sin

contar la de la guardia republicana, ademas de una division de infantería que mandaba el general Guillabert.

Los soldados, cargados con todo el equipage de campaña, llegaron á su puesto visiblemente abrumados de fatiga y de calor. Esto dió lugar á que las lindas cantineras desplegasen toda su actividad en obsequio de los que necesitaban su amable auxilio.

—¿Me das un poco de aguardiente?—preguntó un soldado á una de ellas.

—Con mil amores, granadero,—respondió la cantinera.

Cuando el soldado tuvo el vaso en la mano, esclamó:

—¡A la salud de las muchachas lindas!

—Un valiente solo debe brindar á la salud de la libertad.

—¿Y de Napoleon?

—De Napoleon el grande..... en buenhora.

—¿Y del sobrino?

—Brinda por el pueblo soberano, y déjate de cuentos.

—¿Olvidas que estamos al servicio de Luis Napoleon?

—Estamos al servicio de la república.

—*C' est vrai; vive la republique!*

Y el soldado apuró el vaso con exaltacion.

El abundante riego de todos los sitios á donde afluia la muchedumbre, produjo un escelente resultado, pues no solo respiraba frescura, sino que abatió el polvo, mas incómodo aun que el calor.

A la aproximacion de la hora señalada para dar comienzo á las operaciones, apareció como por encanto en las aguas del Sena una flotilla de góndolas y todo linage de vistosos barquichuelos atestados de gente. La mayor parte se apiñaron entre los dos vapores que formaban el límite de la parte accesible. Los otros surcaban en todas direcciones, trasladando de una orilla á otra á los curiosos que buscaban los mejores puntos de vista.

No puede usted figurarse, amiga mia, la hermosura de este espectáculo. Cien mil hombres de todas armas, uniformados de gran gala, ocupando distintas posiciones.... Las alturas inmediatas al campo donde habia de celebrarse el simulacro, coronadas de una

multitud inmensa... Una gritería incesante de gozo y animacion... El Sena que dividia este magnífico panorama... Las pintorescas embarcaciones que cruzaban el rio..... El sol que heria las aguas cristalinas, y hacia relucir los fusiles, los sables, las corazas, los cascos de la tropa... El bélico estruendo de los tambores, el sonido de los clarines, los marciales himnos de mil músicas..... Todo, en fin, constituia un conjunto grandioso.

A las tres y media en punto, el Presidente salia del Eliseo, precedido y seguido de húsares y de un brillante escuadron de guardias nacionales. Iba acompañado de los generales Oudinot, Magnan, Dulac y Perrot, del general Narvaez, del embajador de la Puerta Otomana, y de unos veinte oficiales estranjeros con lujosos y variados uniformes.

En medio de los gritos de ¡Viva la república! oí otros inconstitucionales y rebeldes que me sugerieron las tristes reflexiones que he indicado á usted al principio de esta carta. « *Vive Napoleon! Vive l'empereur! Nous l'avons nommé et nous le garderons!* » gritó uno de los mas furibundos.

A la esquina de *l'avenue des Veuves*, el muelle de Billy estaba libre de gentío. El cortejo oficial pasó solo. A su llegada al *Champ-de-Mars*, el Presidente encontró al *Lord Mayor* y su comitiva.

A las cuatro sonó el primer cañonazo de una prolongada salva, á la que contestó el ejército de la derecha. Una batería colocada en el muelle de la izquierda, á la esquina del puente Iena, empezó un fuego nutrido para contener á los ingenieros que acababan de arrojarse á la construccion del puente. Es imposible dar una idea exacta de su actividad. De lejos parecian hormigas agitadas, como si se las hubiera saqueado ó destruido su domicilio. En media hora quedó el puente transitable.

Despues de una reñidísima lucha, en que ambos ejércitos emplearon todos sus recursos, el uno para pasar el puente y el otro para impedirlo, venció el primero, invadiendo el campo enemigo; pero tuvo que retirarse á su vez y volver á pasar el puente para evitar una derrota.

De esta manera todos fueron vencidos y vencedores y todos quedaron contentos sin tener que lamentar ninguna desgracia.

Con todo, es preciso confesar, que aunque fingido era un combate imponente y parecia la verdad.

Uno de los ejércitos, el que ocupaba el *Champ-de-Mars* que es donde yo presenciaba la accion, se componia de catorce batallones, diez escuadrones, y dos baterías de campaña. Ya conocerá usted que solo las evoluciones de tanta gente debian causar un efecto asombroso, cuando nos placen los movimientos de veinte comparsas en un teatro.

Además, el ver correr generales y ayudantes de un lado á otro por entre las descargas cerradas, el fuego graneado y los cañonazos, la pronta formacion de los cuadros, las cargas de los diez escuadrones de caballería, los ataques á la bayoneta, las retiradas, las precipitadas fugas, las voces de mando, los gritos de animacion, el polvo, el humo y sobre todo el olor de la pólvora, todo llevaba el sello de una realidad que deleitaba la vista y hacia palpitar el corazon.

Este espectáculo terminó con el desfile de las tropas por delante del Presidente de la república, y apenas nos dejó tiempo para comer precipitadamente, en el primer *restaurant* que nos vino á mano, pues nos aguardaba el teatro de la Grande Opera donde se representaba una brillante funcion en obsequio del *Lord Mayor*, compuesta de los mejores trozos de las óperas *la Judia*, *el Hijo pródigo*, y *los Hugonotes*, concluyendo con una alegoria de circunstancias.

Usted que no quiere salir á paseo por la Fuente Castellana por la multitud de tropas que evolucionan ó aprenden el manejo del arma en sus alrededores, temiendo siempre el disparo de algun fusil, no me envidiará por cierto el haber visto el gran simulacro del *Champ-de-Mars*, pero lo que si debe darle á usted algun pesar es el no haber asistido á la funcion teatral de que acabo de hacer mencion.

El teatro de la Grande Opera se apellida tambien *Academie Ro-*

yale de Musique. En él se dan óperas en francés de los mas célebres compositores de todos los paises, y bailes de grande espectáculo. Todas las funciones que se dan en este coliseo se componen de ópera y baile, y me han asegurado que no hay egemplar de que se haya representado un baile solo ó una ópera sin baile.

Los cantantes de este teatro suelen ser los discípulos mas aventajados del Conservatorio, las partes del baile son de las mejores del mundo, la orquesta nada deja que desear; pero lo que mas asombra es el lujo, propiedad y magnificencia de las decoraciones y de los trages. Así es que este teatro es el predilecto de la sociedad del buen tono, y su concurrencia es lucidísima.

En la noche del 6, apesar de tener aun palpitante el grato recuerdo del primer abono con que se inauguró nuestro suntuoso teatro de Oriente, pareciome brillante la concurrencia del de la Grande Opera, y me asombró el lujo del escenario.

La sala adornada de lucernas de oro y de cristal recibia una claridad inmensa de aglomeradas bugías, cuyos torrentes de luz aumentaban el brillo de las *toilettes*, admirables por su elegancia, por su riqueza y frescura.

La parte filarmónica de esta deliciosa funcion dejó satisfecho al auditorio; pero lo que fué mas aplaudido, lo que escitó un entusiasmo general, fué la alegoría de *las Naciones* escrita por Teodoro Banville y puesta en música por Mr. Adam.

Esta produccion causó un efecto verdaderamente mágico. La Inglaterra y la Francia representaron los principales papeles; pero no por eso quedaron olvidadas las demás naciones. Todas ellas estuvieron personificadas por lindísimas bailarinas.

Al desenlace, la maravillosa vista del Palacio de cristal, hábilmente pintada por Desplechin, apareció en medio de misteriosas nubes y fascinadores fuegos de Bengala. Un frenético batir de palmas acogió este hermoso pensamiento, pensamiento noble, y digno de terminar la série de fiestas con que la Francia ha obsequiado á la Inglaterra.

Tengo en mi poder la bella alegoría que tantos aplausos mere-

ció al público; el mismo Banville, su aütor, ha tenido la amabilidad de facilitármela, y no dudo la leerá usted con agrado á nuestra vista.

Entre tanto citaré á usted los bellos versos con que empieza:

L'Angleterre, aux yeux bleux, a quitté pour nos fêtes
Les palais où luttaient sans haine et sans défaites
Ces prodiges partout éclos;
Et livrant aux zéphyrs sa chevelure blonde,
La maitresse des mers vient au jardin du monde,
En posant son pied sur les flots.

Y mas adelante dice la Inglaterra á la Francia:

Aux nobles industries,
Ma sœur, donnons la main,
Et soyons deux patries
A tout le genre humain.

¿Será duradera esta union, amiga mia? El pueblo de ambas naciones la desea de buena fé; pero milagro será si no la destruye la ambicion de algun aventurero.

Hasta otro dia, Enriqueta! He terminado la relacion de las fiestas, y pasaré algunos dias sin escribir á usted, para recoger nuevos materiales.

Defiéndase usted de los escesivos calores que debe hacer en esa, y cuidese mucho.



CARTA XIV.

18 DE AGOSTO.

HACE ya mas de medio mes, hermosa Enriqueta, que entré en París, y aunque por la rapidez con que se ha deslizado el tiempo me parece que ayer llegué, son tantas las cosas que he visto durante las fiestas y en los pocos dias que he dejado de escribir á usted, que estraño no haber empleado en ello mas que dos semanas y media.

Acostumbrada á recibir diariamente carta mia, estrañará usted sin duda que haya dejado pasar seis dias guardando el mas profundo silencio. Hoy me desquitaré de esta falta, escribiendo á usted largamente. Son tantas las cosas que he de participarle, que no sé por donde empezar.

Cuando llevé mi última carta al correo, hallé por casuadidad á mi amigo Vallejo, y me dijo que el dia siguiente se marchaba á Lóndres. Yo que empezaba á estar impaciente por ver el *Palacio de cristal*, le manifesté deseos de acompañarle. Se alegró mucho de ello, y no solo aprobó mi idea, sino que se encargó de tomar los billetes para los dos. Me trajo el mio mas tarde, y quedamos en que el siguiente dia estaria yo en su casa á las seis de la mañana

para ir juntos al camino de hierro. Encargome que fuese puntual, porque su casa distaba mucho del embarcadero, y á las siete en punto salia el convoy. Prometile que no haria falta, y despues de comer juntos en un *restaurant* de los *boulevards*, me separé de él para hacer mis preparativos de viaje.

Creerá usted acaso que no se verificó, viendo que aun escribo desde París. Sí, amiga mia, he visto ya dos veces el magnífico Palacio de cristal; he estado cinco dias en Lóndres; pero no en compañía de Vallejo, porque me sucedió un chasco desagradable aunque asaz jocoso.

Nadie mejor que usted, Enriqüeta, sabe que soy muy formal en el cumplimiento de mis promesas, y que nunca falto á mis citas. Sin embargo, fiándome yo de mi reloj, llegué á casa de mi amigo á las seis y media, y me dijeron que hacia algunos minutos se habia marchado Vallejo, temeroso de perder un viaje que le era de suma urgencia.

Mucho sentí aquel contratiempo; pero lo que hizo subir de punto mi zozobra fué que no sabia yo donde habia tomado mi billete ni á donde habia de acudir para ir á Lóndres. No era ocasion de perder mas tiempo en meditaciones inútiles, y en consecuencia dije al cochero que me llevase al embarcadero sin dilacion, y si llegaba antes de haber salido el convoy, le daria buena propina.

Llevome á escape al ferro-carril, y llegué cuando ya los silbidos de la locomotora anunciaban la marcha. Aun pude meterme en el primer wagon donde hallé asiento, y quedé consolado de mis recientes azares viendo que ni perdia el viaje, ni la esperanza de reunirme á Vallejo en el primer punto donde hiciéramos un pequeño alto.

Pero es el caso que llegamos á *Boulogne* despues de haber atravesado muchos lugares en nuestra rápida carrera, deteniéndonos en algunos de ellos, donde todos los viajeros solian salir de su ambulante prision, y con todo esto Vallejo no parecia. ¿Y cómo habia de parecer, mi querida amiga, si al examinar mi billete de

viaje, pasmose un *quidam*, representante sin duda de la empresa, de verme allí, y montado en cólera me intimó rotundamente que debia quedarme en *Boulogne* para retroceder á París.

Figúrese usted la gracia que me haria semejante intimacion. Pregunté el motivo de ella, y me contestó que llevaba una papeleta falsa.

—¿Cómo falsa?—dije yo aturdido.

—Falsa para mí—replicó el encargado.

—¿Por qué razon?

—Porque es de otra empresa, y no le correspondia á usted haber venido en nuestros wagones.

—¿Y por qué no se me decia eso en París?

—Porque en París son unos imbéciles.

—¿Y he de ser yo víctima de su tontería?

—*C' est vrai*, usted no tiene la culpa.

—Por esa razon no es justo que la pague. Me interesa mucho llegar cuanto antes á Lóndres y espero que no se opondrá usted á que continue mi viaje pagando ahora de nuevo el importe de mi billete.

—Es imposible.

—¿Cómo imposible?

—Usted no debe pagar nada por el camino que lleva hecho, no es culpa de usted, repito, si se le ha traido por equivocacion. Si usted quiere abonarme el pasage del vapor de aquí á Lóndres, es lo único que me es permitido cobrar.

—Tanto mejor; pero y el viaje que llevo hecho?

—Se considera de valde por haber cometido una torpeza los de París.

—De ese modo no perderé mas que parte del valor del billete, ¿no es verdad?

—No perderá usted nada, antes bien gana usted el viaje de París á *Boulogne*.

—¿Cómo así?

—Como que el billete que tomó usted en París es válido hasta

el último dia del mes de setiembre; y si no léalo usted.

Efectivamente, amiga mia, el billete espresaba ser valedero hasta últimos de setiembre, y hoy mismo le he cedido á otro viajero por su justo valor, de manera que el chasco de Vallejo me produjo un ahorro en mis gastos.

El único pesar que me quedó fué el estar separado de este amigo; hubiera tenido un gran placer en oirle hablar como inteligente, entusiasmarse como artista y ponderar como andaluz las bellezas de Lóndres, de las cuales no quiero decir nada en este momento, supuesto que he de volver á aquella populosa capital, cuyo mayor elogio está hecho en dos palabras: Asombra despues de haber visto Paris!

Sin hablar por ahora de sus monumentos ni de las costumbres de sus habitantes, ni de tantas otras cosas á las cuales alcanzará su turno, puedo sin embargo noticiar á usted que el 13 llegué á Lóndres y por la noche tuve el gusto de asistir á una brillante funcion que se dió en el *Majesty's Theatre* compuesta de Lucrecia Borgia y de un bailable titulado *las tres gracias* en que tomaba parte la famosa Taglioni. Esta bailarina podrá haber sido la reina de las sílfides en sus buenos tiempos; pero como lo primero donde suelen cebarse los años son los tobillos y articulaciones pedestres, nada tiene de particular que medio siglo de cabriolas hayan gastado algun tanto las nerviosas máquinas de hacer piruetas. Esto no es querer significar que la Taglioni sea indigna de su celebridad, antes creo yo que es una lindeza admirable el bailar primorosamente con los pesados grillos de veinticinco años en cada garganta de pierna. De todos modos Fanny Cerrito le lleva una inmensa ventaja, y he oido asegurar á personas inteligentes en la materia, que es en el dia la que ostenta la palma entre todas sus rivales.

En la ópera Lucrecia Borgia desempeñaba el papel de protagonista la Barbieri Nini, la simpática Alboni el de Orsini, Gardoni, á quien tanto hemos aplaudido en el Teatro de Oriente, el de Gennaro, y el célebre Lablache el de Alfonso.

Nada diré á usted de Marieta Alboni y de Gardoni, sino que

sentí un placer indefinible al presentarse en la escena. Me pareció que eran dos personas amigas á quienes volvia á ver con la mayor complacencia, y en cuanto á su mérito artístico se me figuró que habia subido algunos quilates. El público les aplaudia mucho, y yo me alegraba de ello como si se tratara de personas con quienes me enlazaran estrechos vínculos. ¿Sabe usted por qué me sucedia todo esto? Porque cuando estaban en Madrid era usted muy apasionada de ambos artistas, y en esto de simpatías ya es sabido que las mias corren siempre pareja con las de usted.

El conjunto de la ópera resultó magnífico. La Barbieri Nini me gustó mucho por su escuela de canto y su espresion mímica; pero pareciome algo cascada su voz. Tal vez si la oyera mas formaria otro concepto aun mas ventajoso para ella.

Quien me agradó sobre manera por la robustez de su voz, la espontaneidad de su canto, el sentimiento que hacia destellar de todos sus acentos, y la nobleza de sus ademanes, fué Lablache. Lástima es que la obesidad de este incomparable bajo profundo sea escesiva! Lo es en términos que desde que ví representar en Madrid al *Hombre gordo*, no he encontrado ni en los teatros ni en las calles, un volúmen de persona mas exhorbitante. A pesar de este defecto, que lo es grande en un actor, el público de Lóndres saluda á Lablache con salvas de aplausos, no solo á la conclusion de cuanto canta, sino cada vez que se presenta en la escena.

El 14 estuve en Covent-Garden, teatro real italiano de la ópera, donde se cantó la Norma de Bellini por la Grisi, Formes que hacia la parte de Oroveso y Tamberlik la de Pollione, terminando el espectáculo con el último acto de la Favorita de Donizetti por la misma Grisi, Tagliafico y Mario.

La Grisi es muy buena actriz y canta perfectamente, ejecutando á veces *fioriture* de mucha dificultad y grande efecto; pero su voz no es de las mas simpáticas y aun se conoce que se halla ya en el estado inevitable de natural decadencia. Las eminentes cantoras no debian pasar nunca de la edad de veinticinco años, pues es una lástima que la Alboni, la Cruvelli y la Lind que son las tres sirenas

del dia tengan un porvenir tan corto como breves han sido los gloriosos dias de la Sontag y de la Grisi, que aunque son escelentes *primas donnas*, no alcanzan sus trinos ni sus volatas á ocultar la fé de bautismo que tantos estragos origina.

Tamberlik canta mejor que cuando le oimos en Madrid; pero su voz no es tan fresca ni sonora. Formes es el mismo Formes de los Puritanos. Voz inmejorable, gallarda presencia, deseos de complacer al público mas que nadie; pero su desentono es contínuo y este es un defecto imperdonable en un cantor *di primo cartello.* A pesar de esto me alegré de ver que los ingleses le aplaudian.

El que me dejó atónito fué Mario. Yo creo que es en el dia el rey de los tenores. ¡Qué voz tan simpática! ¡Qué oportunidad y gusto en los floreos! ¡Qué delicadeza en las modulaciones! Su canto es el de la verdadera escuela italiana; pero sabe darle toda la espresion del sentimiento, todo el encanto de la armonía, toda la mágia del talento.

En su lindísimo *spirto gentil* estuvo arrebatador. El público acompañó todos los compases con entusiastas bravos, y al terminar la romanza, se la hizo repetir despues de saludarle con una triple salva de frenéticas aclamaciones y palmadas.

Olvidaba decir á usted que en ningun teatro me ha dejado la Norma á su conclusion tan dulce y melancólicamente impresionado como en el teatro de Lóndres. Y no lo atribuya usted solo á la propiedad de los trages y magnificencia de las decoraciones, ni al selecto conjunto de los cantores, ni á la brillante ejecucion de la numerosa orquesta. Todos estos elementos de perfeccion es verdad que contribuyeron poderosamente á conmover mi ánimo; pero lo que hirió mas patéticamente mi corazon, fué el final de la ópera, que en ninguna parte le habia oido ni visto representar de una manera tan imponente. Cuando ya el negro velo cubre el cadáver de la desventurada Norma, empieza á oirse en lontananza el rezo de una comunidad religiosa al compás de una fúnebre música y del melancólico sonido de una campana que dobla á muerto. Preséntanse los sacerdotes en dos hileras por el fondo del teatro, y avanzan pausada-

mente, sin cesar en su funerario rezo. Esta lúgubre escena va poco á poco ocultándose detrás del telon de boca, que para estas representaciones es enteramente negro, y baja magestuosamente hasta cubrir el escenario. Pero la ópera no habia terminado aun, porque despues de caido el enlutado telon, todavía se oia la triste música, el rezo de los religiosos y el plañir de la campana mortuoria. Mucho tardaron los espectadores en ver desvanecida la dolorosa huella que dejaba en sus ánimos aquel espectáculo desgarrador.

La noche siguiente no me fué menos agradable, aunque por otro estilo. El espectáculo no era tan delicioso; pero mas tierno, mas admirable, y sobre todo mas nuevo para mí.

Como la maledicencia alcanza á los seres mas candorosos, hace tiempo que las lenguas viperinas habian esparcido los mas calumniosos rumores contra las tiernas avecillas. Esos lindos seres tan diminutos y graciosos que pueblan los parques y jardines, y esparcen la alegría con sus inimitables gorgeos, eran generalmente considerados como desprovistos de inteligencia. Solo la cándida paloma, haciéndose mensagera de interesados especuladores ó de amantes separados por alguna romántica aventura, habia alcanzado hasta ahora una fama escepcional entre los seres alados.

Sin embargo, á los pobres pajarillos no les faltaba mas que un abate de l' Epée que descubriese el medio de hablar á su inteligencia, como supo este hacerse entender de los sordo-mudos.

¡Albricias! Apareció por fin, Enriqueta, el regenerador de la especie volátil. Y no es un abate, es persona que vale mucho mas que todos los abates del mundo, es una bonita y graciosa jóven de ojos negros, de encantadora sonrisa y de dulce acento, que ha tomado á pecho la instruccion de esos delicados seres á quienes tiernísimamente apellida *ses petits amis*.

Bajo la direccion de tan linda preceptora, los discípulos han aprovechado á las mil maravillas. Esta jóven es la señorita Emilia Vandermesh, á quien ví lucir sus talentos en compañía de sus alumnos, en casa de un banquero para quien llevé recomendacion.

La bella Emilia empezó sus habilidades llamando á uno de sus

amiguitos, que apenas oyó nombrarse, salió de su dorada jaula. Era un hermoso canario que de un vuelo pasó al hombro derecho de su amiga, y la picoteó en los lábios como para besarla cariñosamente. Presentole Emilia uno de sus dedos, que el discípulo invadió inmediatamente. Entonces le dijo su maestra: «Saluda á la concurrencia, amigo mio» y la avecilla, despues de mover la cabeza en todas direcciones, empezó á trinar como el ruiseñor en la cúspide de un árbol; sin que el estrepitoso aplauso que de repente sonó por todas partes, perturbase en lo mas mínimo su admirable serenidad.



A un signo de Emilia voló á su hombro otra vez el hábil pajarillo, hízole una caricia, y recibió en recompensa un solo granito de alpiste, que saboreó aleteando de gozo, y se retiró á su dorada mansion.

Emilia esparció en seguida sobre la mesa una porcion de tarjetas enteramente iguales, sin mas diferencia que su contenido. En unas habia números, en otras los dias de la semana, en otras los de los meses y años. Preguntan los espectadores la fecha de tal ó cual acontecimiento memorable? La señorita Emilia Vandermesh abre la puerta de la jaula de alguno de sus amiguitos. El canario se pasea afanoso por la mesa, busca, picotea, y en muy breves instantes pone de manifiesto en su piquito, primero la targeta que contiene el dia, despues la del mes, y por fin la del año que se desea saber.

Echaba cualquier curioso un dado en la mesa, y uno de los ca-

narios presentaba al momento la tarjeta que contenia el número que habia salido por azar.

Otras mil suertes graciosas hizo Emilia con sus discípulos; sirviéndole de orquesta los trinos de aquellas interesantes avecillas; pero lo que mas llamó la atencion, fué la gracia con que uno de los pequeños *artistas* bailó en la maroma con su correspondiente balancin en el pico, ora sosteniéndose en equilibrio sobre una sillita colocada en la diminuta maroma, ora haciendo varias travesuras por entre los huecos de una escalerita. Crea usted, amiga mia, que era un espectáculo interesante.

La señorita Emilia lleva un album, en que recoge todos los testimonios de interés y satisfaccion que se le tributan por donde pasa. En París y Bruselas fué el año pasado tan aplaudida como ahora en Lóndres. Leí en dicho album los nombres mas aristocráticos de Francia é Inglaterra. Entre ellos los hay que pertenecen á la aristocrácia de la inteligencia, que es la verdadera aristocrácia, y sus homenages han tomado cierta forma literaria que aumenta su mérito. Entre las varias poesías dedicadas á la amiga de los pajarillos, me chocaron las siguientes:

Ma foi la charmante famille!
Beau plumage et des yeux si beaux!
Si les oiseaux sont á la jeune fille,
La jeune fille est..... aux oiseaux.
***Spa*, 17 *sept.* 1850. Jules Janin.**

Hay otros versos acrósticos que hace hoy un mes justo que se escribieron, pues llevan la fecha de Lóndres 18 de julio de 1851. Dicen así:

En vous voyant, belle Emilie,
Montrer un talent si nouveau,
Imaginez quelle folie
Luit tout-à-coup dans mon cerveau!
Insensé, je voulais—qu'on rie!
Etre, aussi moi, petit oiseau.

El autor de este madrigal ha guardado el anónimo, y ha sido á la vez tan modesto como prudente.

En una palabra, *Mademoiselle Emilie Vandermesh et ses petits amis* hacen furor en los salones. Dias atrás fueron admitidos en el castillo de Windsor, donde dejaron sumamente complacida á la régia asamblea.

El 15 y el 16 estuve largas horas en el Palacio de cristal; pero nada ví, por haber visto demasiado. ¿Qué diria usted, amable Enriqueta, si tratase yo de probar que nadie ha visto el Palacio de cristal? Se reiria usted sin duda de mi aserto, y con todo me seria fácil justificarlo.

Ver una esposicion industrial, quiere decir: enterarse bien de cuantos objetos esten espuestos al público exámen. Siendo en esta ocasion el sentido del verbo ver, *enterarse bien*, nadie ha visto la esposicion de Lóndres, porque para verla, empleando solo tres minutos en el exámen de cada objeto que contiene, y tres minutos es muy poco tiempo, seria preciso pasar doce horas en el Palacio de cristal todos los dias por el espacio de treinta y seis años!

Sin embargo, á mi regreso á Lóndres haré nuevas visitas á la famosa exhibicion, y cumpliré la promesa que he hecho á usted de escribir mi parecer bajo todos conceptos sobre esta Maravilla del Siglo. Entre tanto me contentaré con decir á usted, que las doce horas que entre mis dos primeras visitas pasé en aquel recinto encantador, se me deslizaron como doce segundos. Apenas entré, me quedé absorto, sin saber por donde ir ni á que lado dirigir la vista. Por todas partes reinaba la magnificencia, el buen gusto, la elegancia y los prodigios de las ciencias y de las artes. Llegué á dudar si estaria soñando, y aun ahora cuando recuerdo aquella aglomeracion de encantos, me parece que ha sido todo un fantástico ensueño. No quiero decir á usted mas sobre este punto. Tengo que hablar aun mucho de París. Esta carta ha sido un poco digresiva con motivo de mi repentina escursion á Lóndres.

Me convenia hacer este viaje para ganar tiempo. Trato de seguir un buen consejo. En el Manual del viajero español de Madrid á París y Lóndres, escrito por don Antonio Maria Segovia, se dice en la página 55: «Y no debe limitarse á esto (el viajero)

sino que ha de procurar importar en su pais, para beneficio comun, alguna novedad, algun uso estraño, ALGUNA MÁQUIMA, instrumento, artefacto, etc., etc..... Por pequeño que sea el valor de esta *importacion*, aunque por el pronto quede reducida su utilidad y efectos al estrecho círculo de la familia ó de los convecinos de los viajeros, si cada hombre que sale al estranjero observara fielmente esta práctica, la suma de todos estos adelantos y conocimientos importados, influiria notablemente en los progresos de la nacion al cabo de cierto tiempo.»

Pues bien, amiguita mia, he pensado importar en Madrid una de las mejores máquinas de imprimir que se construyen en Lóndres. La tengo ya ajustada al famoso Middleton, y necesita mes y medio para hacerla. Me lisonjeo dar con ella un grande impulso á mi establecimiento tipográfico. El público me favorece con una confianza sin límites, y es justo que yo no omita género alguno de esmeros y aun de sacrificios para corresponder dignamente á ella. Ya vé usted, pues, como la escapatoria á Lóndres ha tenido un objeto laudable.

Dentro de muy pocos dias tendré el gusto de volver á escribir á usted, de quien soy siempre el mejor amigo.



CARTA XV.

20 DE AGOSTO.

Mi querida Enriqueta: nada he dicho á usted aun de mi alojamiento, y estará usted sin duda ansiosa por saber los pormenores de mi hospedage, manutencion y demás circunstancias que constituyen el arreglo doméstico del huésped. Voy á satisfacer la natural curiosidad de usted.

Instaleme á mi llegada en la fonda mas inmediata al gran parador de las diligencias, es decir, en el *Hôtel de Rossignol*, *rue Grenelle de Saint-Honoré.*

Diéronme un bonito aposento elegantemente amueblado en el piso principal, y aunque pago por él tres francos y medio, precio escesivo si se atiende á que en una *maison garnie* (casa de huéspedes) hubiera podido tener cuarto y manutencion por poco mas; héme quedado en él por lo corta que ha de ser mi permanencia en París, y por ser á propósito el lujo de mi habitacion para recibir á las personas distinguidas que tienen la bondad de visitarme.

Con respecto á la manutencion, sigo la conducta mas anárquica del mundo. No tengo hora fija para mis almuerzos, mis comidas, ni mis cenas. Cuando el apetito me trae á la memoria la célebre máxima de Moliere de que *es preciso comer para vivir*, me zambullo en el primer *hôtel*, *restaurant*, café ó *estaminet*, y satisfago una obligacion á la que no se puede faltar muchos dias seguidos sin incurrir en la pena capital.

Suelo almorzar en alguno de los *estaminets* que hay en el *Palais-National*, y prefiero los *estaminets* á los cafés, porque en estos no se puede fumar y en aquellos sí. El lujo y el buen servicio es igual en ambas partes. Me basta un *beef-steak*, ó una tortilla bien sea con jamon ù *aux fines herbes* para poder aguardar con resignacion la hora de la comida.

Unos dias como en la *table d' hôte*, mesa redonda de alguno de los principales *hôtels*, otras veces en un *restaurant* de lujo, hay dias en que me aprovecho de las economías de ciertos *restaurants* de segundo órden, y así voy variando y enterándome de todo. Por las noches tomo una taza de té antes de acostarme, y duermo perfectamente.

Tampoco tengo hora fija para levantarme, pues depende siempre de la hora en que me acuesto. Si me retiro temprano, suelo madrugar; pero como generalmente no entro en los dominios de Morfeo hasta las altas horas, los mas de los dias salto del lecho á las diez de la mañana, escribo hasta las once, me visto y me voy al jardin del *Palais-National* á oir la detonacion del meridiano ó cañon solar que está inmediato á Diana, para arreglar mi reloj, esceptuando los dias nublados ó lluviosos.

Allí suelo encontrar siempre los mismos espectadores, á saber, algunos provincianos y estrangeros con su reloj en la diestra, como yo, varios soldados, muchos chiquillos y no pocas amas de cria, que tenemos todos la vista fija en el cañoncito. Estalla la detonacion, suena un murmullo de alegría, y nos dispersamos en distintas direcciones, plenamente satisfechos del ruidoso espectáculo que acabamos de disfrutar.

Ya que estamos en el *Palais-National*, aprovecharé esta ocasion para hacer la descripcion y relatar la historia de este recinto, uno de los mas grandiosos, importantes, y que mas hermosean la capital de Francia.

En el sitio donde está hoy situado el *Palais-National*, generalmente llamado *Palais-Royal*, habia en el siglo XV una casa, fuera de los fosos del antiguo París, la cual fué derribada para erigir en su lugar un vasto edificio.

Dos siglos mas tarde, en 1624, compró esta finca el cardenal de Richelieu, y edificó en ella un suntuoso palacio, al cual puso el nombre de *Palais-Cardinal*. Fué empezado en 1629, y concluido en 1636.

La inscripcion del ministro prelado subsistió en el fronton de la puerta principal hasta la muerte de su propietario, acaecida en 1642.

Richelieu habia cedido este palacio á Luis XIII, quien cambió su título con el de *Palais-Royal*, que es el que ha tenido hasta la revolucion del 24 de febrero de 1848 en que se le ha reemplazado con el de *Palais-National*.

La endeble salud de Luis XIII no le permitió habitar esta morada, y se trasladó á *Saint-Germain*, donde murió á los pocos meses.

Elevada á la categoría de regente Ana de Austria, abandonó el Louvre el 7 de octubre de 1643, y con sus hijos Luis XIV y el duque de Anjou estableciose en el *Palais-Royal*.

En 1652 dejó Luis XIV esta residencia para volver al Louvre, mientras su hermano el duque de Anjou se establecia en las Tullerías.

En aquella sazon una reina tocaya de usted, amiguita, Enriqueta de Inglaterra, viuda de Cárlos I, decapitado en 1629, llegó á París y se estableció en el *Palais-Royal*.

Cuando Cárlos II, su hijo, ocupaba el trono de Inglaterra, Ana de Austria le pidió la mano de su hija, que tambien se llamaba Enriqueta, para su segundo hijo el duque de Anjou, despues

duque de Orleans. Este casamiento fué celebrado en el *Palais-Royal*, quedando para residencia de los nuevos esposos, y la reina Enriqueta de Inglaterra se retiró á una casa de campo donde falleció en 1669.

Para abreviar esta historia, diré á usted que en 1793, despues de la sentencia de muerte contra el duque de Orleans (Luis Felipe) cuando se llamaba LE PRINCE EGALITÉ, este palacio fué confiscado y convertido en salones de baile y regocijos públicos.

En 1795 estableciose en él *le Tribunat*. Tambien Luciano Bonaparte le ocupó algun tiempo, y por último, en 1814 fué devuelto á su antiguo propietario el duque de Orleans, á quien en 1830 elevó al trono una revolucion, y otra revolucion le derribó de él el 24 de febrero de 1848.

El vastísimo pasage llamado *Galerie d' Orleans* es muy hermoso. Su elevado techo de cristal le hace á propósito para paseo de invierno ó de los dias de lluvia, que no escasean en París. Rodeado de suntuosos almacenes, de vistosas telas, paños, rica sedería y otros mil objetos de lujo y de moda intercalados con selectas librerías y lujosos cafés, separado todo simétricamente por elegantes pilastras, entretiene de un modo agradable la curiosidad de los ociosos, sorprende á los estranjeros, y escita á los ricos á gastar el dinero en toda suerte de preciosidades.

Cada una de estas tiendas, almacenes, librerías, relojerías, cafés, etc., posee doble fachada, una que es la que acabo de indicar, y otra que da á los soportales paralelos que se separan del gran patio al Sud y del inmenso jardin al Norte, por una verja de hierro entre infinidad de columnas.

Estos tres paseos están cortados en su centro por un pasage que desde el gran patio se prolonga hasta el jardin.

A la altura del techo de cristal hay una azotea inmensa que sirve de techo á las tiendas y demás sitios laterales. Esta azotea está decorada con jarros de flores.

De cada estremo de la *Galerie d' Orléans* parten de su doble peristilo, y se dirigen del Sur al Norte hácia la calle nueva *des Pe-*

tis-Champs otras dos prolongadas galerías paralelas, llamadas vulgarmente galerías de piedra. La del Este, conocida por la *Galerie de Valois*, y la del Oeste *Galerie Montpensier*, que á derecha é izquierda forman los límites del jardin, van á terminar en otro peristilo. Estos dos peristilos laterales se enlazan por otra galería llamada *de la Rotonde*, que en efecto presenta en su centro un pequeño cuerpo de edificio circular sobre el jardin.

Las galerías de Valois y Montpensier están guarnecidas de elegantes tiendas de todo género. Allí se ven los adelantamientos de la industria francesa en todos sus ramos. Es una verdadera esposicion de objetos de moda; y la abundancia de joyería, plata, oro y piedras preciosas, está colocada con tanto primor, con tan esquisito gusto, que parece esté todo allí para que sirva de adorno mas bien que para venderlo. Heridos aquellos brillantes joyeles por torrentes de luz, presentan por la noche un conjunto que hechiza. Es un paseo sumamente agradable para las señoras; pero no muy apetitoso para los padres y maridos que se ven en la dura necesidad de tener que ser víctimas de mas de cuatro antojos.

Hay de trecho en trecho soberbios cafés y lujosos *restaurants* abastecidos de cuanto pueda apetecer el mas delicado gastrónomo. Los hay baratísimos y muy caros para complacer á los concurrentes de todas categorías; pero aun en los baratos sirven muy bien, con grande aseo, y sobre todo con esa amabilidad francesa que supera á la de todos los paises.

Sobre las galerías en cuestion se desarrollan los dos inmensos pisos del *Palais-National*, alquilados para *restaurants*, gabinetes de lectura, círculos literarios, salones de baile y academias filarmónicas.

Al estremo del Norte de la *Galerie Montpensier* está el teatro del *Palais-Royal*, conocido por *le Theatre Montansier*, y á la parte del Sud el *Theatre Français*, que es donde representan los mejores actores del mundo.

El jardin es de una magnitud asombrosa. Ocho hileras de pomposos tilos forman tres paseos laterales. Hay en el centro un estan-

que circular y un vergel á cada lado tapizado de cesped, que sirve de alfombra á los varios grupos de flores. En el mas inmediato á la *Galerie d' Orleans* está la estátua de bronce que representa á Diana,



y junto á ella el consabido cañon solar que se dispara al medio dia en punto, *si el tiempo lo permite.* Vénse además otras dos estátuas que representan á Ulises y Eurídice.

En el otro verjel está la estátua de Apolo, hecha de bronce, y otras de mármol que representan á un jóven luchando con una cabra y á otro que sale del baño.

Hay cuatro pabellones en los cuatro ángulos del jardin ocupados por gente provista de toda clase de periódicos, que permiten su lectura por cinco céntimos (sobre 6 mrs.) cada periódico.

El *Palais-National*, amiga mia, es mi paseo favorito, y merece generalmente la predileccion de los estrangeros. Unicamente los casados que llevan la muger en su compañía, los hermanos que acompañan á sus hermanas, los enamorados que no se apartan del objeto de sus ánsias, los padres que llevan sus hijas á paseo, son los que procuran desviarse de aquel inmenso bazar donde se halla reunido cuanto puede tentar al lujo y á la moda, cuanto puede lisonjear los sentidos, cuanto puede deleitar la vista, cuanto puede seducir el espíritu y hacer palpitar el corazon de toda niña hermosa, de toda fea coqueta, de toda muger elegante, de toda vieja

casquivana y presumida, sin que esto sea decir que no hay tentaciones para el otro sexo, pues las hay á cada paso bajo todos conceptos, particularmente cuando los reverberos y las luces de gas arrojan, de las tiendas y almacenes al jardin, un esplendor fantástico que convierte aquel recinto en el de una alegre y nocturna feria.

¿Me atreveré á decir á usted cuáles son estas tentaciones? ¿Por qué no? Usted, aunque jóven, tiene la discrecion y buen juicio que se requiere para poder entender en todo linage de cuestiones. El estràordinario talento de usted, la vasta instruccion que ha recibido, hacen que pueda dirigirme sin el menor peligro al buen discernimiento de una muger tan entendida como prudente.

Volvamos pues á las tentaciones. Precisamente cuando mas animada está la concurrencia en las galerías del *Palais-Royal*, aparecen por todos lados infinidad de señoritas ataviadas con primorosa donosura, con elegancia esquisita y hasta con lujo fascinador, de cuyas ninfas podria hacerse el retrato con los siguientes versos del Romancero:

Una frente que al cristal
Mas fino, no tiene en nada;
Unos ojazos rasgados
Que los corazones rasgan:
Una nariz pequeñuela
Pulidilla, y bien sacada:
Unas mejillas que esceden
A las rosas coloradas,
Con dos hileras de perlas
Que afrentan á las mas blancas,
Y dos corales por labios
Que aquestas perlas engastan:
Una barba con un hoyo
Donde ojalá me enterraran;
Y un pecho que al alabastro
Le puede dar quince y falta.

Creerá usted sin duda, mi buena amiga, que estas graciosas damiselas se presentan en aquel recinto para comprar algun aderezo, algun corte de vestido á la última moda, algun precioso

chal, ú otra prenda para dar realce á sus encantos juveniles? Se equivoca usted. Las elegantes bellezas que se cruzan en todas direcciones, con cierta celeridad que parece llevan determinado objeto, ni siquiera se dignan honrar con una sola mirada las preciosidades que atesora el régio bazar. Una mirada puede hacer su fortuna, y no quieren desperdiciarlas en objetos inanimados. Sus ojos buscan correspondencia, sus miradas, acompañadas de fascinadora sonrisa, son dulces, suplicantes, y al parecer evangélicas, pues se fundan en el amor al prójimo.

Sí, Enriqueta, aquellas graciosas beldades, salen en busca del prójimo para venderle sus caricias! ¡Desdichadas! Su coqueteria, su lujo, su elegancia, y hasta la finjida sonrisa que hermosea sus lábios, contrasta horriblemente con el acerbo pesar que desgarra su corazon. ¡Ay de la muger que se prostituye! Y desgraciadamente existen en Paris tantos elementos de perdicion! El caso es que no solo se pierden estas desventuradas, sino que algunos incautos caen en sus redes, y entonces se vengan ellas del primero que las sedujo, porqué ha de saber usted que las mas son víctimas de la seduccion.

Las hay que se han desmoralizado por huir de la miseria. En Paris suele ser tan grande entre las pobres costureras, que solo hay para ellas tres caminos que conducen todos á un abismo espantoso: la indigencia, la prostitucion y el suicidio.

Siento en el alma tener que aflijir á usted con tan desconsoladoras verdades; pero como esto entra en las costumbres, aunque horriblemente viciosas, de la sociedad parisiense, á la cual por sus merecimientos huélgome cuando es justo en no escasearle elogios, no puedo prescindir de hacer á usted la desgarradora pintura de la prostitucion en París, contra la cual debieran adoptarse leyes reparadoras.

Y no crea usted que se necesitan severos castigos para remediar el mal. No, amiga mia, bastaria que el gobierno, y no me concreto precisamente á la Francia, toda vez que á todos los pueblos corroe el mismo cáncer, bastaria, repito, que los gobiernos

protegiesen á las clases menesterosas para desminuir en gran manera, sino estirpar del todo esa prostitucion escandalosa, que es el semillero de todo linage de crímenes.

Tan cierto es que la prostitucion arrastra á cometer mil esceses, que no hay año en que no se encarcelen en París de cinco á seis mil mugeres viciosas (1). Y los crímenes que se perpetran son á veces espantosos. Dejando á parte las relaciones que las mugeres de mal vivir suelen entablar con los ladrones domésticos y hasta con los asesinos, bastaria á escitar un ódio inestinguible á la prostitucion el suceso ocurrido en Paris siete años hace.

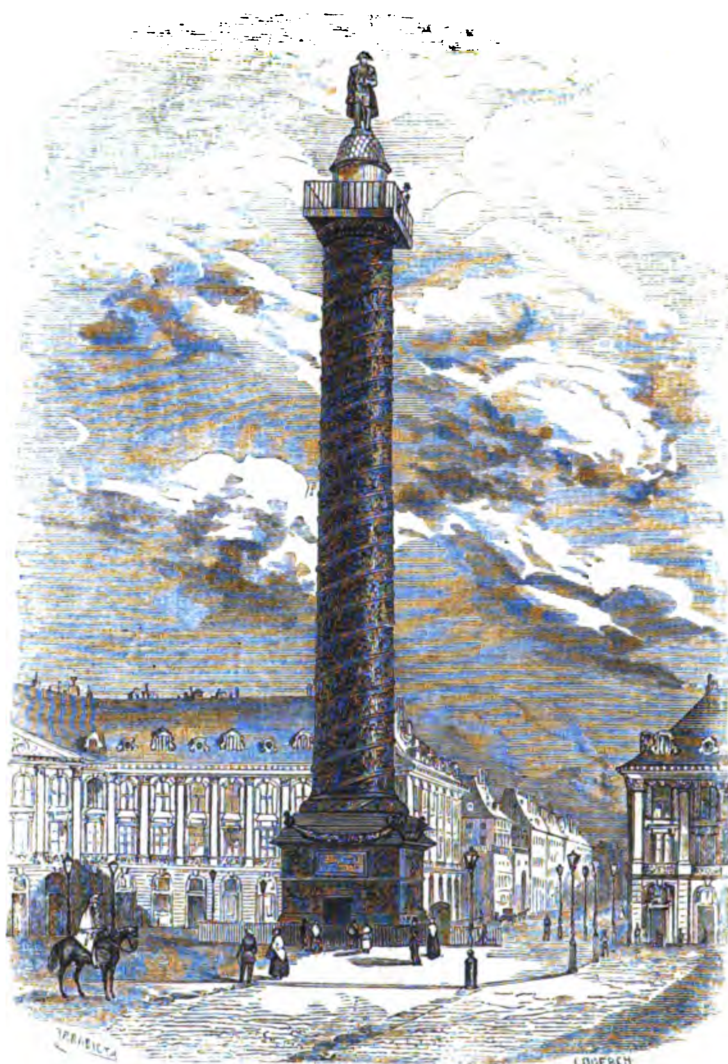
Aun no se ha olvidado el proceso instruido ante el tribunal correccional de Paris, de cierta escena hasta entonces sin ejemplo en Francia. ¿Lo creerá usted, Enriqueta? Una madre, especulando con la belleza de su hija, la habia arrojado á la prostitucion á la edad de doce años; y como la niña se resistiese á complacer á su madre, sin duda por un instinto del deber; la abominable furia le arrancó dos dientes!

Apartemos la vista de este horroroso cuadro que contrasta con el delicioso aspecto del *Palais-National* que tanto honor hace á la industria de Paris. Es verdaderamente una lástima que ese pueblo tan culto y laborioso, ese pueblo entusiasta por los progresos de la civilizacion, no alcance un gobierno que secunde sus miras, que proteja sus deseos, que patrocine el trabajo y haga toda clase de esfuerzos por estirpar la miseria.

Aun cuando ahora es brillantísima la concurrencia á las galerías del *Palais-National*, parece que nunca ha estado en su auge como en el año de 1800.

Muchas gentes dan en el dia la preferencia á los *Boulevards*. El célebre Balzac ha dicho: Los *Boulevards* son hoy para Paris lo que fué el Gran Canal para Venecia, lo que la Corsia dei Servi para Milan, el Corso para Roma, la Perspectiva para Petersburgo, los

(1) A Paris le pouvoir du préfet de police atteint de 5 á 6000 filles publiques par année. En 1812, 5734 filles ont eté arrêtées et conduites au dépôt de la préfecture.
LEON FAUCHER.



COLONNE VENDÔME.

Tilos para Berlin, el Bosque de la Haya para Olanda, Regent-Street para Londres, el Graben para Viena, y la Puerta del Sol para Madrid.

Toda capital tiene su poema donde se espresa, donde se resume, donde mas particularmente se representa á sí misma. El poema de Paris son *les Boulevards*. Quiero que vayamos á ellos, y tendré el gusto de acompañar á usted por la anchurosa calle de la *Paix*, tal vez la mas hermosa de Paris. De este modo atravesaremos la célebre plaza *Vendôme* y verá usted la gigantesca columna de Napoleon Bonaparte. Es preciso hacer un pequeño alto en esta plaza.

La *place Vendôme* fué construida en 1688 por órden de Luis XIV, en el mismo sitio donde acababan de demoler un convento de monjas. Llamáronla primero *place des Conquêtes*, despues *place Luis-le-Grand* y mas tarde *place Vendôme*. Campeaba en su centro una estátua ecuestre de Luis XIV, al pié de la cual escribió un poeta satírico estas palabras:

Les vertus sont à pied,
Le vice est á cheval.

Esta estátua que habia sido suprimida en los primeros dias de la revolucion, fué reemplazada en 1806 por la COLONNE VENDÔME.

Erijiose esta columna de órden del emperador, en conmemoracion de las victorias del grande ejército en Alemania durante la campaña de 1805. Es una imitacion de la columna del Trajano en Roma. Tiene 45 metros de elevacion y un diámetro de 4 metros. El pedestal tiene 7 metros de altura, con bellísimos bajo-relieves de bronce que representan las victorias de Napoleon. El bronce empleado en este monumento pesa 180,000 kilógramos y pertenece á 1,200 piezas de artillería tomadas á los ejércitos ruso y austriaco. Encima del pedestal hay guirnaldas sostenidas en los cuatro ángulos por grandes águilas de bronce. La doble puerta de bronce macizo está decorada de coronas y otra águila sobre una inscripcion latina que revela el autor, la fecha y el motivo del

monumento. Los bajo-relieves de la columna siguen en direccion espiral desde la base á la cúspide, y marcan por órden cronológico los principales hechos de campaña desde la marcha de los campos de *Boulogne* hasta la batalla de Austerlitz. Hay dos mil figuras. Encima del chapitel hay una galeria á la que se llega por medio de una escalera de 176 gradas, y sobre el mismo chapitel está grabada en francés esta inscripcion: MONUMENTO ERIGIDO Á LA GLORIA DEL GRANDE EJÉRCITO POR NAPOLEON EL GRANDE (1) EMPEZADO EL 25 DE AGOSTO DE 1806, CONCLUIDO EL 15 DE AGOSTO DE 1810 BAJO LA DIRECCION DE DENON, LEPÈRE ET GONDOIN, ARQUITECTOS.

Sobre esta inmensa columna descollaba la efigie de Napoleon en trage talar á la romana que los soberanos coaligados hicieron derribar en 1814. En 1833, Luis Felipe, siendo ministro Casimiro Perrier, hizo colocar otra estátua de bronce representando á Napoleon en su trage habitual.

Se nos ha pasado el tiempo, amiga mia, sin llegar á los *Boulevards*. Ya se vé, cuando uno encuentra conocidos que le entretienen en la calle... y ¡digo! conocidos como el emperador Napoleon Bonaparte!.....

Dejemos pues para otro dia el paseo de los *Boulevards*.

Siempre estoy á la disposicion de mi mejor amiga.

(1) Esto parece un vaticinio de que ha de haber otro Napoleon á quien poder aplicar por sobrenombre *el Pequeño*.



CARTA XVI.

22 DE AGOSTO.

Antes de haber visto Paris, amiguita mia, habia oido hablar mucho de la estraordinaria ebullicion que á todas horas le anima. En Paris está la verdadera libertad de la inteligencia, en Paris está la vida, pero la vida fecunda, la vida ardiente, comunicativa, llena de goces, de zozobras, de privaciones, de placeres, de infortunios, de felicidades, la vida en fin de toda suerte de contrastes. Esto habia oido yo repetir mil veces á los que habian alcanzado la fortuna de visitar esta moderna Babilonia, y hablaban con tan vehemente entusiasmo de la animacion de París, que siempre habia sospechado podrian adolecer de sobrada exajeracion semejantes aspavientos, conociendo que la fragilidad humana suele inducirnos á ponderar cuanto hemos visto, para escitar no solo el asombro, sino acaso la envidia de los que no han tenido la suerte de verlo. He llegado, y me he convencido de que decian la verdad. La ebullicion de Paris es indefinible.

Los *Boulevards* son la espresion de Paris, porque sienten todas sus sacudidas. ¿Y cómo quiere usted que le haga un verdadero retrato de ellos sino se parecen nunca á sí mismos?

Un escritor francés dice con mucha gracía que los *Boulevards* no se despiertan nunca antes de las ocho de la mañana porque ni

una sola rueda rechina por su pavimento, ni se oyen las pisadas de un solo pié, hasta que transitan por ellos los individuos de blusa que con jovial gritería se dirigen á sus talleres.

Ni una sola persiana se mueve, las tiendas están cerradas á guisa de ostras. Este espectáculo es desconocido de muchos que se figuran que los *Boulevards* están siempre adornados del mismo modo, así como hay quien cree que las langostas nacen encarnadas.

A las nueve en punto los *Boulevards* se lavan los piés en toda la línea. Las tiendas abren perezosamente los ojos dejando ver en su interior un espantoso desórden. Media hora despues, los *Boulevards* han hecho su *toilette* y se presentan adornados de cuantos primores puedan apetecerse.

A las once reciben ya multitud de visitas. Cien *cabriolets* se cruzan en todas direcciones. La gente matutina y comercial de Paris afluye hasta medio dia. A estas horas los *Boulevards* tienen hambre y almuerzan.

Desde las dos hasta media noche, ahora en verano, está en su apojeo la animacion de los *Boulevards*. Sus tres mil almacenes de todo género, desde el de aderezos de brillantes hasta el de chalecos de un franco, desde el magnífico bazar de rica joyería hasta la tienda de paletots, desde la fábrica de suntuosos espejos hasta el puesto de muñecas de carton, todo se pone á disposicion de los transeuntes, que unos compran, otros rien, otros lloran, otros gritan, otros cantan, y se cruzan como sombras chinescas. No se dan dos pasos sin hallar un amigo, un conocido ó un enemigo, un original que escite la risa, un pobre que busque un sueldo ó un poeta algun consonante. Allí no hay que ir tras de una moda general; cada inviduo viste á su antojo..... bigotes retorcidos, muchas barbas, descomunales melenas; pero cada persona usa un trage distinto y hay tanta variedad en los caractéres como en los trages.

Los *Boulevards* son una espaciosísima calle que tiene su principio en la *Madeleine*, y termina en la *Colonne de Juillet* for-

mando una curba de muy estenso radio. En toda ella se nota el movimiento que acabo de espresar, aunque con ciertas alteraciones, así como hay grandes diferencias en la belleza de los edificios.

Despues de haber pasado el *Boulevard de la Madeleine* y el de *Capucines*, el corazon de París palpita en los *Boulevards des Italiens*, de *Montmartre* y de la *Poissoniere*. Allí empiezan esos elegantes y maravillosos edificios que cada uno es un cuento fantástico, ó una página de las mil y una noches.

En primer lugar se encuentra *Le pavillon de Hanovre* y la gran casa de enfrente, erigida por un tal Simon con el solo objeto de quitar la vista de los jardines á Richelieu.

Vienen luego *Les Bains Chinois* y otros edificios que asombran. Si estos y otros suntuosos alcázares como la *Maison Dorée*, la del *Grand-Balcon*, etc., no estuvieran intercaladas con otras mezquinas y de pésimo gusto, los *Boulevards* podrian luchar como fantasía de arquitectura con el Gran Canal de Venecia.

Buisson y Janisset, el café Cardinal y *la Petite Jeannette* forman la cabeza de la calle de Richelieu. ¡Cuántos atractivos desde la calle de Taitbout y la de Richelieu por todo lo que lleva el nombre de *Boulevard Montmartre!* ¡Qué perspectiva tan encantadora! ¡Qué cafés tan suntuosos! ¡Qué tiendas de joyas, de paños, de grabados, de libros, de música, de espejos, de relojes! ¡Cuánta plata! ¡Cuánto oro! ¡Cuántas piedras preciosas! La concurrencia es tambien mas brillante en este punto. No parece sino que el prefecto de policia haya prohibido á los pobres pasar por allí para que no quieran proceder inmediatamente á la ley agraria ó proclamar el comunismo. Aquí están los mejores *restaurants*, los mas brillantes *clubs*, los artistas mas famosos, los comerciantes mas ricos, diez de los principales teatros..... Este es el punto de París que dicen ha dado el golpe de muerte al *Palais-National*. ¡Cuánta carroza magnífica hace retemblar aquel pavimento!

Desde la calle *Montmartre* hasta la de *Saint-Denis* la fisonomía

de los *Boulevards* muda ya de aspecto á pesar de algunos edificios importantes, como el *Hôtel-Lagrange*, *le Gymnase* con su caprichosa fachada, y mas lejos el bazar *Bonne-Nouvelle*, tan hermoso como un palacio veneciano.

Este es, sin embargo, el paseo de las masas inelegantes y provinciales, mercantiles y mal calzadas de la calle Saint-Denis, arrabal *du Temple*, y calle de *Saint-Martin*. Las tiendas se resienten de este mismo cambio. Ya no están decoradas con tanto lujo y magnificencia, con esa suntuosidad que poetiza los *Boulevards* desde la calle de la Paz hasta la de Montmartre, y cuando se llega á la *Porte Saint-Denis* le entran á uno ganas de retroceder, á pesar de su magnífico arco, que contrasta con la mezquindad de sus alrededores.



Este lado de los *Boulevards* desmiente aquel tan conocido verso italiano: *Per troppo variar natura é bella*, porque es inmensa la variedad de asquerosas blusas, de trages pingajosos, de obreros, de carros, de mugeres desaliñadas, de chiquillos mal criados y viejas insolentes. La inepcia de la *Grande-Ville* brilla aquí á la luz del sol.

A corta distancia de la puerta *Saint-Denis* hay una fuente, únicamente destinada á vender el agua. ¡Y el célebre Alejandro Dumas se escandalizó porque se vendia el agua en Madrid! ¡Y que

fuente, Enriqueta! Es una cosa chocarrera que afea aquel sitio y le convierte en sucio lodazal.

Desde el teatro de la *Porte-Saint-Martin* hasta el *Jardin Turc* hay por las tardes y noches una animacion espantosa. Allí está el *Cirque national* fundado por los hermanos Franconi, el teatro de *la Gaité* fundado por Nicolet, y otros teatros mas pequeños como *les Folies dramatiques, les Funambules, les Délassements comiques* etc. Llegan hasta ocho los que existen en corto espacio.

Tambien está allí la casa núm. 50, horrorosamente célebre porque de ella salió la metralla de la maquina infernal de Fieschi contra el rey Luis Felipe.

A la animacion que acabo de referir, sigue una tranquilidad chocante, y no renace el bullicio hasta frente al teatro *Beaumarchais*. Pasado el *Boulevard Saint-Antoine* llega por fin la célebre *place de la Bastille* donde está la *Colonne de Juillet*, de la cual voy á dar á usted una breve idea.

A mediados del año 1789, el pueblo se apoderó de la fortaleza de la *Bastille*, que habia servido largo tiempo de calabozo á las personas presas en virtud de cartas selladas. El año siguiente dió la Asamblea nacional un decreto para que fuese inmediatamente demolida, y que los materiales que proviniesen de su derribo se empleasen en la construccion del puente Luis XVI, que hoy se llama de la *Concorde*.

Libre el terreno de aquella fortaleza, fué una plaza mas para la capital, y dos lustros despues, cuando Napoleon ciñó la corona imperial, mandó que se edificara una fuente en medio de la nueva plaza. El agua habia de manar de la trompa de un elefante, cuyo modelo existe aun.

Vino la restauracion, y resolviose que en vez del elefante se edificase una figura colosal simbolizando la villa de París; pero tocole el turno á la nueva revolucion, y despues de los acontecimientos del mes de julio de 1830, el gobierno y las cámaras declararon por una ley que se erigiese en aquel sitio una columna en conmemoracion de aquella grande época, y que se le diese

el nombre de *Colonne de Juillet.*

Esta ley fué ejecutada en todas sus partes, y el monumento quedó inaugurado en 1840 por el rey en persona, rodeado de las grandes corporaciones del Estado y de una inmensa muchedumbre.

Sobre una bóveda ogiva, por debajo de la cual pasa el canal de *Saint-Martin* que cerca del puente de Austerlitz se junta con el Sena, descansa un pedestal de mármol en forma cuadrada, que sostiene la columna en cuestion. Al lado occidental de este zócalo hay un leon de bronce, esculpido en bajo relieve, que es á la vez el emblema y signo zodiacal del mes de julio. Al lado opuesto campea el escudo de las armas de la villa de París, y los dos lados restantes están decorados de palmas y guirnaldas. Cuatro gallos en los sendos ángulos del pedestal sostienen otra guirnalda que termina en feston.

La columna que abraza en su base una circunferencia de 16 metros y 60 centímetros, y se eleva hasta 43 metros, ostenta una linterna con cúpula ornada, sobre la cual descansa un enorme globo de un metro de diámetro, y su elevacion inmensa le hace parecer á la vista de un tamaño mucho menor. Encima de este globo descuella una colosal estátua que representa EL GENIO DE LA LIBERTAD ostentando una tea en una mano y cadenas destrozadas en otra.

Toda la columna está embellecida con preciosísimos adornos de bajo relieve alusivos á su objeto, y en la parte interior hay una escalera de caracol que tiene doscientos diez escalones, y pueden subir por ella dos personas cogidas del brazo. Tambien la escalera es de bronce como la columna, y, ¡cosa estraña! ¿creerá usted que á la mitad de ella el que sube empieza á sentir que toda aquella colosal mole se mueve al impulso de las pisadas? Este movimiento se hace mas sensible cuanto mas se acerca uno á la cúspide. Es cosa que estremece; pero se olvida esta sensacion cuando la vista se esparce por las deliciosas perspectivas que desde lo alto de la columna se notan, donde quiera que dirija uno sus miradas.

La inscripcion que se lee en el pedestal, literalmente traducida, dice así:

A LA GLORIA DE LOS CIUDADANOS FRANCESES QUE SE ARMARON Y COMBATIERON POR LA DEFENSA DE LAS LIBERTADES PÚBLICAS EN LAS MEMORABLES JORNADAS DE LOS 27, 28 Y 29 DE JULIO DE 1830.

He nombrado á usted muchos teatros; pero no todos, pues son mas de veinte los situados en los *Boulevards*. He frecuentado los principales á la hora de la funcion, y como usted sabe que siempre he sido aficionado á las costumbres bastidorescas, he estado en los restantes á distintas horas del dia, me he relacionado con buenos y malos actores, asisto á ensayos, y hasta profano alguna vez los tocadores de las actrices poco antes de empezar la funcion.

No vaya usted á culparme por esto de libertino. Estas visitas son filosóficas, y no hay en ellas cosa alguna vituperable. Por mas que se ria usted al leer estas esplicaciones, le aseguro formalmente que no llevo en esta conducta mas objeto que el de estudiar la sociedad parisiense.

Creo en consecuencia que podré trazar algunos cuadros exactos de las costumbres teatrales de Paris, que son las costumbres de todos los teatros del mundo; pero antes voy á satisfacer una pequeña curiosidad de usted.

¿No es verdad que desea usted saber de qué modo he podido penetrar tan profundamente en los teatros? Se lo esplicaré á usted en breves palabras.

Hace años que estoy en relaciones con Mr. Charles Gonet, uno de los editores mas célebres de Paris, verdadera especialidad para las publicaciones de gran lujo, editor de varias obras primorosas entre las cuales descuella *Perles et Parures*, con magníficas láminas de Gavarni, y el testo de los famosos literatos *le comte Fœlix* y *Mr. Mery*, obra que yo he publicado con el título *las Gàlas del Amor*. En casa de este apreciable editor se me prodigan mil obsequios, y en ella he entablado relaciones amistosas, no solo con los escritores que acabo de citar, sino con el distinguido grabador

y dibujante Mr. Charles Geoffroy y otros artistas de gran nota.

En la librería de Mr. Morizot, otro editor de mucha fama, de quien recibo tambien contínuas finezas, conocí personalmente á otros escritores ilustres, y el doctor Mr. Emilio Bégin, sabio profundo, autor de *Un viaje pintoresco por Suiza*, y de muchas otras obras de historia y de medicina, díjome que habia estado en Barcelona cuando yo vivia en compañia de mi primo don Antonio de Gironella, y llevó la galanteria hasta el punto de querer que nos cambiásemos un recuerdo escribiéndonos allí mismo algunas líneas. Yo no sé lo que improvisé; pero tengo á la vista el honroso escrito que me entregó aquel literato, concebido en estos términos:

LE DOCTEUR EMILE BÉGIN SE FÉLICITE D' AVOIR RENCONTRÉ À LA LIBRAIRIE DE MR. MORIZOT MR. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, SON ANCIEN CONCITOYEN DANS LA BONNE VILLE DE BARCELONE. IL ESPÈRE CULTIVER SA CONNAISSANCE ET SERRER UNE LIAISON LITTERAIRE QUI LUI SERA PRECIEUSE.

PARIS 2 AOUT 1851.=EMILE BÉGIN.

A la amabilidad de Mr. Morizot debí tambien el conocimiento de Mr. Arsène Houssay, aplaudido poeta dramático y autor de varias novelas de mérito. Es en la actualidad Director (nombrado por el gobierno) del teatro modelo de Paris, del primer teatro de Francia, en una palabra, del teatro de la *Comédie française*. A la par de los demás literatos de esta capital, se me ha mostrado escesivamente obsequioso, y ha llevado su bondad hasta un estremo sumamente honroso para mí. Entregome dias pasados una carta firmada como Director del Teatro francés, y dirigida al administrador del mismo, en que llenándome de elogios inmerecidos, daba la órden para que se me permitiera la entrada en dicho teatro y la eleccion de localidad, durante mi permanencia en Paris. Esto me proporcionó ratos deliciosísimos, como juzgará usted cuando hable detalladamente del Teatro francés.

Ya no estrañará usted ahora que con tan buenas relaciones

haya podido invadir los mas recónditos escenarios. He admirado cosas muy buenas en los teatros de primer órden, de las cuales hablaré á su tiempo, complaciéndome en citar los adelantamientos del arte y rendir un homenage sincero de justicia al mérito de los muchos actores y escritores sobresalientes que encierra Paris.

Estos apreciables artistas no pueden sin embargo contener la decadencia en que se halla la literatura dramática, ni las fragilidades humanas que suelen germinar entre bastidores. Un ensayo es una escena de verdadera anarquía, particularmente en los teatros de segundo y tercer órden.

Un autor que se cree dichoso porque despues de haber hecho mil gestiones y tenido que sufrir amarguras las mas humillantes, ha logrado por medio de alguna intriguilla, mas bien que por el mérito de su obra, que esta haya sido aprobada por el *comité*, admitida por el director y puesta en estudio, se presenta muy ufano á los actores. Desgraciadamente ninguno de ellos está satisfecho con el papel que se le ha destinado, ninguno le halla bastante bueno y digno de él. El barba se queja porque ha de estar continuamente en la escena, y el galan jóven porque muere en el primer acto. El segundo galan manifiéstase muy disgustado porque representa el marido de una coqueta que le pone en ridículo admitiendo obsequios de otros amantes. Alega que no corresponde á un actor de su clase un personage tan desairado. El tercer galan admite con repugnancia el papel de traidor, porque teme las gritas del público. Todo esto no produce mas que disputas mas ó menos acaloradas entre el autor y los actores; pero llega la característica hecha una furia contra el poeta.

—¿Pero que es esto, señora?—le pregunta el desventurado.

—Yo no represento este papel—responde terminantemente la actriz.

—Pero por qué?

—¿Cómo ha tenido usted el atrevimiento de hacerme madre de tres chiquillos?

Esta inculpacion es acogida por una estrepitosa risa general.

—Pero señora,—responde con timidez el autor—el papel mas interesante del drama.....

—Muy interesante por cierto..... salir siempre á la escena seguida de tres cachorros...

Y dice esto temblando de cólera, mientras los demás se desternillan de risa.

—Yo no represento este papel—añade.—No quiero salir con tres hijos á la escena.

Despues de mil altercados es preciso matar á dos de los hijos de la buena señora para que se encargue de la parte que le corresponde.

Apenas acaba de conformarse la característica con el asesinato de sus dos hijos, la primera dama se levanta bruscamente en ademan de salir del salon.

—¿Se marcha usted, señora?—le pregunta el autor.

—Estoy de mas aquí.

—¡Usted de mas! Usted que es la protagonista del drama.....

—Eso es falso, porque no hace mucho ha dicho usted que el papel mas interesante es el de la característica.

—Los dos son de muy buen efecto; pero el de usted es indudablemente el principal.

—Pues yo no le admito á no ser que le añada usted la relacion que tiene la señora en el tercer acto.

—Eso es imposible, resultaria un contrasentido atroz. Lo que haré para dejar á usted complacida es añadir una bonita relacion al de usted.

—Yo no la quiero bonita, la quiero fuerte, que pueda gritar mucho, particularmente á la conclusion. Es el medio de obtener aplausos.

—Bien, bien, lo haremos así.

Zanjadas estas y otras dificultades por el estilo, llega el momento de ensayar á los comparsas. Estos pobres artistas subalternos suelen ejercer durante el dia honradas profesiones, pero colocados en la última grada de la sociedad, carecen no solo de finos

modales, sino hasta de la disposicion necesaria para pisar la escena con dignidad. En vano se les encarga la energía si han de gritar á un tiempo «¡Muera el tirano!» Al dar el grito cada cual á su antojo y de una manera fria y discorde, suelen reirse como bárbaros, y destruir toda la ilusion. Por supuesto, no hay que esperar de ellos compás en las marchas, y cuando el de detras pisa al que está delante, se vuelve este en ademan hostil, ó se detiene á calzarse el zapato.

Cuando lea usted esto, mi apreciable amiga, creerá sin duda que no me acuerdo ya de que estoy en la capital de Francia, y pensará que refiero las costumbres de algun pueblecillo de la montaña. Pues tenga usted entendido que no exajero las cosas; esto, que en Madrid desgraciadamente sucede tambien, pasa en lo interior de muchos teatros de Paris, y no poco se lamentan de ello tanto en una como en otra capital, los actores ilustrados y escritores de verdadero mérito que en ambas metrópolis deploran la decadencia de los espectáculos dramáticos, tal vez por falta de buenos reglamentos que fijen los derechos del literato y los deberes del actor.

En mi siguiente carta hablaré á usted de otros jocosos lances de bastidores.

Consérvese usted sin novedad.



CARTA XVII.

24 DE AGOSTO.

Creerá usted, mi escelente amiga, que á nadie divierten menos las funciones teatrales que á los que mas aficionados se muestran á ellas? Pues así es la pura verdad.

Hay gentes que hacen mil sacrificios, que economizan los gastos del vestir y hasta los del preciso alimento para poder abonarse á uno de los teatros, y llegan hasta á arruinarse para poder satisfacer este gusto. ¿No le parece á usted esta una pasion desordenada como otra cualquiera? ¿Y puede concebirse que el hombre se apasione frenéticamente por lo que le proporciona muchos ratos de enojo y de fastidio, y apenas uno solo de placer? Dejo á los inteligentes la solucion de semejantes problemas, y me concretaré á repetir, que es una verdad innegable que nadie se divierte menos en un teatro que los que mas le frecuentan, y nadie se muestra mas embelesado en las funciones, nadie se rie con tan estrepitosas carcajadas de los chistes del gracioso, nadie llora mas amargamente en una escena patética, que los que por una rara casualidad van una vez al teatro sin tenerle aficion alguna.

Cuando alguna conversacion interrumpe el silencio de los es-

pectadores, puede asegurarse que los que de tal modo faltan á la buena crianza, y al respeto que se debe al público, son indudablemente abonados. Si alguno entra en un teatro, empezada ya la funcion, ó se sale antes que concluya, es abonado. Si se oyen ronquidos durante una escena del mayor interés, las imprudentes narices que tan escandalosamente se propasan, pertenecen de seguro á un abonado. Si alguno hace desprecio de la funcion mientras se dedica á pasar revista con sus gemelos á las bellezas de los palcos, es abonado tambien; y por último, si se nota gesto de vinagre en alguna persona indecorosamente repantigada en su asiento, y de todos sus ademanes destella el insoportable fastidio, no cabe la menor duda que esta persona frecuenta mucho el teatro.

Ahora bien, ¿oye usted una gran risotada cuando sale el gracioso? Pues es de uno que empezó á divertirse al ver que la lucerna ascendia por sí sola, y es de esos que lo mismo se rien cuando Don Simplicio de Bobadilla Majaderano busca nidos en los árboles, que cuando el Moro de Venecia clava el puñal en el corazon de Edelmira.

¿Ha visto usted alguna vez en un palco varias personas, todas acodadas sobre el antepecho, con la cara abismada entre las palmas de las manos, la boca abierta y los ojos fijos en el escenario? ¿Ha visto usted asomarse por detrás de estas personas multitud de rostros que parecen querer escapar de los estirados cuellos, asombrados y deliciosamente embebidos en lo que están viendo? Es un comerciante que con su muger, hijos y aprendices, saborean todos los carnavales una funcion de teatro, y hablan despues quince dias seguidos de lo mucho que se han divertido en ella.

¿Y por qué se divierten de tal guisa los que apenas concurren á las funciones teatrales, mientras suelen aburrirse los que se llaman aficionados á ellas? Porque los primeros, fascinados por las apariencias, se estasían á la vista de un magnífico jardin ó de un régio salon, se llenan de asombro al oir el fragor de una horrible tempestad, se pasman de oir hablar y ver tan cerca de ellos reyes y emperadores cubiertos de ricas sedas, y lujosos terciope-

los bordados de plata y oro, se regocijan de ver que todas las damas que salen á la escena, son hermosísimas, que todas las bailarinas ostentan colores virginales en sus lindas facciones, se irritan contra los malvados que afligen á la inocencia, lloran cuando ven derramar lágrimas á un ser desgraciado, y se rien convulsivamente á cada palabra que pronuncia el gracioso, porque se les figura ser la realidad cuanto ven y cuanto oyen.

Esta clase de espectadores, que jamás han tenido acceso en el mundo dramático, llegan á la vejez conservando una multitud de ilusiones frescas, poéticas y voluptuosas, relativas al misterioso asilo, al arcano impenetrable que lleva el nombre de ESCENARIO.

Pero al paso que el escenario es un semillero de maravillas para los que no están en los secretos del arte, raros son los aficionados á espectáculos teatrales que no hayan invadido mas ó menos aquel terreno vedado á cuantos no llevan el honroso título de artistas. A bien que los que así profanan el escenario, sin motivo lícito ó legal, sufren por castigo las consecuencias de algunos desengaños que destruyen las mas bellas ilusiones. ¿Cómo ha de interesarles la hermosura de una encantadora vírgen á quien han visto cubrir de albayalde su trigueño rostro, pintarse las cejas con corcho quemado, darse colorete en las mejillas y vivo carmin en los lábios? ¿Cómo ha de sorprenderles el suntuoso palacio que aparenta ser de pórfido y jaspe, y saben ellos que es de lienzo burdo y carton? ¿Cómo ha de interesarles la desgraciada y virtuosa niña, á quien acaban de ver coquetear entre bastidores, rodeada de sus apasionados? ¿Cómo han de causarles ilusion unos emperadores á quienes han visto en los ensayos con sombreros abollados, fraques mugrientos y botas sin lustre? ¿Cómo han de inspirarles respeto unos reyes, á quienes conocen sin mas escolta que la de su pobre muger y media docena de chiquillos hambrientos, todos andrajosos cuando el ingrato público dá en la flor de no asistir á los coliseos? ¿Qué efecto ha de hacerles una fuente cuyo *sólido* manantial acaban de tener en las manos y saben que consiste en un

aro cubierto de papel plateado? ¿Qué pavor ha de infundirles el estampido del cañon, si saben que no es mas que un fuerte golpe en el bombo, á la manera de cuando una murga quiere dar comienzo á la serenata? ¿Cómo ha de horrorizarles la sangre que chorrea del corazon de un hijo de Edipo, si han visto que el fingido Eteocle se guardaba en el pecho una esponja empapada en almagre para figurar la herida mortal que le hiciera su hermano Polinice? ¿Cómo han de creer en las nevadas de los teatros sabiendo que los copos que caen no son mas que pedazos de papel que revolotean á guisa de las aleluyas que se arrojan á los chiquillos en dias de procesion? ¿Cómo ha de sorprenderles el vuelo de un angelito, cuando le ven inmóviles las alas de carton, y la cintura atada á una soga que pasa por una garrucha, y se tira de la pobre criatura como del pozal para sacar agua del pozo? ¿Cómo ha de impresionarles el fragor de una tempestad, si saben que le causa un chiquillo agitando una hoja de lata?

A pesar de la notable desventaja que existe contra los que profanan el escenario, en París como en todas partes, el deseo de ver de cerca á los actores y sobre todo á las actrices, es invencible en muchos concurrentes. Si hemos de creer á Mr. Huart, este deseo es en París una curiosidad ávida que se manifiesta igualmente en todas las clases de la poblacion. El agente de bolsa daria veinte mil francos por tener entrada á las tablas que pisan las sílfides y las *bayadères de la rue Lepelletier;* el comerciante de novedades daria la mejor pieza de paño de su almacen para poder admirar de cerca el gracioso rostro de *mademoiselle* Jenny Colon, ó encontrarse *nez á nez* con el célebre Chollet; el mercader de leña del *boulevard du Temple* calentaria á cualquiera gratis durante un invierno, si le proporcionase el placer de presenciar un ensayo en las tablas del *Ambigu-comique*, ó hacerle deslizar por detrás del telon *des Funambules* para obtener el honor de ser codeado por el insigne Debureau.

El escenario es en efecto un sitio impenetrable para el vulgo profano. Para ser introducido en este santuario de Melpome-

ne y Talía, en este asilo de las musas y de las telarañas, en este templo de las bellas artes y de las manchas de aceite, es preciso ser poeta dramático, aceitero, empresario, comparsa, director de escena, mataluces, actor, mete-sillas, actriz, tramoyista, araña, bien sea insecto ó de cristal, apunte, músico ó pintor; el resto de los mortales es detenido por el cancerbero regañon llamado *concierge du théatre*, cancerbero tanto mas terrible cuanto que se muestra invulnerable á los atractivos del lazo de miel, conocido en todos los sitios de París donde hay portero por el nombre de *pièce de quince sous.*

¿Y qué diré á usted de los perfumados aposentos de las actrices? En cada uno de ellos hay una diosa que solo recibe á su peluquero, á su poeta y á su *protector*. Este protector, que generalmente suele ser diplomático, desempeña el principal papel en el aposento de la actriz, mientras se halla en el caso de derramar el oro á manos llenas; pero una vez esplotada la mina, es reemplazado por el primero que se presenta con apariencias de inagotable filon.

Un protector suele abonarse en la primera, segunda ó tercera fila de lunetas, y aprovecha todos los entreactos para visitar á su protejida. Si esta es *prima-donna*, suele ir á su aposento á refrescar la garganta con jarabe de goma; si es bailarina, acude á cambiar de zapatos para dar solaz á las puntas de los piés. Entonces es cuando entre la protejida y el protector ocurren las mas interesantes escenas, á las cuales, plagiando el título de uno de los dramas de mi amigo Rubí, pudiera muy bien llamar *borrascas del corazon*. El protector se queja de ciertas miradas demasiado tiernas, lanzadas á las lunetas, y hábilmente interceptadas por su celosa penetracion, laméntase al propio tiempo de las frecuentes visitas del poeta, reprueba la amabilidad con que recibe su protejida las declaraciones amorosas que en perfumados billetes le dirigen todos los dias, y muchas veces en verso, los *lions* de París, rabia porque en una escena patética ha abrazado con demasiada efusion al galan, se encoleriza de ver que no es amado por su

merecimiento, sino por sus riquezas ó por su posicion social..... Amenaza abandonar para siempre á una ingrata; pero esta ingrata seductora mira dulcemente á su celoso protector, y de nuevo le rinde con una sola caricia, con un mimo solo, capaz de enloquecer al *Convidado de piedra.*

No crea usted, amiga mia, que esta escena se represente en todos los aposentos de las actrices, y se repita sin cesar, no por cierto, pues en los teatros de primer órden la mayor parte de los aposentos de estas señoras, así como los de los principales actores, son espaciosos salones decorados con lujo asiático. Los muebles son riquísimos y elegantes; soberbios espejos de marco dorado y luna de Venecia, sofaes de muelle con blandos cogines de terciopelo, magníficas alfombras, lámparas de alabastro, y un precioso tocador bien provisto de olorosas esencias, de pomadas esquisitas, y de cuanto es indispensable para llevar el arte de la *toilette* al último grado de perfeccion. En este recinto deslumbrador, recibe el primer galan á sus numerosos amigos, que suelen ser las *ilustraciones* mas notables de París. La actriz sobresaliente acoge con amabilidad á sus apasionados y adoradores. Estos forman siempre una distinguida sociedad de literatos, periodistas, diplomáticos, y otras personas ilustres que acuden á felicitar á la actriz por las ovaciones con que el público premia su relevante mérito.

En los teatros de un órden inferior no suele notarse esta escesiva elegancia; pero en cambio hay en ellos mas animacion, mas originalidad, mas intriguillas amorosas, y lances mas románticos.

Las bailarinas son generalmente las que hacen perder el juicio á mayor número de galanteadores. El ostensible alarde que hacen de contínuo de sus bellas formas, la voluptuosidad de sus graciosos movimientos, la sonrisa fascinadora que asoma siempre á sus lábios, la picante languidez de sus espresivos ojos, las palpitaciones que produce la fatiga en sus alabastrinos senos, son cosas que arrebatan fácilmente á las almas sensibles y enamoradizas, que tanto abundan entre los aficionados á las alumnas de Terpsicore. Estas

sílfides suelen llegar cuando ya la funcion está comenzada, porque rara vez se empieza el espectáculo por el baile. Entran por una puertecilla falsa que suele haber en el teatro, y al pasar por delante de la portera, suele esta entregar á las mas lindas varios billetes que reciben sonriéndose, porque ya aciertan su contenido. Los mas son declaraciones de nuevos amantes, y los otros quejas de los antiguos, sujeridas por los celos. Esta correspondencia, aunque halaga el amor propio de la heroina á quien se dirige, es recibida con alguna indiferencia y aun leida con frialdad, cuando no escita la risa maliciosa y burlona de la interesada, que á todas aquellas frases de música celestial, prefiere un aderezo cualquiera, ó á lo menos un ramillete de lindas flores cuando va sujeto por una sortija de brillantes ó cosa parecida.

Como entre las actrices reina siempre una confianza ilimitada, un simple ramo que una reciba, enséñale al momento á sus amigas, revelando el nombre del autor del obsequio, todo esto con la can-



dorosa intencion de hacer rabiar á sus rivales, que aunque interiormente sienten, no el rigor de los celos, sino el de la envidia,

aparentan á la sazon una serenidad imperturbable para desfogar mas tarde su ira en presencia del inconstante amador.

Despues de esta primera escena, sube la graciosa bailarina algunos escalones, y se halla en el pasillo ó corredor donde á la manera que *in illo tempore* tenian los frailes sendas celditas en sus conventos, están los cuartos de las actrices generalmente separados de los de los hombres, sin duda porque la decencia es lo principal en un recinto que lleva el nombre de *escuela de las costumbres*.

Esto no es decir que los amigos de confianza no puedan visitar á sus amigas, particularmente sus protectores; y al hacerlo, tienen que andar á veces todo el pasillo, donde las puertas suelen estar abiertas mientras el peluquero peina á la característica, el zapatero calza á la graciosa, la dama jóven se ata una liga, ó alguna doncella ajusta el corsé á la primera dama.

Las madres, hermanas, tias y primas de las actrices suelen formar sus tertulias aparte, donde se murmura de todo bicho viviente, y se cuentan la vida y milagros de todo prójimo que tiene la fragilidad de visitar aquellas peligrosas moradas.

Esto produce naturalmente ratos muy agradables entre los interlocutores de tales dramas, porque en ellos abundan las historietas picantes y los chismes domésticos que es una bendicion de Dios. Pero tambien alguna vez se hieren susceptibilidades presentes, y músicos y danzantes suelen andar á la greña, siendo muy frecuente y al mismo tiempo donosísimo, que tomando parte en la refriega hasta las mismas actrices, dos de ellas que acaban de arañarse de lo lindo y prodigarse toda suerte de insultos, salen á la escena aun calientes, representando madre é hija, ó dos hermanas que se quieren mucho, y se abrazan y se besan con la ternura que es de suponer.

A veces se ven tambien los nobles caballeros en la precision de echar su cuartillo á espadas. Ya el lance toma á la sazon mas grave aspecto, pues cada cual arrójase al palenque armado de punta en blanco en defensa de su dama ofendida. Aplázase el duelo á

muerte, que suele terminarse por derramar hasta la última gota..... de un par de botellas de Champagne, y ¡Dios sea loado! caballeros y escuderos viven para contar el lance á los herederos de sus gloriosos blasones.

Por estos semilleros de aventuras se cruzan los vaudevillistas y folletinistas de pandillaje, que tambien en Paris abundan como en Madrid, y hacen de las suyas muchas veces contra reputaciones respetables, porque no hay nada en el mundo tan insolente como la ignorancia. En corroboracion de este aserto, voy á contar á usted un coloquio chistosísimo que oí una noche entre bastidores. El poeta y el periodista que figuraban en él creyeron sin duda que podian hablar francamente delante de un estranjero, sin sospechar que serian comprendidos, ó acaso llevaban la despreocupacion hasta el estremo de que nada les importase el ser escuchados.

—*Oh, mon cher!* ¿Vienes ya de hacer tu indispensable visita á *mademoiselle Emilie?*—preguntó el periodista al poeta con maliciosa intencion.

—Ah bah!—respondió el poeta metiéndose el pulgar en la sisa del chaleco con aire de satisfaccion.—Es verdad que Emilia recibe mis visitas con agrado; pero por ahora no hay entre los dos mas que una buena amistad.

—¿He dicho yo que haya algo mas?

—Es que yo comprendo muy bien tus reticencias.

—¿Y qué tendria de particular que hubieras conquistado el corazon de Emilia?

—Nada seguramente..... á otras mas encopetadas he sabido vencer.....—Y al decir esto soltó la sisa del chaleco para retorcerse el bigote.

—No lo estraño, eres guapo chico, tienes talento..... A propósito ¿cuándo se representa tu *vaudeville?*

—De eso precisamente queria hablarte. Se me ha hecho una injusticia y es menester que digas algo en el *Argus.* (1)

(1) Periódico que se publica en Paris.

—Ya habrás leido lo que decia dias pasados con referencia á tu *vaudeville*.

—No he leido nada.

—¿Cómo que no? Pues te colmaba de elogios.

—Gracias, amigo mio.

—A mí nada tienes que agradecerme, no hice mas que cumplir con los deberes de la amistad al insertar la nota que me diste.

—¿Mi nota?

—Tu nota íntegra, sin omitir una coma..... me acuerdo que concluia con esta frase: «el *vaudeville* de Mr. Victor N..... es una obra perfecta capaz por sí sola de inmortalizar á su *modesto* autor, no dudamos que el público la aplaudirá con entusiasmo, y que dará muy buenas entradas al *Ambigu-Comique*.

—Me has fastidiado—esclamó tristemente el poeta.

—¡Diablo! ¿por qué razon?

—Porque eso ya lo leí, y me figuraba que hablabas de algun nuevo articulillo.

—Deja, deja que se represente, y entonces conocerás tú si soy un buen amigo.

—Ya, pero Dios sabe cuando se pondrá en escena.

—¿Pues no se está ya ensayando?

—Se han suspendido los ensayos para poner antes en escena otro *vaudeville*.

—¡Qué me dices!

—Es una infamia.

—¿Y de quién es el *vaudeville* que prefieren al tuyo?

—De Mr. Eugène Scribe.

—¿De ese viejo que ya chochea, y quiere no obstante invadir todos los teatros á un tiempo? Déjalo de mi cuenta..... mañana mismo le encajo una fraterna que se ha de chupar los dedos.

—Eso, eso es lo que conviene, y sobre todo has de decir que su *vaudeville* es detestable.

—Por supuesto, como cosa de los hombres de la vieja escuela.

—No hay precision de alegar razones.

—Eso seria dispensar al autor un honor que no merece. Ni siquiera pienso leer su obra..... Mi tiempo es demasiado precioso para perderlo miserablemente. Aquí no hay necesidad de hacer el menor análisis de la tal produccion..... Sabemos que es mala, que es detestable... Se dice sin rodeos, y pleito concluido.

—Y añades que es una injusticia, una barbaridad horrible, haber suspendido los ensayos de mi *vaudeville*.

—Es claro; pero..... ¡qué diablo!... ¿por qué no escribes tú el artículo? Ya ves que por mucho que me esmere no lo haré yo con esa chispa que te es tan peculiar... Y luego, tú estas mejor enterado.....

—Es cierto; pero me repugna tanto elogiarme á mí mismo...

—Aprension... escrúpulos de vieja.

—Lo que puedo hacer es leerte unos cuantos renglones que tengo escritos sobre el particular, y tomando la idea es fácil que le des otra forma.

—Veamos, veamos.

El poeta sacó un papel y despues de toser con mucha gravedad leyó lo siguiente:

«Tenemos el disgusto de anunciar á nuestros lectores que el *vaudeville* del acreditado jóven Mr. Victor N..... no se representará tan pronto como lo desea el público, que aguarda con impaciencia la hora de admirar los talentos del poeta y premiarle con merecidos aplausos. La causa de este retardo es haberse antepuesto á esta representacion otro *vaudeville* de un autor que ha caducado ya, y que si algun dia obtuvo los favores del público, debiose mas á la indulgencia de este que al verdadero mérito del escritor. Mr. Victor N... goza ya de alta reputacion, adquirida con triunfos legítimos, y no es justo posponerle á ningun otro literato, aun cuando este figure en primera línea. Esperamos que nos comprenderán los que pueden corregir este abuso, pues en el caso contrario sentiriamos tener que denunciar odiosas intrigas y revelar nombres al parecer respetables. A nosotros nada nos intimida cuan-

do se trata de enaltecer el mérito, y evitar la ruina de la bella literatura.»

—Oh! magnífico! magnífico!—esclamó el periodista en ademan de querer apoderarse del papel que acababa de leer el poeta.

—Con esto puedes conocer perfectamente lo que has de escribir—repuso el poeta retirando la mano.

—Yo no puedo escribir nada que sea mejor que eso.

—Anda allá, perezoso, que bien sabes hacerlo cuando quieres..... y mucho mejor que yo en este asunto, porque al cabo, tú puedes decir cuanto creas conveniente..... ¿me entiendes?... cosas que se ruboriza uno al escribirlas de sí mismo.

—Es natural, la modestia..... pero con todo, repito que no sabré yo escribir un párrafo tan elegante y espresivo como el que me acabas de leer. No hay que darle vueltas, es indispensable que me le entregues y ahora mismo lo llevo á la redaccion para que salga mañana.

—Es el caso que media cierto compromiso.....

—¿Por ejemplo?

—Que habia escrito estos renglones para el Entreacto (1).

—Escribes otros, y me das ahora esos.

—Toma ya que te empeñas, no puedo negar nada á tu buena amistad.

Dicho esto, desaparecieron los dos amigos, despues de estrecharse afectuosamente las manos y cruzarse algunas espresiones de tierna adhesion.

¡Creerá usted sin duda, amiga mia, que el diálogo que acabo de relatar es una pura fábula de mi invencion, y sin embargo es histórico! En París andan tambien la crítica y la literatura dramática como el diablo quiere. Adocenados escritorcillos han invadido, no solo los coliseos, sino las redacciones de multitud de periódicos *soi-disant* literarios, y divididos en pandillas, á mas de haber estragado el gusto del público, prodíganse elogios ó vituperios segun la pasion dominante del que esgrime la péñola.

(1) *L'Entr'act*, periódico de teatros que se publica en Paris.

Muchos son los literatos dignos de veneracion y respeto que atesora la capital de la Francia. Los nombres de Victor Hugo, Lamartine, Beranger, Dumas, Süe, George Sand, Alfonse Karr, Leon Gozlan, Jules Janin, Rolle, Cousin, Guizot, Thiers, Lamennais, Theophile Lavallée, Paul de Kock, Scribe, Laurent-Jan, Musset, Emile Augier, Stahl, Pousard, Bernard, Arsène Houssaye, Emile Bégin, Mery, le comte Fœlix, y otros varios, sin contar los Chateaubriand, Soulié, Balzac y algun otro que han terminado recientemente su gloriosa existencia, bastan para colocar á la Francia en muy distinguido predicamento; pero estos mismos varones que descuellan en distintos géneros de las bellas letras, rinden á veces tributo al mal gusto del público francés, y solo así puede concebirse que el autor del *Vaso de agua*, y otras mil recomendables producciones haya podido escribir *la Goton de Béranger*, que por sus estravagancias está alborotando actualmente al público del teatro de Variedades.

El estado de la literatura dramática en Francia es tan lastimoso ó mas que en España. Ya ve usted que esto es mucho decir, si se atiende á los esperpentos que se aplauden en Madrid, bautizados unos con el nombre de zarzuelas y otros con el de comedias del género andaluz. Unas y otras son por lo general solemnes mamarrachadas que cierto público aplaude con frenesí, y cuyas representaciones se enumeran para hacerlas llegar á ciento cuando menos.

Lo mismo en España que allende son apasionadas las censuras; pues si en París ocurre lo del diálogo que he referido á usted, en Madrid tambien se egerce la crítica de una manera lamentable. Todo el mundo es literato, pero *literato distinguido, literato ventajosamente conocido del público*, *aplaudido escritor*, etc., etc., frases que se repiten en todos los carteles cuando se anuncia una funcion nueva, frases acaso escritas por los mismos autores.

Tambien hay en Madrid como en París la *claque* ó turba de amigos del autor que reciben billetes de entrada *gratis* para aplaudir á rabiar; pero tanto en París como en Madrid los escritores

sensatos se abstienen absolutamente, ó retraen en parte de escribir para el teatro, y los periodistas pundonorosos, los críticos imparciales se lamentan de los deplorables estravíos de tantas imaginaciones raquíticas (1).

Envalentonados los pedantes con esta degradacion literaria, zahieren á su sabor reputaciones adquiridas á fuerza de constancia en el estudio, y los envidiosos cuya ignorancia no les permite dar una prueba de lo que saben hacer, se contentan con batir las palmas cuando algun libelista se ceba en el verdadero mérito.

Mr. Nodier ha dicho con mucha gracia, que para ser literato en París es preciso haber *hecho* un libro. Luego añade: «Los antiguos prosistas no sabian que cosa era *un libro*. Lo que mas

(1) En el *Observador* del 3 de marzo de 1852 se lee lo siguiente:

Tiempo hace que no tomamos la pluma para ocuparnos sériamente de literatura dramática. Muchos dias han transcurrido sin que nuestros lectores hayan visto en este periódico otros artículos de crítica que breves *gacetillas*, destinadas á tenerlos al corriente de las novedades que presentan nuestros teatros. ¿Por qué? nos preguntarán algunos. ¿Cómo es que El Observador, tan amante de las letras, tan celoso del esplendor de nuestra escena, se ha olvidado de ella hasta el punto de no consagrarle mas que algunas líneas en el último rincon de sus columnas? Muchas causas han influido en nosotros para obrar de esta manera, tan poco conforme con nuestros hábitos y nuestros gustos; pero es la primera y principal el desaliento, el disgusto, la falta de fé que se va apoderando de nuestro corazon en materias literarias, al ver el lastimoso estado en que se encuentra la crítica.

No, ya no hay conciencia, ya no hay imparcialidad, ya no hay justicia, cuando se trata de apreciar una obra cualquiera, sobre todo si pertenece al teatro. La crítica está encomendada, con rarísimas escepciones, á personas incapaces, no por sus talentos, que esto fuera lo mas disculpable, sino por sus pasiones, por sus compromisos, de ejercer aquella mision saludable. Las columnas de los periódicos se abren con la mayor facilidad á las alabanzas inmerecidas de la amistad, á las censuras inmotivadas del odio ó el resentimiento. Cada teatro se rodea de un círculo de panegiristas de oficio, que invaden los *folletines* y agitan desde allí el incensario, envolviendo á los actores en una nube para fascinar al público. Estrénase cualquiera produccion nueva, y las lunetas se llenan de una *claque* rabiosa, que no se cansa de aplaudir á troche y moche, llamando al autor á las tablas y arrojando coronas á la escena. Por otra parte hay una pandilla pedante y descontentadiza, que todo lo desdeña, á quien todo le parece digno de silbarse, que así derriba reputaciones, como si fueran castillos de naipes. ¿Qué crítica es esta? ¿Quién se atreverá en vista de ella á examinar las obras dramáticas, si tiene un poco de dignidad y de independencia? Pues hé aquí por qué nosotros no escribimos *revistas de teatros*: hé aquí por qué cuando apremiados por los deberes que tenemos contraidos con nuestros suscritores, tomamos la pluma para hacerlo, quisiéramos mejor no haber saludado jamás las letras ni haber aprendido á conocer las bellezas del arte.

. . . .

Quédese el escribir críticas para los que bastante necios ó mal intencionados, no hacen escrúpulo de desacreditar con sus venenosas palabras todo lo bueno, todo lo bello, todo lo mas perfecto que hay en nuestra escena, por la única razon de que ellos no han podido jamás imitarlo.

Nosotros no pertenecemos, ni queremos pertenecer ni al uno ni al otro bando; nosotros no transigimos con ninguna exigencia; somos libres é independientes; no sabemos hablar otro lenguage que el de la verdad, tal cual nos le sugiere nuestro humilde talento, y el lenguage de la verdad no está hoy de moda en materias literarias. Con gusto romperíamos, pues, nuestra pluma, y suprimiríamos esta seccion de nuestro periódico.

se le aproximaba, eran los *diálogos de Platon*, los *aforismos de Hipócrates*, y *las morales de Plutarco*. Atheneo, Estobeo, Valerio-Máximo, Macrobe, Montaigne, Lamotte, le Vayer y Diderot no dejaron mas que algunas páginas, con las cuales hay libros que escribir para mil generaciones de pedantes. Es preciso decirlo todo, aun hay en el dia grandes escritores que no han hecho libros ni han escrito en su vida una sola línea. Sin embargo, es una verdad que para ser literato en París, es preciso haber escrito un libro, á no ser que se quiera dar á la proposicion el giro siguiente: Para ser literato en París es preciso no haber escrito nunca nada.—*Il faut n'avoir jamais rien écrit.*—»

¡Cuántos literatos hay tambien en Madrid de esta última especie! ¿No es verdad, María Enriqueta? ¡Cuántos censuran las obras agenas sin dar las suyas á luz!

Dios les tenga á todos de su mano, y á usted la libre de malas tentaciones, entre las cuales es la peor de todas..... escribir un libro.



CARTA XVIII.

26 DE AGOSTO.

INOLVIDABLE Enriqueta: despues de haber trazado algunos cuadros de costumbres teatrales, creo que estaria muy en el órden proporcionar á usted una exacta noticia de los teatros de París; pero á fin de dar mayor variedad á mis cartas con el deseo de que no le sea pesada su lectura, dejaré para mas adelante la tarea en cuestion, y me ensayaré hoy en hacer un boceto de las célebres *Tuileries*. Alternando de este modo las ligeras escenas de costumbres con los graves recuerdos históricos y con las descripciones de los monumentos de mas nombradía, estoy seguro de que no fatigaré tanto la atencion de usted.

Cuatro siglos atrás, en el sitio que ocupa hoy el palacio *des Tuileries* habia una fábrica de tejas, que como usted sabe se llaman en francés *tuiles*, y de aquí viene el nombre de *Tuileries*, que traducido en español debiera ser *Tejares*, y no *Tullerias* como generalmente se dice y ha sancionado la costumbre.

Francisco I, compró en 1518 la citada fábrica, convirtiola en palacio y le regaló á su madre Luisa de Saboya, porque el palacio *des Tournelles au Marais* parecíale perjudicial á su salud. La princesa dió el palacio *des Tuileries* á Juan Tiercelin en 1525, quien lo vendió á Catalina de Médicis, esposa de Enrique II, la cual en 1564 fijó en él su residencia. Esta reina le agrandó bajo la direccion de los arquitectos Bullant y Delorme. Edificáronse entonces el pabellon del medio, las dos álas contiguas y dos cuerpos mas; pero nunca presentó aquel palacio un aspecto verdaderamente régio hasta que le ocupó Enrique IV.

Ducerceau, arquitecto de este monarca, diole cima con los dos grandes pabellones de Flora y de Marsan, y comenzó la dilatada galería que le une al Louvre. A la muerte del monarca suspendiéronse los trabajos, y no se terminaron hasta el reinado de Luis XIII.

Cuando Luis XIV subió al trono dió órden á Luis Leveau para que corrigiese los defectos arquitectónicos de las fachadas y dejara el conjunto en la posible armonía. Desde entonces pocas adiciones notables ha esperimentado á pesar de los cambios de gobierno desde 1789 hasta el advenimiento de Bonaparte.

En 1808 ordenó Napoleon la construccion de la galería septentrional que embellece la calle de Rívoli, y que tambien debe llegar hasta el Louvre, del cual no está muy distante.

Despues de la revolucion de 1830, el rey Luis Felipe ha hecho grandes mejoras en las *Tuileries*, tanto en el palacio como en el jardin.

Las habitaciones del primer piso tienen su entrada por el pabellon del centro llamado de *l'Horloge* y por el de Flora. Este último dá tambien paso á los aposentos privados situados en el entresuelo del medio, los cuales se comunican con el que ocupaban la reina y las princesas.

Hácia el norte, sobre la calle de Rívoli, está el pabellon de Marsan, que habitaban la duquesa de Orleans, el príncipe real, y el duque y la duquesa de Nemours.

En el primer piso partiendo del pabellon de Flora está el salon de bailes, despues el del trono, sigue el del consejo, y termina por el de los mariscales. Este último tiene dos hermosos balcones, el uno da al jardin y el otro al patio. Contiene los retratos de todos los mariscales contemporaneos pintados de cuerpo entero, y el busto de los generales mas ilustres por sus gloriosos hechos.

El salon del trono recibe luz por tres grandes rejas que dan al patio. Está ornado de preciosas colgaduras de la gran fábrica parisiense *des Gobelins*, y tres magníficos candelabros. Dos soberbios tapices de la misma fábrica embellecen tambien la sala del consejo, rica de escelentes pinturas y suntuosos dorados.

Al estremo de los grandes departamentos está la galería de Diana, en la cual campean bellísimas pinturas imitando la del palacio del Farnesio, y los fastuosos espejos que se notan entre las rejas realzan la riqueza de esta galería, donde una tapiceria lujosa, obra igualmente de la fábrica *des Gobelins*, ostenta los bellos rasgos de Luis XIV.

Todas las habitaciones están alumbradas por la noche con profusion de bugias que hacen resaltar la magnificencia de los adornos. En el dia las vastas salas están destinadas á las esposiciones públicas de obras de pintura y escultura.

Hay ademas un teatro y una capilla. El cielo raso de la capilla, hábilmente pintado por Gerard, representa la entrada de Enrique IV en Paris, y es de un grande efecto por la escelente combinacion del claro-oscuro. La tribuna del rey estaba en frente del altar, y las dos laterales eran para las señoras.

El teatro es hermoso, la sala está decorada de columnas jónicas hasta el escenario. En frente de este campea el palco régio en medio de dos elegantes galerías para las señoras de la córte. Hay palcos de platea para las personas que merecian la distincion de ser convidadas. Está construido de manera que con suma facilidad se nivelaba el pavimento del escenario con el de la sala de la concurrencia, y haciendo desaparecer los bastidores, quedaba transfor-

mado en magnífico salon de baile ó de banquete, iluminado por dos grandes arañas y multitud de candelabros.

El jardin de las *Tuileries* es tambien encantador. No es estraño habiendo dibujado su plan el célebre Le-Notre que tan buenas cosas ideó durante el reinado de Luis XIV. Dos prolongados terraplenes, llamado el uno *terrasse des Feuillants* que se estiende por toda la calle de Rívoli, y el otro *terrasse du bord de l'eau* que se dilata lo largo del muelle, ofrecen una perspectiva grandiosa. Sombreados los dos por una doble hilera de pomposísimos árboles, solo se diferencian en que los del primero están primorosamente recortados á guisa de bóveda, mientras á los del otro se les deja crecer libremente.

Estos dos terraplenes dejan un anchuroso espacio, en el cual hay dos paseos bellísimos, uno en el centro que comprende desde el pabellon *de l'Horloge* hasta la pintoresca plaza de la Concordia, y otro inmediato al terraplen *des Feuillants*, conocido con el nombre de *Allée des orangers* con motivo de los naranjos con que se le hermosea solo mientras la estacion lo permite, pues cuando el tiempo es crudo, el pomposo naranjal desaparece y se le cobija en grandiosos invernaderos de cristal.

Estos amenísimos sitios son muy frecuentados á todas horas; pero la gente lucida, la que en Paris se llama *le beau monde*, le favorece en invierno á medio dia, y en verano á la caida de la tarde. Los domingos es invadido por multitud de preceptores con sus colegiales, de amas con sus párvulos, de niñeras y acompañantes de señoritas, que pueblan todas las avenidas de millares de traviesos muchachos y de tiernos jóvenes de ambos sexos, vestidos la mayor parte con sorprendente lujo y esquisita elegancia. Todo es alborozo, todo es movimiento y alegría. La inocencia se abandona á sus juegos infantiles, con aquel júbilo sin límites que solo se experimenta cuando aun las pasiones no han lacerado el corazon de los mortales.

Una de las costumbres parisienses que mas nocivas me parecen á la moralidad, es el estremado lujo con que los padres visten á

sus hijos. Habrá acaso algunos que lo harán escitados por un esceso de amor paternal; pero generalmente no es tan noble el sentimiento que á ello les anima. Una presuncion necia, un orgullo mal entendido, particularmente en las madres, las induce á engalanar sus hijos con ricas telas y preciosas joyas que solo sirven para dar tormento á las pobres criaturas, cuando una precoz vanidad no les abre la senda de su perdicion.

Se alega el pretesto de que el ejercicio es útil á la salud y favorable al desarrollo de la naturaleza; pero la salud nada gana, ni es fácil que la naturaleza se desarrolle cómodamente, cuando se la oprime con el corsé y las botitas rusas, cuando se encarga eficazmente á los niños que no salten ni corran por no ajar el lujoso trage y se les abofetea si por una casualidad se caen en el suelo, no con la intencion de evitar que otra vez se hagan un chichon en la frente, sino para vengar al vestido nuevo que se ha roto ó se ha manchado.

De esto se deduce que la salud de sus hijos importa muy poco á ciertas madres, que la comprometen á veces llevando á sus hijos ligeramente abrigados en el rigor del invierno, que embotan su natural viveza exigiendo de ellos una calma impropia de su edad, y escitan por fin uno de los defectos que mas afean al hombre, la vanidad.

Convengamos pues en que la única razon que tienen las madres para vestir con tanta elegancia á sus hijos, es la misma que les hace poner costosos collares á sus perros y jaeces primorosos á sus caballos.

Hablando del escesivo lujo con que salen á paseo las niñas de París, ha dicho Mr. Alfonso Karr: «*Rien n' est si dangereux et si ridicule, que de les accoutumer ainsi á chercher les regards, á faire de l' effet, á vivre sur un théâtre.*» Y hablando de las señoritas que bailan en las *Tuileries*, añade; «*Ce ne sont plus des enfants qui s' amusent, ce sont des danseuses qui sollicitent les applaudissements.*»

¿No es verdad, amiguita mia, que cuando tenga usted hijos

entenderá mejor el amor de madre? Usted les vestirá con gusto y elegancia, para acostumbrarles al aseo, pero con agradable sencillez, sin poner en prensa sus delicados piececitos, ni atormentar su cintura con el silicio del corsé. Usted que, sin hacer uso de este mueble inquisitorial, vanagloriarse puede de atesorar la mas flexible, angosta y agraciada cintura de Madrid, no irá á caer en el gravísimo error de pensar que es preciso dar tormento á las niñas para que tengan buen talle en lo sucesivo. A la que no nace bien formada, no le darán bellas proporciones todos los instrumentos del célebre Delpeix.

Volviendo al jardin de las *Tuileries*, hay entre las dos arboledas de que llevo hecha mencion, un frondoso cuadro de sicomoros, y entre el paseo central y el terraplen *du bord de l'eau* hay otro frondoso cuadro de castaños.

Dos estanques con elevados surtidores cautivan la atencion en sendos vergeles, y junto á la plaza de la Concordia hay otro mayor cuyos juegos de agua tienen una elevacion asombrosa. Aquí es donde está lo que apellidan la *petite Provence*, porcion de jardin al abrigo de los vientos frios, merced á otro terraplen llamado *pont tournant*, erigido detrás y que linda con la plaza de la Concordia. Este es el sitio predilecto de los ancianos, de los que medio siglo antes habian corrido por entre las sombras del naranjal. Ellos se han envejécido horrorosamente, y los vetustos árboles ofrecen siempre el mismo verdor y lozanía!

Multitud de estátuas, debidas al cincel de los mas hábiles artististas, embellecen el jardin de las *Tuileries*. Entre ellas descuellan el Fidias de Pradier, el Periclés de Dubay y el Temístocles de Lemaire.

Los grupos mas notables son el rapto de Cibeles por Saturno, de Regnaudin; Lucrecia y Colatino, de Lepantre; Eneas llevando á su padre en el hombro y á su hijo de la mano.

La verja del jardin que se dilata por todo lo largo de la calle de Rivoli, y la pared que hay al lado *du bord de l' eau*, tienen su anden de asfalto con alumbrado de gas por la noche.

El patio del palacio de las *Tuileries* está cerrado por una verja de hierro, cuyo centro ostenta esteriormente un arco triunfal que da paso á la plaza del Carrousel. Este arco fué erigido en 1806 por órden del emperador Napoleon á imitacion del de Séptimo Severo en Roma, con caballos corintios semejantes á los de la plaza de San Márcos de Venecia. Este monumento, debido á los dibujos de Fontaine y Percier, es verdaderamente una obra colosal, y como fué construido para eternizar la gloria del ejército francés, alardea bellísimas estátuas de soldados de varias armas, á saber: un coracero, un dragon, un cazador á caballo, un carabinero, un granadero de línea, un artillero y un zapador. El grupo de la carroza tirada por cuatro caballos de bronce, ejecutado por el célebre Bosio, es de un efecto admirable.

La *place du Carroussel* que debe su nombre á los festines y torneos que daba en ella Luis XIV en 1662, era á la sazon bastante reducida, pero actualmente puede contener mas de veinte mil hombres, y cuando la galería del norte estará concluida, quedará libre todo el espacio que media entre las *Tuileries* y el Louvre, y será dicha plaza tal vez la mas espaciosa del mundo.

Voy ahora á dar á usted una sucinta idea del antiguo *palais du Louvre*.

En el mismo sitio que ocupa este inmenso palacio, existia allá en los primeros tiempos de la monarquía francesa, un castillo que servia de residencia á la familia real.

Felipe Augusto mandó construir la gran torre del Louvre, que vino á ser el centro del poder feudal, en donde los altos varones prestaban el juramento de fidelidad. Entonces hallábase el Louvre en las afueras de París, y hasta el año de 1383 no estuvo comprendido en la capital.

Durante el reinado de Cárlos V hiciéronse en este palacio grandes mejoras. Ensanchéronle con muchas habitaciones para los cortesanos, príncipes estrangeros y demás distinguidos personages que pudiesen visitar á París.

Tuvo luego este edificio una época de rápida decadencia, y

amagaba su total ruina, cuando Francisco I le hizo demoler en 1528, y mandó á su arquitecto Pedro Lescot construir en el mismo solar un alcázar régio, digno del trono de la Francia.

La mitad de la parte de occidente, tal cual en el dia existe, debióse á la direccion del citado arquitecto.

Enrique II terminó lo que se llama *le vieux Louvre*, y á los talentos de Juan Goujon deben agradecerse las bellas esculturas que tanto le realzan.

A la parte que dá al Sena está el célebre balcon desde el cual Cárlos IX, convirtiéndose de monarca en asesino, atrevióse á disparar contra los protestantes su arcabuz en 1572, animando á la matanza de *la Saint-Barthélemy*, baldon eterno de aquella época de bárbaro fanatismo.

Enrique IV puso cima á la parte del Sud-Oeste del edificio, y dió comienzo á la vasta galería sobre las márgenes del Sena.

El arquitecto Lemescier dirigió, durante el reinado de Luis XIII, el ala derecha y la parte inferior de la fachada septentrional.



Luis XIV, siguiendo los consejos de Colbert, adoptó el proyecto de Perraul, y en 1666 hizo construir el magnífico peristilo actual llamado *colonnade du Louvre*, que es preciso confesar es una de las obras mas perfectas y elegantes de arquitectura.

Esta columnata, amiga mia, presenta una perspectiva deliciosa. Compónese de tres ante-cuerpos y dos peristilos. La elevacion

de toda la fachada es de cerca de treinta metros, decorada con multitud de pilastras y columnas de órden corintio y bajos relieves de un mérito extraordinario. Las puertas son de bronce, y el conjunto es verdaderamente mágico.

Los lados esteriores del Sud y del Este, vénse embellecidos por floridos vergeles. Las otras fachadas esteriores distínguense igualmente por su escelente arquitectura, por sus elegantes formas. La que mira al rio es análoga á la gran columnata, y su fronton delante del *pont des Arts* representa dos musas con los atributos de las ciencias y las artes. La que da á las *Tuileries* es la de las galerías que han de unirse con el otro palacio que he descrito antes. La fachada del centro está decorada con bélicos trofeos, y el fronton interior contiene el hermoso reloj conocido por *l' horloge du Louvre.*

El patio del Louvre es perfectamente cuadrado, y cada lado tiene 136 metros de longitud. Tres de las fachadas interiores ofrecen cada una seis ante-cuerpos. Una Minerva alentando á las ciencias y á las artes campea en el fronton del Norte; el del Sud ostenta el genio de la Francia, y el del Ocaso las armas de la Francia y figuras alegóricas.

La fachada interior del antiguo Louvre, á la izquierda del pabellon del reloj, alardea los emblemas de la Piedad, la Victoria, la Fama, la Fuerza; á la derecha la Legislacion bajo la forma de una matrona con las tablas de la ley en la mano. Debajo del ático hay varias estátuas que simbolizan la Victoria, la Abundancia, la Fuerza, la Sabiduría, el Nilo y el Danubio. En el pabellon angular descuella el emblema de la poesía épica, representada por una ninfa alada, con una trompeta y una lira, rodeada de dos genios y los bustos de Homero y de Virgilio.

A cada una de las cuatro entradas del Louvre sorprende la magnificencia de las puertas de bronce, que he citado ya al hablar á usted de la gran columnata. Por la que da paso á las *Tuileries* fué conducido Enrique IV, asesinado por el puñal de Ravaillac. Cítase lo que llaman los franceses *un beau mot* de Sully á causa de este regicidio. La reina gritó: «*Le roi est mort!*» —

«*Non, madame*—respondió el ministro—*il monte les degrés, le roi ne meurt point.*»

Para dar á usted una idea exacta de lo grandioso de este palacio, bastará decir que hay en su interior ocho museos que atesoran millares de obras maestras de todas las naciones, preciosidades antiguas y modernas, y cuanto de mas perfecto pueden producir las sublimes artes de la pintura y escultura.

Entre estos ocho museos, que son el de la escultura moderna y del renacimiento, el de Standish, el naval, el de antigüedades, el griego y egipcio, el de dibujos, el de los cuadros de las escuelas italiana, flamenca y francesa, he notado con orgullo que ocupa un digno lugar el museo de las pinturas de la escuela española, cuyo salon fué abierto en el año de 1837. El baron Taylor fué el que hizo en España la coleccion con arreglo á las órdenes de Luis Felipe, y segun asegura Mr. Montemont, le costó cerca de un millon de francos. Contiene sobre quinientos cuadros de sobresaliente mérito. Los mismos franceses los califican de *magnifiques peintures*.

La escalera que conduce al museo de pinturas de las escuelas italiana, flamenca y francesa, asombra por el mérito arquitectónico y su imponente suntuosidad. Las gradas están entre paredes arqueadas que descansan sobre veinte y dos pilares de mármol. La primera sala contiene pinturas antiguas, la siguiente, llamada *le grand salon*, es de las mas vastas y con mejores luces que puedan hallarse en parte alguna. Los cuadros que hay en ella son de colosales dimensiones, y termina por una galería inmensa que atesora sobre 1500 cuadros de las tres precitadas escuelas. Hay luego otra galería llamada *Galerie d'Apollon* destinada esclusivamente para las pinturas francesas.

El museo de los dibujos contiene 1300 obras maestras de este género, á donde acude la juventud estudiosa para aprender en tan acabados modelos.

El museo de las antigüedades empieza en la sala de Diana, que así se nombra por contener una célebre estátua de esta diosa muy

antigua. Al lado oriental del vestíbulo hay otros salones llenos de bellas estátuas, particularmente el de las Cariátides de Juan Goujon.

Durante el reinado de Cárlos X abriéronse los salones del museo griego y egipcio, que ocupa el primer piso del lado meridional del patio del Louvre. Hay en él un soberbio mosaico en cuyo centro campea un jarron de mármol sobre un hermoso pedestal, y otro jarron árabe que fué regalado á San Luis en tiempo de las cruzadas. Otras mil preciosidades, como copas, medallas, antigüedades etruscas y del mediodia de Italia ó de la Grecia, sorprenden por su riqueza á los inteligentes.

El museo naval encierra una bella coleccion de armaduras, cañones, trages de las islas del mar del Sud y de América, los despojos del naufragio de Lapeyrouse, salvados por el capitan inglés Dillon y el célebre cuanto desgraciado Dumont d'Urville.

El museo Standish, apellídase de este modo porque se compone de 200 cuadros que compró Luis Felipe á un lord de Lóndres llamado Standish.

Cinco vastos salones constituyen el rico museo de la escultura moderna y del renacimiento, donde los inteligentes pueden admirar las grandes creaciones de los mas célebres escultores de Francia.

No hablaré á usted, mi buena amiga, de los acontecimientos políticos ocurridos en el Louvre, porque esto equivaldria á escribir la historia de la córte de Francia desde Francisco I, á Luis XIV, y seria repetir cuanto sucintamente he dicho á usted al estractar la historia de Paris. Baste decir que el Louvre se ha convertido durante el presente siglo en palacio de Minerva, y que si los desastres de 1815 arrebataron al citado museo la escelente Venus de Médicis y otras obras de gran mérito, hay allí bastantes *chefs-d'œuvre* para que los franceses puedan citar el Louvre como el templo de las artes y la gloria de la Francia.

Paseábame la otra tarde, mi querida Enriqueta, por el delicioso jardin de las *Tuileries*, cuando una muchacha de unos quince

años, pobremente vestida, pero muy agraciada, se me aproximó, y sacando de un canastillo de flores un ramillete, me lo presentó sin hablar una palabra; pero indicando con bondadosa sonrisa que deseaba lo admitiese. Díle las gracias, y rehusé tomar el ramillete, alegando que no llevaba monedas á propósito para pagarlo.

—*Comment, monsieur!*—me replicó con mucha formalidad la donosa florera—¿cree usted que por eso he de permitir que deje de llevarse mi precioso *bouquet?* ¡Mire usted qué lindo! Una rosa blanca junto á un clavel carmesí, rodeados de pensamientos..... es un regalo á propósito para la persona á quien mas se ama.

—Todo eso lo veo; pero me es imposible pagar ahora lo que vale.

—Las rosas no se cogen tan fácilmente, muchas veces me hago sangre al sacarlas del rosal, y si esto y el arreglar el ramillete cree usted que vale algo.....

—Ya se vé que vale, y por esta razon no puedo admitir esas flores.

—*Oh! pardon, monsieur...* usted puede llevarse este ramillete sin el menor reparo. Si usted conoce que vale alguna cosa, me pagará otro dia. Hoy empieza usted á ser mi parroquiano, y si nunca quiere usted darme nada por mis flores, tampoco importa, porque yo se las regalo á usted de muy buen grado, y seria hacerme una ofensa no admitirlas.

Mientras decia estas últimas palabras con candorosa amabilidad, púsome el ramillete en un ojal del frac, y despues de prenderle con un alfiler, inclinose graciosamente en ademan de alejarse.

A tan bondadosa generosidad no pude mostrarme indiferente, y metiendo la mano en el bolsillo, esclamé:

—A ver si por casualidad..... en efecto..... aquí tengo un franco.....

—*Oh! c'est trop, Monsieur.*

—Guárdalo.

—Para mantener á mis padres... son tan viejecitos que no pueden ya trabajar.

—¿Y les mantienes con el producto de tus ramilletes?

—Y que no les falta nada, porque á Dios gracias tengo la dicha de contar con buenos parroquianos. Voy corriendo á participar á mi madre, que está sentada en aquel banco, la generosidad de usted. Dios le haga á usted feliz con la persona para quien destina usted esas flores.

Y diciendo esto desapareció con la ligereza de una avecilla.

No me sorprendió la amabilidad y desinterés de esta niña, porque ya otras y tambien algunos muchachos me habian ofrecido cajitas de fósforos, y al reusarlas me las dejaban en la mano ó en el bolsillo del chaleco y se alejaban sin exijirme su importe. Era preciso llamarles y darles algo.

Estos jóvenes habian llegado á conocer que con esta generosa conducta y estremada amabilidad, sacaban mejor partido, y como en Paris está prohibida la mendicidad, se implora de este modo la caridad agena.

Jamás en Paris han interrumpido mis pasos esos pobres que á veces vemos arrastrarse por las calles de Madrid, implorando á voces el auxilio de los transeuntes, ni los que para escitar la agena compasion muestran su rostro devorado por el cáncer, su brazo mutilado, alguna herida ó úlcera asquerosa de su descarnado cuerpo, ni esas madres escuálidas llevando en brazos algun hijo moribundo, ninguno de esos repugnantes cuanto desgarradores cuadros afligen la vista del público. Hay establecimientos de beneficencia para estos infelices.

En Paris no hay mendigos, pero hay desgraciados como en todas partes. No pueden pedir limosna porque está muy sábiamente prohibido; pero ¿qué ha de hacer uno, amiga mia, cuando vé delante de sí á un anciano que le mira silenciosa y tristemente? Es imposible dejar de comprender la necesidad de aquel hombre, y entonces nada se opone á que por un impulso de compasion se le socorra, porque si está prohibido el pedir limosna, no por eso lo está el darla.

Por eso en Paris hay esas profesiones humildes en demasía que

no son mas que un pretesto para recibir limosna de alguno sin temor de ser arrestado por la policía.

Por eso abundan los jóvenes de ambos sexos tan oficiosos en regalar cajitas de fósforos y ramos de flores á los transeuntes.

Así es que yo no dejo ya de admitir cuanto me presentan estas pobres criaturas, y si se me aproxima alguna muger andrajosa con su hijo medio desnudo en brazos, y me ofrece un paquete de mondadientes, un papelito con alfileres ó cosa semejante, lo compro al momento sin titubear, ó mejor dicho lo pago sin quedarme con la mercancía, seguro de que socorro á la desgracia.

En los paises donde el pordiosear es permitido, ¡cuántas veces cree uno ejercer la caridad y proteje el vicio!

¡Cuántas veces el mendigo cojo á quien socorre uno por la mañana, es manco por la tarde, ó ciego, ó sordo segun conviene á su hipocresía!

¡Cuántas veces esos pobres que nos piden una limosna con voz humilde, y al parecer debilitada por el hambre, se encolerizan si no se halla uno en disposicion de socorrerles y con voz atronadora prorumpen en insultos y blasfemias!

¿Y hay cosa mas pesada y molesta que esos chiquillos á quienes enseñan sus padres á ser *pobres de presa*, así como hay perros de esta casta que no sueltan al infeliz que cojen hasta irse con el pedazo?

Está uno en conversacion con otra persona cuando se acerca el andrajoso angelito, por lo regular muy gordo y colorado, diciendo:

—Señorito—porque hasta los que peinan canas son señoritos para ellos—señorito, me dá usted una limosnita que Dios se lo pagará á usted?

—Dios te ampare, niño!

—Que no tengo padre, señorito...

—Dios te remedie.

—Que mi madre está enferma...

—No tengo suelto.

—Por Dios, señorito, que somos siete hermanos..... yo soy el mayor... y hace tres dias que no tenemos que comer..... señorito, siquiera para comprar un panecillo.

—No tengo dinero. ¿Quieres irte y dejarnos en paz?

El chiquillo se marcha por fin; pero se marcha del lado izquierdo y se pasa al derecho á repetir la misma cancion, y luego ataca á la persona con quien está uno hablando, y con sus súplicas y lamentos interrumpe la conversacion sin que se le pueda alejar por mas que uno se enfade. Solo hay un medio para librarse de él, y este medio es darle una limosna, que únicamente sirve para que el tal niño crezca en la holganza, marche por la senda del vicio, llegue al semillero de los crímenes, y termine su vida en el cadalso.

Hasta otro dia, Enriqueta. Muchos deseos tengo de oirla á usted cantar y tocar el piano. ¡Cuántos progresos habrá usted hecho en la composicion! Tocar el piano es en el dia cosa vulgar, pero tocarle con gusto y maestria como usted, ya es un talento propio de personas elegantes y finas; y para componer como usted compone se necesita inspiracion y genio músico. No se fatigue usted en términos que perjudiquen su salud.



CARTA XIX.

28 DE AGOSTO.

Mi tierna amiga: usted que es tan amante de las flores, no tomará á mal que consagre toda una carta á estos seres tan bellos y delicados, que no solo embalsaman y hermosean los jardines donde nacen, sino que ocupan los sitios predilectos de los régios salones entre ricas porcelanas y transparentes cristales, á estos seres que son los mejores adornos de las jóvenes lindas, y emblemas de las emociones mas candorosas.

¿No es verdad, Enriqueta, que si alguna vez se ha detenido usted á contemplar una rosa del verjel, ha creido ver en ella la imágen de la hermosura?



Entre los dones de la naturaleza no creo que los haya para el sensible corazon de una muger mas agradables, mas llenos de interés, mas susceptibles de cautivarle que las flores. Todo en ellas es grato y fascinador: sus brillantes colores, el suave perfume que exhalan, la elegancia de sus formas, todo, repito, es delicioso, y no es estraño que sean buscadas como la mas preciosa joya de la creacion, para ornar con todos los atractivos que ateso-

ran, no solo la belleza de la muger, sino las mesas de los suntuosos banquetes, los arcos triunfales de los festines, y hasta los mismos altares de la Divinidad.

Nadie mejor que los amantes conocen todo el valor de las flores. Rara vez deja de ser una flor la confidente de una alma enamorada. Los ojos espresan á veces una idea de ternura que no se atrevió á pronunciar el lábio de un tímido galan. Aquella mirada amorosa hiere el corazon de una cándida niña; pero los tiernos amadores temen pronunciar una sola palabra. Esto, de que acaso harán mofa los corazones gastados, esto que no creerán los libertinos de la córte, sucede entre los inocentes enamorados, cuya pasion es verdadera. Dignos son de lástima los que no han sentido las delicias de un sincero amor. Ellas y el placer de enjugar el lloro de los desgraciados, son tal vez los únicos goces que pueden hacer tolerables los sinsabores de la vida.

La enamorada jóven recibe de su tímido amante una flor tan cándida como ella; esta flor es la confidente de sus amores, es una amiga que le trae la amorosa declaracion de su amante.

Las flores son tambien el premio de la inteligencia, y de las gracias, y así cuando alguna alumna de Euterpe, de Terpsícore, de Melpomene ó Talía escita con sus hechizos ó sus talentos el entusiasmo de los espectadores, vemos llover sobre la escena ramos y coronas que son la recompensa del mérito.



Verdad es, amiga mia, que de esto se abusa como de todo lo que tiene un noble orígen y las pasiones humanas lo desvirtuan. Así lo conocerá usted cuando haya leido esta carta relativa á ciertas costumbres de Paris; que no dejan de tener alguna analogía con las que de algun tiempo á esta parte se van aclimatando en nuestro pátrio suelo.

He hablado á usted, aunque ligeramente, de las floreras ó ramilleteras que andan por las calles y paseos de Paris, ofreciendo sus *jolis bouquets* á las personas que bien les parece. Ahora quiero que

sepa usted que hay ademas tiendas de flores naturales, muy elegantes y lujosas, mereciendo particular mencion la del *passage des Panorama*, la de la calle *Neuve-Vivienne*, la de la calle *Saint-Honoré* y la del *Palais-National* á espaldas del teatro francés, bajo la direccion de *mademoiselle* Prévot. Esta última tienda es la menos lujosa y elegante, porque es muy reducida; pero debe ser citada honoríficamente por ser la mas antigua y que con mas parroquianos cuenta, merced á la proverbial amabilidad de su célebre propietaria y directora.

Las demas tiendas de flores están lujosamente montadas y todos los objetos puestos con tan esquisito gusto y simetría, que si parecen bien cuando el sol hiere los cristales que les custodian, por la noche aquella vista embelesadora recibe un realce mágico á la luz de gas, que aviva misteriosamente los variados matices de tantas y tan bellas corolas. Diríase que son preciosos invernáculos de un jardin iluminado, que derrama en derredor un aroma delicioso.



Creo inútil advertir á usted que las ramilleteras ambulantes no tienen la menor afinidad ni relacion con las ramilleteras de tienda. Ya he dicho á usted que las primeras vienen á ser pobres de solemnidad que se valen del recurso de las flores para implorar la caridad agena que les está prohibido mendigar; pero lo que usted no sabe es, que las otras, particularmente las que he citado, tienen fama de haber hecho una gran fortuna. Así lo manifiesta igualmente, no solo el lujo de sus posesiones, sino el de su persona, ataviada con toda la gracia y coquetería que debiera estarlo el símbolo de la hermosa primavera, que primavera puede titularse con justicia toda linda jóven que aparece como reina de las flores.

Yo no estraño que pueda hacerse fortuna en Paris con la profesion de ramilletera, y mas cuando la que la ejerce ostenta buenos ojos y agraciada sonrisa. Aunque no estamos en Oriente, entendemos todos algo del idioma de las flores. Cierto poeta á quien usted conoce mucho, ha escrito estos versos:

En los pueblos de Oriente son las flores
De amoroso placer cándido emblema;
Con ellas el cautivo, sus dolores
Sabe espresar en su amargura estrema;
Y combinando hermosos los colores
Con que engalana Flora su diadema,
Ora pinte el temor ó la esperanza,
Que hablen por él en su tristeza alcanza.

¿Y sabe usted cómo llaman los orientales á un ramillete formado con la idea de espresar por la combinacion de sus flores y matices algun pensamiento á la persona á quien se regala? Le llaman *Selam*.

El orígen de esta palabra no le conozco ni puedo atinarle. Solo observo que con el *Selam* ambicionan los amantes conquistar algun amor que consideran como el mayor de sus bienes. ¡Rara coincidencia! *Bienes* es el reverso de *males*, y de esto puede sacarse la consecuencia de que *Selam* equivale á *Bienes*, porque es tambien el reverso de *males*, y para convencerse, no hay mas que leer la palabra *males* al revés. ¿Qué le parece á usted de este medio de buscar la etimología de los nombres? *Se non é vero é ben trovato.*

Dejemos á los hijos de Mahoma que se calienten el cerebro en la escrupulosa combinacion de las flores para presentar un ramillete á la encantadora hurí cuyo corazon desean conquistar. A nosotros, que no hemos nacido en tierra de moros, nos basta comprar por algunos maravedis un ramillete cualquiera, y mas que sea de perejil ó pamplina, con el mero hecho de regalarlo á una muger, ya entiende la buena señora, señorita ó Maritornes, que aquel ramillete es como un billetito de amor, en el cual lee estas palabras: «*Yo te adoro.*»

Las declaraciones por ramilletes, amiga mia, llevan una ventaja inmensa sobre las demás. ¿Qué muger pundonorosa tolera una palabra atrevida? ¡Cuántas veces pierde un amante su esperanza recibiendo un amargo desengaño por haberse atrevido á pronunciar las tres palabritas en cuestion! ¿Qué dama pundonorosa no



se ruboriza, ó finge al menos ruborizarse, si se le aproxima alguno al oido, y le dice: *Yo te adoro?* ¿Y qué galan tendrá la osadía de dirigir esta frase á una muger delante de testigos? Pues bien, el ramillete es siempre bien recibido á pesar de su incuestionable significacion, y puede entregarlo el galan al objeto de sus ansias, sea doncella, casada ó viuda, delante de la mayor concurrencia, en presencia de los padres de la niña, ó del marido de la esposa, sin que nadie halle en aquel obsequio mas que una galantería sin consecuencias, y las consecuencias sin embargo suelen llegar mas tarde.

Y no crea usted, Enriqueta, que como he dicho al principio de esta carta, esten en uso estas floridas declaraciones de amor solo entre enamorados tímidos. Tambien los Tenorios y Lowelaces de estos tiempos bombardean con flores las plazas que anhelan conquistar.

Antiguamente los grandes señores derramaban el oro á manos llenas en premio de una mirada afectuosa; pero en estos aciagos tiempos de revueltas, de *liberté* y *fraternité*, hasta los grandes señores economizan, por si van mal dadas, y nunca es tan caro un ramo de flores como un aderezo de brillantes.

Por todas estas razones es una gran profesion la de ramilletera en Paris. Por esto se enriquecen las que tienen tienda de flores. Si viera usted que elegante y escogida es la concurrencia de estos *petits cercles de bon ton!* Los mas célebres *lions* de la aristocracia, los *dandys* de la *bourgeoisie*, los petimetres de todas las clases, acuden al mismo manantial. Solo hay diferencia en las horas, porque estas son las únicas encargadas de la clasificacion de categorías.

De todas maneras el consumo es importante. Ya se vé; ¿qué señora ó señorita decente sale en Paris á la calle sin su correspondiente *bouquet?* Y cuidado, que ha de haber *bouquet de negligé*, *bouquet* de visita, *bouquet* de paseo, *bouquet de soirée; bouquet* de baile, etc., etc. Añada usted luego otros mil adornos en que ocupan el primer lugar las flores naturales, y dígame si cada coqueta parisiense necesita, no digo yo una tienda, sino un jardin de flores diario para su *toilette*.

Con todo eso, las mugeres de Paris no compran ramo alguno. ¿Lo creerá usted? Ni una sola flor. ¿Y por qué? Porque saben muy bien que alguno las comprará. Dirá usted sin duda: es claro, las comprarán sus padres, sus hermanos, sus maridos. Se equivoca usted; en Paris no se compran flores para las mugeres de casa, y sin embargo, rara es la casa donde no haya flores para las mugeres, rara es la muger *distinguée* que no vaya adornada con ellas.

El caso es que el consumo es grande, y ha de renovarse cada veinticuatro horas como *el pan nuestro de cada dia*, porque la belleza de las flores es efímera como las vanidades de este mundo engañador. Disimúleme usted esta frase de misionero trapense en gracia de la oportunidad.

Otra cosa hay aun que es lo que da mayor impulso al comercio de las flores, lo que le hace mas lucrativo. Hablo de las lluvias de flores que en Paris son á veces tempestuosas. Y como estas lluvias no bajan del cielo, sino del paraiso, que así se llama en Francia lo que nuestros padres apellidaban *la cazuela* del teatro (1), desempeñan el papel de nubarrones ciertos apasionados frenéticos de tal ó cual *prima donna*, de tal ó cual bailarina, empeñándose á menudo competencias acaloradas que redundan siempre en beneficio de las ramilleteras, en cuyas tiendas es donde se fraguan estas tormentas, siempre gratas á las notabilidades artísticas.

Ocasiones hay en que estas hermosas lluvias son ovaciones al

(1) El teatro de Oriente de Madrid es el primero que ha importado en España esta mejora.

mérito. Cuando una eminente actriz escita el entusiasmo de la concurrencia, debe serle muy lisonjero ver caer á sus piés en medio de estrepitosos aplausos los ramilletes que las hermosas desprenden de su corazon. Solo entonces es una verdad el entusiasmo; pero no cuando *la claque* pone en juego sus ardides de mala ley.

No crea usted, amiga mia, que hay exageracion en cuanto digo. Los mismos franceses lamentan el abuso que se hace de las lluvias de flores; y uno de sus mas célebres escritores asegura que en Paris, donde de todo se saca partido, se han formado empresas de arrojadores de ramilletes, *jeteurs de bouquets.*

Con este motivo cuenta, (cuidado que es un francés el que estas fragilidades atribuye á sus conciudadanos) cuenta, como digo, que á veces una actriz quiere obtener un triunfo como alguna de sus compañeras, á quien juzga muy inferior en mérito. Si no tiene un protector bastante rico que proporcionarle pueda los honores de los ramilletes, se decide á costeárselos ella misma. Es un pequeño gasto que puede uno permitirse una vez por casualidad.

La actriz envia su madre á casa del empresario arrojador de ramilletes. Una actriz siempre tiene madre... y si por desgracia no la tiene, alquila una, es decir, que da este título á una vieja que se encarga de este empleo mediante el hospedage, la manutencion y los gajes del oficio.

La madre verdadera ó alquilada se presenta en casa del citado empresario de ramilletes, y le dice:

—Mi hija está inimitable en el papel que acaba de crear. Su talento oscurece á las mejores artistas..... pero el público es tan bárbaro!... Cuando no se le grita contínuamente que uno tiene talento, pasa á veces largos años sin conocer semejante cosa. Seria capaz de silbar á mi hija si se le dejase en su ignorancia. *Mademoiselle* X*** lo hace pésimamente y sin embargo se le arrojan ramos todas las noches... Ya sabemos el orígen de estos ramos... pero no me gusta murmurar. El caso es que con estas injusticias queda mi hija perjudicada, y para ponerla en el lugar que le corresponde, quiero, sin que ella lo sepa, sorprenderla con una lluvia de flores...

esta misma noche..... cuando se envenena en el tercer acto..... ¿Cuánto podrá costarme?

—Segun sea la lluvia.

—La quiero nutrida, que parta de todos los puntos del teatro.

—Entonces necesitais treinta ramilletes.

—Sean treinta, aunque la verdad, mi hija merece tres mil; pero bastarán los treinta... ¿Y cuánto me llevareis?

—Cincuenta francos.

—*Fichtre!* es una lluvia algo cara..... sale á mas de treinta sueldos cada ramillete.

—Tengo que emplear mucha gente..... Además, los ramilletes serán de toda confianza.

—Y cuidad que no haya entre las flores algun troncho..... La otra noche por poco hacen saltar un ojo á la dama jóven.

—Tranquilizaos, yo mismo haré los ramilletes.

Hecho el ajuste, toma el empresario la precaucion, nunca inútil, de hacerse pagar anticipadamente.

Llega el momento crítico... La actriz ha representado pésimamente su papel, y la lluvia de flores estalla entre los silbidos y carcajadas del público.

¿Qué le parece á usted de esta anécdota? Habrá exajeracion sin duda en los detalles; pero en el fondo está la verdad.

¡Cuántas ovaciones se urden tambien en Madrid por este estilo para laurear á nuestros distinguidos literatos! Bien dice Breton: todo es farsa en este mundo.

Una cosa hay verdadera sin embargo, y es el cariño que profesa á usted su mejor amigo.



CARTA XX.

30 DE AGOSTO.

AMABLE Enriqueta: entre los ratos agradables que paso desde que estoy ausente de mi querida patria, son de los mas deliciosos los que dedico á escribir á usted. Si para cumplir este dulce deber tomo siempre la pluma con emocion, hoy que he de herir la fibra mas delicada del tierno corazon de usted para rociarle de consuelo, es mi placer imponderable.

Sí, amiga mia, voy á tratar en esta carta de uno de los establecimientos de beneficencia que mas honran á la capital de Francia. Y usted que es tan generosa y compasiva, usted que tanto se afana por aliviar á los menesterosos, usted que quisiera no hubiera desgraciados en el mundo, no podrá menos de bendecir al fundador del hospital de inválidos de Paris.

Toda vez que la civilizacion de las naciones se halla aun tan lejos de la perfeccion á que el progreso de la inteligencia ha de conducirlas irremisiblemente, toda vez que aun creen los gobiernos indispensable la fuerza armada para hacerse respetar, toda vez que se prefiere subyugar las masas populares con las bayonetas á granjearse su amor y obediencia por leyes justas y protectoras, toda vez que aun hay déspotas en el mundo, y ambiciosos que sacrifican en fratricidas luchas millares de valientes, toda vez que hemos visto salpicar de sangre humana el universo para satisfacer

el orgullo de homicidas conquistadores, á quienes la ignorancia del vulgo apellida héroes, toda vez que los implacables opresores de la humanidad aprestan sus bélicos recursos é ignominiosas huestes de esclavos para sostenerse entronizados sobre los escombros de la libertad, toda vez que altanera la teocrácia cual nunca, ondea el sangriento estandarte de una reaccion espantosa, toda vez que el sufrimiento del hombre tiene sus límites, y que acaso no está lejos el dia en que el primer estampido del cañon estremezca al mundo entero y se empeñe el último y encarnizado combate entre los defensores de la ilustracion y los secuaces de la tiranía, toda vez que al triunfo de la fraternidad y de la paz universal ha de preceder una guerra horrible, desastrosa, merced á la pertinacia de execrables verdugos, toda vez que por sus inícuas provocaciones ha de correr aun la sangre á raudales, es dulce y consolador, en medio de tantos escándalos, el ver esos monumentos de beneficencia, en donde se dá asilo á las víctimas de agenas y sacrílegas ambiciones.

En el *Hôtel des Invalides* únicamente son admitidos los militares lisiados ó que hayan contado treinta años de servicio. Allí pasan pacíficamente y atendidos con esmero los últimos dias de su existencia.

Afortunadamente no son aplicables á la Francia los siguientes versos:

Vestido de harapos,
Cubierto de polvo,
Con mil cicatrices
En su fiero rostro,
Con pierna de palo,
Con un brazo roto,
Ornado de cruces
El pecho glorioso,
Yo ví á un granadero,
Ví á un gallardo mozo
Ir de puerta en puerta
Pidiendo socorro!

Para estos beneméritos de la patria hay en Paris el hospital ó cuartel de los inválidos.

En la actualidad son 2920 los individuos que se albergan en este piadoso recinto, á saber:

1	coronel
1	comandante de batallon
46	capitanes
65	tenientes
49	subtenientes
24	gefes de division
12	ayudantes
76	capitanes honorarios
266	tenientes honorarios
51	sargentos primeros
260	sargentos segundos
448	cabos
1605	soldados
16	tambores
2920	

Hay entre ellos diez y siete epilépticos, diez privados de entrambas piernas, trescientos sesenta y cinco privados de una pierna, cinco mutilados de los dos brazos, doscientos cincuenta y cinco á quienes falta un brazo, ciento ochenta ciegos, ciento cincuenta y cuatro lisiados á consecuencia de heridas mas ó menos graves, y seiscientos sesenta y siete ancianos que pasan de los setenta años de edad etc.

La junta administrativa del *Hôtel des Invalides* se afana por mejorar de dia en dia la suerte de aquellos infelices veteranos confiados á su celo, y son efectivamente cuidados con fraternal solicitud.

Es preciso hacer justicia á la nacion francesa, amiga mia. Para conocer la generosidad de sus sentimientos, no hay mas que preguntar á los desgraciados españoles, víctimas de las vicisitudes políticas. Todos ellos, cualquiera que fuese el motivo de su emigra-

cion, cualquiera el matiz de sus principios, por el mero hecho de ser desgraciados merecian consoladora hospitalidad. Huélgome en consignar aquí esta verdad que tanto honra al pueblo francés. Hay mucha distancia entre los pueblos y los gobiernos. Si la conducta de estos fuese tan recta, fuese tan noble y generosa como el instinto de aquellos, no se encenderian nunca esas abominables guerras que han sido y son el oprobio del género humano.

Y si el infortunio de estraños, de los mismos á quienes debia suponerse enemigos de la Francia, hallaban en su seno un benéfico amparo, es natural que el noble ejercicio de la beneficencia suba de punto al tratarse de sus compatriotas, de los soldados de su ídolo, de los veteranos á quienes debió el capitan del siglo sus memorables conquistas.

Crea usted, mi buena amiga, que el buen órden que bajo todos aspectos reina en esta casa de caridad, es verdaderamente admirable y superior á todo elogio. Todo está en sus mas minuciosos detalles bajo la esquisita vigilancia del coronel director. El gefe gobernador, descansando completamente en el celo de sus subordinados, solo se ocupa de la prosperidad del establecimiento, sin descender á las minuciosidades. Sin embargo, de vez en vez, y cuando menos se le aguarda, suele hacer una visita escudriñadora para castigar los abusos que rarísima vez los hay, ó elogiar el buen celo de cuantos contribuyen al bienestar de los inválidos.

Además de los empleados de mas ó menos consideracion que se creen indispensables para la atencion de aquel asilo, hay veinte y cinco hermanas de caridad y doscientos sesenta sirvientes, todos activos y de una confianza á prueba. Así respira todo frescura, aseo y limpieza, sin que el aliento de tantos seres enfermizos, los mas á consecuencia de sus heridas y avanzada edad, logre infestar el aire que allí se respira, siempre sano y apacible, merced á la inteligente oportunidad con que se ventilan todas las piezas del edificio.

Da gusto ver los espaciosos refectorios contíguos á las galerías

del entresuelo. Hay uno para los gefes, otro para los oficiales y otro para los soldados.

En el refectorio de los gefes está montado el servicio hasta con lujo; bien amueblado el salon, limpios y finísimos manteles, vasos y botellas de cristal, platos de porcelana y cubiertos de plata, corresponde todo á la bondad de los alimentos, condimentados con toda la variedad y perfeccion de la cocina parisiense.

El refectorio de los oficiales es algun tanto mas humilde; pero sin desmerecer del anterior por lo que toca al aseo del ajuar y buen servicio de la mesa.

En uno y otro se sirve el almuerzo á las diez y la comida á las cinco.

Los sargentos, cabos y soldados están divididos en tres clases. La primera almuerza á las ocho y come á las cuatro, la segunda almuerza á las nueve y come á las cuatro y media, y la tercera almuerza á las diez y come á las cinco. Hay además buenos caldos y sopas á disposicion incesantemente de los que por la delicadeza de su salud puedan necesitarlos.

El almuerzo de los gefes y oficiales consiste en un plato de carne, otro de legumbres, y ensalada. Para la comida se les sirve: sopa, un cocido, un asado ó guisado con legumbres, y un plato de legumbres y postres que consisten en queso ó frutas bien sazonadas.

Los soldados tienen para almorzar una buena racion de vaca y legumbres, y para la comida, sopa, un guisado, un plato de legumbres ó huevos.

A todos los inválidos, sin distincion de clases, se les sirve pan y vino de muy buena calidad. Todos los alimentos pasan diariamente por la inspeccion de personas entendidas, que los examinan con la mayor escrupulosidad.

Los domingos se hace alguna alteracion favorable á los consumidores, dándoles algun manjar estraordinario, y hay además tres aniversarios en que se les dá una comida verdaderamente espléndida. Estas solemnidades se celebran una el dia de los Santos

Reyes, otra el de la fiesta de la Asamblea Nacional, y otra en conmemoracion de la revolucion de febrero de 1848.

Los dormitorios consisten en varios salones del primero y segundo piso que contienen cada uno cincuenta camas muy cómodas y estremadamente limpias. Cada individuo tiene su cama, y aunque en el dia, como he dicho á usted ya, no llega á 3,000 el número de los inválidos, pueden recibirse muchos mas, pues en tiempos de Napoleon llegaron á 7,000. Las enfermerias son espaciosas y corresponden á todo lo demás.

Antes de que reinara Enrique IV, los veteranos de la Francia no tenian asilo ninguno en su miseria, y cuando quedaban inútiles para el servicio, un criminal abandono era el galardon de sus hazañas. Despues de haberse sacrificado en los altares de su patria, esta patria desagradecida miraba con ojos de indiferencia y desprecio á tantos valientes mendigar de puerta en puerta la caridad pública, sin mas recomendacion que sus gloriosos antecedentes y el honroso uniforme convertido en miserables pingajos.

En 1596, el monarca que acabo de citar, puso término á tan escandalosa injusticia, creando un hospital en el arrabal de *Saint-Marcel,* destinado á dar albergue á los militares heridos ó enfermos.

En 1634 Luis XIII colocó los inválidos en Bicètre; pero la escasez de fondos no permitió dar á este establecimiento el desarrollo que era de anelar.

Durante el reinado de Luis XIV las guerras que á la sazon estallaron, aumentaron considerablemente el número de inválidos, y el monarca mandó construir en el arrabal de *Saint-Germain*, á la parte occidental, junto al Sena, un hospital donde pudieran ser cuidadosamente socorridos. Este es el orígen del *Hôtel des Invalides,* título que el mismo rey dió al establecimiento en cuestion.

Espiraba el año de 1670 cuando se dió comienzo á este palacio de beneficencia, y á la vuelta de cuatro años servia ya de asilo á los infelices inutilizados en el servicio de las armas. Fué entonces puesto bajo la autoridad é inmediata proteccion del ministro de la guerra, y dotado con varias prerogativas y ventajosas esenciones.

El arquitecto Bruant empezó la construccion de la iglesia en 1675; emprendiose luego la cúpula ó cimborio con arreglo á los dibujos de Mansard, y no se le dió cima hasta treinta años despues.

Desde 1706 hasta 1790 quedó sin alteracion alguna este piadoso establecimiento, y se admitieron en él poquísimos inválidos durante los reinados de Luis XV y Luis XVI.

Tomó despues el nombre de *Temple de l' Humanité*, que conservó hasta que le cambió Napoleon en *Temple de Mars;* pero en 1814 recobró su primitivo título, que el gobierno de 1830 y la república de 1848 han respetado.

El gobernador que está al frente de este vasto establecimiento, bajo la inmediata autoridad del ministro de la guerra, es por lo regular el mas antiguo, el decano de los mariscales de Francia. Tiene á sus órdenes un teniente general, comandante del *Hôtel*, y un coronel mayor. Están á la disposicion de este cinco ayudantes; y los demás gefes superiores son: el intendente, el subintendente y el tesorero.

Hay además un médico en gefe, y un cirujano.

El gobernador actual es el antiguo rey de Westfalia, Gerónimo Bonaparte, hermano del emperador Napoleon. Goza de un sueldo anual de 40,000 francos.

Los honorarios del teniente general ascienden á 15,000 francos anuales, los del intendente á 12,000 y los del coronel á 7,000. Ignoro los de los demas empleados.

Voy ahora á dar á usted una sucinta idea del edificio. Llégase á él por una magnífica esplanada sombreada de pomposos árboles, desde las suntuosas verjas de hierro que circuyen el edificio, hasta la orilla del Sena, sobre una longitud de 480 metros y una latitud de 260.

El patio esterior del edificio, además del pintoresco enverjado, tiene su zanja ó foso con troneras de cal y canto, donde están colocadas las piezas de artillería destinadas á las salvas que se hacen á la abertura de las sesiones legislativas y en ocasion de gloriosos aniversarios y regocijos públicos.

En el centro de la esplanada hay un estanque donde campea el busto del general Lafayette.

Pasada la puerta principal del enverjado, asómbrase el viajero al contemplar la grandiosa fachada del *Hôtel*, que ostenta ciento treinta y tres ventanas simétricamente repartidas entre los cuatro pisos en que se divide el edificio.

Sobre el suntuoso dintel de la puerta del centro alardéase un bajo relieve que representa á Luis XIV á caballo, y hay en los estremos laterales dos pabellones coronados de trofeos, que se prolongan en azoteas rodeadas de una elegante balaustrada.

La referida puerta central da paso á un patio vastísimo, entornado de edificios, cuyos cuatro frontis tienen dos cuerpos de arcos que dan luz á las galerías cubiertas.

En el centro de la portada meridional está el magnífico pórtico de la iglesia, sobre el cual descuella la efigie del emperador Napoleon, parecida á la que el obelisco de la plaza Vendôme eleva hasta las nubes.

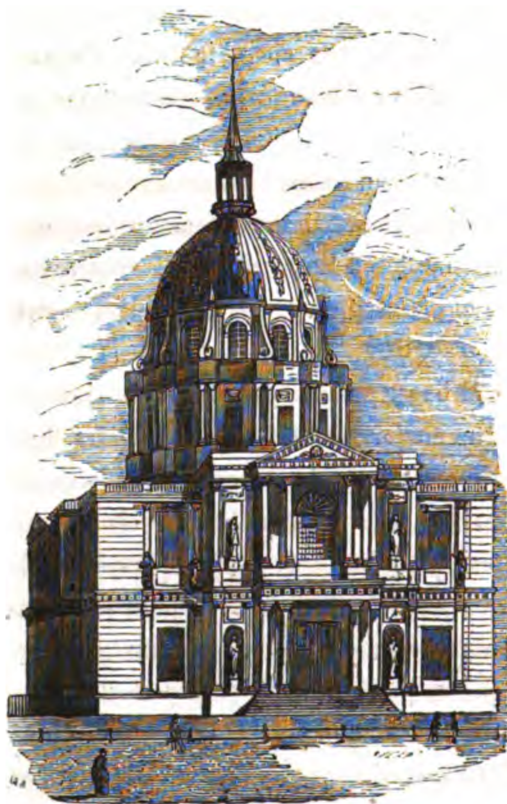
Seria tarea interminable el hacer una minuciosa descripcion del interior de los dos templos que encierra el *Hôtel des Invalides*. Estas dos iglesias se comunican por medio de un arco de admirable arquitectura, bajo el cual hay un altar decorado con seis columnas agrupadas de tres en tres, sobredoradas, guarnecidas de espigas, pámpanos y otros follages que rematan en palmas cruzadas que sostienen un baldaquino sobre el cual se ostenta un globo y una cruz, formando todo una composicion de bellísimo efecto.

La primera iglesia consiste en una dilatada nave, ó si se quiere, en tres naves y dos bajas alas que sostienen las tribunas en forma de galerías que aparecen detrás de los arcos de la parte central del templo. Los arcos descansan sobre pilastras de órden corintio, cuya cornisa embellecida por una línea de reja, dá luz á los infinitos estandartes tomados al enemigo, suspendidos de la bóveda por toda la longitud de la nave. Estos estandartes son trofeos de las guerras durante la revolucion y el imperio.

La segunda iglesia llamada *le Dôme*, consiste en una torre cir-

cular, colocada sobre una masa cuadrada de edificios, que forman el cuerpo del templo.

El frontis que da al *boulevard*, tiene su pórtico y entrada principal, que solo se abre al advenimiento de cada gefe del Estado. Elévanse sobre una espaciosa escalinata dos órdenes de columnas dóricas y jónicas, que sostienen un fronton triangular, decorado con las armas de Francia. Dos nichos laterales junto á la puerta cobijan las dos estátuas marmóreas de San Luis y Carlomagno.



Embellecen el ático cuatro soberbias estátuas que simbolizan *la Temperance*, *la Justice*, *la Prudence*, *la Force*. Las balaustradas son de un efecto maravilloso, y hay en ellas dos grupos admirables que representan los cuatro patriarcas de la iglesia griega, y los cuatro de la iglesia latina.

La parte superior de la cúpula ofrece una cintura de cuarenta columnas corintias, y termina por un lanternino dorado, sobre el cual se eleva una aguja cruzada por una flecha tambien dorada, que parece clavada en las nubes, pues dista ciento y ocho metros de la tierra.

La espresada cúpula está cubierta de plomo, y en su interior, que tiene diez y siete metros de diámetro, sorprende la pintura del Cielo, que se abre á Jesucristo rodeado de ángeles y de santos. En los espacios que median de ventana á ventana están los do-

ce apóstoles, tambien rodeados de ángeles.

La bóveda del santuario representa la Trinidad en su gloria y la Asuncion de la Vírgen, formando simetría con las cuatro efigies de los evangelistas.

Tanto el aspecto interior como el esterior del *Dôme*, obra maestra de arquitectura, es verdaderamente encantador. Su mérito supera á toda ponderacion apologética. Todo el edificio de los inválidos es magnífico, es el alcázar mas acabado, mas perfecto, mas popular de Paris. ¡Los cañones de su fachada han anunciado tantas victorias! ¡Han hecho palpitar tantas veces de orgullo los corazones franceses! ¡Han escitado con tanta frecuencia el entusiasmo de los parisienses!...

Pero concretándonos al *Dôme*, es preciso confesar que es lo que sobresale en este conjunto de maravillas. Es una creacion sublime que bastaria por sí sola para eternizar el nombre de Hardouin Mansard. Es el monumento mas grandioso, mas característico del panorama de Paris. Es el primer punto que cautiva las miradas de cuantos ocupan las colinas de los alrededores. Causa verdaderamente asombro contemplar el océano de casas que aquella suntuosa cúpula domina con su dorada flecha.

El santuario de los inválidos tiene otra gran recomendacion para los franceses. Bajo sus dilatadas bóvedas yacen los frios restos del emperador Napoleon, que el príncipe Joinville condujo de Santa Elena en 1840. Están depositados en una capilla provisional con la espada y sombrero que llevaba en la batalla de Eylau. Su mausoleo debe erigirse en el centro, bajo la cúpula, y campeará en él la estátua ecuestre del héroe.

Tambien están en este santuario los sepulcros de Turenne y Vauban, del conde Guibert, gobernador del *Hôtel*, muerto en 1786, del mariscal duque de Coigny, muerto en 1821, del mariscal conde Jourdan, muerto en 1834, del mariscal Mortier, duque de Trevise, asesinado junto al rey en el *boulevard du Temple* por la máquina infernal de Fieschi, en 1835, del general Damremont que pereció ante los muros de Constantina en 1837; del mariscal conde de

Lobau, muerto en 1838, y de los mariscales Oudinot, Bugeaud d'Isly y Molitor, que han fallecido en estos últimos años.

Aunque Enrique IV fué el primer monarca que se acordó en Francia de aliviar la suerte de los militares inutilizados en el campo de batalla para el servicio, ó enfermos á consecuencia de las fatigas bélicas, el fundador del *Hôtel des Invalides* es Luis XIV, nadie puede disputarle esta inmarcesible gloria. «Es muy justo, dice el decreto de fundacion, que los que han espuesto libremente su vida y prodigado su sangre para la defensa y sosten de esta monarquía, gocen del descanso que ellos han asegurado á nuestros súbditos.» Este párrafo, que he traducido literalmente, honra sobre manera al citado monarca.

Y no crea usted, mi buena amiga, que sea el *Hôtel des Invalides* la única morada benéfica de Paris, hay otros asilos humanitarios; pero el que descuella entre ellos, débese tambien á los generosos sentimientos de Luis XIV.

El mas magnífico establecimiento que la caridad haya podido consagrar á la miseria, es el *Hospice de la Vieillesse*, título que se dió al hospital general de la Salpêtrière, digno rival de los Inválidos, situado al otro estremo de Paris.

Hácia mediados del décimo séptimo siglo, habíanse decretado multitud de disposiciones para ver de abolir la mendicidad, y á este efecto habíanse creado en consecuencia algunas casas hospitalarias, bien fuese por la munificencia de los particulares, como el *Hospice de Jesus*, establecido por Vicente de Paul; bien fuese por la solicitud del gobierno, como el *Hospice de la Pitié;* pero todo esto era insuficiente, el número de los mendigos aumentaba sin cesar, y elevábase al increible estremo de cuarenta mil, cuando en 1656, atendiendo el rey á la proposicion de Pomponne de Bellièvre, presidente del parlamento, resolvió poner remedio al mal. Su decreto de fundacion del *Hospice general des pauvres*, es un verdadero monumento de sabiduría y dignidad. Permítame usted traducir literalmente algunos párrafos. Dicen así: «Considerando que somos deudores á la misericordia divina de infinitas

gracias y de una visible proteccion que incesantemente ha prodigado á nuestra conducta, no solo á nuestro advenimiento al trono, sino en el venturoso curso de nuestro reinado, por el éxito de nuestras armas y la dicha de nuestras victorias, nos creemos mas obligados á darle un ostensible testimonio de nuestro reconocimiento por una real y cristiana aplicacion á las cosas que tocan á su honor y á su servicio... Considerando á los pobres mendigos como miembros vivos de Jesucristo, y no como miembros inútiles del Estado, y obrando en la realizacion de un gran pensamiento, mas bien por altos motivos de caridad que por órden de policía... Mandamos que los pobres mendigos útiles de uno y otro sexo sean reclusos para dedicarles á honrosos trabajos, á labores de manufacturas, segun sus alcances, sus fuerzas, sus disposiciones lo aconsejen... A este efecto cedemos la casa y el hospital; así de la *Grande et Petite Pitié* como *du Refuge*, situados en el arrabal de *Saint-Victor*, la casa y el hospital de *Scipion* y la casa de la *Savonnerie; ensemble maisons et emplacement de Bicètre*..... Queremos que estas casas de benéfica reclusion lleven el título de *Hôpital général des pauvres;* que así lo esprese una inscripcion colocada con el escudo de nuestras armas sobre el pórtico de la casa de *la Pitié*, y nos declaramos desde ahora protectores y conservadores de dicho hospital.»

Los indicados establecimientos fueron insuficientes para contener á todos los pobres de Paris, y en consecuencia se erigió bajo la direccion de Libéral Bruant, sobre el local de la casa de la Salpêtrière, la iglesia y vastos edificios que existen en el dia, donde fueron admitidos cinco mil pobres; pero con todo esto no pudo estirparse la mendicidad. La institucion solo llenó en parte su grandioso objeto, y en 1789, la Salpêtrière era el receptáculo de todas las miserias y enfermedades humanas. En el dia está destinado el hospicio especialmente para el amparo de las mugeres que han cumplido los setenta años, para el de las insensatas ó abrumadas de enfermedades incurables. Contiene cinco mil mugeres. Es una ciudad de hospitales, con sus calles, sus barrios, su mercado, y

cuenta con cuarenta y cinco edificios.

Y no vaya usted á creer que aquí terminan las casas de beneficencia que encierra Paris, pues existen aun mas de veinte, entre las cuales citaré á usted el *Hôtel-Dieu*, el mas antiguo hospital de Paris, fundado por el obispo Saint Landri, en el siglo XVII, mejorado y engrandecido sucesivamente por Felipe Augusto, San Luis, Enrique IV, Luis VIV, Luis XVI y el emperador Napoleon. Está dividido en dos departamentos, uno para las mugeres y otro para los hombres. Las salas son espaciosas y bien ventiladas. Contienen mil doscientas camas, notables por su limpieza.

El *Val-de-Grace* del arrabal *Saint-Jacques* es otro hospital que da asilo á 1,500 enfermos.

El hospital de *Saint-Louis*, calle de *Récollets*, consagrado á las enfermedades crónicas tiene 1,100 camas.

Es de suma importancia el que se titula *Maison d' Accouchement*, en la calle de Bourbe, destinado á las pobres mugeres próximas á parir.

Tambien hay un hospital ú hospicio de los *Enfants-Trouvés*, donde los huérfanos son esmeradamente cuidados por las hermanas de San Vicente de Paul y de la caridad. El término medio de los niños que entran anualmente en este asilo es de cinco á seis mil.

Existen en Paris otros muchos hospicios de mas ó menos importancia. Baste saber que entre todos los asilos de beneficencia hay 110,000 pobres reclusos, de los cuales 30,000 son mugeres y 80,000 varones.

Para el socorro de los pobres á domicilio, además de los muchos *bureaux de charité* parroquiales, que están bajo la direccion de los curas párrocos, hay muchas asociaciones particulares, entre las cuales merecen ser citadas la *Societé philantropique* y la *Societé de charité maternelle*.

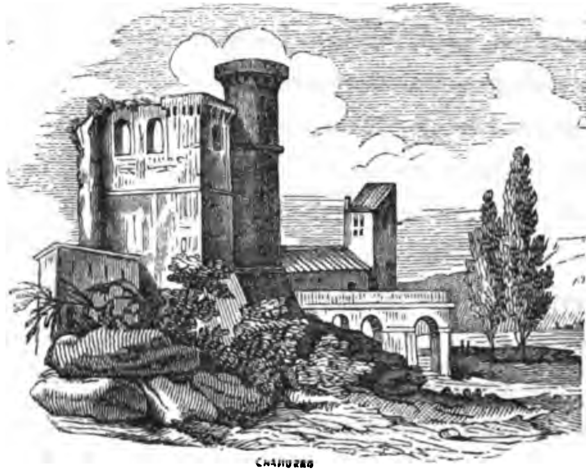
¿No es verdad que simpatiza usted mas con la Francia, desde la lectura de estos renglones? La nacion que no abandona á los pobres merece todos los halagos de la prosperidad. ¿Hay en el mundo obligacion mas sagrada que la de socorrer á los desvalidos?

¿Hay acto mas satisfactorio que el de enjugar el ageno llanto? ¿Hay placer mas dulce que aliviar la suerte de los infortunados? ¿Hay caridad mejor ejercida que la que lleva el consuelo á los menesterosos?

Estos son los deberes mas gratos que tienen los pueblos lo mismo que los particulares. Hay otros, cuyo cumplimiento es desgarrador. La sociedad que levanta esos magníficos establecimientos de beneficencia, tiene obligacion de erigir otros correccionales.

En mi próxima carta hablaré á usted de la manera como se ha llenado en Paris esta necesidad de todo pueblo culto, que parece no quiere conocerse en Madrid, donde el estado de las cárceles hace muy poco honor á nuestra civilizacion.

Diviértase usted mucho, mi buena amiguita.



CARTA XXI.

1.° DE SETIEMBRE.

Despues de la lectura de mi carta anterior, creerá usted, adorable amiga, que no hay miseria en Paris, y desgraciadamente se equivoca usted mucho. Verdad es que los pobres de solemnidad, ó mejor dicho lòs que por su vejez, defectos físicos ó enfermedades son inútiles para el trabajo, hallan amparo en las casas de beneficencia; pero el verdadero pauperismo no queda con esto enteramente esterminado. En las mas santas instituciones pueden cometerse abusos, y es de temer que no siempre sea la verdadera indigencia la que obtenga su inscripcion en los *bureaux de charité*. Influencias esteriores harán mil veces disfrutar de los socorros públicos, en perjuicio de los verdaderos pobres sin proteccion, á individuos que no los necesitarian si tuvieran amor al trabajo. Hay ademas pobres vergonzantes, que devoran á sus solas el secreto de su miseria, á quienes nadie conoce, nadie visita, nadie presta el mas leve socorro, mientras los avezados á la mendicidad asedian importunos las puertas de los *bureaux de charité*.

Contribuye tambien al aumento de la miseria pública y á las

horribles consecuencias de ella la insuficiencia de los salarios que ganan las clases jornaleras, particularmente las mujeres que se dedican á las labores propias de su sexo. Añada usted luego que este trabajo que tan escaso fruto produce á los que dedican á él todas las horas del dia, no siempre es seguro, y muchas familias honradas perecen de hambre por no pasar por la vergüenza de mendigar su alimento.

Otros miserables, á quienes la Providencia no ha dotado de un estoicismo á toda prueba, ven cubierta de flores la senda del vicio, mientras no pisan mas que abrojos en la de la virtud, y cambian de rumbo á impulso de la necesidad. Hé aquí el orígen de la prostitucion, hé aquí el principio de todo linage de crímenes.

No basta pues, amiga mia, crear asilos benéficos, si bien es laudable que merezcan la predileccion de la sociedad; pero esta sociedad tiene aun altas obligaciones que cumplir si ha de llevar á cima el gran bien de la prosperidad universal, y el mas urgente de estos deberes es PROPORCIONAR TRABAJO Á TODOS LOS BRAZOS ÚTILES; PERO UN TRABAJO SOPORTABLE, QUE LEJOS DE ASESINAR AL HOMBRE LE FACILITE LOS MEDIOS DE UNA SUBSISTENCIA TRANQUILA.

Este seria el único medio de hacer desaparecer para siempre el pauperismo, semillero de todos los males que afligen á la sociedad. Entonces no tendrian disculpa alguna los criminales, que indudablemente quedarian reducidos á los seres de instintos feroces, instintos que tal vez podrian mejorarse y acaso hacer desaparecer del todo en las casas de correccion.

Hasta los nombres de *prision*, *cárcel*, *calabozo* y cuantos pueden recordar los tormentos con que en la horrible inquisicion se maceraba á la criatura que Dios formó á su imágen, debieran abolirse, y ser sustituidos por *casas correccionales*, donde en lugar de destruir la obra del Criador con la crueldad del castigo, se ejerciese con los delincuentes la caridad evangélica, haciéndoles conocer sus errores, inspirándoles amor á la virtud y odio al vicio, apego al trabajo, sincero arrepentimiento, y deseos de reparar sus estravios.

Las cárceles de París, cuya situacion era deplorable en estremo aun á principios del presente siglo, han ido desde entonces esperimentando progresivamente importantes mejoras.

Bajo la administracion de Malesherbes empezose la separacion entre los presos por causas políticas y los criminales. Publicose una ley en 1791 mandando establecer casas de arresto, de justicia y de detencion; todas las demás cárceles fueron suprimidas.

En 1795 creáronse otras varias prisiones destinadas á diferentes clases de condenados. Apareció luego el Código penal y el Código criminal, y fijose á la sazon la competencia de los diversos tribunales, no solamente para Paris, sino para toda la Francia.

La municipalidad de la capital se ha ocupado siempre de este grave objeto con solícita prediléccion, y en la actualidad es bastante satisfactorio el estado de las cárceles de Paris, si bien pueden aun mejorarse mucho para el perfecto estado que reclama la ilustracion del siglo.

Son varias las cárceles en cuestion y tienen las siguientes aplicaciones: para individuos acusados; para detenidos por deudas; para delitos políticos; para individuos encausados; para individuos contra quienes haya recaido condena á trabajos forzados; para presos de menor edad; para mugeres arrestadas. Todas estas cárceles están bajo la jurisdiccion del prefecto de policía. Hay además una prision militar bajo la jurisdiccion del ministro de la guerra.

La Conciergerie, prision del *Palais-de-Justice*, es el depósito de los presos durante su proceso; sirve tambien alguna vez para detener á los sentenciados antes de su ejecucion ó de su esposicion.

La Salle-Saint-Martin pertenece á la prefectura de policía, y sirve para los arrestados solo hasta que han sufrido el interrogatorio. El edificio es espacioso, y tiene tres pisos, uno para las prostitutas, otro para los criminales, y otro para los delincuentes de menos gravedad.

La Roquette es el calabozo que guarda los condenados á trabajos forzados ó á la pena capital. El edificio es de los mas sólidos de Paris, y está totalmente aislado. Cada preso tiene su prision se-

parada. Puede contener trescientos diez y ocho presos, y encierra vastas habitaciones para el director, agentes, vigilantes y fuerza armada.

En frente de esta prision está la de los jóvenes de menor edad. Se llama *des Jeunes détenus*, y mas parece un antiguo castillo feudal ó un vastísimo colegio, que una casa de detencion. Los presos están clasificados segun su edad, su moralidad y su culpabilidad, y no se reunen mas que en los talleres, donde todos trabajan asiduamente en medio del mas profundo silencio. El local tiene espaciosos patios y una hermosa fuente entornada de árboles. Puede contener quinientos presos.

Saint-Lazare es otra prision situada en la calle *du Faubourg-Saint-Denis*. Admite las mugeres que deben ser juzgadas, ó que están ya sentenciadas á prision que no esceda de un año; por ejemplo las mugeres públicas, condenadas á uno ó varios meses de arresto por delitos sanitarios ó infracciones del reglamento de policía. Hay separacion entre las jóvenes que no llegan á los diez y seis años y las mugeres condenadas por la policía correccional. Las que aun no están juzgadas, ocupan igualmente un departamento aparte. Cada clase tiene su enfermería, y distintos talleres donde las ocupan en diversas labores. Hay una habitacion especial para las mugeres arrestadas por deudas. En medio del establecimiento hay una capilla, donde cumplen las presas todos los domingos con los deberes de la religion. Entre todos los departamentos se cobijan diez mil mugeres.

La Force es la cárcel de los ladrones. Está situada en la calle *du Roi-de-Sicile*, *au Marais*. Suele haber tambien sobre diez mil presos, divididos en distintas clases. Los de ánimo atrevido ocupan un local; los hombres violentos otro; los que tienen mas de sesenta años otro; los que no llegan á diez y ocho otro; y los que son de carácter pacífico otro. Todos tienen su departamento con buena ventilacion. El de los jóvenes está dividido en aposentos con una sola cama en cada uno. Es inútil añadir que tambien hay talleres, donde se acostumbran al trabajo los que mas odio le profesan.

Sainte-Pélagie encierra los condenados á una prision que no pase de un año y los arrestados por delitos políticos. Estas dos clases de presos están independientes una de otra. El local tiene buena ventilacion, y aunque es vasto, solo contiene unos ciento cincuenta individuos. Antiguamente estaba destinado para los detenidos por deudas, pero estos tienen en el dia su reclusion en otra parte.

Clichy es el nombre de la casa de los malos pagadores, ó por mejor decir, es un mundo entero, donde se ven representadas todas las categorías de la sociedad. ¡Cómo todas las categorías! dirá usted acaso con sorpresa; pero ha de saber usted que en Paris hay gentes que brillan en los mas elegantes salones, que están abonadas en los primeros coliseos, que tienen soberbios caballos y se pasean en lujosas carretelas, que pasan por los mas distinguidos *lions* de la aristocracia, y todo lo deben á la prodigalidad con que gastan el oro... ageno. Esto no debe causar á usted el menor asombro, sabiendo lo que pasa en Madrid. Si llegara á establecerse en la córte de España una prision para los deudores, quedarian encerradas en ella dos terceras partes de la poblacion. Tal vez por este pequeño inconveniente, y por no abochornar á multitud de condes, marqueses, y otros grandes señores que viven de lo que deben, no se le ha ocurrido nunca al gobierno español imitar en esta parte las cosas de Paris.

Vosotros, los que entrais en Clichy, ha dicho Julio Janin, llevad por compañera la esperanza. Estais en una prision de un dia. En ella no oireis ni el rechinar de los cerrojos, ni el grito del remordimiento. El remordimiento de la prision por deudas, es todo lo mas el pesar, es todo lo mas el arrepentimiento. Se piensa únicamente en lo que se ha perdido, en lo que se recobrará muy pronto. Los mas deliciosos recuerdos sirven de solaz á los reclusos. Saborean sus pasados goces, la memoria de los festines, de las noches de baile, de los convites, de las serenatas, de las conquistas amorosas, de las carreras de caballos, de una agitacion incesante que necesitaba descanso. Ese descanso es el que proporcionan los acreedores á los detenidos en Clichy. ¡Y luego dirán que los acreedores

tienen el corazon de piedra! Es indudablemente una calumnia, cuando se les ve llevar la amabilidad hasta el estremo de pagar el coche que conduce los prisioneros á tan saludable y pacífica morada.

—¡Oh, bah!—dice el deudor mientras rueda el carruage—la deuda es una beldad que tiene algo de hiena; pero he aprendido á domesticarla, y aunque de vez en vez suele mostrarme los dientes, sé apaciguarla con una caricia, con una frase de esperanza, con una promesa soltada en el aire á guisa de pompilla de jabon que se desvanece al punto. Hoy me tiene entre sus garras, es preciso no enfurecerla. Dejémosla hacer; así como así necesito reposo, soledad, silencio. Que me encierren, nada importa; acabaré mi drama, leeré las cartas de mis queridas, de esas bellezas que han consumido todos mis capitales..... ó mejor dicho, los capitales de mis acreedores.

Con esta laudable resignacion llega un elegante deudor, en trage de interesante *negligé*, á ese palacio que descuella entre dos jardines, que coge lo largo del parque del Tívoli, sitios frondosos y predilectos de los amores, y allí encuentra otros jóvenes de su cómoda profesion.

No compadezca usted á estas amables criaturas, María Enriqueta, yo estoy cierto que no padecen ellas en su prision tanto como sus acreedores en libertad. Les basta un poco de paciencia y de valor para salir de un apuro al que están ya acostumbrados, y sobre todo, nunca les falta la resignacion. Están en la creencia de que sufren por bellas causas, tal vez por algunos ojos hechiceros, por la sonrisa de alguna beldad, por el uso delicioso del vino de *Champagne*, por el lujo, los viajes, los placeres..... Marchaban con sobrada rapidez por el ferro-carril de todo linage de goces, y solo se exige de ellos un instante de reposo. ¿Puede haber cosa mas útil? Llegaba á serles ya monotono eso de pasearse todas las mañanas á caballo, de comer todos los dias en la fonda, de pasar todas las noches en fatigosas orgías. No hay juventud que resista semejante ebullicion. ¡Cuántos motivos tienen de bendecir la mano bienhechora, que despues de haberles proporcionado el oro para alcanzar tantos

goces, les proporciona tambien estos dias de tregua! Un padre no hace mas por sus hijos de lo que hace un acreedor por estos venturosos deudores, cuando les obliga á pasar en Clichy tan saludable cautiverio.

Verdad es, amiga mia, que la amistad abandona á estos pobres amigos, porque la amistad es en París como en todas partes, hablando en general, sumamente egoista. El que es rico ó aparenta serlo, el que es generoso con cuantos le rodean, el que dá espléndidos convites, el que gasta con prodigalidad, lleva siempre una crecida escolta de íntimos amigos; pero estos amigos que adulan á cuantos ven en posicion brillante, son tan tiernos de corazon que no pueden ver á sus amigos en la desgracia y se apartan de ellos tan pronto como deja la suerte de sonreirles. Los cautivos de Clichy no reciben consuelo alguno de sus amigos precisamente cuando mas los necesitaban; pero este es tambien un desengaño saludable, y en cambio de la pérdida de la amistad, reciben todos los halagos del amor. La amistad se asusta y se detiene ante las rejas y enverjados de hierro que cierran á los profanos toda comunicacion con los habitantes de Clichy, pero el amor, que gusta siempre de vencer obstáculos, salva enverjados y rejas, y las lindas almas caritativas de la calle *du Helder* pasan ligeras como las gracias de Horacio, al resplandor de la luna..... Las mismas que han arruinado, sin remordimiento alguno, sin prevision tal vez á esas inocentes víctimas de la deuda, se les presentan mas hermosas que nunca, llenas de ternura, los ojos espresivos, la sonrisa en los lábios, en trage modesto; pero elegantísimo, calzadas con primor, ocultando sus diminutas y blancas manos en los angostos guantes pagizos. Todos abren paso á la beldad que aparece como una hermana de caridad que visita la buhardilla de un pobre. Todos tributan alguna frase de dulzura á su belleza, y ella inunda el espacio de perfumes. ¿A dónde irá? A la pequeña celda del pobre prisionero, ya que no á devolverle el oro recibido que pudiera darle la libertad, á solazarle con sus encantos y caricias. ¿Qué espera de un jóven arruinado? Que contraiga nuevas deudas. A esto estan

reducidas en lo que llaman *el gran mundo* las dos mas bellas afecciones del alma, el amor y la amistad.

Lo peor del caso, mi querida amiga, es que no todos los detenidos en Clichy pertenecen á esta clase de deudores de buen humor; los hay que son verdaderamente dignos de lástima. Mientras los jóvenes calaveras ahuyentan las amarguras de su cautiverio convirtiendo su celda en mansion de amores; sus brindis, sus risotadas ó sus cánticos, suelen confundirse con los ahogados ayes de algun infortunado padre de familia, cuyo único delito es haber trabajado con afan dia y noche para mantener á su esposa é hijos, sin haber ganado lo suficiente para el preciso alimento de todos.

En el pueblo trabajador de Paris es donde, como en todas partes, se halla lo mas sublime de la virtud; y parece imposible que todo el afan de personas laboriosas no sea á veces suficiente para preservarlas de contraer deudas, que no pudiendo luego solventarlas sean el orígen de una prision que tiene consecuencias muy fatales. Esto, afortunadamente no es lo mas comun; pues en general tienen siempre buen resultado los esfuerzos de la virtud en las clases trabajadoras.

En corroboracion de esta verdad, un célebre escritor francés, presenta el hermoso cuadro de UNA FAMILIA DEL PUEBLO, y es tan exacto ademas de interesante y moralizador, que voy á traducírselo á usted porque estoy seguro de que ha de merecer su agrado. Ya que hemos hablado del vicio y de las casas de reclusion que hay en Paris para contener todo género de faltas, delitos y crímenes; ya que he sentado que la miseria es un semillero de escesos y maldades, huélgome en consignar en esta carta, que en las clases mas humildes de Paris existen virtudes á toda prueba y nada hay que las desvie de la senda del deber.

Lo que se halla á menudo en Paris, dice el autor á quien me refiero, cuando quiere uno tomarse la molestia de visitar los arrabales y entrar en la morada de las gentes del pueblo, es una familia como la que voy á presentar en el siguiente cuadro.

Una muger que no frisa apenas con los treinta años de edad,

habita en el arrabal de *Saint-Antoine*, la buhardilla mas pobre de una modesta casa.

Esta muger es viuda hace tres años de un honrado ebanista que no le dejó mas bienes que tres hijos de corta edad. Además hallábase en cinta la desventurada cuando perdió á su marido. No tardó en tener que ganar para el alimento y educacion de sus cuatro hijos.

Los obreros de Paris se casan sin poseer mas fortuna que sus brazos y su salud. Regularmente ejerce tambien la muger algun oficio ó profesion. Cada uno trabaja por su lado, y creen que ganaran siempre lo que les baste para ser felices, tanto mas cuanto que siempre se casan por amor y no por miras de interés. Esta clase de matrimonios ya no suelen efectuarse mas que entre las clases proletarias. Pero lo que mas pronto resulta de estos lazos, son los hijos.

¿Por qué aparecen los hijos mas pronto y en mayor número en las clases humildes que en las de los ricos?..... Es probablemente otra consecuencia de los casamientos por amor.

En la alta sociedad un hombre que posee treinta mil francos de renta, pone á menudo mal gesto cuando su esposa le anuncia un tercer hijo; y tal vez dice:

—Tenia ya un niño y una niña... era lo suficiente... Ahora tendré que hacer nuevos gastos para la educacion de mi tercer hijo..... Luego vendrá el casamiento de mi hija... Es un dolor desprenderse del dote..... ¿Qué necesidad tenia yo de otro hijo? Vive Dios que está de sobra... Es una desgracia... Es un regalo sin el cual hubiera pasado con mucho gusto.—

En la clase obrera, donde no se sacrifica la naturaleza al egoismo, el mas modesto matrimonio jamás se queja de que la Providencia le envie un hijo mas. Los pobres temen ofender á Dios si murmuran contra las naturales consecuencias de su amor, y cuando la muger, cubierto el rostro de rubor, anuncia al marido que va á darle en breve un nuevo fruto de su terneza, el marido abraza á su esposa, y lleno de júbilo esclama:

—¡Un hijo mas!... Pues bien, trabajaré con mas ardor que nunca... Me levantaré antes de amanecer, me acostaré mas tar-

de, y ganaré lo suficiente para mantener á mis tres hijos.

—Además—añade la madre—aunque sea preciso trabajar mas, esta fatiga quedará muy bien recompensada cuando veamos en derredor de nosotros un hijo mas á quien acariciar, cuando su rostro de ángel nos sonria y nos pida un beso paternal.—

¡Qué diferencia entre este coloquio y las reflexiones del caballero que posee treinta mil francos de renta!

Esto cabalmente habia ocurrido en el matrimonio del ebanista. Siete años solamente habíanse deslizado despues de haberse unido, á la muger de su eleccion, y esta le habia dado ya tres prendas de su amor, y llevaba otra en su seno, sin que esto les produjese el menor disgusto; muy al contrario, hacíales enteramente dichosos, porque el marido sabia proporcionarse trabajo, y la muger, sin desatender los quehaceres domésticos, hallaba tambien largos ratos en que poder dedicarse á ciertas labores cuyo producto le permitia mejorar la suerte de sus criaturas, que crecian llenas de alegría y robustez. ¡Cosa estraña! Los hijos del pueblo ostentan en su infancia hermosas megillas sonrosadas y rebosando frescura, mientras con sobrada frecuencia, cuesta mil penalidades y cuidados hacer vivir al que nace rico!

A fin de que nuestro ebanista pudiera hallar en el fruto de su trabajo medios suficientes para mantener á su familia, era preciso que se privase de cuantos inocentes solaces y diversiones podian disminuir sus escasas ganancias. Esto hacia, y no por ello era menos dichoso; y aun es de presumir que lo seria mas que si se hubiera abandonado á la holgazaneria y á los vicios; pues tanto en el pueblo como en las altas clases de la sociedad, hay almas puras que saben apreciar los goces que no dejan tras sí vergonzosas huellas de disgusto, de deshonor y de remordimientos.

Desgraciadamente la buena conducta, la probidad, el amor al trabajo, no siempre le ponen á uno al abrigo de los rigores de la desgracia. Si así fuera, probablemente se conducirian bien todos los hombres y no habria mérito en ser virtuosos.

El honrado ebanista, atacado de una grave enfermedad, produ-

cida por el esceso del trabajo, murió pocos dias antes de que su esposa diese á luz su cuarto hijo.

Esta desdichada perdió un esposo á quien adoraba y quedaba sin recurso alguno para mantener á sus cuatro hijos, de los cuales el mayor solo tenia siete años.

Para muchas mugeres hubiera sido este infortunio un motivo de desesperacion, de desaliento, de ese desaliento que conduce á funestas y criminales consecuencias; pero la viuda del ebanista miró á sus hijos, de quienes era el único amparo y comprendió toda la estension de los deberes de una madre. Recobró fuerza de alma, ahogó su dolor, reprimió su llanto, y llenó su fantasía de un solo pensamiento: procurarse el trabajo suficiente para ganar el pan de su familia. Este era en su concepto el mejor modo de honrar la memoria de su marido.

Hay en el pueblo, en ese pueblo tan calumniado por algunos imbéciles ó malévolos, almas nobles y fuertes, á quienes las penas, las privaciones, el trabajo mas rudo no son capaces de amilanar, y que aceptan sin quejarse todas las miserias que el cielo les envia, como si merecieran toda la crueldad del infortunio.

Un valor heróico suele coronar siempre con el buen éxito sus empresas. A fuerza de trabajo la pobre viuda logra su objeto. Madruga al nacer el dia, trabaja hasta las altas horas de la noche junto á una lámpara denegrida por el humo, que apenas alumbra sus labores. No pierde un minuto, un segundo de su tiempo durante el dia. Constantemente sentada junto á una ventanilla, su ágil mano mueve la aguja con sorprendente ligereza. Ha llegado á adquirir la habilidad de coser mas y mejor que dos diestras costureras, y así es que nada les falta á sus hijos. A fuerza de trabajo, repito, de órden, de cuidados, de economía encuentra recursos para dar al interior de su humilde morada, un aspecto de limpieza y arreglo que se parece mucho á la comodidad.

Para esta muger, para esta digna madre no hay fiestas, no hay paseos, no hay domingos, no hay descanso, y con todo, ni una leve queja sale de sus labios.

Despues de tres años de la muerte de su esposo vuelve la sonrisa á sus lábios cada vez que contempla á sus hijos, y aun siente que es dichosa en la tierra.

Su familia se compone de tres niñas y de un niño. Este es el mas jóven. La hija mayor acércase á los diez años, y quiere ya trabajar y se felicita de poder en breve ayudar á su madre.

En las casas de los pobres es un placer para los hijos, una dicha ayudar y consolar con el trabajo á sus padres. Es una gloria, es un honor al cual se aspira con ahinco; así como en las clases ricas de la sociedad aspiran los mozalbetes al placer de brillar en los paseos sobre un soberbio alazan, y las niñas desean el momento de casarse.

En casa de la viuda del ebanista, los hijos no tienen mas pensamiento que el de amar á su madre y quisieran hallarse ya en estado de probarle su amor. Entrad en casa de esta laboriosa muger y contemplad el cuadro que se presenta á vuestros ojos. Aun es jóven y bella esa muger que pasa su vida trabajando sin cesar; pero ya no se acuerda de ello, y ha olvidado enteramente que puede aun agradar. Sin embargo, algunos hombres han querido hacérselo comprender; pero no les ha escuchado, ó enseñándoles á sus hijos, les ha dicho: «Ahí teneis los únicos objetos á quienes debo amar.»

Otros, sin asustarse de la numerosa familia, le han ofrecido la mano de esposos, y la viuda les ha contestado: «No, que si tuviese mas hijos, usurparian parte de la terneza que debo únicamente consagrar á los de mi difunto esposo.»

Tal es la muger que habita una buhardilla del arrabal de *Saint-Antoine*. Trabaja sin cesar; pero tambien canta para divertir á sus hijos.

La niña mayor, á quien ha enseñado ella misma á leer, dá leccion de lectura á su hermanita de siete años; la otra que apenas ha cumplido los cinco, escucha la leccion por ver de conservar algo de ella en la memoria, y el niño mas pequeño, que solo tiene tres años, salta al rededor de sus hermanas, diciendo que quisiera ser gran-

de y trabajar mucho para comprar cosas bonitas á su mamá.

Y no se crea que este asilo, aunque modesto, anuncie miseria; no, todo respira aseo y está en el mayor órden, sin que se note una sola mancha, una sola rotura en los efectos, que sucesivamente se limpian y remiendan con cuidado y habilidad.

El domingo se levanta la viuda mas temprano, para lavar y aplanchar los vestiditos de su tierna familia, á quien lleva á paseo, y la madre se goza y cree la mas feliz de las mugeres cuando los transeuntes elogian la hermosura de aquellos inocentes y la limpieza y hasta elegancia de sus vestiditos. La buena madre tiene orgullo en que sus hijos no inspiren compasion; y atribuyendo su dicha á la Providencia, les lleva á la iglesia de *Nôtre-Dame*, á cumplir con los deberes de la religion y dar gracias á la inmaculada Vírgen por las mercedes que recibe de su infinita misericordia.

Cuando llega la hora de la comida, la viuda da á cada uno de sus hijos su pequeña racion de pan, suficiente pero justa y de ninguna manera sobrante. Apesar de esto, si algun pobre llama á la puerta de la viuda y mendiga el socorro, que no siempre dan los ricos, jamás se le desatiende, y acercándose la madre á sus hijos, les dice:

—Hijos mios, ese pobre está mas necesitado que nosotros, pues le falta el pan necesario para vivir. Démosle entre todos un poquito, esto será una pequeña privacion para nosotros, y para él una limosna que tal vez le salvará la vida.—

Al oir esto se apresuran aquellos ángeles á presentar á su madre el pan que cada uno acaba de recibir é iba á saborear con hambre. La viuda quita un pedacito de cada porcion y mas de la mitad de la suya y lo entrega todo al que ha implorado su caridad.

Lejos de quejarse, los hijos se sonrien mirando á su madre.

—Hubieras podido darle mas del mio—dice la niña mayor.

—Yo no tengo hambre hoy—añade la otra.

Hasta el niño menor esclama:

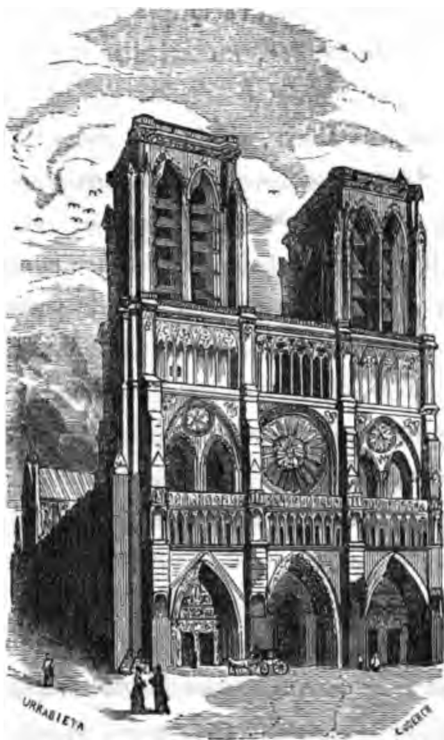
—¿Por qué no le dabas todo mi pan? Yo no soy gloton.....

¿Verdad que no, mamá? Cuando sea grande ya comeré mas.

La viuda abraza á sus hijos, y en medio de su trabajo y de su escasez, no trocaria su felicidad con la mas rica señora de la alta aristocrácia.

Aquí termina, hermosa Enriqueta, este bellísimo cuadro de una familia del pueblo de Paris. Hay grandes vicios en la capital de Francia; pero tambien hay virtudes sublimes y creo mostrarme imparcial en el relato de unos y otras.

Toda vez que en la anterior historieta se nombra la iglesia de *Nôtre-Dame*, á donde la viuda llevaba sus hijos para dar gracias á la Vírgen, no quiero dejar pasar esta oportuna ocasion sin dar á usted una idea de esta magnífica iglesia catedral de Paris.



A un estremo de la parte oriental de la *Cité*, se eleva la *basilique de Nôtre-Dame*.

En tiempo de los romanos existia en el mismo sitio un templo consagrado á Júpiter, y cuando los parisienses se convirtieron á la religion cristiana, destruyeron el templo para edificar la iglesia de San Esteban. Principió en el año 365, y en el de 522 fué mejorada y casi reconstruida por mandato de Childeberto.

Hácia el año 999, ó 1000 de la era cristiana, Roberto hizo tambien en esta iglesia grandes mejoras. Ya entonces llevaba el nombre de Nòtre-Dame con motivo de estar dedicada á la Vírgen su capilla principal.

Pasáronse ciento cincuenta años, y el obispo Mauricio de Sully, puso los cimientos de la iglesia actual en el mismo sitio donde la anterior habíase convertido en escombros.

El papa Alejandro III que en 1163 se hallaba refugiado en Francia, puso la primera piedra y duró la obra trescientos años.

Diose cima á la parte occidental en 1223 bajo el reinado de Felipe Augusto. En 1257 se terminó la del Sur, reinando San Luis, y en 1312 se concluyó la parte del Norte, merced á las espoliaciones que Felipe *el hermoso* acababa de ejercer sobre los Templarios, para complacer al papa Clemente V, con quien le convenia hacer las paces despues de haberle escrito una carta que empezaba en estos términos: «*Philippe, roi de France, au soi-disant pape Clement, point de salud.*»

Este edificio, verdaderamente gigantesco, es de los pocos de Europa que tienen cinco naves. La tan justamente celebrada catedral de Reims no tiene mas que tres.

Nôtre-Dame tiene ciento treintra metros de longitud sobre cuarenta y ocho de latitud. Su elevacion, desde el suelo hasta la parte mas alta de la bóveda, es de treinta y cuatro metros.

La portada es grandiosa, y ostenta dos torres laterales cuadradas, de hermoso efecto, ambas enteramente iguales, y de una elevacion de sesenta y ocho metros. Tres magníficos pórticos dan entrada á la iglesia. En 1748 habia que subir una escalinata de trece gradas de mármol para penetrar en el templo. El verdugo de los Templarios, Felipe *el hermoso*, con ánimo de hacer un insulto al papa y al clero, cometió un dia la profanacion de salvar á caballo esta escalinata, y llegar hasta el altar mayor haciendo ostentacion de ser tan buen ginete como mal cristiano.

Los contornos de los pórticos estan sobrecargados de adornos y de esculturas que representan el Nuevo Testamento. Las figuras están ya en visible deterioro; pero aun puede conocerse por ellas el estado de las artes en los siglos XIII y XIV. Estas figuras tienen el gran defecto, que es mayor en la arquitectura de un santuario, de ofender por su aspecto lúbrico y licencioso la vista del pudor.

«No hay que asombrarse de esto, dicen los franceses; en la catedral de Reims sucede otro tanto, porque nuestros buenos abuelos gustaban de representar visiblemente el vicio para dar mas realce á la virtud.» (1)

Bajo la torre del pórtico septentrional campea un zodíaco, en el cual hay once signos esculpidos en miniatura, y además el de la Vírgen de grandes proporciones. En la torre del Sur está la colosal campana que solo se hace oir en las grandes solemnidades. Data de 1682, época en que fué bautizada, sirviéndole de padrino Luis XIV; solo su badajo pesa cuatrocientos ochenta y siete quilógramos.

Sobre el órden inferior de la portada vénse en toda la línea veinte y siete nichos, donde antes de la revolucion estaban colocadas las estátuas de los veinte y siete reyes de Francia desde Childeberto hasta Felipe Augusto. Encima de esta línea de nichos hay una ventana circular trabajada con delicadeza suma, y otras dos iguales, una á cada lado de la iglesia, todas con vidrios de colores.

El peristilo de la portada ostenta treinta y cuatro columnas notables por su longitud y delgadez. Cada una es de una sola piedra, y sostienen una galería con balaustrada.

Son magníficas las vistas que se alcanzan desde lo alto de las torres, á donde se sube por una escalera de trescientos ochenta y nueve escalones.

Hay un pararayos en cada torre. Permitíase antes subir á ellas á cuantos pagaban la pequeña retribucion de veinte céntimos; pero ya no se tiene esta condescendencia con la multitud, porque á mas de un insensato le ocurrió la peregrina idea de arrojarse desde tan estraordinaria elevacion.

Aunque los españoles poco tienen que envidiar á los estranjeros con respecto á catedrales, preciso es confesar que el interior del tem-

(1) Il ne faut point s' en étonner; nos bons aïeux aimaient à représenter ainsi le vice pour mieux faire briller la vertu.

ALBERT MONTÉMONT.

plo de Nuestra Señora de Paris asombra por su grandioso aspecto. Figúrese usted, amiga mia, una nave inmensa con su correspondiente coro, y una doble hilera de bajo-lados dividida por ciento veinte gruesos pilares que sostienen las bóvedas en forma ojiva. En derredor de la nave y del coro, sobre los bajo-lados, campea una galería decorada con ciento y ocho columnitas, cada una de una sola piedra. Esta galería, de un efecto pintoresco, sirve de tribuna para los espectadores en las grandes solemnidades. Los bajo-lados ofrecen una simétrica cintura de cuarenta y cinco capillas que encierran varios sepulcros, y reciben la luz del dia por ciento treinta claraboyas, sin contar las tres grandes y hermosas ventanas de que llevo hecha mencion.

Tambien es sorprendente el coro, que como el pavimento de toda la iglesia, está embaldosado de mármol. Tiene treinta y ocho metros y medio de longitud sobre doce de latitud, y lateralmente ostenta magníficas pinturas. Son muy notables, tanto por su mérito artístico como por sus colosales dimensiones, los cuadros siguientes:

La Adoracion de los Magos, por Lafosse,

El Nacimiento de la Vírgen, por Champagne,

La Visitacion, por Jouvenet,

La Annunciacion, por Hallé,

La Presentacion de Jesucristo en el Templo, por Luis de Boulogne,

Una Huida á Egipto, por el mismo,

La Presentacion de la Vírgen en el Templo, por Champagne, y

La Asuncion de la Vírgen, por Lorenzo de la Hire.

En medio del coro cautiva la atencion por su riqueza y elegancia el facistol que descuella en forma de águila con las alas tendidas. Fué un donativo que hizo María Luisa en 1813.

Una verja dorada, obra maestra de cerrajería, cierra la entrada al coro. Esta reja se construyó por disposicion de Bonaparte, que tambien hizo restaurar enteramente la fachada del Norte de este suntuoso monumento.

Cuatro anchurosas gradas marmóreas conducen al *santuario*, que presenta la perspectiva mas encantadora que pueda usted imaginarse. Está rodeado de balaustradas circulares con apoyos de mármol verde de Egipto, sostenidos por otras balaustradas de mármol de Flandes.

El altar mayor, edificado en 1803 por disposicion de Bonaparte, siendo primer Consul de la república, se eleva sobre tres gradas semi-circulares de mármol de Languedoc. Está decorado con tres bajo-relieves. El tabernáculo es un zócalo cuadrado de mármol embellecido por una elegante cerradura de bronce dorado.

No me estiendo mas sobre esta suntuosa iglesia, de la cual tenia usted ya conocimiento por haber dado márgen á la obra maestra de Victor Hugo. ¿No es verdad que es un tipo interesante el de la linda Esmeralda? ¡Cuánta filosofía hay en la novela de *Nôtre-Dame* de Paris! ¡Cuántas bellezas en su argumento! Victor Hugo es un talento colosal, aunque algunas veces lleva el romanticismo á un estremo de exajeracion que raya en delirio. Es el defecto en que suelen incurrir las imaginaciones volcánicas.

Hay en Paris otra iglesia que lleva tambien el nombre de la Vírgen, á saber: *Nôtre-Dame-de-Lorette*. Es un templo precioso edificado con toda la elegancia de la moderna arquitectura. Diole comienzo el célebre Lebas en 1823 y no se terminó hasta 1837. Es oblongo y está basado sobre el modelo de un antiguo templo pagano de Roma. Su interior está decorado de una manera análoga á los edificios que actualmente existen en la capital del mundo cristiano. La fachada que mira al *boulevard* es bellísima. Ostenta un pórtico de grande efecto decorado con cuatro columnas corintias que sostienen un suntuoso cornisamento en cuyo friso campea la siguiente inscripcion latina: *Beatæ Mariæ Virgini Lauretanæ*. Danla un gran realce las tres estátuas de la Fé, Esperanza y Caridad, y una Vírgen con el niño Jesus, debida al cincel de Nanteuil, que es de un mérito superior.

La iglesia se compone de tres naves. La principal es de treinta metros de longitud y ocho de latitud. Está formada por dos hileras

de columnas jónicas de estuco amarillento perfectamente bruñido, las cuales separan las dos alas que no rodean el coro, y termina por un hemiciclo donde alardea el altar mayor, compuesto de un baldaquino que descansa sobre cuatro columnas corintias con bases y capiteles de bronce dorado. A cada estremo de los dos bajo-lados hay una capilla, que forman las cuatro capillas principales y hay además otras seis de mas reducidas dimensiones. En estas capillas y en todo el interior del templo sorprende la riqueza de los adornos y para el hombre pensador no deja de ofrecer contraste este escesivo lujo de decoracion con la simplicidad que recomienda el Evangelio. Mas parece que está uno contemplando un edificio destinado á las bellas artes que una iglesia cristiana.

Las demás iglesias católicas que hay en Paris son las siguientes:

Saint-Pierre-de-Chaillot
Petits-Pères
Saint-Pierre-du-Gros-Caillou
Saint-Séverin
Saint-Thomas-d'Aquin
Val-de-Grâce
Saint-Vincent-de-Paul
Visitation
Saint-Jacques-de-la-Boucherie
Saint-Louis
Saint-Louis-en-l'ile
Sainte-Marguerite
Saint-Medard
Saint-Méry
Saint-Nicolas-des-Champs
Saint-Nicolas-du-Chardonnet
Blancs-Monteaux
Bonne-Nouvelle
Saint-Paul
Saint-Philippe-du-Roule
Abbaye-aux-Bois

Saint-Ambroise
Saint-Antoine
L'Assomption
Saint-Denis
Sainte-Elisabeth
Saint-Etienne-du-Mont
Saint-François-d'Assise
Saint-François-Xavier
Saint-Germain-des-Prés
Saint-Jacques-du-Haut-Pas
Saint-Laurent
Saint-Leu
Saint-Gervais
Saint-Eustache
Saint-Germain-l'Auxerrois
La Madeleine
Saint-Roch
Saint-Sulpice.

Ya vé usted, amiga mia, por la lista precedente, que no es operacion de algunas cartas sino de largos tomos el entretenerse en describir todas las iglesias católicas de Paris; así pues, me limitaré á darle una idea de las principales, que en mi concepto, habiendo hablado ya de la *basilique de Nôtre-Dame*, y de *Nôtre-Dame-de-Lorette*, son las seis últimas de la precedente lista.

Esta carta va haciéndose ya pesada y á fin de no abusar de la paciencia de usted, le doy término repitiéndome su mejor amigo.



CARTA XXII.

3 DE SETIEMBRE.

QUERIDA Enriqueta: hoy nos toca visitar las iglesias de *Saint-Roch* y la *Madeleine*, y no dudo que ambos templos gustarán á usted mucho.

El de San Roque tiene la portada erigida sobre una espaciosa escalinata que le da gran magestad y un carácter imponente, muy propio de un santuario. Decorado con dos hileras de columnas dóricas y corintias, presenta un aspecto grave. El cuerpo de la iglesia es cruciforme. La arquitectura interior es de órden dórico. La nave abarca treinta metros de longitud sobre trece de latitud. Veinte pilastras dóricas, revestidas de mármol en su base, sostienen la bóveda, y otras cuarenta y ocho soportan los bajo-lados, rodeados de capillas en número de diez y ocho. El púlpito es de una riqueza y suntuosidad sorprendentes. Sostenido por las cuatro Virtudes cardinales, ostenta ademas en los adornos de los tableros las Virtudes teologales. Una cortina, emblema del velo del error que un genio se esfuerza por arrancar, forma un gracioso dosel. Todas estas figuras están doradas. En frente del púlpito hay un bellísimo cuadro de Jesucristo.

Uno de los pilares que sostienen la galeria del órgano, ofrece

un bajo-relieve donde campea la cabeza de Pedro Corneille. Las cenizas del grande escritor trágico, que honró á la España lo mismo que al pais que le dió el ser, porque debió sus triunfos al estudio que hizo de los poetas españoles, están depositadas en esta iglesia, que tambien atesora las del célebre abate de l'Epée y otros personages ilustres.

La iglesia de San Roque es tambien famosa por las escenas políticas de que ha sido teatro en varias épocas.

En 1793, María Antonieta fué arrancada de su recinto para ser conducida al cadalso.

Es tan interesante la historia de esta desventurada reina, que toda vez que la ocasion es favorable, quiero narrársela á usted, antes de pasar á la descripcion del templo de la Magdalena, que deberá ser grave y algo minuciosa por la importancia de tan elegante edificio. Todo mi afan es proporcionar á usted variedad en la lectura.

María Antonieta, archiduquesa de Austria y reina de Francia, nació en Viena el 2 de noviembre de 1755, hija del emperador Francisco Esteban, y de María Teresa, reina de Hungría y de Bohemia.

Su educacion fué brillante, y supo aprovecharla. A las dotes del talento unia los favores de la naturaleza que le habia prodigado toda la belleza, todas las gracias de su sexo.

Alta, bien formada, con agradables facciones embellecidas por una sonrisa encantadora, era el mejor ornato y la admiracion de la córte de su madre, cuando le fué preciso abandonarla para unirse al delfin de Francia, que fué despues Luis XVI.

Cuando llegó á Strasburgo la jóven archiduquesa en los primeros dias de mayo de 1770, fueron solemnes las ovaciones en su obsequio. Contínuas fiestas la acompañaron desde las fronteras hasta la capital; y por todas partes prodigábanle ostensibles testimonios del júbilo que su presencia inspiraba.

No fué menos grata y lisonjera la acogida que obtuvo en la córte de Luis XV.

El 16 de mayo celebrose su enlace con el desdichado príncipe cuyos infortunios debia dulcificar y sentir ella misma.

¡Cosa estraña, Enriqueta! Apenas habíase terminado la nupcial ceremonia, cubriose el cielo de negras nubes, y tanto en Paris como en Versalles, en distintas ocasiones, dos tempestades horribles, impidieron que el pueblo pudiera disfrutar de los fuegos artificiales, de las iluminaciones y otros regocijos públicos con que se queria solemnizar el régio matrimonio.

Aplazáronse las fiestas para el 30 de mayo, y un espantoso desastre consternó á los habitantes de la villa de Paris. Habíase elejido un sitio, que aunque espacioso, tenia grandes fosos que nadie habia creido conveniente ni acaso posible terraplenar, y en ellos perecieron mas de mil quinientos espectadores desprendidos de la inmensa muchedumbre. Otros muchos que se habian guarecido en el parapeto del Puente Real, cayeron y se ahogaron en el Sena.

Los crédulos en presagios pudieron formarle sobrado siniestro en presencia de tantas contrariedades y desgracias.

Desconsolada la delfina á la vista de aquellos infortunios, mandó que se repartiera entre las familias que hubiesen padecido mayores males, todo el dinero que á la sazon poseia.

Estos actos de generosidad los repetia María Antonieta frecuentemente. Hallándose un dia en la selva de Fontainebleau, cazando en compañía del rey Luis XV, oyó con sobresalto acerbos gritos de desesperacion que lanzaba una pobre muger. Supo que el marido de esta infeliz acababa de ser peligrosamente herido por un ciervo y sin vacilar le entregó María Antonieta todo el oro que llevaba, y obligola á subir en su propio coche con un niño que conducia, y obtuvo de Luis XV, allí mismo, una pension para aquella familia.

El pintor Dagoti tomó este acto de humanidad por asunto de uno de sus mas interesantes cuadros.

Otro dia, noticiosa la delfina de que un oficial, cuyo regimiento habia sido reformado, hallábase sin empleo y en la mayor indigencia, mandó hacer un uniforme de otro de los regimientos en activo servicio, puso en uno de sus bolsillos un nombramiento

de capitan, cien luises en el otro, una caja y un reloj de oro en los del chaleco, y se lo hizo llevar con una carta acompañatoria, espresion de los mas nobles y generosos sentimientos.

No terminaria nunca, amiguita mia, si hubiese de relatar cuantos actos de beneficencia sublime se atribuyen á María Antonieta. Una série no interrumpida de bellas acciones marcaron honrosamente sus dias y la hicieron adorable mientras fué delfina. Esto la hacia sumamente feliz; pero llegó á ser reina, y terminó su felicidad.

Al ascender al trono se la vió renovar el ejemplo de Luis XII. Mr. de Pontecoulant, mayor de los guardias de corps, no habia merecido nunca su agrado por haberse opuesto en varias ocasiones á sus deseos, y tan pronto como este militar vió á María Antonieta bajo el régio dosel, presentó su dimision. Lo supo la reina, é inmediatamente hizo llamar al príncipe Beauveau y le dijo: «Participad á Mr. de Pontecoulant, que la reina está muy lejos de erijirse en vengadora de la delfina, y que le suplica olvide lo pasado y no piense mas en separarse de ella.»

Pesaba sobre la Francia un derecho conocido por el nombre de *ceinture de la reine* que satisfacian los pueblos á la muerte del monarca. María Antonieta solicitó y obtuvo su abolicion. Con este motivo escribieron á la sazon estos versos:

Vous renoncez, aimable souveraine,
Au plus beau de vos revenus;
Mais que vous servirait la ceinture de reine?
Vous avez celle de Vénus.

En 1788 hizo un invierno escesivamente riguroso que exacerbó la triste situacion de los menesterosos; y tambien entonces mostró la reina de Francia que tenia un corazon tan sensible como generoso. Despues de haber destinado quinientos luises de su privado peculio para que fuesen repartidos entre los mas indigentes, escribió al gefe de la policía: «Jamás gasto alguno me ha sido mas agradable.» (1)

(1) Hé aquí sus propias palabras: Jamais dépense ne m'a été plus agréable.

Llenos de gratitud los parisienses tuvieron la ocurrencia de elevar una pirámide de nieve junto á la calle de *Saint-Honoré*, y pusieron en ella estos versos:

Reine dont la bonté surpasse les appas,
Près d'un roi bienfaisant occupe ici ta place:
Si ce monument frêle est de neige ou de glace,
Nos cœurs pour toi ne le sont pas.

Este entusiasmo en favor de la reina debia ser de corta duracion. La calumnia empezaba á derramar semillas de encono contra María Antonieta, atacando sus costumbres y su carácter. Algunos libelistas anónimos la acusaron de intrigante; pero la historia ha rechazado estas infames imputaciones, de las cuales ni una sola ha podido probarse, y la mayor parte aparecian inverosímiles.

La verdad, sin embargo, que no puede guardar silencio, vése obligada á confesar que la reina cometió graves faltas. La viveza de su imaginacion hízola aparecer con frecuencia caprichosa en demasía, y algunas veces disimulada. Cierto desasosiego característico y el odio que tenia al descanso, la impelian mas allá de la prudencia, y la aficionaron á las nuevas modas y á la variedad de los placeres.

La prodigalidad en el lujo, el esceso de sus gastos, hicieron desaparecer de entre sus manos exorbitantes cantidades que hubieran podido hallar un empleo mas útil.

Por otro lado el completo olvido de la etiqueta en lo interior del hogar doméstico, de toda ceremonia en las fiestas, amenguaron su prestigio y el respeto debido á su rango. Su gusto en rodearse de gentes de buen humor, su aficion á representar comedias y admitir en ellas papeles subalternos, todo esto contribuyó á rebajarla de su régia condicion.

Ilusionada por su nacimiento, habiendo visto á su madre gobernar el Estado por sí misma, difícilmente podia persuadirse de que en Francia la reina no era mas que la esposa del rey.

Nacida en un pais donde el feudalismo reinaba con todos sus

privilegios, donde la distancia entre la nobleza y el pueblo era inconmensurable, no atinó, á pesar de su gran talento, en que la Francia ofrecia un aspecto contrario, pues su nobleza se confundia sin cesar con las demás clases; en este caso era mas peligroso para una reina el no conservar cierta magestuosa posicion, capaz de infundir respeto y afianzar su tranquilidad y la seguridad de su persona.

Los primeros consejos que sobre este particular dieron á la reina personages de alta categoría, fueron oidos con desagrado. De aquí tomaron orígen nuevas disidencias, que la obligaron á defender con entereza sus caprichos y mostrarse altiva contra los que habian osado reprenderla. Desde entonces supieron sus enemigos aprovecharse de la ocasion, é hicieron notar el orgullo de la reina, añadiendo que su corazon habíase quedado enteramente austriaco, y que por lo mismo se mostraba altiva y enemiga natural de los franceses, por cuyo motivo no podria jamás contribuir á labrar su dicha.

Un acontecimiento desagradable vino en auxilio de los que odiaban á María Antonieta, comprometiendo el nombre de esta reina desgraciada en un proceso altamente escandaloso.

Usted conoce acaso este asunto, amiga mia, pues probablemente habrá leido la interesante novela que sobre él ha escrito Alejandro Dumas con el título de *el Collar de la reina*. En efecto, se trataba del pago de un collar de diamantes comprado de órden de María Antonieta, y cuyo precio reclamaban dos distintos joyeros.

Probose hasta la evidencia que la reina no conocia á ninguno de los dos, ni habia nunca dado órden alguna para semejante adquisicion. Habia sido una muger de su talla, de sus mismas facciones, que tuvo la osadía de fingirse la reina, y dar una cita á media noche en el jardin de Versalles á un Cardenal. Esta inaudita audacia quedó impune, y cubrió de una nube la conducta de la esposa de Luis XVI, nube siniestra que emponzoñó los dias de esta desventurada.

Cuando Calonne anunció que existia un exorbitante deficit en las arcas del Estado; la maledicencia asestó sus acusaciones contra la reina. La deuda pública aumentaba de dia en dia, y el crédito de la Francia iba desvaneciéndose de una manera espantosa. Convocáronse los Estados generales para buscar un remedio á tan graves apuros.

María Antonieta presintió las desgracias que iban á aglomerarse contra ella, y era tan escesivo el rigor de sus padecimientos, que casi repentinamente, y sin embargo de no tener mas que treinta y cuatro años de edad, convirtiéronse en canas sus hermosos cabellos. Hízose retratar á la sazon, y regalando el retrato á su amiga *Madame de Lamballe*, escribió ella misma debajo: «Sus degracias la han encanecido.» (1)

Desde la solemnidad de la abertura de los Estados, á la cual asistió, sus facciones, antes animadas por una graciosa y amable sonrisa, tomaron cierta espresion melancólica que no abandonaron ya jamás.

Los acontecimientos desastrosos que siguieron, desarrollaron en ella el valor mas reflexivo.

El 6 de octubre de 1789 iracundo el populacho, que ya he dicho en otra ocasion no debe nunca cònfundirse con las masas trabajadoras, corria á bandadas pidiendo la cabeza de la reina. Estos feroces aullidos no interrumpieron la pacífica asiduidad con que María Antonieta cuidaba de sus hijos.

A las altas horas de la noche le dirigió un Ministro la siguiente carta: «Señora, tomad inmediatamente vuestras medidas; está resuelto que mañana á las seis habeis de ser asesinada.»

Esta lectura no empañó el brillo de la serenidad que hermoseaba su frente, y escondió la carta.

No tardó en hacerse oir una gritería infernal. Las tinieblas de la noche desaparecieron al ruido de las puertas que caian hechas pedazos, á los gritos lastimeros de la guardia sorprendida y dego-

(1) Ses malheurs l' ont blanchie.

llada, á los aterradores mugidos de una turba sin freno que parecia sedienta de sangre.

Rayaba el alba cuando los asesinos profanaron el dormitorio de la reina, y rompieron su cama y los demás muebles con los sables y las bayonetas.

María Antonieta acababa de abandonar el lecho para refugiarse en otro departamento con su esposo y sus hijos. Los asesinos continuaban degollando á los que estaban de servicio en el régio alcázar.

Luis XVI y la reina, supieron esta horrible matanza por los ayes de los moribundos, y sin vacilar un momento se presentaron en el balcon del castillo, con sus dos hijos de la mano, esclamando: «¡Perdon para nuestros guardias!» (1)

Semejante impavidez asombró á los desalmados homicidas, que en ademan amenazador seguian lanzando este grito aterrador: «La reina sola..... no queremos sus niños.» (2)

Entonces la reina creyó que habia llegado el instante de su muerte, y en vez de amilanarse, separose del balcon precipitadamente con su marido, dejó en sus brazos á los niños, y sin dar tiempo á la reflexion de los que la rodeaban, volvió á presentarse ante la frenética turba, ofreciendo valerosamente su cabeza al golpe mortal.

Su continente osado, lleno de altivez y magestad, su desprecio de la muerte, no solo contuvieron el efecto de las amenazas, sino que hicieron estallar una salva de aplausos y vitores entre la furiosa multitud. Este cambio repentino, fué desgraciadamente instantáneo, pues los régios consortes, conducidos el mismo dia desde Versalles á Paris, tuvieron que soportar durante un tránsito de seis horas el mas repugnante y espantoso espectáculo. Delante de su coche iba vomitando horribles imprecaciones una asquerosa multitud de malhechores, convertidos en furias salpicadas de la

(1) Grace pour nos gardes!

(2) La reine seule et point d'enfans.

sangre de sus víctimas, y ostentando en la punta de dos lanzas sendas cabezas de guardias de corps.

Formose causa contra los promovedores y perpetradores de estos inauditos escesos, y cuando se pidieron declaraciones á la reina, contestó: «Jamás seré la delatora de ninguno de los súbditos del rey.» (1) Repitiéronse las instancias, y añadió terminantemente: «Señores: todo lo he visto, todo lo he oido, todo lo he olvidado.» (2)

Inmediatamente empleó trescientas mil libras de sus ahorros en retirar del Monte de piedad todos los vestidos y demas prendas que habian sido depositadas por los indigentes, á quienes fueron devueltas con la añadidura de una limosna; pero estos y otros beneficios no alcanzaron calmar la efervescencia que contra ella reinaba,

Por fin resolvió Luis XVI salvarse y salvar á su familia por el único medio que le quedaba, que era la fuga. María Antonieta no quiso oponerse á los deseos de su marido; pero repetia con mucha frecuencia: «Este viaje no logrará buen resultado, el rey tiene mala estrella.» (3)

Partieron en consecuencia, y fueron detenidos en Varennes y reconducidos á las Tullerías, donde se presentó una persona competente á recibir la declaracion de la reina, que fué concebida en estos términos:

«Deseando el rey marcharse con sus hijos, nada en este mundo hubiera podido impedirme el acompañarle. He probado bastante en dos años que jamás le abandonaré. Lo que mas me ha determinado á esto, es la seguridad completa que tenia de que el rey no queria salirse de Francia; si hubiera tenido este deseo, hubiera empleado todas mis fuerzas para impedirlo.» (4)

(1) Je ne serai jamais la délatrice d'aucun des sujets du roi.

(2) Messieurs, j'ai tout vu, tout entendu, et tout oublié.

(3) Ce voyage ne nous réussira pas; le roi est trop malheureux.

(4) Le roi desirant partir avec ses enfans, rien dans la nature n'aurait pu m'empêcher de le suivre. J'ai assez prouvé depuis deux ans que je ne le quitterai jamais. Ce qui m'y a encore plus déterminé, c'est l'assurance positive que j'avais que le roi ne voulait point quitter la France; s'il en avait eu le desir, toute ma force eut été employée pour l' en empêcher.

A esta tormenta sucedió la calma; pero fué una calma efímera precursora de nuevas tempestades que estallaron el 20 de junio y el 10 de agosto de 1792.

En el primer tumulto, María Antonieta ante el tribunal, colocada entre sus dos hijos, no manifestó la mas leve señal de miedo. Durante cuatro horas sufrió con valor el asqueroso espectáculo de un populacho sin freno, armado de mil instrumentos de muerte, rompiendo puertas, y profanando asilos dignos de veneracion y respeto.

En la segunda asonada fué sitiado el castillo por varios batallones llegados de Marsella. Los soldados de la guardia estaban animados á defenderle; la reina ansiaba morir, é hizo todos los esfuerzos imaginables para que Luis XVI se decidiese á combatir y morir con las armas en la mano; pero el rey prefirió guarecerse en el seno de la asamblea, y la reina tuvo que seguirle con sus hijos.

El tránsito fué muy peligroso para ella. El pueblo iracundo la insultaba por todas partes con las mas atroces invectivas y le dirigia las mas espantosas amenazas. Un momento pareció resuelto á impedirle el paso y á separarla de su esposo; pero despues de una enérgica arenga del procurador general del departamento, abrió calle y llegó la regia familia al local de la asamblea.

María Antonieta fué encerrada en la tribuna de los periodistas y oyó pronunciar la destitucion del monarca, el acuerdo de que debia ser juzgado por la Convencion, y salió de allí para acompañar á su desgraciado esposo al Templo.

No permitieron que las damas de la reina la acompañasen en su cautiverio. Su amiga *madame de Lamballe* lo solicitó y fué encerrada en otra prision. Su hija, y *madame Elisabet* fueron las únicas compañeras que tuvo desde que fué separada de su esposo y de su hijo.

Cuanto mas horrorosa iba haciéndose la situacion de María Antonieta, mas se desarrollaba su carácter verdaderamente heróico. Su calma no se alteraba jamás; y cuando Luis XVI le hizo participar que estaba sentenciado á muerte, le felicitó por el término

de una existencia tan penosa y por el galardon inmortal que debia coronarle.

La única súplica que dirigió á la Convencion despues de la muerte del monarca fué reclamar el trage de luto; y fué el último que vistió.

El 5 de agosto de 1793; una turba de hombres armados, arrebató á María Antonieta de su lecho á media noche y la condujo á la *Conciergerie*.

El jueves 3 de octubre del mismo año, ordenó la Convencion que fuese encausada. El acto de acusacion consignaba que habia dilapidado los fondos públicos, y agotado el tesoro para favorecer revueltas interiores y premiar á enemigos estrangeros.

Su defensor Mr. Chaveau-la-Garde, esclamaba con razon: «Solo me apura una cosa en este asunto, no es la dificultad de argumentos que justifiquen la inocencia del acusado, sino la de hallar una sola acusacion verosímil para poder combatirla.»

Mr. Bailly, *maire* de Paris, tuvo el valor de decir que el feroz acusador Fouquier-Tainville habia redactado su acta de acusacion sobre hechos notoriamente falsos y calumniosos.

María Antonieta respondió á los interrogatorios con tanta precision como entereza. Habiéndola reprendido Mr. Hubert de haberse afanado por depravar las costumbres de su hijo, respondió con viveza y dignidad la reina: «Sobre tan odiosa acusacion, apelo á todas las madres.» (1) Esta respuesta conmovió al auditorio.

Con todo esto, amiga mia, la desgraciada reina habia de morir, como su marido, en el cadalso. Ella lo sabia y no mostró nunca la mas leve emocion, ni aun en el momento de subir á la fatal carreta que debia conducirla al lugar del sangriento sacrificio.

«Llegó, señora, le dijeron, el crítico instante en que debeis armaros de valor.»

—«¡De valor!—replicó—hay tanto tiempo que estoy apren-

(1) Sur un fait aussi odieux, j'en apelle à toutes les mères.

diendo á tenerle, que no es de temer me falte en estos momentos.» (1)

A medio dia llegó el fúnebre cortejo á la plaza de Luis XV. María Antonieta prolongó una mirada sobre las Tullerías y subió precipitadamente los escalones del cadalso. Arrodillose en él y esclamó: «¡Señor! iluminad, enterneced á mis verdugos! ¡A Dios para siempre, hijos mios, voy á unirme á vuestro padre!» (2)

Bajó los ojos que habia clavado en el cielo, y los cerró para una eternidad el miércoles 16 de octubre de 1793, á la edad de treinta y ocho años menos algunos dias.

Sin duda, sensible Enriqueta, habré lastimado el tierno corazon de usted con el relato que precede; pero ahora voy á distraerla con las maravillas que encierra el hermoso templo de la *Madeleine*, que Luis XVIII destinaba, como monumento espiatorio, á honrar la memoria de los desgraciados Luis XVI y María Antonieta.

La Magdalena es en su clase el edificio mas suntuoso y bello de la capital de Francia. Su elegante arquitectura es el asombro de los inteligentes, y un solemne mentís para los que niegan los progresos del presente siglo en las ciencias y las artes.

Desde el siglo XIII han existido cuatro edificios religiosos en el local que ocupa hoy la Magdalena; pero tal como está en el dia, fué empezado por Napoleon cuando concibió el proyecto de titularle *Temple de la Gloire* dedicado al grande ejército. Mr. Pedro Vignon hizo el dibujo de su elegante estructura. A la muerte de este arquitecto sucediole Mr. Huve, hoy miembro del instituto de la Academia de las bellas artes. Paráronse los trabajos en 1813, y por disposicion de Luis XVIII, que como he dicho á usted antes queria rendir un homenage de desagravio á la memoria de Luis XVI y de su esposa, volvió á trabajarse con actividad en la construccion de la Magdalena.

(1) De courage! il y a si long temps que j'en fais apprentissage, qu'il n'est pas á croire que j'en manque à cette heure.

(2) Seigneur! eclairez et touchez mes bourreaux; adieu pour toujours, mes enfans, je vais rejoindre votre père!

Cuando ocurrió la revolucion de 1830, no estaba aun terminado este grandioso templo, y cúpole á Luis Felipe la gloria de darle cima.



Esta iglesia ha sido destinada al culto católico, y bendecida por el arzobispo de Paris en el mes de mayo de 1842 con motivo de celebrarse los funerales de Mr. Humann, par de Francia y ministro de hacienda. Construida con arreglo al modelo de un templo romano, forma un paralelógramo de cien metros de longitud sobre cuarenta y dos de latitud. Elévase sobre un basamento de cuatro metros de altura. Las gigantescas columnas que en número de cincuenta y dos le rodean, todas de órden corintio, tienen dos metros y medio de diámetro, cinco de circunferencia y quince de elevacion, causando una perspectiva encantadora.

El peristilo tiene dos hileras de columnas, cada estremo del edificio ostenta ocho columnas de frente y cada lado diez y ocho.

La parte delantera tiene una marmórea escalinata de treinta espaciosas gradas, dividida en dos partes por una meseta. El magnífico aspecto de esta suntuosa fachada es superior á toda ponderacion. Crea usted, amiga mia, que no puede formarse de ella una idea exacta sino viéndola. Decorada de cuantos primores puede

producir la bella escultura, forma el mas rico y elegante conjunto que puede imaginarse.

El friso que rodea el edificio, ofrece en todo su desarrollo graciosos ángeles asidos de guirnaldas intercaladas con atributos religiosos. El cimacio superior, ó sea la parte que está al estremo de la cornisa, está adornado de cabezas de leon.

Es sorprendente el fronton principal, obra maestra del escultor Lemaire. El conjunto de esta admirable escultura representa el juicio final. Las figuras son colosales. En el centro está el Crucificado. A su izquierda la Magdalena en actitud suplicante, pidiendo el perdon de los pecadores representados por los siete pecados capitales. Un ángel les rechaza, mostrando una inscripcion que dice: *¡Væ impiis!* ¡Ay de los impios! A la derecha de Cristo hay otro ángel que con la trompeta acaba de llamar á justos y pecadores á la resurreccion. Detrás de este ángel están las Virtudes teologales. Junto á estas otro ángel ayuda á un justo á salir de la tumba, en la cual ha grabado el artista estas palabras: *Ecce dies salutis*, este es el dia de salvacion. Encima del fronton se lee otra inscripcion latina concebida en estos términos: *D. O. M. Sub invocatione Sanctæ Magdalenæ*, que significa: Templo de Dios bajo la invocacion de Santa Magdalena.

Cuando visité esta iglesia tambien me acompañaba el célebre dibujante don José Vallejo, mi escelente amigo, y le vi hacer los mismos estremos de admiracion que cuando examinaba las pinturas del museo de Versalles. Yo sentí mucho que no estuviese con nosotros don Vicente Urrabieta, pues como artista de gran mérito se entusiasma tambien á la vista de las obras maestras. Debe estar ya en Paris, y deseo el momento de verle para oir su opinion sobre tantas maravillas del arte.

Antes de entrar en la Magdalena, tuvo ya Vallejo ocasion de prorumpir en esclamaciones de asombro. Paróseme repentinamente bajo el dintel de la puerta principal. Yo temí de pronto si tal vez por sus muchos pecados no se atrevia á profanar aquel sagrado recinto; pero observé que tenia fijas las miradas en la citada

puerta, llevé tambien á ella naturalmente las mias, y comprendí al momento la causa de la detencion de mi amigo. Yo tambien quedé absorto como él.

La puerta en cuestion, amiga mia, mira á la calle *Nationale*, al obelisco de Louqsor y á la fachada del palacio de la *Chambre des deputés*, y es una obra única, no solo en sus inmensas proporciones, sino en su gran mérito artístico. Ella sola basta para inmortalizar á su célebre autor Triguetti. Fundiose en bronce bajo su direccion por Richard, Eck y Durand. Tiene diez metros de altura sobre cinco de latitud, y sus hermosos bajo-relieves representan los mandamientos de la ley de Dios. Los dos primeros están en la imposta, el tercero, cuarto, quinto y sesto en la hoja de là izquierda, y el sétimo, octavo, noveno y décimo en la de la derecha.

Parece que se colocaron en esta forma á la parte esterior del templo estos mandamientos, como para advertir á los creyentes que antes de penetrar en el santuario debian rechazar de su espíritu todo mal pensamiento.

A cada lado de la puerta hay un gran nicho. En el de la derecha está la estátua de San Felipe; en el de la izquierda la de San Luis.

Estiéndense por ambos lados sendas galerías con catorce nichos cada una, que contienen las siguientes estátuas:

La galeria de la derecha, que dá á los *boulevards*, cobija en sus correspondientes nichos:

La	estátua	de	San Gabriel,	ejecutada	por	Duret.
«	«	«	San Bernardo	«	«	Husson.
«	«	«	Santa Teresa	«	«	Feuchere.
«	«	«	San Hilario	«	«	Huguenin.
«	«	«	Santa Cecilia	«	«	Dumont.
«	«	«	Santa Irene	«	«	Gourdel.
«	«	«	Santa Adelaida	«	«	Bosio.
«	«	«	San Francisco de Sales		«	Molchenet.
«	«	«	Santa Elena	«	«	Mercier.
«	«	«	San Martin de Tours		«	Grevenich.

La estátua de Santa Agata, ejecutada por Dautan.
« « « San Gregorio « « Therasse.
« « « Santa Inés « « Dusseigneur.
« « « San Rafael « « Dautan.
La galería de la izquierda contiene:
La estátua de San Miguel, ejecutada por Raggi.
« « « San Dionisio « « Debay (hijo).
« « « Santa Ana « « Desbœufs.
« « « San Cárlos Borromeo « Jouffroy.
« « « Santa Elisabeth « « Cailouhette.
« « « San Fernando « « Jalay.
« « « Santa Cristina « « Valcher.
« « « San Gerónimo « « Lanno.
« « « Santa Juana de Valois « Caillot.
« « « San Gregorio el Grande « Maindron.
« « « Santa Genoveva « « Debay (padre).
« « « San Juan Crisóstomo « Gechter.
« « « Sta. Margarita de Escocia « Caunoy.
« « « El Angel Custodio « « Bra.
Los nichos que dan á la calle de Tronchet, ostentan:
La estátua de San Mateo ejecutada por Desprez.
« « « San Márcos « « Lemaire.
« « « San Juan « « Ramey.
« « « San Lucas « « el mismo.

En mis cartas precedentes, al tratar del gran museo de pinturas de Versalles, he tenido ocasion de hacer notar á usted el inmenso catálogo, no solo de pintores antiguos, sino de los modernos que honran á la Francia. Tambien he nombrado recientemente á los muchos literatos eminentes que atesora en el dia la pátria de Racine y de Corneille, y ahora vé usted cuán inmenso es en este privilegiado pais el número de buenos escultores, cuando tan fácilmente se han encontrado treinta para solo las estátuas que hermosean el templo de la Magdalena; y no parece sino que estos grandes artistas se hayan esmerado en gloriosa competencia con

ánimo cada cual de alcanzar el premio del triunfo. Si este premio hubiera de adjudicarse al autor de la estátua mas perfecta, veríase indudablemente apuradísimo el tribunal mas inteligente para designar el vencedor, porque todas las figuras son de un mérito sobresaliente.

A la suntuosidad esterior del edificio corresponde la belleza interior, no solo de la parte arquitectónica, sino de su magnífica decoracion.

Desde el grandioso vestíbulo se pasa á la nave de la iglesia por una entrada abovedada de una inmensidad asombrosa.

La arquitectura de la nave participa de dos órdenes; el jónico y el corintio. La bóveda está dividida en tres cúpulas parecidas, que dan paso á la luz en su estremo por una claraboya circular de unos cinco metros de diámetro.

No sé como espresar á usted, mi buena amiga, el esquisito gusto que reina en todo este sagrado recinto, particularmente en las hermosas capillas que rodean la nave. Son ocho, tres á cada lado, y dos bajo el vestíbulo. Una de estas sirve para los bautismos y la otra está destinada para las celebraciones de casamientos. Las seis laterales dán comunicacion al coro por un paso arqueado semejante al del vestíbulo interior.

En los seis grandes espacios semi-circulares que median entre las capillas de los lados, campean soberbias pinturas que representan la vida de la Magdalena, en cuya contemplacion volvió á extasiarse mi amigo Vallejo; pero lo que mas cautivó su asombro y el mio fué la gran composicion de Ziégler, *chef-d'œuvre* cuyas figuras del primer término tienen tres métros de proporcion, y en la combinacion del claro-oscuro descuella tal maestría, que sorprenden los maravillosos efectos de una luz fantástica que baña todo el cuadro.

Tambien son dignas de mencion las dos pilas del agua bendita esculpidas por Lemoine. No puede concebirse cosa mas linda. Son dos obras maestras de elegancia y delicadeza, no solo las pilas sino los graciosos ángeles que las sostienen.

No cito las pintorescas balaustradas marmóreas y otros mil adornos de escelente arquitectura, porque prolongaria demasiado esta carta. Solo añadiré, que una anchurosa escalinata de mármol blanco da paso al coro, en cuyo centro está el altar mayor, que alardea un hermoso grupo, tambien de mármol. Este grupo representa á la Magdalena sostenida por dos ángeles. A los lados hay dos arcángeles en actitud de adoracion. Estas figuras son tambien de gran mérito y se deben al hábil cincel de Marochetti.

En las cúpulas están esculpidos los doce apóstoles. Los órganos y el púlpito corresponden por su magnificencia á la suntuosidad del conjunto.

Figúrese usted, Enriqueta, si saldriamos aturdidos Vallejo y yo de haber visto cosas tan admirables. Los dos hablábamos á un tiempo y nos interrumpíamos para ponderar el estado de civilizacion de un pueblo que en aquellos momentos nos parecia de gigantes.

Nos separamos en las Tullerías, y siempre embebido en mis reflexiones acerca de los grandes progresos de la Francia, vino á distraerme una ocurrencia, que de pronto me llenó de sobresalto.

Cuando mas meditabundo me hallaba, dirigiéndome maquinalmente á mi hospedaje, siento que una forzuda mano me coge bruscamente por el cuello de la levita.

—¿Qué es esto?—grité volviendo de mi estupor.

—*Arrêtez, monsieur s'il vous plait*...—me contestó un hombre de mala facha, tirándome hácia él.

Ocurriome inmediatamente que aquel ciudadano que con tanto imperio me mandaba detener, seria sin duda algun agente de la policía. Yo, sin embargo, no tenia nada que temer. No habia ido á Paris para conspirar, porque siempre he sido enemigo de conspiraciones, y así lo he dicho mil veces en mis escritos. Aunque mis principios políticos son avanzados, he respetado y respetaré siempre las leyes vigentes y las autoridades establecidas. Siempre he tenido ódio á las asonadas, y solo aspiro al triunfo de la ilustracion

y del progreso, por medios lícitos y legales. En Francia menos que en ninguna parte puede en la actualidad ser sospechosa mi presencia. Con todo, un hombre de siniestra catadura me tenia fuertemente asido del cuello de la levita, como al ladron que encuentran *infraganti*.

—¿Me será permitido saber lo que usted quiere?—le pregunté en francés.

—*Restez tranquille, monsieur, s'il vous plait*—me respondió.

—Pero.....

—*Ne bougez pas, monsieur.*

—¡Caballero!

—*Un petit moment.....*

—Decidme lo que quereis... no estoy acostumbrado á que se me sujete de este modo.

—*Ça sera bientôt fait. Pardon, monsieur.*

Y con una cosa blanca empezó mi perseguidor á señalar mi levita. En aquel momento conocí que me habia equivocado, y que en vez de pertenecer á la policía aquel ente, seria algun pobre loco escapado de una reclusion.

—¿Pero qué haceis, buen hombre?—le pregunté entonces, disimulando mi enojo.

—Quedará como nueva—me respondió en francés.

—¿Qué cosa?

—La levita.

—Quedará como es; precisamente la estrené ayer—le dije yo sonriéndome.

—¡Ayer!... y tenia aquí una mancha... pero ya está fuera...

Y diciendo esto empezó á frotar mi levita con un cepillito mojado. Con esta operacion desapareció la señal blanca que antes habia hecho.

—Oh *Monsieur!*—añadió con aire de triunfo—no hay jabon mas escelente que el mio para quitar toda suerte de manchas. Una pastilla de estas dura años enteros, y las vendo á medio franco.

—Dadme una y marchaos con Dios—le dije entonces para libertarme de sus garras, conociendo que aquel ente original no era polizonte ni loco, sino un charlatan de los que tanto abundan en Paris, que tambien se llaman artistas, y que forman gran contraste con los que pocos momentos antes habian hecho palpitar mi corazon de entusiasmo.

Esto quiere decir, amiga mia, que en Paris, acaso mas que en otra parte alguna, alterna el talento con la estravagancia.

Ya puede usted pasar por debajo de los balcones de Madrid, sin temor á las manchas del agua que chorrea de las macetas, pues sabe que puede contar con el milagroso jabon que ha costado un susto y medio franco á su mejor amigo.



CARTA XXIII.

5 DE SETIEMBRE.

Voy á ver si concluyo en esta carta, mi escelente amiga, la descripcion de los templos mas notables de Paris, procurando hacerlo sucintamente.

La iglesia mas grande despues de *Nôtre-Dame* es indudablemente *Saint-Eustache*, á cuya construccion se dió comienzo en 1532 y no se terminó hasta un siglo y dos lustros despues.

Toda la iglesia es del estilo del renacimiento; menos la portada que es de la escuela griega pura. Empezose esta en 1754 y se compone de dos órdenes: el inferior tiene dos columnas toscanas y el superior dos columnas jónicas sobre las cuales descansa un fronton triangular, cuya cúspide se eleva treinta metros del suelo.

Por cima de las puertas laterales descuellan dos torres cuadradas de treinta y seis metros de altura, de las cuáles cada fachada presenta su correspondiente fronton semi-circular.

Estas torres están coronadas de una balaustrada; pero una de ellas no se ha terminado porque el arzobispo de Paris se ha opuesto siempre á que haya en esta capital otra iglesia con dos torres de igual altura ademas de *Nôtre-Dame*.

Tambien tiene cinco naves, como la catedral que acabo de citar. En el fondo del edificio está la capilla de la Vírgen, que ha sido añadida, donde cautiva la atencion de los conocedores por su mérito artístico una efigie de la inmaculada madre del Salvador, obra magna de Pigale.

Las otras capillas atesoran bellísimos cuadros de Lagrenée de Deschamps y de Pallière.

La iglesia de *Saint-Germain-l'Auxerrois* se construyó el año de 606 y medio siglo despues fué inhumado en ella *Saint-Landry*. Entonces no llevaba el nombre de *l'Auxerrois*. Se llamaba *Saint-Germain-le-Rond* porque bajo la proteccion de San German habia sido edificada sobre un plano circular.

Cuando Roberto subió al trono en 990 hizo reconstruir esta iglesia que habia sido arruinada por los normandos en una de sus escursiones á Paris. A la sazon fué cuando tomó la designacion de *Saint-Germain-l'Auxerrois;* pero ningun historiador de Paris esplica el orígen de este último nombre.

Bajo la dominacion inglesa sufrió este edificio en 1423 una nueva metamorfosis.

Desde esta iglesia, echando al vuelo una de sus campanas, se dió la señal de la matanza de los protestantes el dia de San Bartolomé de 1572.

Ya en 1356 habia servido de punto de reunion y de partida para la famosa insurreccion de Esteban Marcel, preboste de los comerciantes, contra los grandes de entonces.

El capítulo de *Saint-Germain-l'Auxerrois*, ejerció por largo tiempo una temible preponderancia sobre las iglesias vecinas; preponderancia que duró hasta 1744, época en que este capítulo fué agregado al de *Nôtre-Dame*.

En 1831, cometió el clero la imprudencia de celebrar en este templo una solemne funcion en memoria de los príncipes de la familia destronada y del duque de Burdeos. El pueblo de julio, que acababa de echar abajo la rama mayor de los Borbones para sustituirle la menor, se dirijió en masa á esta iglesia para arrojar de ella

á los sacerdotes; y como sospechase que el arzobispo habia autorizado aquel acto que escitaba su cólera, corrió en tropel al arzobispado, y en un momento fué demolido el palacio donde estaba establecido. El *maire* del cuarto *arrodissement* Mr. Cadet de Gassicourt salvó de la misma suerte á la iglesia de *Saint-Germain-l'Auxerrois*, que fué restaurada y devuelta al culto en 1838. Cuatro años despues se recompuso la portada.

Esta iglesia es cruciforme como todas las iglesias antiguas, con la estremidad del Este octógona y una torre ó campanario en la interseccion de la nave principal del coro.

La disposicion interior es regular y tambien consta de cinco naves cuyos bajos son de estilo moderno; pero lo mejor del edificio es la portada de la manera que se dejó en la última restauracion. En la opinion de los inteligentes es una de las maravillas góticas de Paris.

La iglesia de *Saint-Gervais*, situada detrás del *Hôtel-de-Ville*, es muy antigua; pero ha sido reconstruida muchas veces. Su última construccion data sin embargo de mas de cuatro siglos. El conjunto es tambien cruciforme.

La parte interior es notable por la elevacion de sus bóvedas, por las soberbias vidrieras de las claraboyas y sus escelentes pinturas; pero tambien es la portada lo mas suntuoso de esta iglesia. Construida en 1616 por el arquitecto Desbrosses, goza de gran celebridad. Presenta tres órdenes griegos: el primero se compone de varias columnas dóricas, acanaladas en sus dos tercios superiores, que forman por su elegante combinacion una hermosa perspectiva. Las del segundo órden son jónicas y las del tercero corintias. Estas sostienen un remate semi-circular de muy buen efecto. El todo constituye uno de los mas hermosos frontispicios entre los principales monumentos de Paris.

La última iglesia de que voy á dar á usted una leve idea, es *Saint-Sulpice*. Empezaré por decir á usted que acaso en su recinto fué donde Napoleon concibió la gran esperanza de hacerse dueño del mundo.

A su vuelta de Egipto en 1799, se le obsequió con un espléndido convite en la iglesia de San Sulpicio, que la revolucion habia convertido en *Temple de la Victoire*. El entusiasmo que reinó en aquel festin, llenó de esperanza su inmensa ambicion y resolvió sin duda en aquel momento salir del misterioso retiro á que se habia voluntariamente condenado.

El general Bonaparte, dice Mr. Norvins, se quedó sorprendido al ver el entusiasmo que manifestaba el pueblo de Frejus cuando desembarcó. Entusiasmo escesivo, pero de distinto carácter que el que habia producido la gloria del héroe de Italia; porque la multitud no saludaba entonces al vencedor de los Turcos ni al conquistador del Egipto, sino al *libertador* de la Francia. Esta palabra fué para él un oráculo; y desde entonces conoció el favor que la fortuna le habia hecho, restituyéndole á su pátria. Pero ¿qué era Frejus respecto de la capital? ¿qué eran los habitantes de esta pequeña ciudad de marineros, respecto de la flor de la nacion, del pueblo de la gran ciudad que habia proclamado todos los fastos de la revolucion, de aquel pueblo que autor, testigo y víctima de sus borrascas, sobrevivia á estas con el privilegio de proscribir y de conceder los triunfos? Bonaparte en Egipto ya no podia temer en Paris la memoria del 13 Vendemiario, tan brillantemente amnistiado tres años habia por los trofeos de Bonaparte en Italia. Sin embargo, como en aquella época, especialmente los parisienses, no estaban aun hartos de victorias, Bonaparte creyó que era menester que antes de presentarse él se publicase el parte de la batalla de Abouquir, para presentarse cubierto de las palmas del Oriente.

La detencion que tuvo que hacer en Córcega, y su desembarco en Frejus, acabaron de confirmarle el estado deplorable de la Francia, que habia sabido en Egipto por las gacetas de Francfort. Los Chuanes asolaban la Bretaña con sus robos y crueldades; la guerra civil que se habia vuelto á encender en el Oeste con furor, se propagaba por los departamentos del Eure hasta las cercanías de Paris, y despues de haber llegado á Burdeos y Tolosa, amenazaba invadir el Mediodía. Toda la Italia gemia bajo el yugo de los

Austro-Rusos, sus nuevos señores. Joubert, enviado allá por el partido Sieyes para adquirir, al frente del ejército, y por las hazañas, la importancia y la popularidad necesarias á un gran papel político, habia muerto en la batalla de Novi. Bonaparte conoció que su vuelta era á tiempo crítico, no para vengar á Joubert ó al Directorio, sino para volver á apoderarse de la cima de su grandeza. Esta conquista le lisonjeaba tanto mas, cuanto que Massena, el hombre de todas las victorias de Italia, habiendo destruido en Suiza el último cuerpo del ejército de Suwarow, podia volverse á encontrar como en 1796, haciendo frente al Austria sola, y estaba muy lejos de desconfiar de que podia dictarle la paz segunda vez. Pero lo que admiró especialmente á Bonaparte fué el descrédito del Directorio á los ojos de la Francia, porque llegaba á tal punto, que no le agradecian ni los triunfos de Massena en Suiza, ni los de Brune en Holanda, y que todo el esplendor de las famosas batallas de Zurich y de Bergen, se atribuia esclusivamente á dichos dos generales.

Bonaparte fué el primer ejemplo de esta propiedad de la gloria; pero hasta entonces no habia habido nadie mas que él que se hubiese hecho independiente del favor y de la desaprobacion de los gefes del Estado. Cuando vió que Massena y Brune habian llegado por las circunstancias á disfrutar la misma prerogativa que él, juzgó que habia llegado la hora del Directorio y la suya; y no hay duda que no hay señal mas cierta ni mas enérgica de la decadencia de un gobierno, que el que el público solo le atribuya las derrotas y las adversidades.

A las seis de la tarde del 9 de octubre emprendió Bonaparte su viaje á Paris con Berthier, su gefe de Estado mayor perpétuo, viaje que fué un triunfo contínuo desde Frejus hasta la capital. En Aix, Aviñon, Valencia, Viena, y especialmente en Leon, fué recibido de un modo estraordinario, y con los honores de Soberano. A su paso las ciudades y los pueblos hacian de repente fiestas que presidian las autoridades. Mientras duró este viaje, una de las épocas mas bellas de su vida, no pudo caberle duda de que era

acojido como libertador de la Francia, porque esta lo manifestaba con tal franqueza, que él debió precisamente creerlo. Conoció y aceptó estos presagios de buen suceso, y llegó á Paris el 16, no solo plenamente sincerado á sus propios ojos de lo bien que habia hecho en haber dejado el mando de Egipto, sino muy convencido que en ello no habia hecho mas que obedecer á la voluntad nacional. El Directorio solo, instruido por la fama, ó viendo él mismo el entusiasmo que escitaba la presencia de Bonaparte, se hallaba tan ciego por su confianza en lo que se llamaba en política *el estado de posesion*, que no receló nada de estas demostraciones de la opinion pública, y por tanto se dispuso tambien á festejar á su desertor de Egipto.

Despues de la muerte de Joubert y del regreso á Paris de Moreau, que acababa de hacerse famoso por haberse puesto al frente del ejército, y haber dado una terrible batalla á los Rusos, Sieyes y sus amigos habian puesto las miras en este general; pero al llegar la noticia de que Bonaparte habia desembarcado, Moreau dijo á los Directores: «Ya no os hago falta; ahí está el que necesitais para un *movimiento;* dirijíos á él.»

Estas palabras de Moreau dan á conocer los pensamientos del Directorio, que se figuraba que recobraria el crédito y la fuerza con hacer un *movimiento;* y manifiestan igualmente que Moreau no conoció mejor que los que entonces gobernaban las inevitables consecuencias de haber aparecido impensadamente Bonaparte.

El Directorio, envuelto en la rutina revolucionaria, no sabia lo que todo el mundo pensaba en Paris, lo que se repetia en las tertulias y en las concurrencias públicas, que se presentaba un nuevo partido que dominaria á todos los demas. Este partido era el del ejército que, no habiéndose presentado en la escena política mas que el 18 Fructidor, iba ahora á aprovecharse de la preponderancia que se le habia dado, implorando su peligroso socorro contra una parte de los consejos y del gobierno. El vencedor de Tolon, de Vendemiario, de Italia y de Egipto representaba este partido, que habia de ser el único temible en adelante; y ver-

daderamente el osado violador de los reglamentos sanitarios habia faltado á todas las leyes militares y civiles, para venir á ofrecer su apoyo al Directorio.

Bonaparte conoció perfectamente el efecto que habia de producir en los habitantes de la capital el parte de la batalla de Abouquir. En todos los teatros se anunció su llegada como una prosperidad pública, lo que bastaba por sí solo para decidirla. Conoció que Paris entraba en su secreto y sus esperanzas, y en efecto fué acogido por una conspiracion general, y se vió de repente rodeado de amigos y de relaciones que no habia podido esperar. El dia siguiente, que era el 17 de octubre, se presentó en el Luxemburgo, donde manifestó en sesion particular la situacion del Egipto, y dijo á los Directores que sabiendo las desgracias de la Francia, habia vuelto para defenderla. Y juró sobre su espada, que su salida de Egipto no tenia otro objeto, ni él otra intencion, mas que la defensa de la pátria. Esto manifiesta que Bonaparte no tenia permiso por sus instrucciones para abandonar el Egipto cuando lo creyese conveniente, y por tanto si no hemos de declarar por fabulosa la carta del Directorio para hacerle volver á Francia, aseguramos á lo menos que antes de salir de Egipto no recibió semejante carta.

Los cinco Directores divididos, no en facciones, sino en tres intrigas, tomó cada uno para sí este juramento militar. No obstante, queriendo Bonaparte evitar todo género de sospecha, y la necesidad de decidirse mas bien por uno que por otro, continuó manteniéndose retirado como lo habia hecho otras veces, cuando fué abandonado por el *Comité* de salud pública, despues del sitio de Tolon y de la batalla del Cairo, y despues de la inspeccion del ejército de Inglaterra antes de su salida para Egipto. Se presentaba muy poco en público; si iba al teatro, era á palco cerrado; visitaba solo á los sábios, y nunca fué á comer á casa de los Directores mas que de amistad. Sin embargo, no pudo menos de aceptar el banquete que le dieron los dos Consejos en el templo de la Victoria (la iglesia de San Sulpicio).

En este espléndido banquete, en este festin donde resonaban

incesantemente mil vítores al *libertador de la Francia*, acabó de conocer Napoleon la verdadera opinion pública, y de resolverse á derribar el Directorio y erigirse en dictador. Ya sabe usted de qué modo lo hizo.

Puede pues decirse que el imperio de Napoleon se inauguró bajo las bóvedas de San Sulpicio. Pasemos ahora á su descripcion.



En 1655 puso la reina Ana de Austria la primera piedra de este grandioso y bello monumento, y hasta un siglo despues no se terminó la fachada.

En 1749 dirigió el arquitecto Maclaurin la torre de la parte del Sur, y la del Norte se construyó en 1777 por monsieur Chalgrin. El coro y los bajo-lados habian sido concluidos en 1678.

La torre del Norte tiene mayor altura que la del Sur, y en la parte superior tambien difiere la arquitectura de ambas de un modo que hace muy mal efecto, y causa estrañeza suma á los inteligentes. Con todo, no debe culparse á los arquitectos sino al bueno del arzobispo de Paris, que como ya he dicho á usted con referencia á otra iglesia, lleva la aristocracia religiosa monumental hasta el estremo de querer que solo la metrópoli de los templos tenga sus dos torres iguales.

Las torres de *Saint-Sulpice* descansan sobre dos zócalos cuadrados, y se elevan á dos metros de mayor altura que las de *Nótre-Dame*.

El órden jónico y el dórico brillan en el frontis, que es de primorosa arquitectura.

A los estremos de la portada vénse en el suelo bajo dos capillas, decoradas cada una de dos estátuas alegóricas. Una de estas capillas está consagrada á los bautizos, y la otra es el santuario del viático.

Ciento cuarenta y cuatro metros de longitud hay desde el primer escalon de la portada hasta la capilla de la Vírgen. A este grandor de la nave corresponde la altura del templo que tiene treinta y cinco metros.

A la parte esterior de las puertas laterales nótanse nichos con efigies que tienen tres metros de proporcion.

El coro es grandioso y entornado de arcos que descansan sobre pilastras corintias, lo mismo que toda la nave, en la cual descuellan doce estátuas marmóreas que simbolizan á los doce apóstoles.

El altar mayor, colocado á la entrada del coro, es de un efecto delicioso, lo mismo que la capilla de la Vírgen, cuya cúpula está hábilmente pintada al fresco por Lemoine.

En el fondo de esta capilla hay un nicho donde cautiva agradablemente la atencion de los conocedores una Vírgen que tiene en sus brazos al niño Jesus.

A la derecha está la capilla de San Mauricio, que atesora dos pinturas al fresco, verdaderos modelos del arte.

Las pilas del agua bendita son notables no solo por su mérito artístico, sino por ser regalo que la república de Venecia hizo á Francisco I.

La tribuna del órgano, sostenida por vistosas columnas, es digna de la suntuosidad que todo el templo respira.

Las torres de *Saint-Sulpice* ostentan sendos telégrafos que se comunican con el de *Saint-Eustache* y el del ministerio del interior.

Creo, amiga mia, que con lo que llevo referido, puede usted formar una idea de los templos católicos de Paris. Hay además otros muy notables que no pertenecen á la religion católica, y como seria acaso enfadoso para usted que me dilatara en descripciones

que han de parecerle monotonas, bastará que sepa usted que los templos principales que no corresponden al culto católico, son los de los protestantes, divididos en calvinistas y luteranos.

Merecen tambien ser citados *le Temple anglican* y *la Synagogue des israelites*.

Todos estos edificios son mas ó menos notables y dignos de la capital que los posee; pero olvidaba que hay otro de cuya descripcion no puedo prescindir, no solo por ser el primero de Francia en su género, sino por sus particulares circunstancias. Es un alcázar religioso que no pertenece á ningun culto, pero segun su destino eminentemente honroso para la nacion francesa, corresponde á todos, pues está consagrado á guardar las cenizas de los grandes hombres que mas han honrado á la Francia.

Hablo del *Panthéon*, amiga mia, de ese magnífico templo moderno en cuyo frontis se lee la siguiente inscripcion:

AUX GRANDS HOMMES LA PATRIE RECONNAISSANTE.

Este frontis ó portada es de construccion moderna, y le dirigió el célebre David en 1837. Campea en su centro una hermosa figura que simboliza á la Patria distribuyendo coronas á cuantos la han honrado y servido, bien fuese por sus talentos, sus virtudes ó su valor.

Otras dos estátuas, emblemas de la Historia y de la Libertad, están representadas inscribiendo la una los nombres de los varones ilustres, y la otra entretejiendo coronas. Ambas están sentadas á los piés del símbolo de la Francia.

A la derecha están *las ilustraciones* del órden civil, á la izquierda *las glorias* militares. Los nombres de Monge, Carnot, David, Manuel, Cuvier, Mirabeau, Laplace y Malesherbes descuellan en el primer sitio; los de Napoleon, de un veterano granadero, y del célebre *petit tambour d'Arcole* figuran en el último.

En un inmenso subterráneo que ocupa toda la estension del edificio, hay sobre cincuenta sepulcros que custodian los restos de varones esclarecidos, entre los cuales están Voltaire y Rousseau,

á quienes las personas timoratas no solo niegan el merecimiento de este honor, sino que se escandalizan de verles ocupar un recinto sagrado.

Permítame usted examinar la conducta que observaron en el mundo estos dos célebres escritores, para deducir el bien ó el mal que sus talentos hayan podido causar al hombre, y si merecen la gratidud, la execracion ó el olvido de la posteridad.

Juan Jacobo Rousseau era hijo de un relojero instruido, que tenia junto á los instrumentos de su arte un Tácito y un Plutarco. El niño Rousseau supo bien pronto de memoria estos dos libros, y desde sus primeros años mostró un espíritu pensador y un carácter ardiente.

Una calaverada juvenil hízole abandonar la casa paterna, en donde habia perdido á su madre al nacer en Ginebra el 28 de junio de 1712. Por esto decia amenudo: «*Ma naissance fut le premier de mes malheurs.*

Hallándose fugitivo en pais estranjero, sin recurso alguno, mudó de religion, segun él dijo, solo para tener pan.

Bernex, obispo de Anneci, á quien habia mendigado un asilo, encargó su educacion á madama de Warens, que en 1726 habia abandonado gran parte de sus bienes y la religion protestante para entrar en el seno de la iglesia católica.

Madama de Warens era amable y caritativa, y servia de madre, de amiga y protectora al nuevo prosélito, á quien miró siempre como á un hijo querido.

El deseo de proporcionarse un estado, obligó varias veces á Rousseau á abandonar á esta tierna madre, á esta enamorada amiga; pero sus apuros le obligaban á unirse á ella de nuevo.

Pasó épocas muy desgraciadas, sumido en la mas espantosa indigencia, víctima siempre de su carácter soberbio, pues él mismo confesaba su orgullosa misantropía y el odio que profesaba á los que eran dichosos y ricos en la sociedad.

Sus amigos le colocaron de secretario en la embajada de Francia en Venecia; pero no simpatizó con el embajador Mr. de Mon-

taigu y regresó á Paris, donde halló una decente colocacion. Acaso por orgullo mas que por gratitud pagó á madama Warens los beneficios que de ella habia recibido.

En el año de 1750 fué la época en que salió de su oscuridad, alcanzando un gran triunfo literario. La academia de Dijon habia propuesto la cuestion siguiente: SI EL RESTABLECIMIENTO DE LAS CIENCIAS Y LAS ARTES HA CONTRIBUIDO Á PURIFICAR LAS COSTUMBRES.

Rousseau se declaró de pronto por la afirmativa. «*C'est le pont-aux-ânes*, le dijo Diderot, que era su amigo á la sazon; tomad la negativa y obtendreis el éxito mas brillante.»

Siguió este consejo, y efectivamente su discurso contra las ciencias pareció el mejor escrito, el mas profundamente pensado... en una palabra, mereció el premio de la academia.

Lo mas singular, amiga mia, es que la academia tenia razon; jamás se ha sostenido una paradoja con mas elocuencia, con mas recursos de ingenio y sabiduría. Mil adversarios lanzáronse despues á la liza para atacar la opinion del laureado escritor; pero él se defendió con tal lucidez, que fijó entonces su reputacion colosal.

Desde aquel momento perdió en sosiego lo que habia ganado en celebridad.

Su *discurso sobre las causas de la desigualdad entre los hombres y el orígen de las sociedades*, lleno de máximas atrevidas y de ideas valientes, tenia por objeto hacer ver que los hombres son iguales, que habian nacido para vivir aislados y han pervertido el órden de la naturaleza asociándose.

El panegirista eterno del hombre salvage, deprime demasiado al hombre social. Su sistema es absurdo, es falso, es desorganizador; pero los colores que emplea para desenvolverle destellan fascinacion y encantos. Este discurso, y sobre todo la dedicatoria que de él hizo á la república de Ginebra son obras magnas de elocuencia.

Dirigiose con él á su patria, presentole á los magistrados, y fué reintegrado en los derechos de ciudadanía, prévia abjuracion de la religion católica.

Apenas habia renunciado á los dogmas de la iglesia romana, volvió al pais en donde se profesaba. Regresó á Francia, vivió en Paris algun tiempo, y determinó por fin ocultarse en la soledad para huir de la crítica que se cebaba en él de un modo inaudito. Voltaire fué su mas encarnizado enemigo; ese mismo Voltaire, cuyos frios restos yacen junto á los de Rousseau, no cesó un momento de abrumarle con sangrientos epígramas y emponzoñadas injurias. Rousseau aparentaba indiferencia á tamaños ultrajes; pero sentia tener por enemigo á un hombre que distribuia reputaciones.

Una buena recomendacion tenia Rousseau para usted, María Enriqueta; era tambien muy buen músico y compositor. En 1752, á la edad de cuarenta años dió al teatro *une Pastorale* titulada *Le Devin du Village*, de cuya música y poesía era el autor, y alborotó por las bellezas de una y otra. Ambas respiran la alegría y simplicidad campestres; y lo que mas realza el mérito de esta obra es el perfecto acuerdo de la letra y las melodías. Todo es en ella agradable, interesante y de un buen gusto superior.

Escribió mas adelante una carta contra la música francesa, y los compositores de París se resintieron en términos que trataron al autor como si hubiera sido un miserable libelista. Esta calificacion le daban en sus virulentos clamores, prorrumpiendo en insultos y amenazas, y nombrándole en epigramáticas canciones populares. Tal fué el fanatismo filarmónico, tal la iracundia de los que se habian creido denigrados en la carta de Rousseau, que llevaron su locura hasta el punto de ahorcarle en efigie.

En 1761 publicó la *Nouvelle Heloïse*, esa novela que tanta aceptacion ha tenido en todas partes, que se ha traducido en todos los idiomas, y con todo esto el argumento es malo, las evoluciones de la fábula sucédense de una manera desaliñada, y, como todas las producciones del genio, tiene bellezas en medio de los grandes defectos. Falta verdad en los caractéres; falta precision en los detalles. El estilo es siempre el mismo, afectado en demasía, y los personajes se parecen todos.

Algunas de las cartas son admirables por la fuerza, por el calor de la espresion, por la efervescencia de sentimientos, por cierto desórden de ideas que caracteriza la pasion frenética.

Cuando apareció la *Nueva Eloisa*, los inteligentes admiraron muchos trozos de pasion y de filosofía derramados en este libro, que calificaron de indigesto; pero las gentes de mundo, las mugeres, sobre todo, le devoraron con avidez y quedaron prendadas del libro y de su autor.

¿Y sabe usted cuál fué el principal motivo de esta favorable acogida en las señoras? La sospecha de que habia escrito su propia historia, y de que era él mismo el héroe de la novela.

El éxito del Emilio que apareció en 1762, fué aun mas ruidoso que el de la *Nueva Eloisa*. Es un tratado de educacion. Rousseau quiere que se siga en todo la ley de la naturaleza, y si su sistema se aleja en algunas partes de las ideas admitidas, merece por varios conceptos que se ponga en práctica y así se ha hecho con prudentes modificaciones.

Los preceptos del autor estan espresados con la energía y nobleza de un corazon lleno de grandes verdades de la moral. Si no siempre fué virtuoso, nadie á lo menos ha sentido mejor, ni ha hecho sentir con mas elocuencia el precio de la virtud. Hizo un elogio sublime del Evangelio y un retrato verdaderamente tierno de su divino Autor.

Fué sin embargo perseguido por esta y otras producciones, tanto en Francia como en su pais natal. Despues de largos años obtuvieron sus protectores que pudiera vivir en Francia con tal de que no escribiera sobre materias de religion ni de política. Así lo prometió y cumplió su promesa, pues ni una sola línea dió á luz.

Amaba la soledad, y el orígen de este amor, era segun sus propias palabras: «ese invencible espíritu de libertad, que desprecia los honores, la fortuna, la reputacion. Y este carácter independiente ha nacido en mí mas bien de la pereza que del orgullo. Todo me horroriza; los deberes de la vida civil me son insoportables. Una carta que tenga que escribir, una palabra que haya de pronun-

ciar, una visita que exija de mí la etiqueta, son suplicios para mí. La consecuencia de esta pereza es el odio que profeso á la sociedad en general; pero no por esto deja de serme grata la amistad íntima que no impone deberes. Siempre he rechazado los beneficios, porque exigen gratitud, y yo no podria dejar de ser ingrato por la sencilla razon de que el reconocimiento es un deber. En una palabra, mi felicidad estriba no tanto en hacer lo que quiero como en no hacer lo que no quiero.»

Despues de su muerte, acaecida el 2 de julio de 1778, se publicaron *Las Confesiones*, de las cuales no quiero decir á usted nada por no mancillar la memoria de un hombre ilustre; pero por el juicio de Marmontel, podrá usted formar idea de este libro. «Sus *Confesiones*, dice, me parecen una obra peligrosa, en la cual se retrata Rousseau con colores que nadie hubiera osado aplicarle. Los ingeniosos análisis de algunos sentimientos, la delicada anatomía que hace de algunas acciones, no alcanzan á cubrir los hechos horribles que en este libro se revelan y las maledicencias eternas que surgen de todas sus líneas.»

En otros varios escritos póstumos, como en todos los suyos, se hallan bellezas admirables dignas de un gran talento, cosas de una utilidad inmensa; pero que contrastan con infinitas contradicciones, con paradojas é ideas poco favorables á la religion.

Esto supuesto, el nombre de Rousseau y el templo sagrado que cobija sus frios restos, se rechazan mútuamente: lo mismo sucede con el nombre de Voltaire; pero los franceses dicen *que le Panthéon n' appartient á aucun culte, mais qu' il appartient á tous, puisqu' il est consacré aux grands hommes dont s' honore la patrie.*

Sobre la tumba de Juan Jacobo Rousseau se lee la siguiente inscripcion:

AQUI DESCANSA EL HOMBRE DE LA NATURALEZA Y DE LA VERDAD.

Del sepulcro sale una mano con una antorcha para significar que la luz intelectual triunfa del horror de las tinieblas.

No me atreveré yo á decir hasta que punto esté todo esto bien

aplicado tratándose de Rousseau que por un pedazo de pan renegaba de su religion; pero lo que me parece muy bien es que se le haya colocado en el mismo sitio que á Voltaire, pues, aunque se profesaron en vida un odio inextinguible, no deja de haber afinidad entre ellos.

Me parece que antes de hablar de las bellezas arquitectónicas del Panteon, no tomará usted á mal que le manifieste mi opinion sobre ese hombre estraordinario, sobre ese Voltaire tàn deprimido por unos, tan ensalzado por otros, tan nombrado y tan mal conocido por la generalidad.

Pero esta carta se prolonga demasiado; mañana volveré á escribir á usted, que, como ya lo llevo dicho, es la mas deliciosa ocupacion de su amigo invariable.



CARTA XXIV.

6 DE SETIEMBRE.

No tema usted, amiguita mia, que al tratar del célebre Voltaire, me entretenga en hacer de este hombre singular una estensa biografía. Haré solo un estracto de ella para esponer mi opinion acerca de sus gravísimas é imperdonables faltas, sin ocultar los destellos de su gran talento, del cual abusó con sobrada frecuencia de un modo que oscurecia su alto mérito literario.

Francisco María Arouet de Voltaire nació en Chatenay cerca de Paris el 20 de febrero de 1694, hijo de Francisco Arouet, notario, y de María Margarita Daumart.

Favorecido por la fortuna llegó á reunir un capital inmenso, y en medio de sus riquezas fué siempre económico hasta la avaricia. Alcanzó muchos destinos lucrativos y honrosos á la par. Fué gentilhombre de cámara, chambelan del rey de Prusia, miembro de las academias de Roma, Florencia, Bolonia, Lóndres y otras capitales.

Orgulloso como Rousseau, decia á menudo que al salir de la cuna balbuceaba en verso (1). A los tres años recitaba las fábulas de *La-Fontaine*.

(1) Hé aquí sus palabras: Au sortir du berceau je bégayais des vers.

Hizo sus estudios en el colegio de *Louis-le-Grand* bajo la direccion del Padre Porée.

A la edad de 12 á 14 años publicó algunos escritos que no adolecian de inexperiencia. La célebre Ninon le regaló dos mil libras para que se proporcionase una biblioteca.

Introducido en la alta sociedad cuando estudiaba leyes, descuidó estos estudios para cultivar la poesía, por la cual mostró siempre una pasion frenética. Esto causó el desagrado de su padre, de quien vivió separado.

Cultivó todos los géneros de la bella literatura, y fué tan mordaz en el satírico, que le acarreó mil disgustos y padecimientos, habiendo tenido que sufrir tres prisiones en la Bastilla; la primera duró mas de un año. La última fué á consecuencia de haber sido *maltratado* en público. Repuesto Voltaire de la primera sorpresa, buscó á su agresor para lavar con las armas la afrenta que habia recibido; pero lo hizo con tanta indiscrecion, que su enemigo tuvo la habilidad de hacerle encerrar en la Bastilla. El desgraciado poeta, despues de haber sido apaleado, fué metido en una cárcel.

En 1781 tuvo un brillante éxito su tragedia de *Edipo*. El duque de Orleans le permitió con este motivo regresar á Paris, de donde se le habia desterrado al salir de la Bastilla.

Su padre queria que Voltaire fuese abogado; pero asistió tambien á la representacion del Edipo. Derramó en ella lágrimas de emocion y de orgullo, abrazó á su hijo entre los aplausos y felicitaciones de los cortesanos, y no trató ya mas de hacerle jurisconsulto. No fué tan feliz con *Artemira* que se representó en 1720 mereciendo general desaprobacion.

En 1722 hizo un viaje á Bruselas y conoció allí al célebre cuanto desgraciado Rousseau. Desde el primer momento que se vieron concibieron el uno por el otro un odio implacable.

Dió á la sazon, de vuelta á Paris, la *Mariamna* y tuvo tambien un éxito desgraciado.

Perseguido por sus escritos cínicos é inmorales fugose á Inglaterra donde escribió la *Henriade*. Jorge I, y la princesa *de*

Galles que despues fué reina, le prodigaron elogios y gratificaciones que fueron el principio de su fortuna.

La *Henriade* es un poema en diez cantos llenos de trozos bellísimos, de versos fáciles y sonoros, de descripciones tiernas, de grandes pensamientos y de imágenes brillantísimas. Es verdaderamente épico el asesinato de Enrique III, la muerte de Coligni está admirablemente descrita, la batalla de Contras es un modelo de poesía, el retrato del papa, la batalla de Ivri, la descripcion de la córte de Luis XIV son cuadros maestros que destellan pinceladas encantadoras. El canto nono respira una ternura que embelesa; pero con todos estos atractivos es un absurdo querer nivelar el mérito del poema francés con el de la *Iliada* y la *Eneida*. Los pareados ó versos alejandrinos son poco á propósito para este género de poesía; ademas, el poema de Voltaire, en contraste de las citadas bellezas, está sobrecargado de antítesis y de retratos monotonos, carece de fábula y de situaciones patéticas y tiene otros muchos defectos que marcan una distancia inmensa entre la *Henriade* y los poemas antiguos que acabo de citar, distancia que solo puede ser desconocida á los que no están en estado de apreciar los grandes talentos de Homero y de Virgilio.

En 1728 regresó Voltaire á Francia muy rico, y se dedicó á la carrera mercantil sin abandonar la literaria.

En 1730 dió al teatro su *Brutus*, que es á no dudarlo la tragedia mas enérgicamente escrita entre las suyas, y fué recibida con frialdad. A la sazon habia mandado á Berberia un buque para comprar trigo. Corriose la voz de que este buque, al cual tuvo la humorada de ponerle el nombre de *Brutus*, habia naufragado; pero al salir de una de las representaciones de su tragedia, supo que el buque habia llegado felizmente á Marsella, y dijo á Mr. Dumoulin: «Ya que el *Bruto* de Berbería no ha naufragado, consolémonos del naufragio del *Bruto* de la antigua Roma.»

Fontanelle, La Mothe y otros críticos le aconsejaron que abandonase la carrera dramática, para la cual en su concepto no habia nacido.

A esta amarga censura contestó Voltaire dando la *Zaïre*, obra la mas acabada que se ha visto en el teatro despues de Fedra. Sin embargo, el estilo, aunque imponente por su valentia y por largos trozos de versificacion brillante, es demasiado cortado y de una manera monotona, siendo muchos de los versos plagios harto visibles de Corneille y de Racine.

Publicó luego sus *Cartas filosóficas* que por irreligiosas fueron sábiamente quemadas por el parlamento de Paris, y su autor tuvo que espatriarse, sin que las persecuciones y disgustos que por esta causa sufria le sirvieran de escarmiento.

Representose en 1736 su tragedia de *Alzire* y obtuvo buen éxito.

En 1741 dió al teatro el *Mohomet;* pero retiró esta tragedia de la escena por consejo del cardenal de Fleury.

Siguió á la precedente la *Mérope*, representada dos años despues, y fué muy aplaudida y muy censurada. Esta representacion es la que inauguró en Francia la costumbre de llamar al autor. El gran poeta recibió una ovacion que debió serle muy lisonjera; pero que en Paris se prodiga hoy á los caballos de Franconi, como en Madrid al mas insignificante coplero.

Aprovechose Voltaire de este triunfo para mendigar una plaza de académico, y le fué negada. Sin duda andarian en esto mas escrupulosos en Paris que en Madrid.

Con ocasion de las fiestas para solemnizar el casamiento del delfin, encargaron á Voltaire que escribiese algo para el teatro. Compuso en consecuencia *La Princesse de Navarre*, que fué oida con suma frialdad porque verdaderamente es detestable. Con todo, se le recompensó con tanta prodigalidad, que en una reunion de amigos improvisó con este motivo los siguientes versos:

Mon Henri IV et ma Zaïre,
Et mon americaine Alzire,
Ne m'ont valu jamais un seul regard du roi.
J'avais mille ennemis, avec très peu de gloire;
Les honneurs et les biens pleuvent enfin sur moi
Pour une farce de la Foire.

Se le acababa de agraciar con el nombramiento de gentilhombre y el empleo de historiógrafo de Francia. Poco tardó ya en ver coronados sus deseos de ser admitido en la academia.

Al saberse esta admision, estalló contra él y contra la academia tal borrasca de imprecaciones, que para contener el huracan de la sátira, viose precisado nuevamente á emigrar.

Regresó en 1749; pero no permaneció largo tiempo en Paris, porque á pesar de los muchos admiradores que tenia en la capital, quejábase de las intrigas que en su concepto se urdian para oscurecer una gloria de la cual se mostraba insaciable.

Dirigiose á Prusia en 1750, donde recibió altas mercedes en aquella córte, y distinciones honrosas del mismo rey. Pasó posteriormente á Ginebra, donde compró una linda posesion que tituló *les Delices;* pero tuvo que abandonar este agradable asilo, huyendo de las persecuciones de los partidos políticos, y fijó su residencia en un desierto. Así puede llamarse el pueblecillo de Ferney que apenas contaba unos cincuenta moradores.

Merced á los afanes de Voltaire, convirtiose en breve aquel villorrio en una colonia de mil quinientas personas que trabajaban con éxito.

Muchos artistas, particularmente relojeros, establecieron sus talleres bajo los auspicios de Voltaire, quien cuidaba de mandar sus manufacturas á diversas partes del globo.

En aquel rincon fué Voltaire mas grande que nunca. Allí ejerció virtudes que estendieron su fama de una manera mas honrosa que sus escritos. Allí fué un verdadero filósofo, y con sus buenas acciones impuso silencio á sus enemigos. Allí recibió homenages de estimacion, no solo de muchos personages de todas las naciones sino hasta de varios monarcas. La emperatriz de Rusia le hizo magníficos regalos, entre los cuales se distinguia una caja con su retrato guarnecido de diamantes.

Lleno de gloria y de riquezas no era dichoso, porque su ambicion y su codicia eran insaciables; y resolvió por último, á la edad de 84 años, abandonar aquella pacífica y deliciosa morada de

Ferney por los inciensos y el bullicio de la capital de Francia.

En 1778 regresó á Paris, donde obtuvo la mas lisonjera acogida. Fué laureado en la escena teatral entre los vítores y palmadas de un público brillante, frenético de entusiasmo.

El filósofo octogenario fué víctima de estas ruidosas ovaciones. Su sangre se alteró, se enardeció, y le produjo una hemorragia que le arrojó al sepulcro. Murió el 30 de mayo de 1778 á las once de la noche.

Tal es en compendio la historia de un hombre original, con tanta razon vilipendiado por unos como enaltecido por otros.

Sus admiradores le elevan á las nubes, al paso que las gentes timoratas le presentan como un mónstruo digno de execracion; pero las personas imparciales conceden á Voltaire grandes talentos, y el abuso de estos talentos llevado á un esceso lamentable; rasgos dignos de admiracion y una licencia escandalosa; producciones literarias que honran á su siglo, sátiras y libelos que le cubren de vergüenza; sentimientos que ennoblecen á la humanidad, y debilidades que la degradan; todos los encantos de la sabiduría y todas las miserias de la ignorancia; imaginacion brillante y lenguage cínico; filosofía y absurdos; rica poesía y plágios manifiestos, homenages á la religion y asquerosas blasfemias; lecciones de virtud y apologías del vicio; anatemas contra la envidia, y envidia hasta el frenesí.

Con tan estrañas contrariedades creo á Voltaire muy digno de ocupar un sepulcro junto á Rousseau; pero no sé hasta qué punto merece el honor de haber sido enterrado en un templo religioso, y mucho menos la inscripcion que se ha puesto sobre su tumba en estos términos:

POETA, HISTORIADOR, FILÓSOFO, ENGRANDECIÓ EL ESPÍRITU HUMANO: ENSEÑÓLE QUE DEBIA SER LIBRE. DEFENDIÓ Á CALAS, SIRVEN, DE LA BARRE Y MONT-BAILLY; COMBATIÓ Á LOS ATEOS Y FANÁTICOS, INSPIRÓ LA TOLERANCIA, Y RECLAMÓ LOS DERECHOS DEL HOMBRE CONTRA LA ESCLAVITUD Y EL FEUDALISMO.

Dejemos en paz á los difuntos, amiga mia, y permítame usted

concluir la descripcion de la parte monumental del Panteon.

El interior se compone de cuatro naves orilladas de bajo-lados divididos por bellas columnas acanaladas de órden corintio de diez y ocho metros de elevacion, y uno y veinte y cinco centímetros de



diámetro. Estas columnas en número de ciento treinta, sostienen un cornisamento cuyo friso está ornado de festones.

Dichas cuatro naves van á parar todas á un mismo centro, que le forma la media naranja que cobija un espacio cuadrado de veintiun metros, en cuyos ángulos hay cuatro pilares de forma triangular que sostienen la media naranja. En el interior de esta guardan los pilares la misma proporcion, y se enlazan por cuatro arcos de catorce metros de latitud y veinte y uno de altura. En estos arcos campean hermosos frescos pintados por Gerard.

Encima del cornisamento elévase el peristilo compuesto de diez y seis columnas corintias. En los intercolumnios se abren otras tantas rejas de hierro con cristales. Las que corresponden á los cuatro pilares de la cúpula están pintadas y adornadas con espejos. Debajo de estas rejas hay tribunas á las cuales se llega por una galería circular.

La media naranja tiene tres cúpulas. La primera descansa sobre el cornisamento de las diez y seis columnas corintias, decorada con suntuosidad y pintada al fresco por Gros. La elevacion de la primera cúpula, tomada desde el pavimento hasta el borde inferior de su abertura, es de cincuenta y nueve metros. La de la cima de la segunda es de setenta metros, y la tercera se eleva veinte y cuatro metros sobre el ático.

Por la parte esterior, en el cúmulo de las cuatro naves ofrece el cimborio un vasto basamento cuadrado donde se apoyan cuatro corpulentos arcos con escaleras para subir á la cúspide.

En este basamento, cuya parte superior se eleva treinta y cuatro metros sobre la anchurosa escalinata del pórtico, elévase otro basamento circular que sostiene otra magnífica columnata de treinta y dos columnas corintias, donde descansa un cornisamento coronado por una hermosa galería descubierta.

Estas vistosas colúmnas forman un peristilo dividido en cuatro partes por ante-cuerpos macizos correspondientes á los cuatro pilares de la cúpula. Estos ante-cuerpos están en parte ocultos detrás de las columnas, sobre las cuales hay un ático formado por la altura de la pared circular de la torre. Es de seis metros, con rejas de hierro arqueadas.

En el zócalo de la cornisa de este ático se apoya la grande media naranja que forma la tercera cúpula, embellecida por un balcon circular y una linterna decorada con ocho columnas que se elevan sobre la cúpula diez metros, lo que da al edificio, desde la escalinata del pórtico principal, la estraordinaria elevacion de ochenta y tres metros.

Esta cúspide, que se esconde ya en las nubes, alardeará en breve, segun está proyectado, una colosal estátua, emblema de la Inmortalidad, que debe reemplazar á la cruz que habia en tiempo de la restauracion, y vino abajo cuando la revolucion de julio resolvió que no se contara este edificio en el número de las iglesias.

Una elegante verja de hierro entorna el Panteon por todas partes. El centro de la parte interior ostenta cuatro losas de mármol

negro, donde están grabados en letras de oro, los nombres de los ciudadanos que perecieron en los dias 27, 28 y 29 de julio de 1830.

Cuatro frescos de Gerard representan la Muerte, la Pátria, la Justicia y la Gloria, con todos sus atributos. Estas pinturas son de un mérito superior.

Parece que despues del Panteon seria muy puesto en el órden que diese á usted alguna idea de las Catacumbas, y de los cementerios de Paris; pero como yo prefiero al órden de las materias la probabilidad de merecer el agrado de mi tierna amiga, y veo que mis cartas van tomando un estilo sério en demasía, dejaré para mas adelante esas fúnebres narraciones. Hora es ya de que les llegue su turno á los Campos Elíseos, de que tanto habrá usted oido hablar. Dudo mucho que mi débil pluma alcance trazar un cuadro exacto de este centro de la belleza, de la elegancia, del movimiento, de la alegría, de las estravagancias y de los placeres. A do quiera que vuelva los ojos, vé usted una brillante página de las mil y una noches. En las del estío es un recinto encantador, es una mansion de goces y de delicias. Usted misma juzgará despues que haya leido mi próxima carta, pero digo mal, seria preciso que Rafael me diera su mágia ó Delille su florido númen para que pudiese yo trasladar al papel un panorama tan singular. Haré lo que sepa, y usted, que como todas las almas generosas, es muy indulgente, acogerá con bondad el desaliño de mis renglones, y los afectuosos recuerdos de su consecuente amigo.



CARTA XXV.

8 DE SETIEMBRE.

El paseo público llamado *Champs-Elysées*, es indudablemente el mas notable por todos conceptos de cuantos paseos embellecen esta populosa capital, pues si bien los amantes de las flores prefieren el jardin de las Tullerías, el del Luxemburgo y el de las Plantas; preciso es confesar que el conjunto de los Campos Elíseos atesora mas encantos.

Su estension es vastísima, prolongándose del Este al Oeste, desde la pintoresca plaza de la Concordia hasta el magnífico Arco de Triunfo de la Estrella; y del Norte al Sur desde las casas del arrabal *Saint-Honoré* hasta el Sena. Toda esta amena superficie está como entoldada por el espeso y verde ramage de árboles corpulentos, á cuya sombra disfruta el paseante de cuantos espectácu-

los hayan podido inventarse para divertir, recrear y aun llenar de asombro á toda suerte de espectadores. Tiendas, paradas, puestos de fiambres y bebidas, teatros ambulantes, cafés bien provistos..... todo abunda en este recinto, y todo lleva cierto sello de mágia que ilusiona deliciosamente.

Los cafés, los *restaurants*, los *staminets* de los Campos Elíseos, no son lujosos como los del *Palais-Royal* y de los *Boulevards;* pero contienen gabinetes lindísimos, rodeados de floridos vergeles. Hay ademas para los bellos dias de la primavera y del verano multitud de mesas en estos mismos vergeles, donde puede el hombre de buen gusto y delicado paladar, apurar todos los deleites que emanan del arte culinario, elevado á la mayor altura por los grandes talentos que han germinado en las cocinas de Paris.

En estos jardines hay goces para todos los sentidos.

Mientras el gastrónomo no cesa de *tocar* deliciosamente los platos para *olfatear* entusiasmado los manjares y *gustar* con avidez de los mas esquisitos, tiene el gozo de *ver* delante de su mesa un pequeño y lindo escenario, donde algunos artistas filarmónicos le hacen *oir* las mas dulces melodías de la escuela francesa é italiana.

Salgamos de este vergel, amiga mia, y demos una vuelta por entre los árboles. ¡Cuánta gente! ¡Cuánta gritería! ¡Qué estrépito de bombos y platillos! ¡Cuánto movimiento por todas partes!

Aquí un prestidigitador, despues de haber ejecutado las suertes mas prodigiosas, lleva al colmo el entusiasmo de sus numerosos admiradores lamiendo una barra de hierro candente, ó metiéndose áscuas en la boca y saboreándolas cual si fueran caramelos ó pastillas de Regnauld.

A corta distancia del jugador de manos, llama la atencion pública un ciudadano de ademanes picarescos que hace ostentacion de las sorprendentes habilidades de su alumno. Este es un mono véstido de arlequin, que obedeciendo las órdenes de su amo regala ramilletes á la concurrencia, ora dirijiéndose al caballero mas enamoradizo, ora á la jóven mas bonita; y sucesivamente reparte las flores que lleva sin equivocarse al parecer en la eleccion de los su-

jetos á quienes le manda su amo hacer el obsequio. Sabe distinguir á las mil maravillas no solo la hermosura de las mugeres, sino que penetra hasta las pasiones y secretos mas recónditos del corazon, y el travieso animalito lo revela todo en medio de los aplausos y estrepitosas carcajadas de los espectadores. Mas de una coqueta se aleja del corro avergonzada porque el mono ha adivinado los novios que tiene, y hay mamá que no se aproxima á este espectáculo temerosa de que el imprudente arlequin declare las muchas navidades que oculta debajo de los rizos de su peluca.

No bien aparta uno la vista de este espectáculo, tropieza con otro grupo de curiosos que admiran á otro *artista* de estómago no menos devorador que el que se engullia las áscuas. Este se merienda espadas y floretes como si fueran bizcochos.

Los saltimbanquis hormiguean tambien en los Campos Elíseos, sin que por esto deje de haberlos en las calles y plazas de Paris. Si no anda usted con cuidado le atropella cuando menos lo imagina un payaso que se pasea rodando como un molinillo; y para descansar de este violento ejercicio, anda luego con las manos en el suelo y los tobillos en alto, posicion sumamente cómoda para el que tiene callos en los piés.

¿Entraremos á ver la pieza curiosa que enseña el de la linterna mágica? Es imposible, María Enriqueta; la multitud de aficionados que aguardan su turno aconseja no meterse en apreturas. Sin embargo, debe ser cosa estupenda y muy agradable esta diversion á juzgar por las apariencias. ¡Qué esclamaciones de alegría! ¡Qué gritos de sorpresa y de placer salen de la cortina azul que encierra una multitud de curiosos apiñados en un estrecho reciuto donde les es imposible moverse. Con todo, las estrepitosas risotadas de aquella concurrencia, atestiguan que es feliz todo el que logra penetrar en él, y que da por muy bien empleado el *sou* que ha tenido que pagar para ver la *pièce curieuse*.

Es inútil decir que todas estas diversiones suelen ir acompañadas de organillos, ó de otra música, compuesta de timbales, clarines, cuernos de caza, bombo, platillos y campanillas.

Usted que es tan filarmónica, Enriqueta, usted, cuyo delicado tímpano está avezado á gratas melodías, no podria permanecer largo tiempo oyendo esta especie de cencerradas que desuellan los oidos. Huyamos de aquí, no andaremos muchos pasos sin ver cosas mas agradables.

En efecto, mire usted esa muchedumbre de alegres y bulliciosos niños que juegan al escondite, que saltan, bailan, y dominan con singular destreza el volante. Ese júbilo de la inocencia es un hermoso espectáculo para usted, que es tan amiga de los niños. Y le da realce el buen gusto con que todos ellos van ataviados, ¿no es verdad? Este cuadro es encantador, pues si alguna falta le mancilla á los ojos del filósofo, es el esceso del lujo y elegancia que se nota en los trages de estas inocentes criaturas.

Ahora pasaremos á ver á otra clase de niños, á niños con bigotes retorcidos y luengas barbas. Acaso habrá tambien alguno de ellos que peine canas, porque Paris es la poblacion en donde mas se prolonga la niñez. Vuelva usted la vista á ese lado. Ahí tiene usted una porcion de *angelitos* de veinte, treinta y cuarenta abriles, que corren, saltan y bailan como los muchachos que acabamos de dejar. Repare usted aquella vieja del vestido verde. Tiene mas años que Matusalen y juega al volante con un *mocito* barrigudo que no baja de los cincuenta. Otros se divierten con los bolos. Dios los cria y ellos se juntan.

Los aficionados á la pelota prefieren tambien los Campos Elíseos para lucir su destreza. Allí se entablan grandes partidas, crúzanse apuestas de mucha importancia, y los buenos jugadores, á la manera de los que descuellan en nuestras provincias del Norte, logran adquirir con su habilidad una reputacion que ellos tienen en grande estima y que lleva sus gloriosos nombres á la posteridad.

Da verdaderamente gusto y asombra la destreza y agilidad de tales *amateurs;* pero la pelota sale de sus manos como la bala del fusil, hiere el aire con fuerza y rapidez, silba como si quisiera advertir el peligro á que se esponen los curiosos; y usted que tiene unos ojos tan negros y tan lindos, aunque el tal peligro sea remo-

) delicado
necer lar-
ellan los
ver cosas

bullicio-
inan con
un her-
)s. Y le
¿no es
nanci-
que se

bigo-
no de
nas se
usted
, que
s de
años
; no
los

eos
ıse
a-
ın
le

e
l



ESCENA POPULAR.

to, no debe esponerlos á que atraigan la pelota como habrán atraido algunos corazones. Huyamos pues de este bullicio y dirijámonos á un paseo.

Ahí tiene usted *l'Allée des Veuves*. Este hermoso paseo tiene fama de ser el *rendez-vous* de los enamorados. ¡Cuántas lágrimas habrán regado los árboles que le orillan! Así están ellos tan frondosos. ¡Cuántos suspiros se habrán perdido entre el susurro de sus hojas!

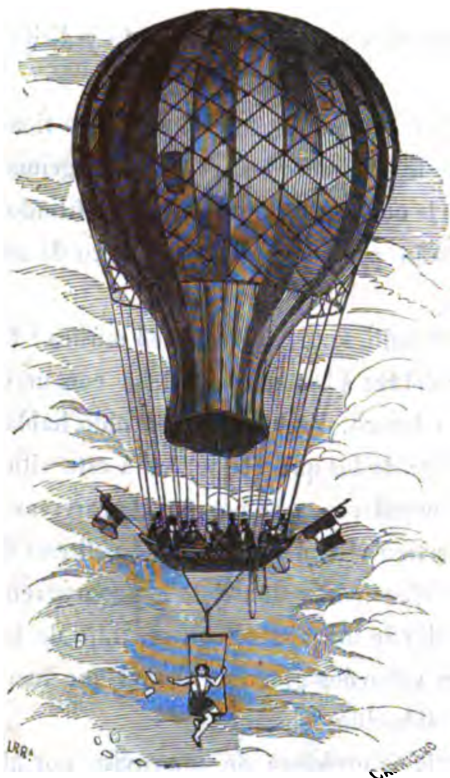
No podemos libertarnos del bullicio..... ¿Oye usted música? Es la de uno de esos bailes tan célebres á los que no debe concurrir ninguna jóven que aprecie su decoro. Ya habrá usted oido hablar del *Can-can;* la danza predilecta de los que concurren á este sitio. Aquí se representan escenas populares, que por lo chocarreras y bajas forman un contraste particular con la decantada *politesse* de los franceses, con esa misma elegancia y finura de los concurrentes al gran paseo, con ese brillo de los trages, con ese lujo de las carrozas que se cruzan y esos gallardos ginetes y damas que lucen su habilidad y sus gracias en soberbios alazanes.

Un grito general de alegría se prolonga de improviso por algunos minutos. *Le voilà!* esclaman todos; y todas las cabezas se alzan, y todos dirijen la vista al cielo.

Le ballon! le ballon! es el clamor que por do quier resuena, y el entusiasmo universal domina á la inmensa muchedumbre, mientras un hermoso globo de colosales dimensiones se eleva magestuosamente por la region aérea.

Era *el Aguila*, que así se llama el globo del hábil aereonauta Eugenio Godard. Su ascension habia partido del Hipódromo á las cinco y media de la tarde. Varios viajeros parisienses, húngaros é italianos quisieron acompañar al intrépido aereonauta.

Elevábase el globo con lenta magestad, mientras el osado Thévelin ejecutaba difíciles y vistosos ejercicios en el trapecio que pendia del barquichuelo, ejercicios que impresionaron vivamente á los espectadores de los Campos Elíseos, cuando el globo atravesó por cima de ellos.



Es imposible describir la gritería de entusiasmo, la tempestad de vitores y palmadas que estalló de repente en la multitud, mientras las damas del paseo y las que ocupaban los elegantes coches agitaban al aire sus pañuelos, saludando á los intrépidos viajantes y deseándoles un éxito feliz.

Cruzó el globo por cima del *Champ-de-Mars* y toda la llanura de Grenelle, tomando inmediatamente la direccion de Sceaux.

La intencion de monsieur Godard era verificar allí su descenso para hacer una visita al duque de Trévise por la noble y generosa hospitalidad que le habia dispensado en uno de sus anteriores viajes; pero el viento no se lo permitió dando al globo la direccion de Longjumeau, donde se verificó el descenso en su pintoresca pradera, con la mayor calma y sin la mas leve sacudida.

Los viajeros, tan pronto como desembarcaron en el suelo natal del célebre y aéreo postillon, interesante ademas por su juventud y hermosa presencia, le obsequiaron con un espléndido banquete en la principal fonda del lugar.

A media noche entraba toda la caravana en Paris por *la barriere du Maine*.

¡ Estraña coincidencia ! Mientras Eusebio Godard verificaba este viaje, su hermano Luis ejecutaba otra ascension aereostática en las Batignolles, sitio de su naturaleza.

Luis Godard hacia esta ascension de balde, solo para solemnizar una fiesta de su barrio natal; pero en el momento de partir en presencia de la municipalidad y de una muchedumbre de curiosos, solicitaron algunos acompañarle. Godard les hizo ver la imposibilidad de complacerles, porque tenía ya dos viajeros que habian satisfecho su viaje y la barquilla era pequeña.

Digo á usted todo esto, para que vea usted, amiga mia, la aficion siempre creciente de los franceses á viajar por los aires.

Los señores municipales insistieron en su peticion hasta el estremo de que le fué preciso al aereonauta hacer tres pequeñas ascensiones, por medio de una larga cuerda atada al globo y llevarse en cada viaje á un tercio de la municipalidad para que contemplase á vista de pájaro sus dominios.

En el forzado descenso de estas tres ascensiones, hubo de sufrir el globo violentas sacudidas y le ocasionaron una rotura que desapercibida por Luis Godard pudo haberle costado la vida.

Serian las seis de la tarde, y hacia un tiempo hermosísimo, cuando Eugenio y Luis cada uno dirigiendo su aérea habitacion, cerníanse por los aires, el primero sobre las llanuras de Grenelle y el segundo sobre la plaza de Rivoli de Paris. Ambos hermanos, que se profesan el mas tierno cariño, contemplábanse con satisfaccion, y acaso no sin alguna zozobra cada cual por el peligro de su hermano, sin arredrarse por el propio, cuando de repente vése caer el globo de Luis en la misma plaza de Rívoli.

Figúrese usted, amiga mia, cual seria el sobresalto de Eugenio al presenciar una desgracia, cuyas horrorosas consecuencias nadie mejor que él podia calcular, supuesto que es de los aereonautas mas inteligentes que se conocen en Francia.

«*Il est tombé!*» gritó con dolor y espanto; y este grito de desesperacion heló la sangre de todos sus compañeros, no solo porque sentian aquella catástrofe, sino porque entonces conocieron que estaban espuestos á sufrir la misma suerte que el desgraciado Luis, á quien suponian cadáver.

Esta horrible equivocacion duró afortunadamente pocos minu-

tos, y con el júbilo que es de suponer notó Eugenio que su hermano Luis se remontaba de nuevo en su globo; pero con tanta rapidez que llegó á la altura de siete mil trescientos metros, elevacion á que nunca habia llegado ninguno de los dos.

La rarefaccion de la atmósfera era escesiva, y Luis Godard sintiose indispuesto y que respiraba con dificultad. Habíase elevado con demasiada violencia por no entretenerse en proporcionarse lastre cuando recompuso el globo en la plaza de Rívoli. Quiso huir de la inmensa multitud que le rodeaba, y lo hizo precipitadamente. Conoció su imprudencia cuando habia llegado á una altura en que le era imposible remediarla. Pensó en soltar parte del gas; pero esto le hubiera ocasionado un descenso tan rápido como el que acababa de verificar á causa de la inadvertida rotura del globo. De estas bajadas violentas no siempre se sale con buena fortuna. Resignose en consecuencia á esperar impávido la condensacion natural del gas, efecto que hubo de producirse al anochecer. El atrevido aereonauta apeose de su globo con toda felicidad á las nueve de la noche entre Brunoy y Hyères en el magnífico valle de Soulins. Allí recibió una completa ovacion de los habitantes de aquellos contornos; y acompañado á las diez al camino de hierro de Leon, pocos instantes despues recibia los parabienes de sus amigos en Paris.

Disimúleme usted la digresion, amable Enriqueta; no he querido privarla de la sucinta historia de estos viajes aéreos, que me ha parecido habian de interesar á usted por sus azares. Ahora volveremos á ocuparnos de los Campos Elíseos. La aparicion del globo habia paralizado el movimiento general; pero esta paralizacion duró mientras pudieron distinguirse los sorprendentes ejercicios del acróbata que trabajaba en el trapecio del *Aguila;* pero así como este iba ocultándose al alcance de los mas ó menos linces, mas ó menos miopes, cada cual buscaba nuevos objetos de curiosidad. Los apuestos caballeros, las gentiles amazonas, volvian de nuevo á hacer caracolear sus inquietos corceles, las berlinas abiertas seguian su curso ostentando encantadoras beldades, los

columpios se agitaban con mayor violencia, el juego de la sortija admitia nuevos concurrentes, y los aficionados á los títeres ocupaban toda la sala del teatrito que para estas funciones se improvisaba diariamente.

Creerá usted, sin duda, que las tinieblas de la noche vendrian á ahuyentar todos estos goces y poner término á la ebullicion de los Campos Elíseos. Se equivoca usted si esto imagina. Muchos de los concurrentes, entrada ya la noche, se guarecen en el lindísimo circo de Franconi, que es otro de los infinitos edificios que adornan aquellos mágicos lugares.

De este espectáculo ecuestre, cuyas brillantes funciones espli- caré á usted cuando trate de los teatros, suele salirse á las once de la noche, y sorprende ver que aun dura la animacion de los Campos Elíseos; pero con la diferencia de que á estas horas ofrece aquella mansion cierto aspecto romántico que embarga dulcemente los sentidos.

Ademas de las luces de gas que orillan el paseo, se ostentan iluminados todos los edificios; pero con tal profusion que parece haya un incendio en cada uno de aquellos palacios encantados. A la sorprendente claridad de millares de faroles de varios matices, que cuelgan de los árboles á manera de frutos transparentes, ó formando juegos de vistosas guirnaldas, vénse graciosas figuras que se mueven en diferentes teatros, donde bailan á veces vaporosas sílfides, ó jóvenes llenas de adorable donosura cantan himnos del pais, ó artistas italianos hacen oir las inspiraciones de Rossini, de Mayerbeer ó de Verdi á cuantos quieren escucharles. Las salas de los espectadores eran los amenos vergeles de que ya hemos hablado.

Desde la salida del Circo Nacional, hasta la plaza de la Concordia, no se ven mas que pintorescos edificios con resplandecientes jardines donde una bulliciosa multitud acude á solazarse de las fatigas del trabajo. Los festivos sones de cien músicas escitan la curiosidad, animan el deseo de gozarse en los placeres de la danza y esparcen la alegria entre los aficionados á estas diversiones. Algunos de los bailes suelen ser de máscaras, y la diversidad de trages caprichosos

con que las parisienses saben realzar su belleza, contribuye en gran manera á dar al conjunto de aquellos festines cierto colorido fantástico, que llega uno á imaginarse transportado en sueños á una poética mansion de bellas ilusiones.

Esta carta se prolongaria demasiado, si quisiera referir á usted los recuerdos históricos que estos deliciosos campos despiertan. Ellos dieron impulso recientemente á las mas sublimes imágenes trazadas por la esperta pluma de un ilustre poeta con quien me unen estrechos vínculos de amistad y parentesco.

«Tú conoces el sitio que ha dado vida á la inspiracion, dice don Antonio de Gironella en la dedicatoria de su Campo-poético á su hija Justina. Acuérdate de cuando estábamos juntos sentados en un poyo de la deliciosa alameda de París llamada Campos Elíseos. Tiende la vista en derredor y mira surgir al tope el arco triunfal inmenso que descuella sobre todo lo mas celebrado de la antigüedad.»

En mi próxima carta hablaré á usted de este arco magnífico, así como de la hermosísima plaza de la Concordia y de los suntuosos monumentos que la circundan.

Termino la presente recordando á usted la sinceridad de mi afecto.



CARTA XXVI.

10 DE SETIEMBRE.

Es verdaderamente grandioso, amiga mia, *l' Arc de triomphe de l' Etoile* erigido junto á la barrera de este nombre con arreglo á los diseños primitivos de Chalgrin, para perpetuar el recuerdo de las victorias del ejército francés.

La primera piedra de este monumento se puso con toda solemnidad el 15 de agosto de 1806, dia aniversario del nacimiento del emperador Napoleon.

Algunas de las partes del edificio elevábanse apenas sobre el nivel del suelo, cuando el 1.° de abril de 1810, la archiduquesa de Austria María Luisa, cuyo enlace con Napoleon habíase celebrado el 7 de febrero del mismo año, hizo su entrada solemne en París. Una decoracion provisional de lienzo pintado representó á la sazon el arco de la Estrella tal cual está en el dia.

Suspendiéronse los trabajos á causa de los acontecimientos de 1814, y se les creia enteramente abandonados, cuando con motivo de la espedicion del duque de Angulema á España en 1823, volvieron á activarse para rendirle homenage de ellos. Modificáronse despues de la revolucion de 1830, dándoles su primitivo ca-

rácter, termináronse en 1836, y el 20 de julio del mismo año quedó inaugurado el monumento.

Aseguran los inteligentes que es el arco mas colosal y suntuoso que se conoce. Tiene cerca de cincuenta metros de altura, cuarenta y cinco de latitud y veinte y dos de grueso. Divídese en tres bóvedas que cruzan el camino de Neuilly.

Cada una de las dos grandes fachadas, que miran una á las Tullerías y otra al puente de Neuilly, alardea en su parte inferior dos grupos de escultura de grandes proporciones, uno á la derecha y otro á la izquierda de la bóveda principal. El de la fachada que mira á las Tullerías, compuesto y ejecutado por Rude, que ocupa el lado derecho, representa el entusiasmo bélico de 1792. El génio de la guerra, empuñando el acero, lanza el grito de alarma. Un gefe agita su casco para atraerse á los ciudadanos guerreros. Un jóven patriota le abraza. Otro se dispone á marchar contra el enemigo desembarazándose de su capa y desenvainando el sable. Hay detras un anciano venerable animando con sus consejos á la juventud. Otros varios guerreros completan la belleza de esta composicion espresando de una manera que asombra los arranques del valor. Uno suena el bélico clarin, otro apresta su arco mientras detras de ellos descuella un ginete que doma su fogoso alazan. Por cima de este magnífico grupo ondea la bandera nacional.

El de la izquierda, compuesto y ejecutado por Cortot representa el triunfo de 1810. Osténtase el emperador Napoleon coronado por la Victoria. La Fama publica sus hazañas. La Historia las cincela. Las ciudades vencidas se someten al vencedor; y multitud de trofeos penden de una palmera.

Delante de este imponente grupo esclama el poeta faventino: (1)

. . . .

¡Oh delirio del hombre!
¡Libertad sacrosanta!
De Grecia augusta planta
Que á Roma diste un inmortal renombre!

(1) Poesias sueltas de don Antonio de Gironella, parte segunda, pág. 167.

Tu figurar debias
En esta roca inmensa,
Y de un brillo mayor la esmaltarías.
Pero la Gloria con su nube densa
De falaces inciensos y oropeles
Sobre tus mismos toscos chapiteles
Sentose, y envolviéndote en su manto
Para tapar tus tristes estravíos,
Con tus innatos bríos,
Subió tan alta que acabó en espanto.
¡Oh como brilla esta inmortal figura
Que aquí el cincel prodiga sin medida!
Romper parece aun la arcilla dura,
Y que el ojo despida
El rayo inmenso que abrasaba el mundo.
Puesto del Kremelin sobre la almena,
De la llama al reflejo furibundo
Aquella faz serena
En que un sello divino fijo estaba,
Parece que se muestre todavía
Que á cielo y tierra á un tiempo desafía;
O que en la negra lava
Donde la atroz infamia le clavara,
Como la Eternidad, fria, impasible,
Mire á su estrella que le desampara
Y diga: «Solo yo soy inmovible.»
Inmovible estará, y como en los cielos,
Allí donde el crepúsculo no existe,
Rápidamente el sol cubre y reviste
De sus ardientes velos
Los ástros que á su luz brillar no pueden.
Cuantos mas siglos y mas siglos rueden,
Siempre este gran traslado
Presentará tan solo
La sombra inmensa del mayor soldado
Que el mundo electrizó de polo á polo,
Y otra luz nunca brillará á su lado.
¡Ah! ¿por qué, ya que Dios formarte quiso
De sidéreos y raros materiales,
Porque á los divinales
Impulsos sacros tu valor sumiso,
No prefirió á la gloria
El rescate feliz de los mortales?
¿Las coronas que viste como escoria

A tus plantas doblarse con vileza,
Por qué ponerlas sobre tu cabeza?
¿Por qué del hombre, en fin, no ser escudo,
Contra el feroz desgarro
Del despotismo crudo
En vez de uncirle á su insolente carro?
¡Oh! de este mármol duro
Mas grande aun saliera tu figura;
La inmensurable anchura
Del mundo aquestos arcos centuplara,
Y tu gran fama, siempre tersa y pura,
Brillara como el sol que el orbe aclara.
. . . .

El grupo de la derecha que orna la fachada que mira al puente de Neuilly, debido al cincel de Etex representa LA RESISTENCIA EN 1814. Un jóven guerrero defiende su pátria invadida por el enemigo. Su padre herido le abraza las rodillas; su muger, con un niño en los brazos, hace esfuerzos por detenerle. Detrás un ginete herido cae del caballo. Encima, el génio del Porvenir alienta al jóven á que se lance á la liza.

El grupo de la izquierda le gustaria á usted mas que los que llevo imperfectamente descritos. No porque sea mayor su mérito artístico, sino porque es un emblema que se armoniza mejor con los bellos sentimientos de usted. Representa LA PAZ DE 1815. Un soldado que envaina la espada, una madre que acaricia á sus hijos, otro militar que regresa al hogar paterno, un buey destinado á la labranza, y encima de todo la diosa Minerva coronada de laureles, forman este cuarto grupo, no menos sorprendente que los demás.

Entre la imposta del grande arco del centro y el cornisamento, hay dos bajo-relieves en cada una de las fachadas principales, y en las de los lados hay un solo bajo-relieve. El de la derecha de la fachada que mira á las Tullerías representa los funerales del general Marceau, muerto en Hoschsteinball el 19 de setiembre de 1796. El bajo-relieve de la izquierda representa la batalla de Aboukir, dada el 24 de julio de 1799. El bajo-relieve de la derecha en la fachada que da al puente de Neuilly, representa el paso del puente

de Arcola el 5 de noviembre de 1796. El de la izquierda simboliza la toma de Alejandria el 2 de julio de 1798. En los dos bajo-relieves laterales nótanse la batalla de Austerlitz, ganada el 4 de diciembre de 1805 y la de Jemmapes ganada el 6 de noviembre de 1792.

En el friso del gran cornisamento, rodea todo el edificio otro bajo-relieve que representa la partida y el regreso del ejército francés.

Treinta elegantes broqueles, colocados en derredor del ático, contienen otros tantos nombres de batallas, á saber: Valmy, Jemmapes, Fleurus, Montenotte, Lodi, Castiglione, Arcole, Rívoli, Pirámides, Aboukir, Alkmaer, Zurich, Héliopolis, Marengo, Hohenlinden, Ulm, Austerlitz, Jena, Friedland, Somo-Sierra, Wagram, La Moscowa, Lutzen, Bautzen, Dresde, Hanau, Montmirail, Montereau y Ligny.

En una palabra, amiga mia, el Arco triunfal de la Estrella es por su importancia histórica y su magestuosa magnitud, uno de los monumentos mas asombrosos de Paris.

Hablando Gironella de España en su precitada composicion, añade:

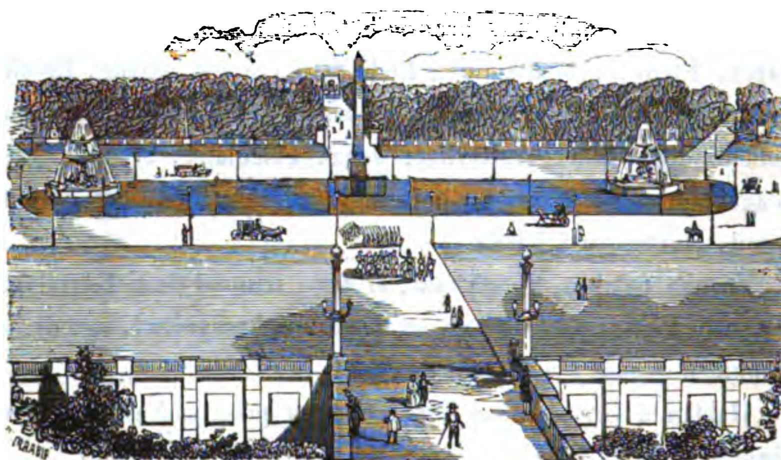
. . . .
Para este pueblo, tan valiente un dia,
No hay arco ni columna;
Y si su esfuerzo heroico, indomable,
Derribó al que estas piedras erigia,
Barrenando quizás tan gran fortuna;
Si en cada roca alzar podia un templo
Que su virtud digera;
Quedóle solo esclavitud mas fiera
Y de torpeza vil dar mas ejemplo.

¿Y qué diré á usted de la plaza de la Concordia, magnífica antesala de los Campos Elíseos? Baste decir, que en el concepto de ilustres viajeros, tan entendidos como imparciales, es la mas hermosa plaza del mundo.

Apesar del pacífico nombre que lleva en el dia, estremecen los recuerdos que despierta su vista. Apellidábase en otro tiempo *place de Louis XV*, y en ella se han visto aglomerados mas cadáveres que

en los mas famosos campos de batalla, cadáveres producidos por los tumultos de las fiestas ó víctimas de la sangrienta cuchilla revolucionaria. La estátua del rey que acabo de citar fué derribada para levantar en su sitio el cadalso donde espiró su nieto.

En esta plaza durante el imperio del *Terror* erigiose una gigantesca estátua de la libertad, que presidia á los abominables sacrificios que consumó la guillotina.



En esta plaza, por los años de 1814, los ejércitos aliados asistieron á una solemne misa celebrada en espiacion de la sangre vertida. Quinientos mil hombres que acudieron de todos los puntos de Europa entonaron el *Te-Deum* de su victoria sobre la revolucion.

Hoy es plaza de la Concordia, con sus bellísimos juegos de agua, su decoracion teatral, sus hermosas estátuas, su grandioso obelisco, y su magnífica perspectiva.

¡Dios quiera que quede ya para siempre digna del nombre que lleva! ¡Digna de los cuatro suntuosos edificios que la rodean, la Magdalena, el Palacio Borbon, las Tullerías y el Arco Triunfal! No parece sino que se hayan erigido allí simbólicamente, dice Mr. Lavallée, como para recordar á la Francia que las bases y condiciones de su grandeza consisten en la religion, la libertad, la fuerza del poder y el amor de la gloria.

Como usted conoce ya la Magdalena, las Tullerías y el Arco triunfal de la Estrella, voy á darle una idea del Palacio Borbon.

Este palacio se llama en el dia *Palais de l'Assemblée Nationale,* y está situado á la izquierda del Sena, frontero al puente de la Concordia. Empezole el entendido arquitecto Girardini en 1722, y le continuó el célebre Mansard. Fué propiedad del príncipe de Condé, y recibió entonces grandes mejoras; pero no se le dió cima hasta 1789. La revolucion le dejó desocupado hasta el año de 1795, en que se le destinó para el Consejo de los Quinientos.

Durante el imperio celebraba en este palacio sus sesiones el *Cuerpo legislativo*, y desde 1814 hasta el 24 de febrero de 1848 se reunia en él la *Cámara de los Diputados*, á la cual sucedió la *Asamblea nacional*, primero *la constituyente*, y despues *la legislativa.*

La entrada principal es la de la calle de la Universidad, y tiene un patio muy espacioso. En las alas laterales están las oficinas y habitaciones de los empleados.

El peristilo está decorado con cuatro columnas corintias, y en la antesala hay cuatro estátuas, que son los retratos de Mirabeau, Casimiro Perrier, Vailly y del general Foy. La embellecen tambien dos bajo-relieves de Triquety.

A la derecha de la antesala está la pieza de las distribuciones de los impresos, que no ofrece cosa notable. El salon de la izquierda está ornado de pinturas al fresco que simbolizan los rios de Francia.

El gran salon de la antigua cámara de los diputados ha sido restaurado recientemente para la asamblea legislativa. Este salon es semicircular, adornado con veinte y cuatro columnas jónicas de mármol blanco. La silla del Presidente y la tribuna forman el centro del eje del semicírculo, de donde van elevándose gradualmente los bancos correspondientes á setecientos cincuenta representantes, ofreciendo la perspectiva de un anfiteatro hasta la base de las columnas. Riquísimas colgaduras y dorados hermosean el conjunto. Dos bellas estátuas de Pradier, que representan la Libertad y el Orden público, descuellan por su gran mérito entre otras muchas

alegóricas como la Fuerza, la Justicia, la Verdad, la Elocuencia, que ocupan los intercolumnios.

Entre los preciosos cortinages llaman la atencion escelentes pinturas, debidas á los diestros pinceles de Horacio Vernet y de Eugenio Delacroix.

Una doble y espaciosa galería, que puede contener setecientas personas, desarróllase en torno del semicírculo, y está destinada para los espectadores en general. Hay además tribunas reservadas para el cuerpo diplomático, el consejo de Estado y otras corporaciones.

Los bancos fronteros á la tribuna son esclusivamente para los ministros y comisarios del gobierno. Lateralmente al pié de la tribuna, tienen su sitio los stenógrafos del Monitor, diario oficial que da cuenta de las sesiones *in extenso*. Los redactores de los otros periódicos se colocan en una de las grandes tribunas públicas.

Cada representante vé su nombre en el sitio que ha de ocupar desde el principio de la legislatura.

El cielo raso de este magnífico salon está adornado de lindísimos arabescos.

En la sala de las conferencias hay cosas de gran mérito que cautivan la atencion, como por ejemplo la estátua de Enrique IV, y los dos grandes cuadros que representan *el sitio de Calais* pintado por el famoso Scheffer y *la resistencia de Molé contra los de la Liga*, debido á la destreza y talento de Vincent.

La biblioteca se compone de cincuenta mil volúmenes de literatura, historia y legislacion. Entre ellos estan los manuscritos del *Telémaco* de Fenelon, y de la *Nueva Eloisa* y *las Confesiones* de Rousseau.

Apesar de mi laconismo, creo que podrá usted, amiga mia, formarse una idea de lo interior del célebre *Palais-Bourbon*, actualmente *Palais de l' Assemblée nationale*. Solo falta que diga algo de su magestuoso frontispicio.

Esta suntuosa portada está frontera á la de la Magdalena, elevándose entre las dos el obelisco de Louqsor ó Luxor (que de am-

bos modos lo han escrito personas ilustres) con sus vistosas fuentes que tanto amenizan la plaza de la Concordia.

La fachada en cuestion atesora doce columnas corintias de diez metros de altura, sobre las cuales campea el bellísimo bajo-relieve alegórico de Cortot. En medio del frontis hay una figura, alta de cinco metros, que simboliza la Francia con el libro de la constitucion en la mano. La Fuerza y la Justicia están á su lado, y en su alrededor estan los emblemas de la navegacion, la marina, el ejército, la industria, la paz, el comercio, la agricultura, la elocuencia y las artes. Al pié de una espaciosa escalinata que aumenta la suntuosidad del edificio, se ostentan las estátuas colosales de la Justicia y de la Prudencia, y hay además las de Sully, Colbert, L' Hospital y D' Aguesseau.

¡A Dios, amiga mia! Termino aquí esta carta, porque me propongo volver á escribir á usted mañana, si lo permiten mis compañeros de *libertinage*. No se asuste usted por ésta palabra; se la esplicaré en mi carta siguiente revelándole los deslices ó fragilidades en que me hace incurrir la galanteria parisiense.

Adieu, ma chère amie!



CARTA XXVII.

11 DE SETIEMBRE.

Lo creerá usted, amiga mia? Cuando ya alguna que otra canita empieza á recordarme que pasó la edad de las travesuras, observo que estoy llevando una vida sin freno, mas propia de un jóven Lowelace que de una persona de juicio, entradita ya en mas años de los que uno desearia; pero bien sabe Dios que no tengo yo la culpa de mi desarreglo, sino la escesiva amabilidad de estos caballeros franceses, á cuyos obsequios jamas podré corresponder de un modo digno, á cuya fraternal acogida viviré eternamente obligado.

Siempre en lucidas sociedades, en amenos paseos, en teatros, en bailes, en convites, apenas me queda tiempo para descansar, y hoy mismo, para cumplir la promesa que le hice ayer, he de escribir á usted con desaliño por la precipitacion á que me veo sujeto.

Y no crea usted que únicamente los literatos de Paris se han conjurado contra mi sosiego, pues he tenido la dicha de hallar algunos compatriotas que tambien me han honrado con su galantería.

Dias pasados, el ocho fué por cierto, me cupo la satisfaccion

de hacer mis cumplimientos en el *Boulevard des Italiens* á la esposa de mi amigo Zorrilla, á quien hallé tan española y amable como siempre.

Comí aquel dia en casa de un compañero de viaje con quien estuve por la noche en el baile de Mabille, que no describo á usted por no trazar un cuadro parecido al del festin de Asnieres. Los regocijos de Mabille, Chateau-rouge, y otros muchos bailes que aquí se llaman *en plein air*, tienen tanta afinidad entre sí, que ver uno de ellos, es verlos todos. El mismo bullicio, las mismas danzas, idénticas personas, iguales aventuras de amores, lindas grisetas, caballeritos traviesos, amantes celosos, mamás impertinentes, papás disgustados y pacientes maridos.

Era media noche cuando me retiré á *mon hôtel*, y ¿qué le parece á usted que hallé sobre una mesa de mi cuarto? Nada menos que tres esquelas de convite concebidas en estos términos:

MONSIEUR AYGUALS: LA FÊTE QUE LES TRENTE JOURS DE PLAISIRS (1) ONT DONNÉ DIMANCHE DANS LE PARC D'ASNIERES A ÉTÉ FORT BELLE. IL FAUT Y ALLER DEMAIN. JE VOUS ATTENDS CHEZ MOI A HUIT HEURES DU MATIN.

FORTUNÉ.

MONSIEUR PAGE PRÉSENTE SES COMPLIMENTS EMPRESSÉS Á MONSIEUR AYGUALS DE IZCO ET LUI PRIE DE LUI FAIRE L'HONNEUR DE VENIR DINER CHEZ LUI DEMAIN Á SIX HEURES.

MI QUERIDO AYGUALS: SI QUIERE USTED HACERME EL HONOR DE COMER CONMIGO MAÑANA MARTES, LE AGUARDO Á USTED ENTRE CUATRO Y MEDIA Y CINCO EN EL PASAGE DES PANORAMAS, EN LA GALERÍA PRINCIPAL QUE SALE SOBRE EL BOULEVARD.

SI USTED NO PUEDE ACEPTAR PARA MAÑANA, ESCRÍBAMELO USTED ANTES DE LAS DOCE Á LA RUE TRONCHET, 24; Y EN CASO DE NO ADVERTIRME NADA EN CONTRA, LE AGUARDO Á USTED EN EL SITIO Y Á LA HORA DICHOS.

DE USTED SIEMPRE AFECTÍSIMO AMIGO

ZORRILLA.

(1) Título de una sociedad de especuladores.

Sin duda creerá usted, mi querida Enriqueta, que en vista de estos tres convites elegiria yo el de mas cumplimiento, por la sencilla razon de que siempre queda uno bien con los amigos. No fué así. El deseo de hablar de nuestra España, de oir los chistes de Zorrilla, que es tan donoso en sus conversaciones familiares, como patético en sus poesías, no me permitió vacilar un momento, y le dí la preferencia, disculpándome con los otros del mejor modo que pude. Alegué que tenia compromisos hasta el 16, como así era la verdad, esceptuando el dia 13, que lo habia elegido para descanso.

Acudí el dia siguiente á la cita; pero..... ¿á dónde dirá usted que me condujo mi buen amigo? A una taberna!... No se escandalice usted sin embargo; *the britisch Tavern* es una elegante fonda inglesa, donde nos dieron una comida espléndida bajo todos conceptos. Quise poner en ejercicio la ley de rèpresalias, y quedamos nuevamente citados para comer allí mismo el 13, que como he dicho era el dia mas cercano de que podia disponer.

No sé si me atreva á referir á usted toda la estension de mi libertinage. ¿Por qué no? Usted es muy buena y disimulará mis estravíos. Además, desea usted que la cuente hasta los accidentes mas insignificantes de mi peregrinacion, y los deseos de usted han sido siempre mandatos para su apasionado amigo.

He hablado á usted en otra carta de Mr. Gonet, editor muy acreditado, verdadera especialidad para las publicaciones de gran lujo, que con el auxilio del inimitable dibujante Gavarni, del entendido grabador Geoffroy y de los ilustres literatos Mery y le Comte Fœlix, ha sabido elevar el arte á una altura que le honra mucho.

Mr. Gabriel de Gonet tiene un hermano en su compañía, que se llama Mr. Charles. Ambos son personas muy instruidas y escesivamente galantes. Les he debido mil atenciones y obsequios en lo que llevo de permanencia en Paris, y ayer mismo se dignaron favorecerme con un convite, al cual debian asistir las notabilidades que acabo de citar; pero no habiendo podido honrarnos con su presencia Mr. Mery, me tiene hoy convidado en su casa á un al-

muerzo *á la fourchette*, al cual he de asistir al medio dia.

Para darle á usted una idea de lo que fué el banquete de ayer, bastará decirle que esceptuando la amable señora de la casa, no habia mas que hombres en él, y reinó una franqueza verdaderamente fraternal. «Esto no es mas que una pobre comida de artistas» me dijo Mr. Gabriel. «Lo es en cuanto á la cordialidad que reina en ella, le respondí; pero es espléndida como pueda serlo un opíparo festin de los magnates.» Así era la verdad; y tan á gusto nos hallábamos todos en aquella animada y democrática reunion, que terminada la comida, donde se apuraron esquisitos vinos, hubo un apéndice de ponche que prolongó los brindis hasta media noche.

Habiéndose dado comienzo á la masticacion á las seis de la tarde, creo que seis horas de ejercicio gastronómico-báquico bien merecen el nombre de calaverada.



En el apéndice subió de punto la jovial ebullicion de los concurrentes, que como ovejas descarriadas nos vimos de improviso abandonados de nuestra linda pastora, y tuvimos que consolarnos de su ausencia tributando inciensos á Baco con el humo de nuestras pipas.

Parece que despues de esta gloriosa jornada, hubiera sido muy razonable reposar algunos dias sobre nuestros laureles; así es que me estremece la sola idea de que hoy mismo, bajo la influencia del

ponche de ayer, he de arrostrar los azares de un almuerzo *chez Mr. Mery*.

Y no acaba aquí toda la gravedad de mi crítica posicion, pues por si no bastaban mis compromisos, que como he dicho á usted me esclavizaban á comer en mesa agena hasta el 16, esta misma mañana á las ocho, cuando mas á mi sabor me hallaba reposando en los paternales brazos de Morfeo, he oido llamar á la puerta de mi dormitorio.

—¿Quién es?—he preguntado yo en castellano, sin acordarme de que estaba en Paris.

—*Votre ami*—me ha contestado una voz afectuosa.

—*Mon ami!*

—*Monsieur Bégin.*

Al oir el respetable nombre de uno de los mas distinguidos literatos de Francia, he saltado de mi lecho, y á medio vestir he recibido al ilustrado autor del *Viaje pintoresco por Suiza*, *Saboya y los Alpes*.

¿Y á qué dirá usted que ha venido Mr. Emile Bégin? A convidarme á comer. Como sabia la costumbre de madrugar que suelen tener los estrangeros en Paris con el objeto de visitar los monumentos notables y ver las demás preciosidades que le embellecen, y temeroso de no hallarme mas tarde en el *hôtel*, segun él mismo me ha dicho, ha querido venir temprano.

A esta honrosa prueba de afecto y de bondad no podia yo corresponder con un desaire, y hemos quedado en que el dia 17 tendria yo el honor de admitir su obsequio.

En vista de todo esto, amiga mia, he resuelto huir de Paris. No por ingratitud, no porque tantas finezas me atormeten. Jamás olvidaré el amable trato de los franceses ni los deliciosos ratos que debo á su fraternal acogida; pero necesito una tabla de salvacion en esta borrasca de finas atenciones, y voy á ver si la encuentro en la seriedad británica. El 19 saldré para Lóndres con el corazon conmovido de simpatía por el pueblo francés. Si algun dia nos fué odioso, cúlpese la ambicion de los magnates, no á las ilustradas

masas que desean el triunfo de la fraternidad universal.

Antes de partir escribiré á usted aun algunas cartas, y toda vez que para ir ayer á la casa de recreo de Mr. Gonet que está inmediata al Luxemburgo, tuve que cruzar sus hermosos jardines, concluiré la presente haciendo á usted una sucinta esplicacion de este delicioso recinto.

Es de un efecto maravilloso el estanque que ocupa el centro del *parterre* que está en frente del *Palais du Luxembourg*. Dos amenísimos paseos laterales, abovedados por las frondosas copas de los árboles, conducen, el de la derecha á la calle de *Madame*, y el de la izquierda á la *d'Enfer*.

Otra espaciosísima alameda con doble hilera de corpulentos árboles, partiendo del estanque se prolonga hácia el Observatorio, donde tiene una suntuosa entrada decorada con dos leones de mármol blanco y una elegante verja de hierro.

Muchísimas estátuas diseminadas por el jardin, le dan un aspecto grandioso; pero si se examinan parcialmente, no se nota en ellas aquel mérito sobresaliente que embelesa al conocedor.

A la derecha del gran paseo se halla la *Pépinière*, y á la izquierda el *Jardin botanique*, que sirve para el estudio de los alumnos de la escuela de medicina.

Lo mas ameno del Luxemburgo es el Naranjal que ocupa la parte del Oeste y embalsama el espacio de un agradable perfume. Me recordó mis melancólicos y solitarios paseos por las frondosas llanuras de las Islas Baleares, cuando fuí desterrado al castillo de Bellver á causa de mis principios políticos. Acuérdome que el dia que fuí á derramar una lágrima sobre la huesa del malogrado Lacy, atravesé un dilatado naranjal que purificaba los aires con su aroma, lo mismo que *l'Orangerie du Luxembourg*.

Digamos algo del palacio. No hay en Paris otro monumento que haya tenido mas títulos. Llamábase primero *Palais d'Orléans*, despues se llamó como ahora *du Luxembourg*, luego durante la revolucion adquirió el nombre de *Palais du Directoire;* esto fué en 1795. En 1800 apellidose *Palais du Consulat*. Desde 1804 has-

ta 1814, fué *Palais du Sénat-Conservateur*. Hasta el 24 de febrero de 1848 se le conoció por *Palais de la Chambre des Pairs*, y desde esta fecha recobró el título de *Palais du Luxembourg*.

Mandole construir María de Médicis en 1615, á imitacion del que en Florencia ocupa el gran duque de Toscana. Distínguese por la belleza de sus proporciones, su solidez y perfecta simetría.

Tres órdenes de arquitectura brillan en el edificio. El del entresuelo es toscano, el del primer piso dórico y el del segundo jónico.

Cuatro hermosos pabellones ocupan los ángulos, y hay otros dos que se construyeron en 1835 cuando se quiso agrandar el palacio por la parte del jardin; para trazar un nuevo salon destinado á las sesiones de la Cámara, sala que ocupó la noble asamblea al constituirse en *Cour des Pairs*.

El patio de entrada es espacioso, y tiene su puerta principal en la calle de Tournon. Por cima del dintel descuella un suntuoso pabellon cuya cúpula está decorada con estátuas, y forma una bella perspectiva con los pabellones laterales.

El nuevo pabellon, llamado del reloj, que dá al jardin, tambien ostenta en su parte superior varias figuras alegóricas, siendo las mas notables las que representan la Paciencia, la Elocuencia, la Guerra y la Justicia.

Hay en el ala derecha una anchurosa escalinata, decorada con una magnífica hilera de columnas intercaladas con estátuas y trofeos.

Penetrando en las habitaciones de la antigua Cámara de los Pares se cruza una espaciosa antesala, la sala de los mensageros del Estado, y se llega á la de las Conferencias. Hállase contigua á esta la de las sesiones, especie de hemiciclo que puede contener trescientos individuos en cómodas gradas fronteras á la presidencia.

Detrás de la silla del presidente campean en la pared los bustos de Malesherbes, Portalis, Mathieu Molé, L'Hospital, Colbert, Turgot y D'Aguesseau. Inmediatos á las tribunas estan los de los mariscales Saint-Cyr, Gouvion, Masséna, Mortier y Lannes.

Las tribunas están decoradas con régia suntuosidad y guardan armonía con la riqueza y elegancia del salon. Contiguo á este se hallan la Biblioteca y la sala del trono adornada de preciosas tapicerías y un hermoso retrato de cuerpo entero, acaso el mas perfecto que se ha hecho de Luis Felipe, y de tan estraordinario mérito que bastaria por sí solo para eternizar el nombre de su autor el célebre Gerard.

Hay otros magníficos salones cuya descripcion seria interminable, entre los cuales se distinguen los que sirvieron de habitacion á María de Médicis, particularmente la alcoba donde dormia esta princesa.

En 1799 fueron ocupados por el conde de Provenza, y los abandonó á la aproximacion de la época del terror. Hízoles desmantelar de todas sus preciosidades que fueron cuidadosamente escondidas en el Louvre, de donde fueron estraidas cuando este príncipe subió al trono con el nombre de Luis XVIII.

En el cielo raso del dormitorio que he citado, hay pinturas escelentes, como que son destellos del mágico pincel del imortal Rubens.

Habia otros veinte y cuatro cuadros de este sublime genio, que formaban el museo ó *galerie des tableaux*, establecida por María de Médicis, los cuales representaban la historia alegórica de esta reina. Estas obras magnas pasaron despues á enriquecer el gran museo del Louvre. Los cuadros que forman en la actualidad la galería del Luxemburgo son creaciones de artistas contemporáneos como Court, Roqueplan, Deveria, Guerin, Delaroche, y el nunca suficientemente elogiado Horacio Vernet.

Lo primero que cautiva deliciosamente la atencion al entrar en esta galería, es un lindísimo grupo de mármol que representa á Psiquis y Cupido. Es una obra maestra que predispone el ánimo de los concurrentes á la deliciosa emocion de entusiasmo que surge del exámen de tantos primores.

Son además dignos de mencion por su gran mérito los doce cuadros de Jordaens que representan los signos del zodíaco, y otro

de Callet, cuyo asunto es la aparicion de la aurora.

Tambien es notable la pintura que hay en la rotonda representando la célebre ninfa que se baña, ejecutada por el hábil pincel de Jullien.

Hay otra galería mas pequeña que da sobre la escalera de la ex-cámara de los pares, y que atesora tambien preciosos cuadros.

Estas galerías están abiertas todos los dias desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, para los estrangeros, sin que se les exija mas requisito que enseñar el pasaporte al conserge. Solo se esceptuan los lunes. Para el público en general están abiertas los domingos durante las mismas horas.

Distraido por el recuerdo de estas preciosidades y mas aun por el placer que siento al relatarlas á mi predilecta amiga, olvidaba que es ya muy tarde, y me aguarda Mr. Mery. Usted no querrá que falte á las leyes de la urbanidad con los que tan obsequiosos se muestran conmigo, y me permitirá dar aquí fin á mis renglones, renovando á usted la consecuencia de mi afecto.



CARTA XXVIII.

13 DE SETIEMBRE.

Mi tierna amiga: presumo que estará usted deseando saber el resultado del convite de Mr. Mery, temerosa acaso de que se representase en él una escena parecida á la de *chez Mr. Gonet.* Tranquilícese usted; la reunion de anteayer, sin dejar de tener todos los atractivos de la franqueza y de la amabilidad, fué menos bulliciosa, mas grave, mas científica y de menos duracion.

La conversacion giró sobre todos los géneros de la bella literatura, y tuve un singular placer en oir el dictámen de una persona tan autorizada como Mr. Mery, acerca del estado actual de los teatros en Francia, y de los aciertos y estravíos de los autores dramáticos, dictámen que está perfectamente de acuerdo con mi opinion. Voy á esplanársela á usted en esta carta, pues ya es hora que cumpla el ofrecimiento que hice á usted, al hablar de las costumbres teatrales en París, de hacerle una exacta relacion de sus teatros, del mérito de sus actores, del gusto del público y de la conducta de los escritores; pero antes de entrar en materia, me permitirá usted una pequeña digresion.

Dias pasados tuve el gusto de abrazar á un ilustre hijo de Vi-

naroz..... á mi querido paisano don Angel de Villalobos, persona de vasta instruccion, fundador y director del Instituto industrial de Cataluña en Barcelona, donde ha recibido pruebas inequívocas de la consideracion y aprecio que con sus talentos ha sabido granjearse de los catalanes, habiendo sido nombrado repetidas veces diputado á córtes.

Este bello sujeto es hijo del mejor amigo que tuvo mi padre, y no parece sino que hayamos recíprocamente heredado este afecto. Para dar á usted una prueba de su sinceridad, me contentaré con citarle un solo hecho, insignificante en la apariencia; pero mas elocuente para mí que esas demostraciones ruidosas que no siempre son hijas del sentimiento. Voy al caso.

Siendo yo niño escribí unos versos en elogio del padre de Angel. Se han deslizado treinta años desde entonces, y mi buen amigo lleva aun y ha llevado siempre en su cartera esta desaliñadà poesía, apreciándola como una joya de inestimable valor. Mucho vale en efecto, amiga mia, si solo se atiende á que es una memoria de las altas virtudes de su padre. ¿No es verdad que es esta una verdadera prueba de afecto?

Ayer comimos juntos en el *Palais-National* y nos acompañó el estimable escritor don Antonio María Segovia, á quien solo conocia por sus escritos, y no me parece menos digno de aprecio que por sus producciones literarias, por sus bellos modales y amena conversacion. Entre los tres hicimos un gran descubrimiento algo mas positivo que los de la cuadratura del círculo, del movimiento contínuo y de la direccion del globo aereostático, que hace años se están anunciando sin consecuencias satisfactorias. Los buenos resultados de nuestro invento son incuestionables y de pública utilidad.

Entre los muchos *restaurants* que hay en el *Palais-National*, distínguese uno no solamente por su baratura, sino por la buena calidad y abundancia de los manjares, por el aseo y lujo del salon, siempre lleno de una concurrencia lucida.

En este sitio le dán á cada prójimo por la módica cantidad de

dos francos una buena comida, que se compone de sopa, tres platos, postres, una botella de buen vino, y rico pan. Todos estos platos se eligen de entre una multitud que hay en la lista, y luego sirven tan crecidas porciones que pueden hacerse tres regulares de cada una de ellas. Aquí está el busilis. Cada uno de nosotros pedia una cosa distinta, y de la racion de uno comíamos los tres, resultando de esta operacion una comida interminable de platos esquisitos, que empezaba por tres sopas, seguian nueve platos y terminaba por tres clases de postres, comida opípara, casi régia por la insignificante cantidad de dos francos, que como usted sabe no llegan á ocho reales de vellon! Si nuestro sistema dá en generalizarse, es de presumir que los *restaurateurs* se revelen contra sus parroquianos, y disminuyan las raciones á guisa de prudentes homeópatas.

Terminada la comida nos fuimos juntos al TEATRO FRANCÉS donde ví por cuarta vez la representacion del escelente drama en cinco actos titulado *Les Demoiselles de Saint-Cyr*. Este es mi teatro favorito, no porque, como he dicho á usted en otra carta, tenga entrada franca en él, merced á la honrosa distincion con que tuvo la amabilidad de favorecerme su digno director y aventajado literato Mr. Arsène Houssaye, sino porque es verdaderamente un teatro modelo, donde solo se representan las obras que mas han enaltecido en todos tiempos la literatura francesa. Y estas inspiraciones de Racine, de Corneille, Moliere, Delavigne, Dumas, Scribe y otros célebres poetas antiguos y modernos, son perfectamente interpretadas por los mejores actores del mundo.

Sin embargo de que en el teatro del Príncipe de Madrid ha visto usted bastante bien representado este drama con el título de *Las colegialas de Saint-Cyr*, si asistiera en Paris á este espectáculo, creeria que es una cosa distinta, muy superior á cuanto uno ha visto en la escena, á cuanto puede uno imaginarse de mas perfecto y fascinador.

No tengo necesidad de esplicar á usted el interesante argumento de un drama que conoce muy bien; pero sí diré que *Les Demoiselles*

de Saint-Cyr, es en mi concepto la obra maestra de Alejandro Dumas. Está escrita en prosa; pero es prosa que deleita por su bellísimo estilo de buen tono. Toda ella está sembrada de agudezas cortesanas, de chistosas ocurrencias, sin que una sola palabra disonante merezca la severidad de la censura. Y este lenguaje encantador, apropiado con el mayor tino á la categoría y carácter de cada personage, se armoniza perfectamente con el progresivo desarrollo del pensamiento moral, con los bellos y sorprendentes giros de la fábula, cuyo desenlace es magnífico. Desde el primer acto cautivan las bellezas del lenguage, el movimiento escénico y las situaciones cómicas que escitan la hilaridad y los aplausos de los espectadores. En el acto segundo empiezan las escenas patéticas á alternar con las jocosas, y este contraste de grande efecto sigue hasta la conclusion del drama revelando el privilegiado talento de su autor.

Ya vé usted, amiga mia, como hago justicia á Dumas, y siento no hallar palabras bastante espresivas para manifestar la admiracion que me causó esta vez. Villalobos y Segovia participaban de mi asombro, á juzgar por el éxtasis con que atendian al espectáculo, y por las esclamaciones de aprobacion que se escapaban de sus labios.

Verdad es que la ejecucion era digna del drama. Mr. Lerou en el papel de Saint-Hérem estuvo sublime. Era un verdadero cortesano de aquellos tiempos. ¡Qué lujo y propiedad en su trage! ¡Qué modales tan finos! ¡Cuánta maestría en todas sus acciones! Mr. Regnier representaba al original Duboulloy con un acierto y naturalidad que no he visto en cómico alguno. Tambien estuvo muy feliz Mr. Delaunay que desempeñaba la parte del duque d'Anjou; pero habia otras dos personas que al presentarse en la escena eran siempre saludadas con una estrepitosa salva de entusiasmo.

¿Se enfadará usted, María Enriqueta, si elogio á dos jóvenes hermosas? Bien sé yo que no, porque usted es jóven y hermosa tambien y apreciadora de los buenos artistas. A usted la hubieran entusiasmado mas que á mí las lindas hermanas Brohan. La Agus-

tina en su papel de graciosa, y la Magdalena en el de dama jóven no creo que tengan competidoras en el mundo. Añada usted á su mérito artístico, las gracias de que las ha dotado la naturaleza, y tendrá usted una idea exacta de estas dos perlas del teatro francés. Ambas son de buena presencia, y visten con todos los primores de la elegancia parisiense. Encargadas de los dos principales papeles del drama, saben desempeñarlos con tal perfeccion, que siempre que se repite se llena el teatro de una brillante concurrencia. Cada noche recibe el autor y sus dignos intérpretes una ovacion tan lisonjera como espontánea y merecida.

En este mismo teatro he visto representar las mejores tragedias de Racine y Corneille y algunas comedias de Moliere, como el Avaro y el Tartufo, y si quisiera hablar á usted del sobresaliente mérito de todos los actores y de las impresiones que me conmovian al oir los bellos versos de los grandes maestros del arte, no daria fin á esta carta. Pasaré pues á dar á usted una breve noticia del orígen y progresos de los teatros de Paris.

Las representaciones teatrales en Francia llevan cuatro siglos de fecha. Inauguráronse con *Les Mistères de la Passion*.

Los actores se presentaban á la escena con máscara é intercalaban asuntos sagrados con farsas ridículas y muchas veces obscenas.

Para que se aturda usted del miserable estado de los coliseos en su orígen, bastará decir que los espectadores amigos de la comodidad, tenian la precaucion de llevar su correspondiente silla al teatro. Esto habia de ser seguramente algo mas pesado que la indispensable carga de estos tiempos; hablo de los monstruosos gemelos que, mas que la cortedad de la vista, manda la moda llevar á los espectáculos teatrales.

Poco á poco fueron los teatros entrando en los progresos de la civilizacion, y en 1613, bajo el reinado de Luis XIII erigiose uno en el *hôtel de Bourgogne*, donde se hizo famoso el actor Turlupin.

Continuó la escena francesa desechando las farsas que la deshonraban, y en 1634 mandó el cardenal de Richelieu edificar un

decoroso teatro en el *Palais-National*, que á la sazon se llamaba *Palais-Cardinal.*

Representose en este teatro una tragedia del mismo Richelieu titulada *Mirame.* Este prelado encargó á Rotrou y á Pedro Corneille que escribiesen algunas piezas para formar el repertorio de aquel coliseo. Este fué, María Enriqueta, el momento que dió principio á la gloriosa era teatral de lo clásico y de lo bello; pero esta era, tan honrosa como es para la Francia, lo es mas para nuestra España. Permítame usted insistir en esta verdad. En 1636 apareció la célebre tragedia del *Cid*, imitacion de una tragedia española, á la cual ha debido el gran Corneille su inmensa celebridad. Algunos escritores franceses que han cometido la torpeza de compararnos con los salvages del Africa, se avergonzarán sin duda al saber que los talentos privilegiados de su pais, han tenido que beber las aguas de la ilustracion en fuentes españolas, y aprender de nuestros insignes poetas las bellezas con que han engalanado la literatura de Francia.

En 1639 representáronse en el mismo teatro las dos escelentes tragedias, tambien de Corneille, tituladas *Les Horaces* y *Cinna.*

Cerca del Louvre en el sitio donde estuvo el palacio del Condestable de Bourbon edificóse otro teatro que se llamó *du Petit-Bourbon*, el cual fué cedido en 1658 por Luis XIV á la compañía de Moliere. Esta pasó dos años despues al teatro del *Palais-Royal.*

No contento Luis XIV con la proteccion que dispensaba al gran cómico y escritor, le señaló una pension de seis mil libras, que el insigne poeta tuvo la generosidad de compartir con sus compañeros.

Otro teatro que existió despues hácia la *Cour-des-Fontaines* reunió una brillante compañía que representaba á la vez las obras maestras de Corneille, Racine y Moliere. Este teatro fué devorado por un incendio.

En 1673 aconteció la muerte de Moliere, y el teatro del *Palais-Royal* quedó destinado á las óperas. Entonces pasó la comedia

francesa á otro coliseo de la calle de Guénégaud, donde se dieron las comedias de Montfleuri, de Tomás Corneille, y la *Phèdre*, tragedia de Racine.

En 1688 estableciéronse los cómicos franceses en una nueva sala de la calle *des Fossés-Saint-Germain* y de allí pasaron al palacio de las Tullerías, donde permanecieron hasta 1770.

En 1782 se inauguró el *Odéon* con el título de *Théâtre Français* que cambió en 1790 por el de *Théâtre de la Nation.*

Por fin, el coliseo que hoy lleva el nombre de *Théâtre Français*, fué cedido á la *Comédie Française* y se llamó *Théâtre de la Republique*, como en la actualidad, aunque generalmente se le apellida *Théâtre Français*, ó *de la Comédie Française.*

Su fachada principal da á la calle de Richelieu. Está decorada con doce columnas dóricas, y con otras tantas pilastras en el segundo piso de órden corintio. Una elegante galería rodea el entresuelo.

El plan del vestíbulo interior es de forma elíptica, entornada por tres hileras de columnas dóricas, pareadas en el primer término y aisladas en el segundo. Cuatro escalinatas elegantemente dispuestas conducen á este vestíbulo, cuyo cielo raso está ornado de esculturas. En el centro del vestíbulo hay una estátua marmórea de Voltaire. ¿No le parece á usted, amiga mia, que la memoria de Corneille, Racine, ó Moliere, es mil veces mas digna de este honor?

La forma de la sala es elíptica, y caben en ella mil quinientos espectadores. Está decorada con gusto. El escenario tiene doce métros y medio donde cae el telon de boca. Divídese en patio, balcones, primeras y segundas galerías, palcos primeros, segundos y terceros; y un anfiteatro.

En este teatro es donde el gran Talma y la inmortal Mars han elevado el arte dramático á la mayor altura. En este teatro obtiene la trágica Rachel un envidiable triunfo cada vez que pisa el escenario. No se representan en él mas que las tragedias y comedias clásicas. Es un verdadero teatro modelo, y recibe del Estado una

subvencion anual de mas de doscientos mil francos.

El segundo teatro francés es el *Odéon* (nombre griego que significa *canto*, y que era el título de un teatro de Atenas, donde se adjudicaban los premios de la música). La sala es bellísima, y tiene una compañía escelente que sigue en el género de sus representaciones el egemplo del primer teatro.

En una de las funciones del Odéon presencié una escena sumamente interesante y tiernísima. Representábase *el Abate de l' Epée* y asistian al espectáculo en gran número los alumnos del instituto de sordo-mudos. Aquellos interesantes jóvenes, sentian sin duda una nueva emocion, al ver agitarse en la escena unos personages á quienes querian comprender por sus gestos y por la espresion de su fisonomía, pero lo mas grato para ellos era la noble presencia del célebre fundador de su instituto y el hallar un simpático compañero en el jóven Teodoro. No puede usted figurarse, amiga mia, el entusiasmo de aquellas pobres criaturas en el momento en que el bondadoso abate recibe de su discípulo las muestras mas tiernas y espresivas de gratitud. Los desgraciados niños prorumpieron en frenéticas palmadas y gritos de alegria. Lágrimas de ternura brotaron de los ojos de todos los espectadores, y los mismos cómicos sintiéronse tan impresionados, que por largo rato les fué imposible continuar la representacion. Todos lloraban, y solo en los inocentes rostros de los sordo-mudos brillaba la espresion de la alegria, de esa alegria que siente el que se goza en las virtudes de sus semejantes.

Mademoiselle Siona Lévy representó con toda perfeccion el papel de Teodoro. Su espresivo y verdadero modo de accionar llegó á lo mas patético y desgarrador que pueda concebirse. Allí no habia solo inspiracion traducida al acaso por el gesto y la pantomima, allí habia arte, allí habia ciencia. Luego supe que esta graciosa actriz, para penetrarse mejor del carácter que iba á representar, habia tomado lecciones de un jóven escritor llamado Pélissier, sordo-mudo y alumno de la citada escuela; pero tan aventajado, que sus primeros versos produjeron una sensacion profunda en los círculos li-

terarios de París. *Mademoiselle* Lévy no podia haber elegido mejor maestro. Así es que á la conclusion del drama, una lluvia de ramos y coronas alfombró el escenario de flores y la jóven artista las recogió y compartió con Lepeintre, escelente actor que habia desempeñado el papel de Abate de l' Epée de una manera admirable, y que con la jóven artista tuvo que presentarse en el proscenio para recibir los aplausos del público entusiasmado.

Los espectáculos teatrales mas sorprendentes de Paris por el lujo y magnificencia de las decoraciones, son indudablemente los del Teatro de la Nacion ó de la Grande Opera. En su elegante sala hay localidades cómodas, para cerca de dos mil espectadores. Ya sabe usted que en ella se dió una brillante funcion en obsequio del *Lord Mayor*.

A fin de sostener la suntuosidad de las representaciones, recibe este teatro una subvencion del gobierno, de setecientos sesenta mil francos anuales, y ciento treinta mil además, para atender á las pensiones de los artistas jubilados.

Los cantores proceden del Conservatorio de música. Los bailarines son de los mas acreditados. Todo guarda la misma proporcion, el brillo del escenario, la propiedad y riqueza de los trages, la ligereza y precision en el cambio de decoraciones, todo contribuye á escitar el asombro y perfeccionar la ilusion.

Así como en este coliseo solo se representan poemas líricos donde todo se canta, inclusos los recitados, hay otro teatro que es el de la Opera cómica, donde se representan óperas francesas en las cuales, como en nuestras zarzuelas, se declama lo mismo que en la comedia todo lo que no está escrito espresamente para el canto. En este teatro he visto las óperas de *Le Tableau parlant*, en que está admirable *madame* Ugalde, *Bonsoir*, *monsieur Pantalon*, disparate que hace reir soberanamente y *La Fée aux Roses*, ópera de grande efecto teatral y de una música muy agradable. Mr. Coulon estuvo feliz en el principal papel que es el de Atalmuc. La letra es de Scribe.

Las representaciones de este teatro no deben confundirse con los

Vaudevilles que tienen su albergue en algunos teatros de segundo órden, de los cuales diré á usted algo, despues de darle una idea del teatro de la Opera italiana.

La sala es semicircular en este coliseo, donde se oyen las bellas melodías de los célebres compositores italianos, cantadas por los mejores artistas de Italia. Tiene cuatro pisos; los tres primeros de doble profundidad, con palcos divididos por el estilo de nuestro teatro de Oriente. Algunos de los del primer piso tienen sus salitas contiguas. Los adornos son ricos y de buen gusto. Los asientos están forrados de terciopelo. Contiene mil doscientos espectadores.

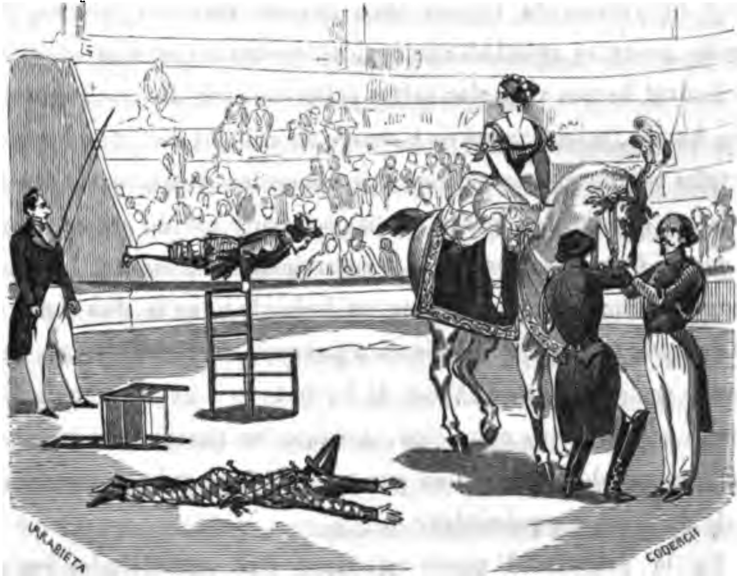
En este teatro no se dan mas que tres funciones cada semana, los lunes, jueves y sábados. La compañía que trabaja en él suele alternar con el teatro de Lóndres.

He hablado á usted ya de los cinco teatros principales, á los cuales es de buen tono presentarse de frac y guantes blancos. Este rigor de la etiqueta y la gravedad de los espectadores, forman un singular contraste con los atronadores gritos de los vendedores de periódicos y gemelos, que no cesan de vocear en todos los entreactos.

Para asistir á los demas teatros basta la decencia; hay mas libertad, mas alegria y animacion en los espectadores. Haré una breve reseña de ellos empezando por el Circo de Franconi, que aunque en rigor no es un verdadero teatro, pues solo se dan en él espectáculos ecuestres, son estos ejercicios tan asombrosos y divertidos, merced á la habilidad de los saltimbanquis que con su travesura han logrado conquistar el nombre de *artistas*, que bien merecen se hable de ellos con encomio y hasta con admiracion.

La forma de este circo es parecida á la del que dirige en esa, en la calle del Barquillo Mr. Paul; pero mas elegante, mas espacioso, y alumbrado por multitud de arañas de cristal y una gran lucerna que hermosea el recinto. Este carece de suntuosidad; pero en cambio es lindísimo y pintoresco. Todos los asientos son buenos y cómodos, esceptuando los mas caros que son los inmediatos al redondel. Los aficionados á este espectáculo prefieren sin embargo

estos sitios y sufren con resignacion una contínua lluvia de tierra que arrojan sobre ellos los caballos, con tal de poder ver de cerca las bellas formas de las amazonas, dirigirlas tal vez algun piropo



mientras les arreglan el caballo, y hablar familiarmente con el payaso ó el arlequin.

Los artistas de mayor mérito del *Cirque National*, son:

Madame Denis, sobresaliente en los pasos sentimentales.

» Mélilo, tambien muy buena en el mismo género.

Mademoiselle Ducos, jóven aérea sumamente graciosa.

» Lidert, sorprende por el primor con que baila, y la ligereza con que se eleva á grande altura.

» Amaglia, tiene gracia para bailar sobre el caballo la cachucha y otros bailes españoles, aunque dista mucho de nuestras macarenas.

» Lambert, es muy linda y está encantadora en las coqueterias del chal.

Mr. Paul Lalanne, un español llamado Montero, Leroy, Mewsome, Fortuné Lalanne, y particularmente los cuatro *Clown*, llamados Auriol, padre é hijo, Candier y Laristi, hacen cosas admirables que solo viéndolas pueden creerse. Baste decir que Auriol

padre raya en los cincuenta años y aun progresa en su habilidad. Todo lo que ejecuta es asombroso. Baila perfectamente en la maroma, nadie le aventaja en los equilibrios, tiene una figura simpática y no representa treinta años cuando está en ejercicio; pero cuando asusta su agilidad é intrepidez es en las carreras ecuestres. En Madrid hemos visto dar saltos peligrosos por dentro de un aro; pero Auriol, mientras corre á escape su caballo da repetidos saltos *mortales* por dentro de varios aros colocados de trecho en trecho. Es decir, que da una vuelta dentro del aro y cae de pié en su corcel con la sonrisa en los labios y retorciéndose el bigote. Lo que le grangea tantas simpatias como su habilidad, es la donosura con que representa la parte de *Clown* ó payaso, sin chocarrerías, amenizando sus suertes con chistes de buen tono y ocurrencias felices. Cuando concluye sus ejercicios, durante los cuales es estrepitosamente aplaudido, se le llama por tres veces al redondel para colmarle de bravos y palmadas.

En la actualidad posée este circo dos notabilidades inglesas que tienen trastornado el juicio á los aficionados. La danza en la maroma era un *arte* perdido si no enteramente muerto..... era un asunto de epitafio ó á lo menos de elegía... era un recuerdo histórico... un *arte*, en fin, que desde los buenos tiempos de Madame Saqui habia quedado borrado del programa de los placeres pari sienses.

Este *arte* olvidado, este espectáculo *si vivement regretté des amateurs*, ha renacido en Paris, no vulgar y trivial como existe aun por tradicion en los lugares de provincia los dias de feria, sino elegante, *distingué*, con todo lo que atesora de mas atrevido, de mas gracioso, de mas poético y seductor. Al desaparecer de Paris, habíase refugiado en Lóndres.

Lady Adams y Lady Bridges, que han sido objeto de admiracion para todos los estrangeros que han visitado el palacio de cristal, y que acaban de *debutar* de una manera tan brillante en el Circo de los Campos Eliseos, son inglesas. No solo poseen vigor y flexibilidad, distínguense aun mas por su donaire y elegancia. Aña-

da usted que las dos son jóvenes y bonitas, y dígame si se necesita mas para la danza aérea.

Lady Bridges es de elevada talla; pero esbelta, ligera, con mucha finura en los pies. Su dulce fisonomía destella la molicie inglesa. Armada de balancin ejecuta en la maroma del modo mas correcto pasos sumamente difíciles y graciosos.

Lady Adams es mas pequeña, de formas redondeadas, viva, picante, la mirada llena de fuego, la sonrisa provocadora, las piernas de acero, con los mas ágiles, mas diminutos y lindos piés del mundo... si no estuvieran los de usted.

Empieza por bailar en la cuerda; ejecuta pasos dificilísimos de la escuela italiana con la precision francesa y la gracia española, con tanta seguridad y firmeza como la Fuoco en las tablas de ese Teatro Real. Anímase al momento, sus pies abandonan y vuelven á la cuerda con admirable velocidad..... no baila, vuela; pero con una ligereza maravillosa, y toma en el aire tan hermosas actitudes que escitan el entusiasmo del público.

Suelta el balancin!... Todos tiemblan de espanto!... Solo hay serenidad en su agraciado rostro. Salta aun con mayor intrepidez!... Su audacia produce la mas viva emocion... Todos los corazones palpitan... todas las palmas baten... Un diluvio de flores pone término á esta mágica escena.

El teatro del *Vaudeville*, lleva en su título la esplicacion de su objeto, que se reduce á poner en escena ciertas piezas del género jocoso ó satírico en las que de vez en cuando cantan los actores sendas coplitas de música ligera. Boileau define el *vaudeville* en estos términos:

D'un trait de ce pöeme, en bons mots si fertile,
Le français, né malin, créa le vaudeville,
Agréable indiscret, qui, conduit par le chant,
Passe de bouche en bouche et s'accroit en marchant.
La liberté française en ses vers se déploie;
Cet enfant du plaisir veut naitre dans la joie.

Este teatro está en la plaza de la *Bourse*. Su sala está decorada con bastante gusto, y caben en ella mil doscientas personas.

No crea usted, amiga mia, que la representacion de los *vaudevilles* sea un derecho esclusivo del coliseo que lleva su nombre, pues tambien se ejecutan en el teatrito de Montansier, situado en el *Palais-National*. La sala es bonita; pero solo hay en ella nuevecientas localidades.

El *vaudeville* ha invadido tambien el lindo teatro *des Variétés* que tiene su entrada en el *boulevard* Montmartre; pero este coliseo no se limita á las representaciones en cuestion, sino que aprovecha todas las novedades grotescas que puedan proporcionarle buenas entradas. Las farsas mas ridículas alternan con piececitas chistosas, aunque siempre picantes en demasía. La Rosa Espert, bolera española, es aplaudida en este teatro con frenesí. La jota aragonesa produce todas las noches un alboroto. Ahora va á dar algunas funciones una compañía de chinos. Se anuncian cosas estupendas de estos artistas procedentes del Celeste Imperio. Este sistema de variedad hace que se ocupen todas las localidades de la sala que son 1245.

En el teatro *du Gymnase* he visto el estreno de *Mercadet ou le faiseur*. Es una escelente comedia en tres actos del malogrado Balzac. Su éxito brillante ha sido un triunfo póstumo del célebre escritor. Para que se permitiese poner en escena esta notable produccion ha sido preciso que una pluma diestra hiciese en su diálogo ciertas modificaciones. Esto ha bastado para que toda la prensa en masa haya fulminado los mas terribles anatemas contra el profanador de la memoria de Balzac. ¡Y hay poetas en España que ellos mismos se arrogan la facultad de refundir las comedias de Calderon y Lope de Vega! Nadie tiene mas estravagancias en sus obras que el inmortal Shakespeare, y sus tragedias se representan aun en Inglaterra como las escribió su autor, sin que le pase á nadie por las mientes enmendar la plana á talentos superiores, cuya memoria debe solo inspirar respeto y veneracion. Yo siento que algunos escritores, con cuya amistad me honro, hayan incurrido en esta falta, sin duda con la mas sana y laudable intencion del mundo; pero aun cuando ellos sean capaces de mejorar las pro-

ducciones de nuestros antiguos poetas, dan un ejemplo pernicioso á la atrevida ignorancia y un medio cómodo de brillar con las galas agenas.

El teatro *du Gymnase* es de construccion moderna. Edificose en 1820. Su frontispicio está decorado con columnas jónicas y corintias y da al *boulevard Bonne-Nouvelle*.

El *Ambigu-Comique*, es otro coliseo construido en 1828 en el *boulevard de Bondy*. No es suntuoso, pero sí de bastante capacidad, pues cogen en sus localidades mil nuevecientas personas.

En el de la *porte Saint-Martin* no caben mas que mil ochocientos concurrentes. En este teatro y el anterior es donde se representan los melodramas de grande espectáculo, y esos dramas sangrientos y patibularios que el vulgo acoge con entusiasta avidez.

Ahora tienen un nuevo competidor en el Teatro histórico, sobre el cual estoy perfectamente de acuerdo con la opinion de mi amigo don Antonio Maria Segovia, que con sobrada justicia corona á su fundador con los siguientes laureles:

«El *Théatre historique* fué una fundacion de Mr. Alexandre Dumas, que por el afan de *vender* novelas ha echado á perder sus brillantes disposiciones de autor dramático; por la mania de escribir historia ha echado á perder la novela; y para representar unas ensaladas de todas esas cosas puestas en diálogo, de duracion eterna, y con efectos de cascabel gordo, obtuvo la generosa proteccion de nuestro príncipe ya españolizado, el señor duque de Montpensier. Tuvo este, sin embargo, la delicadeza y el tino de no permitir que se diera su nombre al tal teatro, como se habia pensado. Lo que mas hay que admirar en él, es el partido que supo sacar del terreno el arquitecto, y el buen gusto de su ornato (1).»

¡Cosa inaudita! Mientras en el teatro frances se aplaude el hermoso drama de Alejandro Dumas *Las señoritas de Saint-Cyr*, se aplaude tambien en el teatro histórico un horroroso esperpento en veinte y siete cuadros del mismo Dumas! Mientras en el teatro fran-

(1) Manual del viajero español, pag. 183.

ces admiran los inteligentes las bellezas del lindo drama *Los cuentos de la reina de Navarra* de Scribe, palmotea el vulgo ante las estravagancias de *La Goton de Béranger* del mismo Scribe! Esta prostitucion del talento es la prueba mas evidente de la decadencia de la literatura dramática en Francia.

El gusto del público se estraga con estas monstruosas representaciones, y lo peor de todo es que la crítica se ejerce á menudo por espíritu de pandillage.

El mérito es lo de menos
Cuando es la pasion quien juzga:
La *claque* por sus amigos
Bate las palmas con furia.
El crítico no argumenta,
Tan solo agita la pluma,
Y por decir un mal chiste
Al autor mas sabio insulta.
Si es de la pandilla... ¡bravo!
Se le encomia, se le adula;
Mas no está sin escepciones
Esta regla por fortuna.
Los críticos de conciencia
Tambien en Paris abundan;
Y hay literatos que ejercen
Habilmente la censura.

¿Quiere usted saber las obras que mas gente llevan á los teatros, que mas aplausos reciben del público, que mas elogios merecen á los periodiquines literarios? Con solo oir los títulos podrá usted formar juicio de su mérito:

Los siete castillos del diablo, en 18 cuadros.

El oso y el hombre salvaje, en 11 cuadros.

El monstruo y el farmacéutico, en 7 cuadros.

El borracho y su hijo, en 2 actos.

Toda la potencia está al lado de la barba, en 2 actos.

El gato con botas, en 14 cuadros.

Una muger que se arroja por la ventana, *vaudeville*.

Las cuatro partes del mundo, en 22 cuadros y un prólogo.

¿Qué le parecen á usted los titulillos? ¿Se necesita mas para

persuadirse del estado lamentable de la literatura dramática en Paris? Pues ha de saber usted, amiga mia, que la que menos de estas mamarrachadas, lleva setenta representaciones consecutivas, si hemos de dar crédito á la satisfaccion con que lo anuncia el *Argus*, periódico de teatros, en estos términos:

THÉATRE-NATIONAL. Les Quatre Parties du Monde *attireront tout Paris á ce théatre. Jamais ce théatre n' avait obtenu un plus beau succés.*

THÉATRE-COMTE. Le Chat botté *compte deja* SOIXANTE DIX *representation; et son succés ne fait que grandir.*

Con esto dejo esplicada la razon porque doy la preferencia al Teatro francés que dirige tan atinadamente Mr. Houssaye. Todo es admirable en este teatro modelo. Nada echo de menos en él; pero me equivoco..... usted sabe mejor que yo lo que le falta en Paris á su constante amigo.



CARTA XXIX.

15 DE SETIEMBRE.

Carísima Enriqueta: por lo que en mis anteriores cartas he dicho á usted de los suntuosos palacios y amenos jardines de Versalles y *Saint-Cloud*, se infiere que los primores del arte y de la naturaleza no se concretan al recinto de París, sino que dilatan su esplendor por todas sus cercanías.

En corroboracion de esta verdad me propongo hoy acompañar á usted á dar un bonito paseo, que nos prestará motivo para animar nuestra conversacion con recuerdos históricos de sumo interés. Haremos esta deliciosa peregrinacion con mas rapidez que si nos aprovechásemos de los ferro-carriles. En pocos momentos y sin molestia alguna, recorreremos los bellísimos sitios de *Saint-Germain*, Neuilly, *Saint-Denis*, Montmorenci, y Fontainebleau.

No necesitamos carruage ni pasaporte... nadie nos ha de ver. Coja usted mi brazo y empecemos por subir esa montaña, cuyo pié besa á fuer de galante el rio Sena. Ya estamos en su cima! Impelidos por el vapor no andariamos con mayor velocidad.

Aquí está *la ville de Saint-Germain et son château*. ¡Qué situacion tan pintoresca! ¡Qué aire tan puro se respira! No es estraño que sea este uno de los sitios preferidos por lo sano y delicioso.

Esta villa era ya importante en 1346; pero en la guerra contra los ingleses, fué incendiada por estos. A manera del Ave Fenix,

que renacia de sus cenizas, apareció de nuevo, y habiendo sido por segunda vez presa de las llamas en 1419, tambien por hostilidad de los ingleses, salió otra vez de sus pavesas.

Cárlos IX estableció en ella la primera manufactura de espejos que ha tenido la Francia, valiéndose de un entendido aunque pobre jornalero veneciano espatriado, á quien recompensó pródigamente.

En 1598 reconstruyó Enrique IV el castillo de *Saint-Germain*, en el cual habia nacido Enrique II, y posteriormente Cárlos IX y Luis XIV. Este monarca le embelleció considerablemente hasta que prefirió para su morada el palacio de Versalles.

La tierna La Vallière habitó despues el castillo de *Saint-Germain*. Tambien fué el último asilo del rey de Inglaterra Jacobo II, despues de haber sido por dos veces precipitado del trono.

La poblacion es de diez mil habitantes. Las casas estan bien construidas, las calles son anchas y generalmente con buen pavimento. Hay varias plazas, un teatro, un hospital y una parroquia.

Ya que ni las sílfides nos ganan hoy en ligereza, pasemos de un vuelo á Neuilly. Es uno de los pueblos mas lindos de los alrededores de París. Está situado á la derecha del Sena cerca de un hermoso puente de piedra que se construyó en 1738.

En este sitio, á la orilla del rio, poseia Luis Felipe un palacio amueblado con toda magnificencia. En él solia pasar la familia real lo mas rigoroso del verano. Dirigiéndose á él, el 13 de julio de 1842, murió el príncipe duque de Orleans arrojado de su régia carroza por el desenfreno de los caballos. La revolucion de febrero de 1848 destruyó este palacio real.

Sigamos el Sena y llegaremos en breve á *Saint-Denis*. Este pueblo, cuyo vecindario es de seis mil almas, solo tiene de notable su iglesia y los sepulcros régios.

La basílica es un edificio gótico que ostenta varios órdenes de arquitectura segun los siglos á los cuales pertenece. Su portada es un resto de los tiempos de Carlo-Magno. Las rejas que rodean el coro son de un trabajo primoroso. El campanario fué restaurado

en 1838 por el arquitecto Debret. Tiene pararayos y un gallo por veleta que domina la inmensa llanura de *Saint-Denis*.

En el reinado de Luis el gordo, viose desplegar por primera vez en las armas reales el oriflama, estandarte que enarbolaban los curas en sus guerras privadas. El oriflama permaneció aun en tiempos de paz en la iglesia de *Saint-Denis*, que por disposicion de la reina Blanca y de San Luis fué reconstruida en 1231; pero no se terminó hasta el año de 1281 reinando Felipe el atrevido.

Los sepulcros precitados cobijan los frios restos de los reyes de Francia desde Clodoveo hasta Luis XVIII.

Saint-Denis está á la entrada del valle de Montmorenci. Tenemos á la vista un panorama delicioso, tal vez el mas agradable y pintoresco de Francia. A cualquier parte que vuelva usted los ojos, mi buena amiga, observará usted perspectivas encantadoras que se estienden sobre una alfombra de esmeralda. ¡Qué lujo de vejetacion! ¡Qué abundancia de aguas! ¡Qué árboles tan pomposos y jigantescos! ¡Cuántas aldeas entornadas de jardines! ¡Qué amena variedad de caserios! ¡Qué vistas tan magníficas por todas partes! ¡Cuán preciosos paisages en lontananza!... ¡Y cuántos recuerdos históricos!

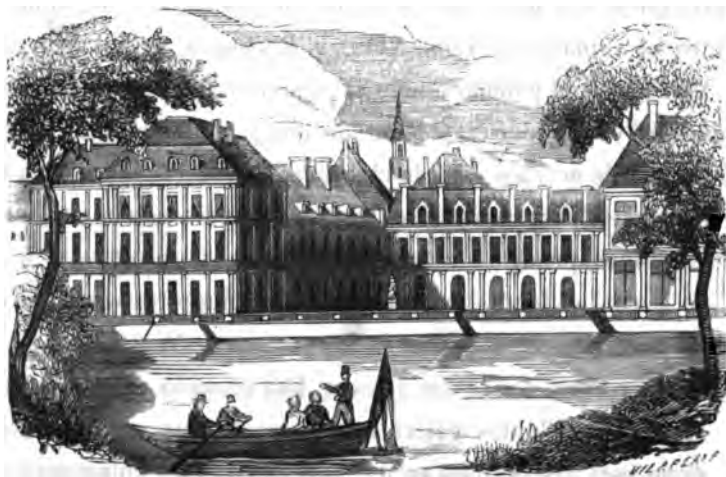
Ese lugarejo inmediato se llama Deuil. En el nació el célebre canónigo Othon, que llegó á ser el prelado principal de *Saint-Denis*. A este lado está Groslay..... mas lejos está Enghien con sus baños llenos de animacion y de placeres. ¿No vé usted entre floridos pensiles otras aldeas agrupadas que producen el efecto de una decoracion teatral? Son Sanois, Eaubonne, Soisy y Andilly; que preceden al pueblo de Montmorenci. Este pueblecillo data de la mas remota antigüedad. Contiguo á él está la ermita donde vivió Juan Jocobo Rousseau desde 1757 hasta 1762. Allí escribió sus mejores obras, varios capítulos del *Emilio* y terminó su *Nueva Eloisa*. Su habitacion existe aun, y en sus paredes se leen varias inscripciones relativas á la estancia del filósofo de Ginebra.

Dos objetos notables llaman la atencion del viajero. Un laurel y un rosal plantados por la mano del mismo Rousseau. El rosal re-

cuerda la bellísima poesía que inspiró al autor del *Devin du Village*, que empieza por este verso:

Je l'ai planté, je l'ai vu naître.

Ahora, aunque sea á pesar nuestro, es preciso que abandonemos este delicioso valle. Quiero llevar á usted á Fontainebleau. Otros que se hallasen en Montmorenci tendrian que retroceder por *Saint-Denis* á París y dirigirse al *Jardin-des-Plantes* para tomar el ferro-carril que en una hora les llevaria á Corbeil. En este punto habrian de encajonarse en un omnibus que gastaria tres horas para conducirles á Fontainebleau. Nosotros no estamos en igual caso. Nada aventaja en velocidad á la imaginacion, y ella será nuestro omnibus esta vez. Verá usted como nos lleva en un abrir y cerrar de ojos..... Dicho y hecho..... ya estamos en Fontainebleau.



Quisiera acompañar á usted por todos los jardines que pertenecen á esta régia morada, cruzar en alguna góndola el cristalino lago, ó recorrer el inmenso bosque que la rodea, llamado antiguamente *forêt de Bierre*, visitar la parte que encierra los hermosos árboles conocidos por el *Bouquet du Roi, Bouquet de la reine etc.* Iríamos despues á la ermita, á la *Roche qui pleure*, á las grutas de Franchard y otros lugares llenos de encantos y de poesia; pero usted debe sentirse ya cansada..... Subamos á esa deliciosa colina..... Puede usted sentarse á la sombra de este frondo-

so tilo. ¡Mire usted qué hermoso!..... Sus hojas estan recortadas á guisa de corazones... Sus blanquizcas flores tienen cinco pétalos y exhalan delicioso perfume... Siéntese usted á mi lado en este rústico sofá cubierto de mullido cesped, y mientras usted descansa, amiga mia, le relataré los recuerdos históricos que despierta el palacio de Fontainebleau. El murmullo de los árboles acariciados por las brisas, el agradable ruido de las aguas que se quiebran entre peñascos y el canto de las avecillas no ahogaran mi acento..... tal vez me inspirarán elocuencia, del mismo modo que las suaves melodías de la música dan aliento al númen del trovador.

Ese es el palacio donde San Luis soñaba en el cielo sin olvidar la dicha de sus súbditos en la tierra. Ese es el palacio donde Francisco I llamó á todas las bellas artes de Italia para derramar en él sus prodigios. Ese es el palacio donde fueron laureados Quinault y Lulli en el reinado de Luis XIV, y Rousseau ante la córte de Luis XV. Ese es el palacio donde el soberano pontífice que bendijo el enlace del emperador Napoleon con una archiduquesa de Austria, pasó mas tarde acerbos dias de clausura. Ese es el palacio, en fin, donde el mas célebre capitan del siglo se despidió de sus camaradas en los términos que diré á usted mas adelante, para retirarse á una isla, de la cual se fugó al cabo de un año y ciñó otra vez la corona imperial para volverla á perder en los campos de Waterloo.

En este recinto donde las artes se han reunido para crear esos verjeles, esas brillantes galerías, esos suntuosos estanques, esas marmóreas escalinatas, esos arcos magníficos, esas columnas, esas estátuas, esos cuadros, ese portentoso mosaico de arquitectura de todas las escuelas y de todos los tiempos, ese inmenso bosque con sus sitios agrestes, sus vetustos árboles, sus maravillosas tradiciones..... en este recinto encantador, hay recuerdos de todas las edades. Aquí todo habla á la fantasía. Aquí todo hace palpitar el corazon. Aquí todo asombra la vista... todo conmueve el alma..... todo enardece el pensamiento..... Présteme usted atencion, amiga mia.

Cuando Felipe Augusto regresó de la Tierra Santa, receloso de las intenciones de Ricardo Corazon de Leon, creó los *gardes de son*

corps, y nunca se presentaba en público sin ir escoltado por multitud de gente armada. Fatigado de la guerra retirose á descansar en Fontainebleau, y no tenia mas placer que el ejercicio de la caza en el mismo bosque donde, jóven aun, habia probado su valor luchando con las fieras.

Blanca de Castilla, esposa de Luis VIII, amaba con delirio la frondosidad de Fontainebleau y fué siempre su morada predilecta.

Luis IX, que es el mismo San Luis de quien he hablado ya, agrandó el castillo. En uno de sus pabellones existe aun el dormitorio que ocupaba en 1259, el cual ha conservado su nombre. En este dormitorio exhaló su último suspiro Felipe el hermoso, atormentado por los remordimientos que germinaron en su corazon despues del asesinato de los Templarios.

Aquí fué donde el rey Juan buscó su salvacion cuando la peste del año 1350 hacía estragos en Paris.

En 1364, Carlos V, apellidado *el Sabio*, fundó en Fontainebleáu la primera biblioteca de Francia.

Francisco I, á quien en Francia conceden el honroso título de *restaurador de las letras*, fué quien hizo edificar todas esas maravillas que Luis XIV y Luis XV hermosearon aun á pesar de su predileccion por Versalles.

Hallándose Carlos IX en Fontainebleau preparó los asesinatos que para oprobio de su reinado se perpetraron en Paris, el célebre cuanto sangriento dia de San Bartolomé.

Estos árboles han sido testigos de los tiernos y apasionados coloquios entre Enrique IV y su enamorada y linda Gabriela. Cuando esta murió, se casó el monarca con María de Médicis, que en 1601 dió á luz en este palacio á Luis XIII, quien en 1629 firmó un tratado de paz con la Gran Bretaña en este mismo palacio de Fontainebleau.

La reina Cristina de Suecia en su segundo viaje á Francia por los años de 1657, hallándose en Fontainebleau, que era la residencia que se le habia destinado, hizo matar en su presencia á uno de su servidumbre llamado Monaldeschi, so pretesto de que era

traidor á su soberana. Este acto de barbarie indignó á toda la corte, y la reina de Suecia recibió órden de abandonar inmediatamente la Francia. A pesar de este atentado, medio año despues obtuvo permiso del cardenal Mazarino para volver á Paris con motivo de la representacion de un baile en que tomaba parte Luis XIV, que á la sazon solo tenia veinte años. Este príncipe se casó còn Maria Teresa de España en 1660, que en breve sintióse en estado interesante. La corte se fijó momentáneamente en Fontainebleau, donde en 1661 se solemnizó con toda pompa el regio alumbramiento.

Medio siglo despues de la muerte de Luis XIV, el único hijo de Luis XV falleció de tísis en este sitio, á donde habíale enviado su padre creyendo que la pureza de los aires le darian la salud.

Posteriormente nada notable ocurrió en esta régia morada, hasta que en 1814, Napoleon, como he indicado á usted ya, firmó su primera abdicacion, y antes de partir para la isla de Elba, se despidió de sus camaradas dirigiéndoles estas sentidas espresiones:

«Soldados: veinte años hace que estoy contento de vosotros; siempre os he hallado en la senda del honor; no deploreis mi suerte, yo seré dichoso mientras vosotros lo seais. No me es posible abrazaros á todos; pero abrazaré á vuestro general. Llegad, general Petit... Traedme el águila... ¡Querida águila! ¡Que mis besos resuenen en el corazon de todos los bravos!..... ¡A Dios, hijos mios!... Mis votos os acompañarán siempre..... Conservadme en vuestra memoria (1).»

Pio VII, que es el papa citado mas arriba, cediendo á la mágica insistencia del emperador, habia firmado en este sitio el famoso concordato del 25 de enero de 1813 llamado concordato de Fontainebleau.

Carlos X solo hizo algunas visitas á estos bosques, impelido

(1) Para que se vea que han sido traducidas literalmente las palabras de Napoleon, las copiamos aqui:

«Soldats, depuis vingt ans, je suis content de vous; je vous ai toujours trouvés sur le chemin de l'honneur; ne plaignez pas mon sort, je serai toujours heureux lorsque je saurai que vous l'êtes. Je ne pu s vous embrasser tous, mais j'embrasserai votre général. Venez, général Petit (il le serre dans ses bras)... Qu'on m'apporte l'aigle (il la baise)... Chére aigle, que ces baisers retentissent dans le cœur de tous les braves!... Adieu, mes enfans!... Mes vœux vous accompagneront toujours; conservez mon souvenir.»

por su aficion á la caza; pero despues de la revolucion de julio de 1830, Fontainebleau ha ganado muchísimo.

Luis Felipe ha hecho en esta campestre morada mejoras de gran magnificencia. Este príncipe, que acababa de consagrar á la gloria el real sitio de Versalles, destinó á las artes el de Fontainebleau, y merced á su completa restauracion, hecha con toda inteligencia y suntuosidad, el viajero que visita este palacio, reconoce en él cada uno de los sitios marcados por sendos recuerdos históricos, y encuentra los personages que han representado en esta escena de acontecimientos estraordinarios.

El lujo y elegancia de los adornos interiores subió de punto cuando en 1837 se recibió aquí á la princesa Elena de Meclemburgo, que se casó con el duque de Orleans, que tan horrorosa muerte sufrió cinco años despues.

En ese patio donde pronunció Napoleon su tierna despedida á su guardia, campeaba en otros tiempos una estátua ecuestre de Marco Aurelio que fué destruida en 1626; pero la entrada conserva el nombre de este antiguo personaje. La suntuosa verja de hierro que la cierra fué mandada colocar por Napoleon. Toda esa ala derecha de hermosa arquitectura es nueva; ha reemplazado á la antigua galería de Ulises. La escalera de hierro de la entrada principal del palacio es una obra atrevida, para cuya construccion venció el arte dificultades inmensas. Si no fuese tan tarde subiriamos por ella á la gran librería que contiene mas de veinte mil volúmenes, recorreriamos los magníficos departamentos que dan al jardin, cuyos estanques, graciosas fuentes y bellos cuadros de flores encantan la vista... pero ¡Dios mio! ¡usted no está á mi lado!... ha sido una ficcion mia!... una ficcion muy agradable... ¡Ay!... no puede compararse con el placer que tendria si fuera realidad. Usted me haria reparar en muchas bellezas de Paris que tal vez ahora se me escapan. Para otro viaje reclama la amable compañía de usted su afectísimo amigo.



CARTA XXX.

18 DE SETIEMBRE.

Hoy puedo escribir á usted largamente, mi predilecta amiga; estoy en completa libertad. Parece que no debiera ser así, porque mañana salgo para Londres, y lo mas natural seria que estuviera muy ocupado en los preparativos del viaje. Sin embargo, todo lo tengo listo; mi equipage en el mayor órden, mi pasaporte en regla y el billete del ferro-carril en el bolsillo.

Ayer recibí los últimos obsequios de los parisienses en casa del aventajado doctor en medicina y apreciable literato Mr. Emilio Bégin. Fué un almuerzo espléndido, que podia calificarse de abundante comida, no solo por la profusion de manjares delicados y vinos de esquisitas calidades, sino por la hora en que se verificó; eran las dos de la tarde.

Eramos solo seis individuos en la mesa, á saber: madama Bégin, esposa de Mr. Emilio, sus dos lindas hijas, el espresado dueño de la casa, otro caballero y su amigo de usted.

Generalmente hablando, los convites de personas desconocidas

llevan cierto sello de etiqueta que no siempre se armoniza con la grata jovialidad. La presencia de las señoras impone tambien cierto respeto que no deja de perjudicar al buen humor cuando las reuniones son de cumplimiento. Pero ¿dónde están estas reuniones *de cumplimiento* en Paris? Confieso á usted que no las he visto.

La amabilidad de los parisienses, en todas las clases de la sociedad, es tan simpática, que de la primera conversacion que tiene uno con ellos surge la franqueza y no pocas veces la amistad. El bello sexo particularmente, que ya tantos hechizos reune en Paris por sus gracias naturales, por la brillante educacion que recibe, por sus finos modales y su elegante *toilette*, se hace adorable por la dulzura y amenidad de su conversacion. Usted, María Enriqueta, estaría en su centro si viviera en Paris.

No puede usted figurarse la franca benevolencia con que fuí acogido en casa de Mr. Bégin. Las hijas me prodigaron atenciones con aquella candorosa inocencia, que hermanada con el buen tono revela una esmerada educacion; y su digna mamá llevó la amabilidad hasta el estremo de hacerme prometer que si otra vez vuelvo á París he de ir á habitar su casa.

No refiero á usted todo esto para halagar mi orgullo, sino para rendir un homenage de justicia á la galantería francesa. No digo esto por vanidad, sino por gratitud; y como usted quiere que estas cartas se publiquen algun dia, bueno es que se sepa en España cómo recibe el pueblo francés á los españoles. En el mundo ya no debe haber estrangeros, sino hermanos.

Usted misma calculará, despues de estas esplicaciones, lo muy sensible que ha de serme abandonar á París. Con todo, tengo dos razones que me impelen á no dilatarlo. Una de ellas es el deseo de volver á Londres y examinar de nuevo esa Maravilla del Siglo á la que han concurrido los talentos de todas las naciones; y la otra, el afan de terminar pronto mi viaje para ir á regañar á usted si no ha hecho grandes progresos en la música.

Es el caso, que partiendo mañana al amanecer, esta es la última carta que escribo á usted desde Paris, y aun tenia muchísimo que

decir á usted de sus bellezas. Veré de compendiar en la presente algunas de las principales; es imposible decirlo todo por escrito. Cuando tenga la dicha de ver á usted, sentiré la mas grata complacencia en satisfacer á todas sus curiosidades... en responder á todas sus preguntas, que no serán escasas ¿no es verdad?

Uno de los grandes monumentos de utilidad pública que encierra Paris, el cual no debo pasar en silencio por su inmensa importancia, es el Museo del Jardin de las Plantas.

Luis XIII fué el fundador de este jardin en 1625, del cual fué director un siglo y tres lustros despues el célebre Buffon. Este sábio historiador de la naturaleza consagró todos sus afanes y desvelos, toda su privilegiada inteligencia á la prosperidad del Museo. En sus asíduas tareas fué auxiliado hasta su muerte, que ocurrió en 1788, por Petit, Winslow, Daubenton, Portal, Fourcroy, Jussieu, Desfontaines, Saint-Font, y Van Spaendonck.

La revolucion de 1789 respetó el *Jardin-des-Plantes* como depósito de plantas medicinales. Napoleon le protegió decididamente, la Restauracion alentó los trabajos de los Cuvier, Saint-Hilaire, y Dumeril; y despues de la revolucion de julio de 1830 fué cuando llegó á su apogeo, merced al ilustrado amor que Luis Felipe profesaba á las ciencias, y á la cooperacion de las cámaras legislativas. Enriquecido con muchas mejoras, entre las cuales pueden citarse la nueva galería, el engrandecimiento de la escuela botánica y otros terrenos, han hecho que pueda citarse este *Jardin-des-Plantes* como el mas vasto y magnífico monumento de Europa en su clase.

Este jardin científico tiene vastísimos invernaderos, y galerías á propósito para clasificar las colecciones que pertenecen á cada uno de los tres reinos de la naturaleza. Hay galería de anatomía comparada, galería de botánica, departamento de fieras, biblioteca, y un anfiteatro con laboratorios para los cursos públicos sobre los diversos ramos de las ciencias relacionadas con la historia natural, cursos que duran desde abril hasta agosto.

Los edificios afectos á estas galerías nada tienen que cautive la atencion considerados como objetos monumentales; pero se nota

que son muy á propósito para el servicio á que están destinados.

Seguramente no hay en Europa un gabinete de anatomía comparada mas rico, mas completo y mejor ordenado que el del *Jardin-des-Plantes*. Su actual distribucion es debida al perseverante esmero y sabiduría de Cuvier, que reuniendo los esqueletos de toda raza de animales, no se ha contentado con la adquisicion de su osamenta, sino que les ha comparado entre ellos en su estructura y la disposicion de sus órganos, que ha sabido conservar inyectándolos con un arte infinito, por todas sus partes blandas.

Despues de haber comparado la organizacion humana con la de diversos animales, lo ha hecho entre las razas europeas, asiáticas, africanas, americanas y oceánicas.

Quince salas atesora este gabinete, en el cual existen sobre doce mil preparaciones anatómicas. La primera sala contiene esqueletos del caballo, de la cebra, del rinoceronte y otros. La sala que sigue encierra los de varias castas del perro, los del lobo, la hiena, el leon, el oso, el leopardo, el elefante, y los de algunos animales marinos. A la izquierda de esta galería hay otras tres con esqueletos de animales rumiantes, como bueyes, carneros, cabras, ciervos, dromedarios, camellos etc. Hay tambien en otra sala, una hermosa coleccion de ballenas, y siguen luego las de los esqueletos humanos de diferentes edades y naciones, las de individuos célebres por su talla ó su deformidad, como por egemplo el famoso enano del rey de Polonia. Seria interminable mi relato si hubiera de hacer mencion de todas las curiosidades que cautivan la atencion del observador en este vastísimo templo de la historia natural. Una de ellas es la série de fetos que demuestra el progreso por meses del embarazo de una muger.

El departamento de la coleccion zoológica tiene una longitud inmensa por la parte del Norte que cae sobre el jardin. Compónese de dos pisos de regular arquitectura. El entresuelo forma una sala llena de instrumentos para el cultivo de la tierra. El primer piso se divide en seis salones y en cinco el segundo.

Fácilmente conocerá usted, amiga mia, la imposibilidad de

detallar en una carta todos los objetos de las once salas en cuestion; solo diré á usted para que forme una idea de su grandiosidad, que el número de mamíferos asciende á quince mil, divididos en cinco mil especies. La coleccion de las aves comprende seis mil en dos mil trescientas especies. La de los reptiles asciende á mil ochocientos en quinientas especies. La coleccion de los peces se compone de cinco mil, tambien de quinientas especies, conservados con tal arte, que nada han perdido de sus formas esteriores.

En medio de todas estas maravillas campea la estátua de Buffon que con tanta verdad ha sabido describirlas.

Hácia la parte oriental del jardin hay un edificio de ciento ochenta piés de longitud sobre trece de latitud y diez de elevacion. En la parte central está la galería mineralógica y geológica; y en la parte meridional la Biblioteca del Museo, un anfiteatro y otras piezas. La parte septentrional está destinada para las colecciones botánicas.

La coleccion de mineralogía y geología forma un paso central con galerías laterales cuya parte baja contiene laboratorios, corredores y aposentos para los profesores y empleados del Museo. En el centro está la estátua marmórea del ilustre Cuvier. Los minerales están divididos en cuatro clases, á saber: substancias terrestres ácidas, substancias pedrosas, substancias inflamables, y metales. La coleccion geológica está del mismo modo muy metódicamente clasificada. Entre las dos colecciones hay mas de sesenta mil muestras.

La Galería botánica, establecida en el piso superior, contiene mas de cincuenta mil especies, aproximándose á cuatrocientas mil las plantas secas.

La Biblioteca se compone de libros de historia natural y de viajes hasta el número de treinta y cinco mil volúmenes, y una magnífica coleccion de dibujos de plantas y animales que consta de mas de cien tomos en folio. Esta coleccion empezose en 1635.

La *Ménagerie* de los animales vivos es tambien sorprendente por la abundancia de animales raros, tanto de las castas pacíficas como de las feroces. Los primeros estan divididos en catorce terre-

nos, seis al Oeste del edificio llamado *la rotonde*, y ocho al Este, junto al Sena. Cada uno de estos terrenos está dividido en tantas estancias como especies distintas de animales componen esta gran coleccion.

No puede usted figurarse, amiga mia, cuan pintorescos son estos sitios. Hay que andar entre sinuosidades, y aquí llama la atencion del viajero el carnero de Africa, el de Morvand con su larguísima lana, ó la cabra de Tartaria. Mas lejos estan los pájaros raros y las tortugas... Una rotonda entornada de pilares cobija una linda cebra, otra sirve de abrigo al elefante, otra en fin es la habitacion de la célebre girafa. Hay bueyes y vacas de la India y una suntuosa inmensidad de faisanes de todos los paises. Cerca de estos estan las aves de rapiña, entre las cuales se distingue el buitre *Papá*, que regaló al Museo el duque de Orleans. Junto á este buitre está el condor, que como usted sabe es otra especie de buitre mucho mayor, que antiguamente decian devoraba á los hombres y se llevaba en sus garras á los niños por las regiones aereas. Tambien está el buitre sin cola, del Senegal, y toda casta de loros, cotorras y guacamayos.

Otra galería circular, especie de gran jaula de hierro dividida en multitud de separaciones, encierra todas las especies conocidas de monos. Tienen en el fondo un sitio en forma de hemiciclo para guarecerse por las noches y cuando el tiempo está frio y lluvioso. Este hemiciclo se atempera en el invierno por medio de caloríferos. La bóveda está cubierta de cobre y adornada de cordones, columpios y trapecios, donde los acróbatas irracionales lucen su infatigable y estraordinaria agilidad, á la par que su insolente y burlona mímica.

Mas cerca aun del Sena está la *ménagerie* de las fieras, que se compone de veintiuna jaulas habitadas por hermosos leones, tigres, leopardos, osos, hienas, lobos y otros muchos *amables* inquilinos. Detras de esta *ménagerie* se prolongan vastísimos terrenos recientemente adquiridos para el engrandecimiento del jardin, cuyas bellezas voy á describir á usted sucintamente.

Este delicioso recinto, cuya capacidad es de treinta y tres hectáreas (1), tiene tres subdivisiones. El jardin bajo, que se estiende desde las orillas del Sena hasta las galerias, consagrado al estudio de los vegetales y á su cultivo; el jardin alto, que solo sirve de recreo, y el Valle suizo, contiguo al jardin bajo. Este valle es sumamente pintoresco y está poblado de animales inofensivos.

Un enverjado con dos pabellones cierra el jardin por el lado del puente de Austerlitz, y aparece, como he dicho, dividido en tres partes. Un largo intervalo descubierto permite ver las galerias del Museo. Hay á cada lado una prolongada senda orillada de tilos y castaños, multitud de espacios cubiertos con destino á diversos plantíos, y masas de árboles elevadísimos con alamedas que se cruzan.

En uno de los sitios mas umbrosos, cerca de la grande galeria monumental que da espaldas á la calle de Buffon, hay un café bien provisto de toda suerte de bebidas y dulces.

No lejos de este café hay un cuadro de hermosos árboles que florecen en la primavera, y estan separados de los que florecen en el verano por una calle nombrada *allée d'aylanthes*. Otra calle orillada de arces separa estos últimos de los que presentan su frondosidad y sus frutos en otoño; y por último, los árboles que permanecen pomposos y verdes todo el año, estan divididos de los otros por una alameda de cedros del Líbano.

A estas arboledas pomposas, siguen las variadas huertas con todo linage de legumbres.

En la floresta universal, los árboles forasteros crecen los unos cerca de los otros. El castaño de la India alterna con la acacia de la América del Norte; y entre ellos descuella el enebro del Levante, que fué plantado por el célebre Tournefort, y tiene en el dia trece metros y medio de elevacion.

Hay otros varios plantios de árboles exóticos, de árboles resinosos, de árboles frutales, y todos ellos alternan con vistosos pensiles de verdes plantas y abigarradas flores, en cuyo centro hay

(1) Hectárea, medida agraria de dos fanegas y media de tierra, segun la medida de Madrid, ó yugada y media de Castilla la Vieja, con corta diferencia.

un sitio á propósito para estudiar la maravillosa industria de las abejas.

Luego llega lo que se llama *l'école de culture des fleurs*, donde no creo falte una sola flor de cuantas especies germinan en toda la redondez de la tierra. Aquí es donde usted, mi querida amiga, estaria en sus glorias. Usted que es su mas tierna apasionada mezclaríase entre las cándidas mariposas para aspirar los deliciosos perfumes del verjel.

¡Cómo se entusiasmaria usted á la vista de los grandes invernaderos que sirven de abrigo á tantas preciosidades! Sería preciso escribir largos volúmenes para enumerarlas. Dispénseme usted pues, que termine aquí la reseña del Museo del Jardin de las Plantas, por incompleta que sea mi narracion, para que pueda consagrar algunas líneas á otros monumentos de pública utilidad, á instituciones científicas y literarias, á sociedades benéficas y filantrópicas que enaltecen la ilustracion del pueblo que las posee.

Sería pretension tan ridícula como la del niño que hacia un hoyo en la arena para recoger en él toda el agua del mar, querer encerrar en esta carta las descripciones de los monumentos de Paris que aun no he descrito en mis anteriores. Figúrese usted la imposibilidad de esta empresa, cuando en un solo recinto se hallan aglomerados mas de cincuenta mil monumentos conmemorativos. Tendrá usted, pues, que contentarse con lo que le haya dicho de todo lo mas notable que atesora Paris.

¿No presume usted cuál es el recinto de los cincuenta mil monumentos? Es el cementerio del Este, conocido por el nombre de *Cimitière du Père Lachaise*. Es no solo el mayor y mas suntuoso de los tres que hay en la capital de Francia, sino tal vez el mas pintoresco y magnífico del mundo. La superficie de su terreno abarca sobre veinte hectáreas. Su situacion es escelente para su objeto y amena hasta lo sumo. Su aspecto es melancólico, pero no fúnebre. Son primorosos mauseolos erigidos entre jardines. A pesar de los esfuerzos del arte por hermosear los recuerdos de la nada, no dejan estos de inspirar tristes reflexiones.

En presencia de los sepulcros de Casimiro Perrier, de Masséna, del general Foy, del gran Talma, del célebre Moliere y su imitador nuestro inmortal Moratin, acordeme de los siguientes versos de un poema italiano titulado las *Noches clementinas*:

Parlate, orridi avanzi; or che rimane
Dei vantati d'onor gradi e contrasti.
Non son follie disuguaglianze umane?
Ove son tanti nomi e tanti fasti?
E poiché andar del mortal fango scarchi
Ché distingue i pastor dai gran monarchi?

Que podriamos traducir de este modo:

Hablad desde esa triste sepultura,
Restos de la grandeza y oropeles;
Decid que vuestro orgullo fué locura,
Y que á pesar del fausto y los broqueles,
El fango de la muerte que os encharca
No distingue al plebeyo del monarca.

En efecto, Maria Enriqueta, la podredumbre de los sepulcros iguala todas las condiciones; pero los hombres quieren llevar su vanidad hasta mas allá de la muerte. De aquí nacen ese lujo y magnificencia en los homenajes rendidos á la memoria de los que fueron. Esta suntuosidad nótase llevada al último estremo en el cementerio del padre Lachaise, sin que por esto deje de haber humildes inscripciones. Sobre una de estas ví á una honrada familia derramar lágrimas de amor y desconsuelo. A falta de marmóreos obeliscos rendian á la memoria de un objeto querido aquellas lágrimas tiernas, que aunque las viertan los ojos, las destila el corazon.

Al entrar está la tumba de Eloisa y Abelardo. Este mausoleo fué construido en Paraclet en 1165 y trasladado á Paris en 1800 á la calle *des Petits Augustins*, de donde pasó al cementerio en 1817. Este túmulo es de modesta arquitectura y contrasta con la riqueza de los sepulcros de muchos altos personages. Los herederos de sus títulos, de sus honores, de sus palacios y carrozas, no habrán leido seguramente nunca los sentidos versos que escribió Jorge Manrique



CEMENTERIO DEL PADRE LACHAISE.

á la muerte de su padre. Es una poesía tan buena y tan apropiada al asunto en cuestion, que no dudo la leerá usted con gusto; á lo menos sus mejores estrofas, que destellan por todas partes desgarradoras bellezas y melancólica filosofía. Dicen así:

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando!...
¡Cuán presto se va el placer!...
Cómo despues de acordado
Da dolor!...
Como á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor!...
Y pues vemos lo presente
Cómo en un punto se es ido
Y acabado;
Si juzgamos sábiamente
Daremos lo no venido
Por pasado.
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Mas que duró lo que vió;
Porque todo ha de pasar
Por tal manera.
Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,
Que es el morir:
Allí van los señoríos
Derechos á se acabar
Y consumir.
Allí los rios caudales,
Allí los otros medianos
Y mas chicos,
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos
Y los ricos.
. . . .
Este mundo es el camino
Para el otro que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos cuando nascemos,
Andamos mientras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fallescemos;
Así que cuando morimos
Descansamos.
Este mundo bueno fué
Si bien usásemos de él
Como debemos;
Por que segun nuestra fé
Es para ganar aquel
Que atendemos.
Y aun el hijo de Dios,
Para subirnos al cielo
Descendió
A nacer acá entre nos,
Y vivir en este suelo
Do murió.
Ved de cuán poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos
En este mundo traidor,
Que aun primero que muramos
Las perdemos.
Dellas desface la edad,
Dellas casos desastrados
Acaescen,
Dellas por su calidad
En los mas altos estados
Desfallescen.
Decidme, ¿la fermosura
La gentil frescura y tez
De la cara,

La color y la blancura,
Cuando viene la vejez
En qué para?
La maña, la ligereza
Y la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza
Cuando llega al arrabal
De senetud.
. . . .
Los estados y riqueza
Que nos dejan á deshora,
¿Quién lo duda?
No les pidamos fijeza
Porque son de una señora
Que se muda.
Dádivas son de Fortuna
Que revuelve con su rueda
Presurosa;
La cual no puede ser una,
Ni ser estable ni queda
En una cosa.
Pero digo que acompañen
Y lleguen hasta la huesa
Con su dueño;
Por eso no nos engañen
Que se va la vida apriesa
Como un sueño.
Y los deleites de acá
Son en que nos deleitamos
Temporales,
Y los tormentos de allá,
Que por ellos esperamos,
Eternales!
Los placeres y dulzores
De esta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte es la celada
En que caemos?
No mirando á nuestro daño
Corremos á rienda suelta
Sin parar;
Y cuando al ver el engaño
Queremos dar una vuelta,
No hay lugar.
. . . .
Esos reyes poderosos
Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Con casos tristes, llorosos,
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas.
Así no hay cosa tan fuerte
Que á papas y emperadores
Y prelados,
Así los trata la muerte
Como á los pobres pastores
De ganados.
. . . .
¿Qué se ficieron las damas,
Sus tocados, sus vestidos,
Sus olores?
¿Qué se ficieron las llamas
De los fuegos encendidos
De amadores?
¿Qué se fizo aquel trovar,
Las músicas acordadas
Que tañian?
¿Qué se fizo aquel danzar
Aquellas ropas chapadas
Que vestian?
. . . .
Tantos duques escelentes
Tantos marqueses y condes
Y barones
Como vimos tan potentes,
Di, muerte, ¿do los escondes
Y traspones?
Y sus muy claras fazañas
Que ficieron en las guerras
Y en las paces,
Cuando tú, cruel, te ensañas,
Con tus fuerzas las aterras
Y desfaces.
Las huestes innumerables,
Los pendones, estandartes
Y banderas,

Los castillos impunables,
Los muros y baluartes
Y barreras,
La cava honda y chapada,
O cualquier otro reparo
¿Qué aprovecha?
Cuando tú vienes airada,
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha.
. . . .

¡Cuántas y cuán terribles verdades encierran los precedentes versos! ¡Cuán efímera es la existencia del hombre! ¡Cuán despreciables esos vanos títulos en que funda su vanidad! ¡Cuán insuficientes todas las riquezas del orbe para labrar su ventura! Sin embargo, amiga mia, nunca tenemos presente nuestra miserable condicion, y como si nuestros goces fueran positivos, tratamos de eternizarles. Nuestra codicia no se sácia jamás..... La sed del oro es un tormento que dura al par de nuestra vida. Este creciente afan de enriquecerse, de atesorar hasta lo infinito se nota en Paris como en todas partes, y particularmente en ese alcázar grandioso á donde concurren los mas acaudalados banqueros, y se afanan y se agitan por ver de aumentar los millones de sus gavetas.

Hablo de la Bolsa de Paris, querida Enriqueta, edificio digno del gran movimiento mercantil y de las inmensas operaciones bursátiles que se llevan á cima en la capital de Francia.



El *Palais de la Bourse* es considerado como uno de los mas soberbios monumentos de Europa. Su mérito arquitectónico corre parejas con el de *la Madeleine*; su aspecto es muy semejante y por

el mismo estilo. La gloria del pensamiento pertenece al emperador Napoleon; la de su ereccion á los talentos del famoso arquitecto Bronguiart.

Colocose la primera piedra de este hermoso edificio el 24 de marzo de 1808, y siguió la obra con toda actividad sin mas que una breve interrupcion en 1814; pero despues no se levantó mano hasta dejarlo concluido, bajo la direccion de Labarre, aventajado alumno de Bronguiart, que habia muerto en el citado año.

En 1826 inaugurose no solo para los negocios bursátiles, sino para las graves tareas del tribunal de comercio.

Su construccion forma un paralelógramo de ciento treinta y ocho metros de longitud con ochenta y dos de latitud. Rodeado de sesenta gigantescas columnas corintias que descansan sobre un basamento de tres metros de altura, ofrece un suntuoso peristilo, que ademas de su cornisa sostiene un ático de muy buen efecto, y forma en derredor del edificio una bellísima galeria abierta. Súbese á esta galeria por dos suntuosas escalinatas de dieciseis gradas que cogen toda la latitud de las dos fachadas, oriental y occidental.

Parece que estas escalinatas han de ser aun embellecidas con estátuas alegóricas, de las cuales estan ya concluidos y aprobados los modelos. La de occidente, que es la principal, conduce á un gran vestíbulo, que por la derecha da paso á las salas particulares de los agentes de cambio y corredores *(courtiers)*; y por la izquierda al tribunal de comercio, situado en el primer piso.

En el frontispicio occidental, que mira á la *Place de la Bourse* campea un hermoso reloj, iluminado desde el anochecer, á la manera que el del *Hotel-de-Ville*.

La sala principal ocupa el centro del edificio en el entresuelo. Cuenta treinta y ocho metros de longitud sobre veinticinco de latitud, y puede contener cómodamente dos mil personas. Su pavimento es de mármol, y está adornada de lindísimos bajo-relieves alegóricos.

A un estremo está la sala de los agentes de cambio y corredo-

res de comercio. A la derecha hay otras salas, y á la izquierda está la escalera que conduce al tribunal, donde cautivan la atencion del observador las pinturas que hermosean el fondo de la sala. Todas ellas son personificaciones alegóricas de mucho ingenio. Citaré á usted las siguientes:

La Francia comercial agradeciendo los tributos de la Europa y del Asia.

Las ciudades de Nantes y de Ruan.

Paris ofreciendo las llaves de la ciudad al dios del Comercio.

Las ciudades de Burdeos y de Lila.

La union del Comercio y de las Artes que introducen la prosperidad en Francia.

Africa y América.

Las ciudades de Leon y de Bayona.

El Sena, simbolizado por una ninfa, sin duda porque en frances es *la Seine*, entrega á la ciudad de Paris los productos de la abundancia.

Las ciudades de Strasburgo y de Marsella.

Todas estas figuras emblemáticas son de un efecto sorprendente.

Basta ya de Bolsa; es asunto árido para una tierna jóven como usted: voy á concluir el relato de mis observaciones en Paris con noticias mas gratas al hermoso corazon de mi amiguita.

En una de mis anteriores cartas he hablado á usted de los hospitales, casas de reclusion, asilos de beneficencia y cárceles de Paris, tributando la debida justicia á los filantrópicos sentimientos de un pueblo generoso que no abandona á los desvalidos ni se goza en agravar los padecimientos de los encarcelados.

El instinto humanitario del pueblo parisiense no destella solo de las instituciones de represion y caridad establecidas por el gobierno; pues lo que mas le realza es ese espíritu de fraternidad y beneficencia que ha dado vida á tantas y tan útiles sociedades, de las cuales citaré á usted algunas, para que, conociendo su objeto paternal, tenga usted una idea exacta de esta parte moral que hon-

ra al vecindario de Paris. He censurado con severidad sus vicios; lo he hecho á mi pesar, y ahora siento un verdadero placer en ensalzar una de sus mas hermosas virtudes. la caridad.

Hay una reunion de médicos, abogados y literatos, todos caballeros de la órden del Templo, cuyo noble objeto se estiende á socorrer á la humanidad bajo todos conceptos, ora aliviando las dolencias del enfermo, ora auxiliando al menesteroso. Nunca niega su apoyo al débil, y se afana por ilustrar al pueblo. Esta institucion lleva el título de *Societé Medico-Philantropique*.

Hay otra llamada *Societé de la Providence*, cuyos actos se reducen á mejorar la suerte de los ancianos pobres.

Tambien merece especial mencion la *Societé de Charité maternelle*, creada para el amparo de las pobres madres. Esta sociedad es de señoras de alta categoría.

La *Societé de Morale crétienne* proporciona colocacion á los jóvenes huérfanos, y defensores á los acusados indigentes.

La *Societé Philantropique*, que no debe usted confundir con la primera que he citado, compónese de suscritores voluntarios que entregan una cantidad mensual para el alivio de la humanidad doliente.

Ademas de estas y otras muchas sociedades benéficas, concurren al bien de la humanidad dos grandes instituciones de una inmensa importancia. Hablo de la de los *jóvenes ciegos*, fundada en 1784 para dar albergue á los que carecen de vista en la flor de sus años, y de la de los *sordo-mudos*, que seis años antes que la anterior creó y dirigió el célebre abate de l'Epée, para instruir á los sordo-mudos de nacimiento.

Aquí interesa á nuestra gloria nacional hacer una importante aclaracion, por si llegan á publicarse estas cartas como usted desea. Está muy generalizada la creencia de que el abate de l'Epée es el inventor del arte de hacer hablar á los mudos. Este es un error que nos conviene mucho desvanecer, amiga mia, y quiero dejar aquí consignado que no fué el espresado abate francés, sino un religioso español quien inventó la manera de facilitar el habla á

los mudos. El inglés Wallis, en Inglaterra, y el suizo Amman en Holanda, habian enseñado á hablar á los mudos mucho antes que el abate de l'Epée; pero ciento cincuenta años antes que todos ellos, ejerció esta enseñanza el español Pedro Ponce, benedictino del convento de Sahagun. El fué el verdadero inventor de este arte sorprendente, y el primero que le practicó dando resultados plenamente satisfactorios. De todos modos la Francia puede vanagloriarse con razon de los grandes talentos y virtudes del abate de l'Epée.

¡A Dios, mi escelente amiga! Tengo un placer en terminar estos renglones con un dulce recuerdo de mi querida patria... con un pequeño homenaje de justicia á su civilizacion.

¡A Dios!... Mi primera carta será ya de Lóndres... ¡Cuán bellas cosas tengo que relatar á usted solo del Palacio de cristal!...

Usted sabe que esta va á ser mi segunda escursion á la capital de la Gran Bretaña, y aunque fué solo de cinco dias mi primera permanencia en Lóndres, tuve ocasion de visitar sus mejores monumentos. ¡Temo conmover demasiado su tierno corazon!... ¡Cuántas historias sangrientas he de contar á usted! Con solo los recuerdos que despierta *la Torre de Lóndres* pudieran escribirse cien dramas trágicos de un interes inmenso. Toda la historia de Inglaterra está escrita en *la Torre de Lóndres* con caracteres de sangre. Los asesinatos del feroz Glocester, el desastroso fin de *los hijos de Eduardo*, el homicidio de Enrique VI, la prision y muerte de Ana Bullen (á quien impropiamente llaman Ana Bolena los traductores de apellidos, con la misma estravagancia que traducen Maria Estuardo, por Maria Stuart, y Juana de Arco por Juana D'Arc), los padecimientos de Juana Gray, y tragi-cómico fin, digno de la escentricidad inglesa, que eligió el duque de Clarence. Este caballero murió á guisa de mosquito por haberle dejado á su libre eleccion el suplicio que habia de sufrir. El hombre quiso morir como buen inglés, y mandó que le ahogasen en un tonel de esquisita malvasia.

Por esta pequeña indicacion puede usted sacar la consecuencia

de que en la segunda parte de mis cartas el romanticismo con todos sus patíbulos y venenos, alternará con las descripciones monumentales, con las escenas clásicas y jocosas á que dan lugar las estravagancias de unos *gentlemen* que celebran sus lances de honor á puñetazos, con la censura de enormes escentricidades, con la apologia de grandes progresos y con las descripciones y filosóficos comentarios á que den motivo las mil y una maravillas que atesora el magnífico Palacio de cristal.

Creo, pues, que la agradable variedad de los asuntos, dará á mis cartas algun interés, ya que de otro mérito carezcan. Si usted continúa prodigándome su adorable indulgencia, nada le quedará que apetecer á su mejor amigo.



INDICE.





COLOCACION

DE LAS LÁMINAS SUELTAS CORRESPONDIENTES AL TOMO PRIMERO.



FÉ DE ERRATAS.

Página.	Línea.	Donde dice	Debe decir
4	14	Pasasti al par d'amore	Passasti al par d'amore
74	30	Luis V.	Luis XV
117	2	*veincre*.	*vaincre*
181	15	*Luis-le-Grand*. . . .	*Louis-le-Grand*
281	1	santa Agata.	Santa Agueda
288	4	*arrodissement*. . . .	*arrondissement*
304	32	Fontanelle.	Fontenelle

FIN DEL TOMO PRIMERO.